

Novela social y costumbrista de las minas de Bolivia. Como novela social no tiene precisamente énfasis revolucionario. Es más bien un documento expositivo sociológico, metódicamente desarrollado en tres partes: formas de vida y trabajo en mina chica, mediana y grande, que son las tres categorías de la industria minera. Cada parte tiene un protagonista más o menos caracterizado pero no hay un personaje dominante que se imponga a lo largo del relato suave, correcto, llano, ecuánime, informativo con ligeras efusiones poéticas.

Sustancialmente el argumento pinta la suerte de una familia quechua que echada de su pegujal tiene que buscar trabajo en los socavones donde la labor es dura y acaba con la salud condenando a los hijos a la misma suerte.

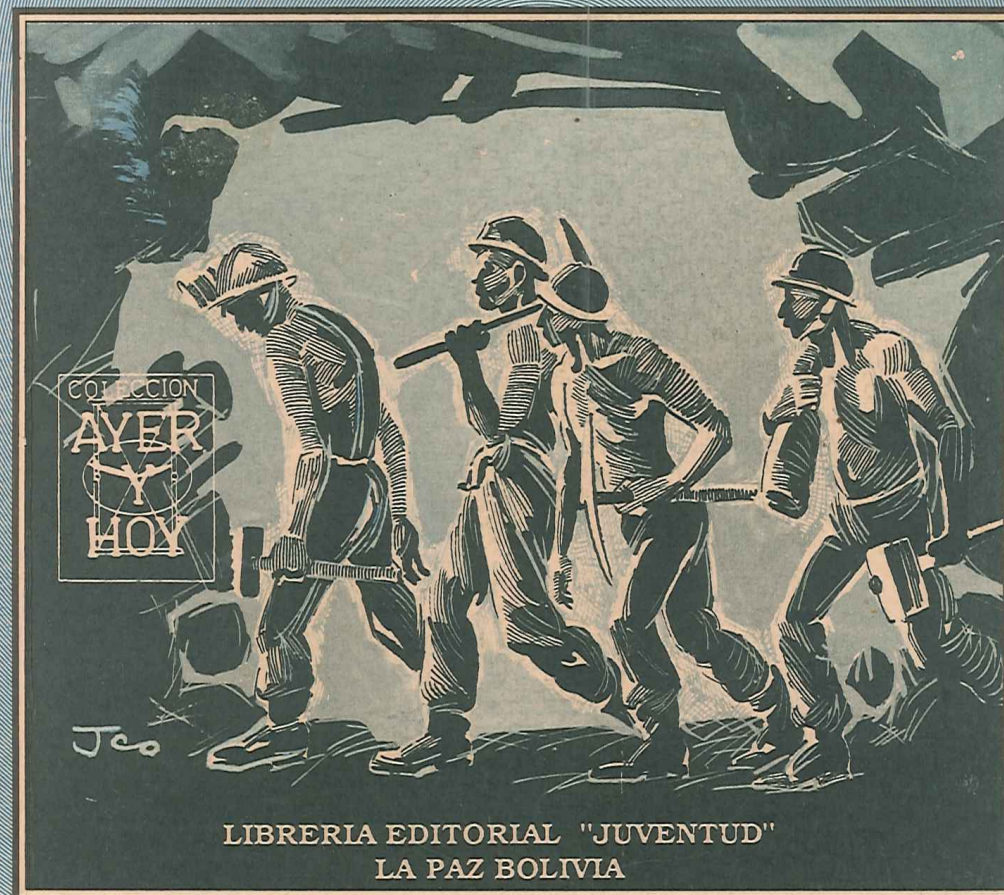
FERNANDO RAMIREZ
VELARDE

SOCAVONES DE ANGUSTIA

LA PAZ
BOLIVIA

FERNANDO RAMIREZ VELARDE

SOCAVONES DE ANGUSTIA



FERNANDO RAMIREZ VELARDE

SOCAVONES DE ANGUSTIA



LIBRERIA - EDITORIAL "JUVENTUD"

LA PAZ — BOLIVIA

2001

La presente edición
es propiedad del Editor.
Quedan reservados todos
los derechos de acuerdo a Ley.
Están prohibidas y penadas por Ley
la reproducción y la difusión
totales o parciales de esta obra,
en cualquier forma, por medios
mecánicos o electrónicos,
inclusive por fotocopia, grabación
magnetofónica y/o cualquier otro sistema
de almacenamiento de información,
sin previo consentimiento
escrito del Editor,
ya que tales actos son delitos
tipificados en el Código Penal.
Capítulo X, Art. 362.

Impreso en Bolivia — Printed in Bolivia

Impresores: Empresa Editora "URQUIZO" S. A.
Calle Puerto Rico N° 1135
Telf.: 242470 — Fax 591 - 2 - 242470
Casilla 1489 — La Paz - Bolivia

PRIMERA PARTE

AL DECLINAR EL DIA...

— I —

Aquel domingo debían recibir su paga los trabajadores de la Empresa "Maravilla" (*). Frente a la Administración, había un abigarrado grupo de obreros, cada uno de los cuales esperaba ser llamado para efectuar la cobranza de sus salarios. Hombres maduros, jóvenes, niños y mujeres de toda edad, vestidos en la forma más heterogénea que pueda concebir la imaginación, aguardaban pacientemente su turno.

El día de pago en los campamentos de las empresas mineras "chicas", es de unánime regocijo para la peonada. Desde el amanecer se nota constante ir y venir de hombres y mujeres, caras risueñas, bromas pesadas de los mineros y risotadas fuertes. Temprano llegan: el panadero, con grandes y colmados canastos de pan; el comerciante portando baratijas; los acreedores para cobrar cuentas atrasadas de coca o chicha; un furtivo vendedor de licores que, por ese día, sienta sus reales, clandestinamente, en la casa de algún trabajador amigo, y muchos campesinos de la región, atraídos por la algazara o por el deseo de realizar pequeños negocios. En cinco a leguas a la redonda, se sabe que habrá pago en determinada empresa y en indicado día, gracias a un misterioso correo que esparce la noticia.

Del fondo del modesto cuarto que servía de Administración de la Empresa, una voz fuerte llamó:

— Pedro Gutiérrez!

El aludido, separándose del grupo entró. Era fornido, alto, de espaldas anchas y manos grandes; su barba semipoblada hacía pensar en algún próximo mestizaje de razas. Se plantó delante del escritorio del administrador, en espera de que éste leyera el detalle de la planilla.

(* Los nombres de minas y empresas que figuran en esta novela, son imaginarios. No por evitar la susceptibilidad de Compañías Mineras determinadas sino, más bien, porque el autor cree que todas deberían darse por aludidas.

— Pedro Gutiérrez. Treinta y dos mitas. Dos bolivianos por mita (*). Total ganado, sesenta y cuatro bolivianos. Descuentos: anticipos, veinte bolivianos; pulpería, treinta y un bolivianos. Total descuentos: cincuenta y un bolivianos. Saldo, trece bolivianos. ¡Tome!

Apresuradamente el administrador contó y entregó la suma indicada. Y mientras Pedro Gutiérrez salía, llamó nuevamente:

— ¡Tiburcio Huisa! — Luego, dirigiéndose a un individuo que, arrellanado en cómoda butaca, leía indolentemente un periódico, le dijo en voz baja: —Este es buen barretero. Tal vez le convenga, don Carlos.

Entró Tiburcio Huisa, pequeño indígena, pálido y esmirriado, con el carrillo abultado por una pelota de coca que masticaba de rato en rato. Su ropa estaba llena de remiendos de diverso color.

— Tiburcio Huisa - repitió el administrador y siguió leyendo rápidamente todo detalle de la planilla para concluir pagando al barretero un saldo de diecinueve bolivianos.

Después, endulzando la voz, volvió a dirigirse al individuo de la butaca:

— ¿Le gusta, don Carlos?

Este era el dueño de la empresa "Maravilla". Prototipo del burgués de las caricaturas: pequeño, gordo, mofletudo, bien afeitado, con gruesa cadena de oro cruzándole el chaleco. Cigarro habano y anillo de mal gusto con un brillante enorme. Don Carlos, que estuvo observando detenidamente al obrero desde que entró en la pieza, preguntó en quechua simulando indiferencia:

— Huisa, ¿te gustaría un contrato?

— Me gustaría *caballeroy* (*) —contestó el aludido, mientras se embolsillaba el dinero que acababa de recibir. Luego agregó: —Dónde pues *caballeroy*?

— En "La Llusca"... Pero te pagaré cuarenta bolivianos por quintal de buena ley.

El rostro de Huisa se ensombreció. Al escuchar el ofrecimiento del contrato había sentido una íntima alegría, más, al saber que era en "La Llusca" vio esfumarse todo su entusiasmo por la oferta. Después de un breve silencio dijo:

— No será *caballeroy*. Muy mala es "La Llusca". Si quieres en otra parte, podría "agarrar" un contrato.

////////////////////
(*) Salarios aproximados vigentes antes de la guerra del Chaco, en moneda boliviana de 18 peniques.

(*) Para evitar un recargo incómodo de notas, el significado de palabras y modismos quechuas o aimaras y términos mineros que aparecen en negrita, se halla consignado en el vocabulario que figura al final del libro.

— No seas cobarde. Vas a ganar mucha plata — replicó el propietario. E indicando cierta dimensión con las manos prosiguió: — La veta está así ancha, con metal puro. Acepta, no seas tonto.

— No será *caballeroy* — repitió Huisa moviendo la cabeza. — Muchos ya han muerto ahí. En otra parte si quieres.

Don Carlos se puso furioso y agitando las rollizas manos ante la cara del indígena, contestó:

— ¿Y chola más no quisieras...? ¿Sal de aquí indio bruto si no quieres que te muela a patadas! Maricón, cobarde...

Una vez concluido el repertorio de sus imprecaciones volvió a sentarse en el sillón, visiblemente contrariado. El administrador que, muy circunspecto había contemplado de reojo la escena, gritó el siguiente nombre:

— Santos Puma!

Santos Puma que ganaba ochenta centavos por día y recibió un saldo de cuatro bolivianos y veinte centavos, era un mozalbete de doce o trece años, con cara sucia, labios verdosos por el precoz abuso de la coca y ojos ratoniles muy vivaces. Usaba un pantalón viejo que apenas le llegaba hasta las canillas y zapatos de charol, adquiridos quién sabe dónde, arqueados en las puntas por quedarle demasiado grandes. Cubría su cabeza un viejo sombrero de color indefinido, con un agujero en la parte superior por el que escapaban mechones de cabello negro.

Después, fue llamada Severina Condori, *palliri* de cuarenta años, vestida de andrajos. Una de esas mujeres que ha perdido el encanto de la feminidad porque el estropeo de la vida y del rudo trabajo, la marchitaron antes de tiempo. Flaca. A través de los harapos que la cubrían, no podía percibirse ninguna curva en su cuerpo. Recibió un pago de ochenta centavos y, tímidamente, se permitió observar:

— Patrón, me ofrecieron aumentar el jornal a un boliviano por día y, a ese precio yo debía tener más saldo.

El administrador repuso tonante: — ¿Y cuánto ha sacado en pulpería? ¿Y por lo mal que palla usted vamos a aumentarle...? ¡Fuera, fuera! ¡No me quite el tiempo!

Tan pronto como la mujer, atemorizada, salió de la pieza, el administrador después de gritar el próximo nombre, volvió a endulzar la voz para dirigirse a su patrón:

— Este es bueno también, don Carlos.

Penetró un hombre simpático, moreno como todos los de su raza, relativamente pequeño, pero de constitución atlética, con mirada inteligente y sonrisa amable. Después de embolsillarse un saldo de veintitrés bolivianos, recibió la misma oferta del dueño de la Empresa:

— Chuquimia, ¿te gustaría un contrato?

Y la misma respuesta: —Me gustaría patrón ¿Dónde?

—En "La Llusca". Cuarenta pesos por quintal y eso porque te quiero, pues a otros no les pagaría ni treinta. La veta está hermosa y ganarás mucha plata.

Julián Chuquimia conocía el paraje y no teniéndole miedo quedó seducido por la propuesta. Después de meditar un rato, contestó:

—Lo pensaré patrón y mañana te avisaré el resultado.

En realidad la decisión de Chuquimia estaba tomada y si pedía el plazo era porque, previamente, deseaba convencer a su mujer, suponiendo que trataría de oponer resistencia al proyecto.

Don Carlos, conocedor experto de la psicología indígena, dándose cuenta de la oportunidad favorable quiso decidir rápidamente el asunto y prosiguió:

—Yo me voy mañana a Oruro y si tú no aceptas ahora, daré el contrato a otro. Avisame de una vez si quieres o no.

Finalmente, después de otras vacilaciones y de hábil presión del dueño de la Empresa, Chuquimia aceptó. A falta de firma puso su impresión digital debajo de un papel escrito que por cierto no podía entender; pero que, según le manifestaron, contenía los pormenores del contrato. Salió muy satisfecho con una copia de aquel documento, pero preocupado por la inevitable discusión que tendría que sostener con su mujer.

Mientras el administrador continuaba efectuando el pago a los obreros, Julián Chuquimia, antes de recogerse a su casa, pasó por la de "Malicho" donde había chicha y algarabía de bebedores. El minero, pese al ambiente alegre y a las cuatro *tutumas* de chicha que bebió, no pudo reprimir la preocupación. Presentía una furiosa pelea con su mujer. Estuvo tentado de quedarse a beber todo el día; pero, pensándolo mejor, como los niños frente a un insalvable trago amargo, resolvió apurarlo de una vez y fue a su casa.

Había en las relaciones de Julián Chuquimia con Donata Ari — su mujer — un relativo complejo de inferioridad por parte del hombre; no porque ella fuera de tipo de mujer dominadora y él, el del marido humilde y manso, sino porque parecía existir alguna superioridad intelectual en ella. Exponía sus ideas más claramente, razonaba mejor que el hombre y rara era la vez que en una discusión no saliera victoriosa. Chuquimia, en su fuero íntimo, reconocía dicha su-

perioridad, atribuyéndola a que ella, habiendo ido a la escuela, sabía leer y escribir. Sin embargo se daba modos para salir airoso de sus peleas conyugales, con cierta innata astucia y habilidad.

Aquella mañana el hombre llegó a su casa muy serio y entregando el dinero a la mujer dijo:

— Ahí está el pago "Ulincha". Veintitrés bolivianos.

— Esta vez no te han engañado — comentó la mujer y siguió soplando el fogón en que empezaba a hervir la *lagua*. Después diligentemente, se puso a pelar papas, mirando de reojo a Julián Chuquimia que se había sentado en el umbral de la puerta, frente a ella, permaneciendo silencioso y ocupándose distraídamente de cortar una madera con su cortaplumas.

Donata Ari, era una bonita indígena, de cuerpo juvenil bien formado. Dos trenzas negras enmarcaban el óvalo mate de su cara, destacándose en ellas sus ojos negros, muy grandes. ¿Porqué le decían "Ulincha"...? Tal vez por cierto airecillo de ave que parecía emerger de su figura.

Pronto Donata se dio cuenta del prolongado silencio de Chuquimia, raro en él que se caracterizaba por su mucha jovialidad, mayor aún, en días de pago. Le observó largo rato y quedó convencida de que algo poco natural le pasaba.

—¿Qué tienes, Julián?— preguntó bruscamente.

El, que esperaba la pregunta, contestó de inmediato: —Nada, "Ulincha".— Después de un momento añadió con acento de tristeza: —Es muy fregado el trabajo en la mina. Si pudiéramos irnos a nuestro Suticollo...

—Pero, ¿donde volveríamos, Julián? — repuso escéptica la mujer. —¿No decías que nunca más serías *pongo* de una finca?.

— Es que yo quisiera volver con plata— aclaró Chuquimia. Luego con ánimo de preparar el terreno par su revelación y al mismo tiempo, dando curso a sus pensamientos e ilusiones más íntimos, prosiguió —Podríamos comprarnos un terrenito. Yo mismo, con mis brazos, levantaría nuestra casa. Tendríamos un burro, una vaca, tal vez algunas ovejas. Trabajaría la tierra desde la salida del sol hasta que el sol se perdiera... ¡Pobre no quiero volver...! Se burlarían de mi, ¿Qué dirían tu madre y mis amigos...? Yo quiero regresar con plata. Volveríamos a nuestro lugar con ropa nueva: yo con un terno azul, con zapatos relucientes y poncho listado de azul y rojo; tú con pollera verde y saquito anaranjado, con manta de seda del color que te antoje... ¡Es tan lindo el valle...! Nunca se siente frío. Allá la tierra es buena, porque apenas la acariciamos con el arado en la siembra; aquí se ha vuelto mala, porque la torturamos haciendo socavones con barrenos y pólvora.

Donata Ari escuchó atentamente el discurso del hombre. Sus sueños, en algunos momentos estuvieron a punto de arrestarla a ella también; pero imponiéndose su buen sentido respondió compasiva:

— ¿Y cómo reuniríamos la plata, Julián? Lindo sería volver a nuestro Suti-collo como tú quieres; pero eso es imposible. Por más que trabajes años y años, ganando como ahora veintitrés bolivianos al mes, nunca podríamos reunir lo necesario para comprar un terreno, aunque todo lo guardáramos sin gastar ni un centavo.

—Y si "agarrara" un contrato, "Ulincha"? — preguntó Chuquimia, juzgando que el terreno estaba ya mejor preparado para revelar su secreto.

— Si no fuera en "La Llusca", sería bueno, Julián — contestó la mujer.

Chuquimia se sintió deprimido con la respuesta que se anticipaba en el reparo. Después de un largo silencio, alegó astutamente:

—Es que sólo en "La Llusca" podrían darme contrato. La mujer empezó a comprender la verdad de lo que Julián Chuquimia le ocultaba y sintió un ligero estremecimiento. Dejo de pelar las papas y olvidó que las llamas del fogón se apagaban lentamente. Miró con fijeza a su compañero, para luego increparle:

—¿Quieres morir como el "Macho Toro", como el "Barbón" y como el "Santuquito"?

—¡Aaa...! — murmuró burlón Chuquimia. —Ellos no eran para ese lugar; ¡pero yo soy! No siento vértigo no me mareo al ver los abismos y soy fuerte como el toro y ágil como las cabras...! Yo podría sacar hasta diez quintales mensuales y ganar unos trescientos pesos libres. En ocho meses tendríamos como para irnos. Sólo a mí porque me quiere, el patrón me pagaría cuarenta bolivianos por quintal. —¡Ja jay! — rió forzosamente la mujer. —¿Porque te quiere...? ¡Ja jay! No me hagas reír... — Después mordió su risa y prosiguió acaloradamente: — Porque te quiere, desea que mueras. ¿Qué le importa de ti? ¡A él lo único que le interesa es el metal aunque mueran cien peones!

— Tonterías estás hablando —replicó Chuquimia con tono de fastidio. — ¿Cómo crees que a él no le importe que muera la gente, si por cada accidente tiene que pagar...? ¿Qué se llama...? ¿recompensa...? ¡Indemnización! Por el "Barbón" le ha pagado a su madre cuatrocientos y por el "Santuquito" la Leocadia ha recibido quinientos.

—¿Y cuánto ha ganado él con cada una de esas muertes? — Donata intervino con ironía.

—¿Crees que perdió plata el patrón? ¡Ja jay! ¿Crees que lloró el patrón? Ja jay! Don Carlos vendió el metal diez veces más caro de lo que pago a los

obreros y ten seguro que incluyendo las indemnizaciones; con el trabajo de cada uno de los muertos, se embolsilló varios cientos de miles de pesos y todavía discutió con la madre del "Barbón" para no darle sino los cuatrocientos. Y supones que si a ti te pasara algo, ¿me pagaría ni medio? ¿Acaso somos casados? Como a la mujer del "Macho Toro" me despacharía con cincuenta bolivianos...

Chuquimia no sabía cómo responder a los argumentos de Donata Ari; pero al escuchar las últimas palabras, creyó oportuno fingirse resentido y contesto susceptible:

—Si quieres vamos a Ramadas a casarnos. Así, si muero, recibirás unos cuantos pesos y quedarás contenta.

—¡Ajá! — exclamó la muchacha, plantándose airadamente delante del hombre, con las manos en las caderas. —¡Ajá...! ¿Cuándo, pues, había querido casarme yo? ¿Para que después te aburras conmigo como el Francisco con la Juliana...? ¡Bruto! Si te digo todo eso, no es porque quiera casarme, sino porque no deseo que "agarres" el contrato.

Julián Chuquimia sonrió y sin decir palabra, permaneció sentado tranquilamente. Se puso a cortar con nerviosidad el trozo de madera que tenía entre las manos y sin apartar la vista de su pasatiempo, se animó por fin a deslizar el secreto:

— En vano estás hablando tanto... Ya he firmado el contrato y desde mañana trabajaré en "La Llusca"...

La mujer se alteró ante la revelación que acababa de escuchar. Con el rostro demudado, blandiendo un delgado leño y ágil como un felino, saltó contra el hombre golpeándole furiosamente en el cuerpo mientras prorrumpía.

—Conque, has firmado. ¡Toma! ¡Toma...! Yo soy pues el perro de la casa... ¡Sinvergüenza! ¡Abatido! ¡Toma! — y proseguía golpeando y vociferando.

El hombre se incorporó en el primer asalto de la mujer y se defendió flojamente. En medio de los golpes, se sentía satisfecho por aquella reacción, pensando que de esa forma ella desahogaría su disgusto. Por lo demás, no intentaba ni deseaba retribuir los golpes, por más fuertes que a veces resultaron y por más que algunos llegaron a lastimarlo. El, sólo pegaba a su mujer cuando, borracho caía presa de los celos.

Al fin la mujer se cansó de golpear y sentándose en el suelo, lloró amargamente. El minero, muy dueño de sí mismo, trató de calmarla con voz tierna:

— No te aflijas "Ulincha". No me pasará nada y después de ocho meses nos iremos a nuestro Suti-collo... Ya no llores, "Ulinchita"...

Pasado un largo lapso, Donata Ari dejó de llorar; silenciosa y grave, fingiendo malhumor, se incorporó con ánimo de seguir cocinando. El hombre, juzgó que había llegado el momento de la reconciliación y pellizcándola en un brazo, le dijo sonriendo:

—¡Me has hecho doler, "Ulincha"! Te estás volviendo furiosa como la "Ckasa"...

—¡Déjame!

Julián tomándola de los brazos con ambas manos, le dijo:

—¡Ya no estés así "Ulinchita"!...! No me ha de pasar nada. ¡Yo soy fuerte! Si quiere toca mi *choi*. — Al decir ésto, empuñó su mano derecha, doblando el brazo para hacer resaltar su musculatura. Ella empezó a ceder en la reyerta y accedió a palpar un duro y poderoso biceps, perfectamente delineado.

Después se miraron y sonrieron. Chuquimia, apretando con ternura los senos de la mujer, le susurró al oído.

— Deja la comida "Ulinchitay". Más bien vamos a la cama, ¿bueno...?

* * *

Al día siguiente, muy temprano, Julián Chuquimia se dirigió a "La Llusca" que era un paraje situado a dos kilómetros del campamento, para llegar al cual había que cruzar todo el cuerpo del "Látigo", por un sendero que zigzaguea como tatuaje extravagante. El obrero caminaba contento, hilvanando fantasías, en las que se mezclaban desordenadamente un poncho de mil colores, su "Ulincha" en traje de fiesta, su verde y tierno Suticollo y hasta una humilde casita acurrucada a la sombra de un corpulento molle. Cuando hubo recorrido la mitad del camino se sentó en unos pedrones y dejó vagar más libremente sus ideas, mientras contemplaba con indiferencia la cumbre orgullosa del "Látigo".

El "Látigo" es un cerro imponente. Visto de lejos, tiene la majestad de un monarca presuntuoso que se planta airadamente en un raptó de soberbia, y con la condescendencia del mimado por la fortuna; deja que un río que culebrea en el fondo, le lama las plantas, servilmente. Pero también, como ciertos soberanos de leyenda, tiene algo de tenebroso, hostil y cruel. Acaso contribuyera a esta impresión cierto mito del lugar según el cual se alimenta con las vidas de los hombres que mata. Visto de cerca, el "Látigo" deja la misma sensación. No tiene las curvas delicadas de las montañas floridas, no sabe de ternura de manantiales, de caricia de plantas lozanas ni de perfume de flores. No posee grutas apacibles ni el rincón acogedor de otros cerros. Está lleno de aristas. Sus piedras, hasta las más pequeñas son afiladas como cuchillos prontos a hincarse en la carne. Sus rocas se levantan hostiles como impreca-

ciones y sus precipicios se hunden en la negrura de los abismos insondables. En vez de flores silvestres, hay espinas y en lugar de árboles, tiene paja brava, cactus enanos y arbustos surgidos en alguna remota primavera benigna, calcinados por los vientos y el frío. El "Látigo" es tenebroso y demoníaco, pero bello.

Julián Chuquimia llegó a "La Llusca". Tanteó la firmeza de los dos barrenos clavados en la roca que sostenían el cable de acero de treinta metros por el cual debía descolgarse para llegar hasta el socavón. Estoicamente, asomó la cabeza y miró el precipicio formidable del paraje. Parecía una sola roca, lisa como un espejo, que casi verticalmente bajaba hasta el río. Chuquimia se encontraba a unos mil metros de la sima y a cuatro mil quinientos sobre el nivel del mar.

Se quitó las abarcas, se amarró en el cuello la herramienta, el material y el *chokau* y sin la menor emoción, sin un gesto en los músculos de la cara, empezó a descolgarse en el abismo por el cable que se balanceaba levemente. Chuquimia era un hombre fuerte y elástico. De otro modo no habría podido descender con tanta facilidad como lo hizo, desde los dos barrenos hasta la pequeña saliente de la roca, donde comenzaba el socavón.

En el fondo de la corta y oscura galería, examinó detenidamente la veta y quedó satisfecho. El patrón había exagerado un poco; pero, en realidad, era un veta rica. Mentalmente determinó los *tiros* y empezó a taladrar la roca, golpeando el barreno con un martillo de ocho libras. Trabajó durante dos o tres horas consecutivas, al final de las cuales, el sudor le brotaba de todos los poros del cuerpo. Cuando se cercióró de que los *taladros* tenían la profundidad conveniente, preparó los *tiros* y para efectuarlos sin peligro tuvo que encender la mecha y salir presurosamente a colgarse en el cable, fuera del socavón, hasta que estalló la dinamita haciendo resonar sus ecos en las concavidades de las montañas vecinas. Después, presumiendo que había llegado la hora propicia, sentado en una piedra comió el *chokau*, a manera de postre *acullicó* coca y a lentas bocanadas fumó un cigarrillo.

Reinició el trabajo *realizando* el metal. De los escombros dejados por los dos tiros de dinamita, fue separando el metal rico del muy pobre y de la *caja* que es a roca sin metal. En seguida se puso a *galgear*, o sea a echar al abismo las piedras y las rocas inservibles, dejando libre la galería. ¡Con qué raro placer *galgeara* Julián Chuquimia...! Cuando arrojaba a la sima una piedra muy grande, observaba a su rápido descenso, veía cómo la *galga* chocaba contra la roca y dando saltos de cuarenta o cincuenta metros, volvía a chocar más abajo contra la misma roca y daba nuevos saltos y nuevos choques, hasta caer en el río destrozada en mil pedazos. Luego otra *galga* y otra y muchas más. Y las piedras pequeñas que se perseguían unas a otras en el precipicio y

al caer, producían un ruido de granizada, en escala mayor de tonalidades, aumentadas por la acústica sonora del lugar.

Cerca del anochecer, el minero cargado del metal extraído en la jornada, salió del paraje. Ya entrada la noche, llegó a su casa con el espíritu ligero, entonando *huayños* de su tierra.

* * *

Pasaron los meses. Julián Chuquimia pudo reunir durante este tiempo un saldo de tres mil bolivianos, celosamente guardados por su compañera. La resolución definitiva tomada por la pareja, era la de cumplir los ocho meses del contrato e irse a Suticollo para convertir en realidad los sueños que habían acariciado tanto tiempo. La mujer, a medida que pasaron los días, había abandonado los presentimientos y adquirido tranquilidad.

¡Muchos motivos de júbilo tenía el hogar de nuestros personajes! Por una parte el saber que se acortaba el plazo para su partida; por otra el éxito económico del contrato y, finalmente, el anuncio de la llegada de un hijo que colmaba un viejo y común anhelo.

—Le llamaremos Julián como su padre— decía Donata.

—Simpático como su madre ha de ser el *llocalla*— comentaba con orgullo el futuro padre.

Para Donata Ari, los días pasaban con inusitada rapidez debido al exceso de quehaceres; pues, sin desatender los menesteres cotidianos, tenía que preparar ropa para el esperado primogénito, recoser las prendas de Chuquimia y tejer una *llijilla* primorosa que llevaría de obsequio a su madre; pero todo el trabajo le resultaba leve, fortificada como se hallaba con la esperanza del próximo retorno a los lugares queridos.

Cuántos planes forjaba la pareja en los largos coloquios de las noches, sobre todo los viernes, cuando *acullicaban* hasta la media noche, de acuerdo con una antigua superstición de los mineros que en esa forma halagan al tío, el demonio familiar de las minas.

A mediados del último mes del contrato, cuando Julián Chuquimia llegaba al socavón de "La Llusca", sintió sobre su cabeza un poderoso aleteo. Era un cóndor. — *Tata Mallcu*. Buena suerte — pensó el obrero y quedó contemplando mucho rato el rítmico y majestuoso vuelo del ave. Era un cóndor enorme, adornado exquisitamente con un collar de plumón blanco. Lentamente evolucionaba sobre el socavón, con el cuello estirado, las patas encogidas y extendidas las potentes alas. De pronto, quedó quieto, sin movimiento alguno, sostenido en el aire como por arte de magia, desafiando todas las leyes físicas. Luego, violentamente, con velocidad meteórica descendió hasta casi tocar el nivel del

río, para otra vez remontarse a las alturas con imperceptibles aleteos y seguir elevándose más y más, hasta perderse en el diáfano azul del cielo. ¡El cóndor es un incansable enamorado de las alturas, un audaz sondeador de abismos y un romántico bebedor de lejanías!

Julián Chuquimia quedó predispuesto para recibir alguna grata nueva, pues, entre las muchas abusiones de los trabajadores de minas, se encuentra la de que el cóndor trae buena suerte. Y aparentemente, no tardó mucho tiempo en comprobar que también esta vez, el cóndor parecía traerle la buena fortuna, porque después del primer tiro, observó que la veta que iba siguiendo, se abría en una *bolsonera* de metal rico y casi puro.

¿Qué cantidad de wólfam (*) podría sacar de esa *bolsonera* en los días que le faltaban para concluir su contrato? ¿Con qué cosas más podría equipar su futuro terreno de labranza y la casita soñada? ¿Y no sería bueno prorrogar el contrato, aunque sólo fuera por treinta días más...?

Julián Chuquimia trabajó todo ese día furiosamente y cuando llegó la noche resolvió *doblar* prosiguiendo el trabajo con afiebrado ánimo, tejiendo fantasías al ritmo del martilleo. No tenía sueño ni sentía hambre. No probó bocado en la jornada, ni pegó una pestañada durante la noche. Únicamente le absorbían su brutal trabajo y sus sueños de alucinado.

Cerca del amanecer sintió cansancio y advirtió que su cuerpo se encontraba dolorido por la terrible jornada. Resolvió regresar a su casa para descansar y fue trepando lentamente por el cable de acero. A mitad de la ascensión notó que sus músculos no le obedecían tan fácilmente como de costumbre; por primera vez desconfió de sus propias fuerzas y al desconfiar de ellas, sintió también por vez primera, un miedo salvaje del abismo oscuro que se abría amenazador, debajo de sus pies. Sin embargo, siguió forcejeando para salir a la cumbre; pero avanzaba con excesiva lentitud y en algunos momentos resbalaba perdiendo terreno. Finalmente, decidió bajar de nuevo al socavón, pensando que le resultaría más fácil el descenso que la subida. Era el cansancio del cuerpo y las emociones soportadas, habían agotado su vigor físico. Al iniciar la bajada, resbaló por el cable y apenas pudo sujetarse con las dos manos crispadas en la masa de acero que constituía su única salvación. Otro resbalón y otra milagrosa crispazón de manos. Allí quedó un rato, jadeante. Un sudor frío le cubría todo el cuerpo, su corazón le golpeaba el pecho fuerte-

(*) Se supone que la época en que se desarrolla la primera parte de esta novela, corresponde aproximadamente el año 1928. Es sabido que durante aquel tiempo, en Bolivia no se explotaba el tungsteno, pero el autor admite la ficción de que en esa época hubiera habido explotación de dicho metal, por motivos de conveniencia literaria.

mente; sintió que su mejilla derecha le temblaba con intermitencia y que las sienes le latían sin compás y con furia. Segundo a segundo su miedo iba aumentando hasta convertirse en terror. Después, casi inconscientemente, hizo un nuevo intento de descender, sobreviniendo el resbalón final, el vacío, el cerebro embotado o quizá demasiado lúcido y un grito horrible hiriendo la noche y retumbando entre las montañas.

¡El cuerpo de Julián Chuquimia, como una galga, fue cayendo en el abismo, chocando varias veces en la roca y dando saltos enormes, hasta caer en el río, destrozado en mil pedazos...!

— II —

Por el pedregoso cauce del río de Tapacarí, convertido en camino por los pocos viandantes de la región durante la época de sequía, lenta y pesadamente, avanzaba una mujer de ropas raidas con una capa de polvo cubriéndole los cabellos y el rostro. Caminaba con fatiga bajo el peso de un voluminoso bulto cargado en la espalda y de su abultado vientre revelador de un avanzado embarazo. A su lado, y con trotecito cansino y monótono, marchaba un perro negro y lanudo, de orejas caídas y menguada figura.

El perro era "Ckori Soncko" y la mujer Donata Ari, la "Ulincha". Con la cara manchada y los ojos cansados, con el sufrimiento enroscado en el alma y el cuerpo rendido por dos días de penosa marcha a través de cuestras y desfileros que hubo de cruzar desde la mina "Maravilla", para vencer la cordillera de Ayopaya, hasta el río de Tapacarí. Aún le quedaban dos días de penoso andar para llegar a su destino; primero debía pasar por el pueblo de Tapacarí, luego seguir siempre río abajo hasta Parotani y de ahí hasta las proximidades de Suticollo, donde encontraría a los suyos.

Caminaba distraída cuando sintió un dolor que la hizo estremecerse de angustia. Un dolor fugaz que pasó zigzagüando por su espalda, casi como un calambre se incrustó profundamente para desaparecer luego. Trató de tranquilizarse pensando que, de acuerdo a sus cálculos, todavía faltaban de quince a veinte días para su desembarazo. De todos modos y ante lo que pudiera ocurrir, prefirió caminar más rápidamente, con la esperanza de recorrer las dos leguas que aún la separaban del pueblo de Tapacarí, antes de que sobreviniera el alumbramiento. Sin duda, allá en el pueblo habría alguna comadrona para atenderla.

No pasaron diez minutos cuando un nuevo dolor más insinuante que el primero, acabó de convencerla que eran los dolores del parto los que sentía. Al adquirir esta seguridad, redobló sus esfuerzos para avanzar más aprisa, luchando al mismo tiempo con la ansiedad y la angustia que empezaban a apoderarse de su ánimo.

Así prosiguió mientras pudo; pero más tarde, cuando los dolores se sucedieron con mayor frecuencia, haciéndose cada vez más agudos, y cuando su agotamiento y cansancio físico llegaron a los mayores extremos, tuvo que resignarse ante lo irremediable. Y como todos los seres bien dotados de entereza cuando se enfrentan con la adversidad, extrajo fuerzas de su débil organismo, serenó su espíritu, ordenó sus ideas y adoptó la única resolución que cabía en ese trance. ¡Sí! Tendría su hijo en ese sitio, con la única compañía del lanudo "Ckori Soncko" y sin otra atención que la suya propia. Trataba de alentarse a sí misma; ¿acaso no había atendido a una parturienta, ella sola en la mina?

A la orilla del río, buscó un lugar propicio y lo encontró a la sombra protectora de unos árboles. Con las ramas de un arbusto barrió minuciosamente el lugar escogido; del atado que llevaba extrajo tres o cuatro cueros de oveja que, albos de limpieza, los tenía reservados para el efecto; los tendió en el suelo a fin de que le sirvieran de lecho; trajo agua del río en una vasija y hasta logró encender fuego y cocinar una lagua para el perro.

¡Bueno Dios...! ¿No pasaría nadie por ese desolado camino? Los ojos de Donata Ari escrutaban la distancia sin poder divisar figura humana.

Entre tanto los dolores se tomaron más continuos y cada vez más fuertes. Con el estoicismo propio de su raza, la mujer resistió valientemente el sufrimiento. En vez de gritar se mordía los labios y apretaba las manos con desesperación. El perrillo "Ckori Soncko", dándose instintiva cuenta del padecimiento de su ama con el rabo encogido que acentuaba su miserable figura, ora daba vueltas alrededor de la enferma contemplándola incesantemente, ora le lamía la frente sudorosa o las crispadas manos, como queriendo infundirle valor con sus demostraciones de afecto.

En medio de los dolores, la inteligencia de la mujer se mantenía lúcida. Planeaba lo que haría después de que el niño naciera: primero amarrar muy fuertemente el cordón umbilical y luego cortarlo; después bañar al niño y arrojarlo bien. Le preocupaba la idea de tener que perder en el lugar dos o tres días, los necesarios para reponer sus fuerzas antes de reiniciar el viaje. ¿Y si moría? ¿Que sería del pobre niño abandonado en esta soledad? ¿Qué podría hacer "Ckori Soncko" en favor de su hijo por más que tuviera el corazón de oro? ¡Era necesario y urgente vivir! Aquel niño, que ahora en sus entrañas forzaba por salir a la vida, era hijo del hombre que amó y era un imperativo que la obligaba a desear la vida, a agarrarse desesperadamente a la existencia.

Después de varias horas la intensidad brutal de los dolores le hizo comprender que el alumbramiento se encontraba próximo. No lanzaba un grito; pero tenía maltratados los labios de tanto morderlos. En cambio, el perrito que

temblaba a su lado, fijos los ojos en su rostro, dejaba escapar quejidos ahogados. La dolorosa angustia de la mujer iba aumentando, hasta que por fin el único gemido que dejó escapar su garganta — un gemido ronco y contenido — fue el preludio del llanto de un niño. Ese llanto infantil que trae a la enferma la doble alegría de anunciar el final de sus sufrimientos y de hacerla sentirse madre.

Y mientras Donata Ari, penosa y trabajosamente, fue cumpliendo todos los menesteres posteriores, "Ckori Soncko" con visible alegría, se entregó a desenfrenados saltos y carreras, atronando el espacio con estentóreos ladridos.

* * *

El polvoriento camino de Vinto a Suticollo, se encontraba animadamente transitado aquella tarde de domingo, con la indiada que regresaba de la feria semanal de Quillacollo, arreando mulos y borricos, aliviados de la carga de cereales, vendidos esa mañana. Los animales, venteando la proximidad del establo, caminaban rápidamente, levantando densas nubes de polvo. Cada recua iba seguida por tres o cuatro indígenas de ambos sexos, que conversaban más expansivamente que de costumbre, acaso porque la feria bulliciosa del pueblo inyectó en sus espíritus, generalmente melancólicos, un poco de animación; por el gusto de haber comprado alguna fruslería mucho tiempo ambicionada o, simplemente, al influjo de algunos vasos de chicha bebidos en las afueras del pueblo. Algún mozo solitario avanzaba por el camino, arrancando de las cuerdas de su charango, los sonos dulces y monótonos de un *huayño*. Los colorines vivos de mantas, polleras y ponchos nuevos ponían en el conjunto una nota de exuberante y típica policromía.

Dando tumbos en los baches del camino, atronando el ambiente con el escape abierto y levantando cortinas de tierra, apareció un camión destartado, cargado hasta lo imposible con movediza carga humana. Indios e indias, cholos y cholas. Mujeres de altos sombreros blancos y hombres con ponchos de colores vivos. Apretujados, incómodos, pero satisfechos. El camión que parecía un racimo de indios y de cholas respingó en una gradiente y se perdió tras una curva cerrada.

En dirección contraria a esa corriente, caminaba Donata Ari, llevando en los brazos a su hijo y en la espalda el atado de ropas y vituallas. En pocos días su aspecto había variado mucho. Se diría que el advenimiento del niño la hubiese remozado física y moralmente. Al encontrar un arroyo que cruzaba la carretera, sintiendo grata la ternura del agua fresca, se sentó a la vera del camino mojando sus pies en la suave corriente. La gente pasaba por su lado sin parar mientes en ella.

Mientras el agua del arroyo refrescaba sus cansados pies, la indiecita que tampoco ponía atención en los transeúntes, dejó que su cerebro captara una serie de recuerdos y se perdiera en largas meditaciones. Hacía pocos años que había partido de estos mismos lugares, llena de dicha y optimismo, siguiendo a Julián Chuquimia sin el menor pesar de abandonar a su madre viuda y a su hermano. ¡Cuán distinto fue el viaje a la mina! La alegre pareja recorrió el mismo camino, sin percibir las distancias ni tener noción del tiempo, deteniéndose allá donde quería y aunque viajaba de fuga, pues Julián había "robado" a la "Ulincha", sentían como si el mundo entero les abriera los brazos acogedoramente. ¿No fue por allá mismo, justamente detrás de esos viejos molles, donde, después de muchas risas, forcejeo y manotazos, el mozo, jugando, logró derribarla sobre el verde lecho del alfalfar...?

Los recuerdos perseguían a Donata. Llegaban desordenadamente, a veces acariciadores, a veces tristes. Dolorosos, formando nudos en la garganta, o dulces, haciendo surgir sonrisas hasta en el mismo corazón.

Después, por medio de cartas llegadas alguna vez a la mina, los familiares les instaron al retorno. Ese retorno tan largo tiempo planeado por Chuquimia: un regreso triunfal con ropas nuevas, con dinero suficiente para comprar un terreno y con su Julián trabajador y fuerte, que habría conquistado el cariño de los suyos, aparte de la admiración y envidia de los extraños... Ahora, esos sueños se había esfumado como los celajes en el poniente cuando llega la noche. De tantas ilusiones, sólo le quedaba el hijo que llevaba en los brazos.

A pesar de las dolorosas remembranzas, la idea de ver nuevamente a la madre y al hermano, a quienes con la ausencia había enaltecido, la llenaba de dicha y obraba sobre su espíritu como paliativo a sus acongojantes recuerdos. La madre, hacendosa, buena y respetada por todos, conservando celosa y virtuosamente su viudez no obstante ser relativamente joven; el hermano de apacible carácter y trabajador como un buey de labranza. Cuando murió el padre, el hermano que entonces era un adolescente, se había hecho cargo del pegujal, cumpliendo con los patrones de la finca todas las obligaciones de los colonos como si fuera un antiguo y experimentado jornalero. En esa forma pudo conservar para la familia los terrenos, el rancho y el corral con sus animales.

Toda vez que Donata Ari quería recordar a los suyos, imaginaba a la madre delante de un telar con el rostro grave y ceño fruncido, tejiendo afanosamente un poncho o un *pphullu* y al hermano sudoroso, polvoriento y con los pantalones arremangados hasta las rodillas, conduciendo diestramente una yunta de bueyes para arar el barbecho de hacienda. Así había visto muchas veces a ambos antes de salir de "Jatum Rancho", nombre de la finca en que vivían.

Largo rato estuvo cavilando y sólo cuando advirtió que la tarde caía, se incorporó para reiniciar la marcha. Muy poca distancia le faltaba recorrer y a esa altura del camino, cada lugar le traía algún nuevo recuerdo de su infancia o juventud. Todas las cosas que miraba le resultaban conocidas: árboles, chozas, campos labrantíos, acequias y hasta piedras de la carretera. Con facilidad notaba las pocas cosas que habían cambiado durante su alejamiento: aquí faltaba la figura corpulenta de una añoso molle, transformando con su ausencia el paisaje familiar, allí, habían puesto una lechada de cal a la choza del viejo Apuli; más allá, habían construido un puente rústico sobre la rumorosa acequia. Pese a los pequeños cambios, casi todo estaba igual y esa circunstancia le producía una sensación de sosiego y de tranquila dicha.

Por fin cuando el sol se ocultaba detrás de la cordillera, llegó a un lugar desde el que podía divisar su rancho. Tuvo que detenerse para reprimir su emoción y alegría. Nada había variado en su casa: los cuatro o cinco árboles frondosos seguían rodeándola, con sus manos inclinadas hasta la paja del techo en ademán protector; el corral con cerco de arbustos espinosos; el pegujal que a la sazón se hallaba cruzado por simétricos surcos de siembra.

Después de un corto lapso de muda contemplación llegó hasta la casa. Como un ladrón, trataba de acallar el ruido de sus pisadas y los latidos de su corazón. Ahí estaba Sebastiana, la madre, atizando el fuego. A pocos pasos de ella, la viajera quedó mirándola en silencio. Después de un rato, se decidió a hablar:

— ¡Mamay!

La madre, incorporándose vivamente, estupefacta, examinó a la recién llegada. En su rostro bronceado, fuera del gesto de sorpresa y pasmo, no se podía percibir ninguna otra impresión.

— Habías regresado— comentó lacónicamente.— Descansa. Pareces fatigada.

Donata obedeció sentándose en el suelo frente a la madre, que también se reclinó sin dejar de observar detenidamente a su hija. Al reparar en el niño que cargaba Donata, sin comentario alguno, lo tomó en brazos y comenzó a moverlo amorosamente. Después, volviendo a dirigir la mirada a su hija, preguntó:

— ¿Y el Julián...? ¿Te ha dejado...?

— No, *mamay*— contestó la muchacha con voz quebrada.— Se ha muerto.

Y entre lágrimas y sollozos contenidos, relató toda su historia desde que salió del hogar hasta el trágico accidente de Julián Chuquimia en la mina "Mavilla".

La madre escuchó en silencio, sin interrumpirla y continuó callada cuando Donata terminó de hablar. Por toda demostración de consuelo, puso una de sus manos sobre la cabeza de la hija, acariciándola suavemente. Como no había ocurrido en mucho tiempo. Donata sintió tranquilizarse su espíritu al simple influjo de esa tosca mano que la mimaba. Recordó, cómo en esa misma forma muda, cientos de veces, en su infancia, había sido consolada cuando recibía una azotaina del padre, o el profesor le regañaba por no aprender alguna lección y aquella otra vez, ya muy lejana, cuando al retornar las ovejas al aprisco, se le extravió un hermosos cordero, suceso que le causó indecible pena. ¿Qué raro encantamiento tendría la mano de su madre?

—¿Y el Severo, *mamay*?— inquirió Donata, acordándose de su hermano.

— Ha ido a la ciudad llevando carga de la hacienda. Regresará mañana.

—¿Y sigue siendo bueno?

— Los que nacen buenos, mueren siendo buenos — contestó Sebastiana sentenciosamente.

En ese momento se oyó un llanto de criatura de procedía del interior de la choza. Sebastiana se levantó con prisa devolviendo su hijo a Donata; entró en la casa regresó luego con un niño de pocos meses entre sus brazos, al que movió suave y monótonamente para hacerle callar. Donata contempló admirada la escena sin atinar a comprender su significado.

—¿De quién es esa guagua? — preguntó después de largo silencio.

—Es tu hermano— contestó la interpelada, agachando la vista. Como el niño siguiera llorando, abrió su camisa y acomodó el pezón de uno de sus abultados senos en la boca del pequeñuelo, que empezó a mamar con glotonería.

Las dos mujeres no cruzaron más palabras. Había surgido entre ellas un silencio cargado de interrogaciones, de dudas, penas y quizás de mudos reproches.

Mientras tanto, la obscuridad de la noche tornóse más densa. Las estrellas titilaban en el cielo como en fiesta de luciérnagas y una brisa suave susurraba confidencias al follaje de los árboles. Lejos y en varias direcciones, brillaban intermitentes los fogones de los ranchos. A cortos intervalos, un fuerte ladrido de perro cortaba el silencio, contestándole como un eco, el de otros distantes. Cuando callaban los perros, sólo se percibía el ruido del aire entre los árboles. De pronto, partiendo de algún charco de agua próximo, se elevó el croar de un sapo. Un croar lento, monótono y ronco. Luego, como obedeciendo a una señal misteriosa, numerosos sapos empezaron a croar simultáneamente en

vigoroso conjunto, con matices fuertes y débiles, para acabar callando al mismo tiempo. Después de breve silencio, surgió nuevamente la voz grave del solista, para conjuncionarse otra vez con el canto de los demás componentes del caprichoso y extraño coro.

* * *

Desde el día siguiente, la vida de Donata Ari se normalizó en el hogar. La madre le asignó distintos quehaceres domésticos y paulatinamente pudo ver a toda la gente del lugar, rehaciendo viejas amistades y reconociendo fisonomías olvidadas.

Una de las mayores satisfacciones que tenía Donata en ese primer tiempo de su retorno, era la de conversar con su hermano. Severo Ari no había cambiado nada en el tiempo que duró su separación. Físicamente continuaba siendo el muchacho pequeño y vigoroso que siempre recordara y por otra parte no había perdido sus principales cualidades: amor al trabajo, bondad y dulzura de carácter.

Cuando en las tardes Severo regresaba de sus labores, Donata venciendo el natural un poco taciturno del mozo, lo conducía a sostener extensas y triviales charlas. Hablaban de las personas amigas, de las probabilidades de la próxima cosecha, de los animales que poseían y cuyo número deseaban aumentar. Otras veces recordaban sus tiempos de escolares que pasaron juntos, se lamentaban de haber aprendido muy poca cosa, pues apenas sabían leer y escribir con dificultad, aparte de conocer rudimentariamente las cuatro operaciones de aritmética. Comprendían que sobre ellos pesaba la ignorancia como una maldición y que si hubieran aprendido algo más, tal vez habrían podido mejorar sus condiciones actuales.

Desde que Donata llegó de la mina, se sentía punzada por la curiosidad de saber quién podía ser el padre del niño que de un modo tan imprevisto encontró en su casa. Repetidas veces intentó aclarar el enigma por medio de su hermano, pero éste respondía con evasivas. Sin embargo, en cierta ocasión en que volvieron a tocar el mismo tema, ella creyó entrever un chispazo de cólera en la mirada de Severo y aunque hizo todos los esfuerzos al alcance de su imaginación para obtener algún dato revelador, no pudo conseguir otras palabras de explicación que las ya acostumbradas de "no se".

Una tarde, mientras esperaban pacientemente que Sebastiana les llamara para darles la comida, Donata preguntó a su hermano:

— Y lo patrones, ¿cómo son?

— No son tan malos —contestó Severo, moviendo la cabeza con desgano—. Rara vez nos pegan y generalmente desahogan su rabia insultando y ame-

nazándonos, pero sin llegar a tocarnos. Como tú sabes, en "Juchuy Rancho" todavía azotan a los peones. Te acordarás que tu Julián salió de esa finca porque quisieron castigarlo en esa forma.

—Si, me acuerdo. Sucedió poco antes de que nos fuéramos...

Donata se puso triste y su hermano, al notarlo, trató de desviar la charla:

— A mí los patrones me tratan bien, nunca les doy motivo de queja y trabajo a conciencia.

—¿Y cuántas horas trabajas?

El hermano la contempló admirado porque nunca se le había ocurrido contar las horas que trabajaba. Iniciaba su labor cuando nacía el sol y regresaba a su casa al anochecer.

—¿Estás loca?— preguntó sonriendo.

— En las minas sólo se trabaja ocho horas.

— Así será en las minas.

Donata quedó reflexionado. ¿Por qué los hombres de las minas trabajando solamente ocho horas al día, llegan tan rendidos al final de la jornada mientras que en el campo, después de doce horas de trabajo quedan tan tranquilos? ¿Y por qué los mineros, tienen el carácter tan huraño y hosco, mientras a los labradores se les ve corrientemente satisfechos...? No atinaba a comprender.

—¿Y cuánto ganas al día?— volvió a preguntar.

—¿Ya te has olvidado? Nos pagan diez centavos de ración.

— ¡Pero es una miseria!

—¿Y el pegujal?

Otra vez en la mente de la mujer surgieron nuevas reflexiones. El pegujal que daban los patrones a sus trabajadores, ¿podía compensar el mismo salario que percibían...?

—No sabemos nada— concluyó sus meditaciones en voz fuerte y con acento despechado—. Y dime, ¿tú nunca has tenido inconvenientes con los patrones?

— No. Ya te he dicho que conmigo se llevan muy bien y con lo demás tampoco son muy malos. Sólo el niño Alberto...— dudó el hombre sin querer concluir la frase.

—¿Qué hace el niño Alberto?

Severo continuó, hasta que finalmente pareció decidirse y contestó:

—¡Abusa mucho de las mujeres!

Y mientras decía estas palabras, nuevamente Donata creyó percibir en la mirada de su hermano, el mismo chispazo de cólera que entrevió cuando una vez hablaron del otro hijo de su madre...

— III —

Hermosa y clara mañana de verano. La noche anterior había llovido a torrentes y cuando llegó el alba, el cielo se despejó, haciendo el sol un maravilloso derroche de luz. El campo lucía, como ropa recién estrenada, ese verdor nuevo y fecundo que sucede a las fuertes lluvias.

En la casa de Sebastiana Ari podía observarse el típico cuadro pastoril de paz y tranquilidad del valle cochabambino. Los dos niños durmiendo en improvisadas hamacas de *pphullus* colgantes de las ramas de una vieja jarca. Sebastiana tejía afanosamente un poncho en el telar rústico, moviendo ágilmente las hebras de lana y los huesos pulidos. Donata preparaba el almuerzo soplando, con los carrillos inflados de esfuerzo, las ramas húmedas que servían de leña y en las que no podía prender el fuego. Los perros de la casa: "Ckori Soncko", el cojito "Cuasimodo" y revoltoso "Yana Ppiscko". descansaban perezosamente a la sombra de los árboles. Una vaca mujía en el corral cercano. En el terreno de labranza ubicado delante de la casa, adornado de plantas nuevas de maíz, Severo, sin prisa y sin fatiga, acollaba las plantas, extraía las hierbas que trataban de enseñorearse y arreglaba los surcos para que el agua de riego se deslizara sin tropiezos.

Por el fondo del pegujal apareció una figura de mujer: Casilda Condori, bella y atractiva indígena. Una de esas mozas del campo que contra lo que generalmente piensa la gente de la mujer quechua, no era fea ni arrugada, sucia o mal vestida, no tenía el vientre aflojado por las muchas gestaciones, ni los senos flácidos; tampoco era triste, melancólica o sufrida. Casilda Condori era una mujer morena y guapa, de labios jugosos y mejillas frescas, con las trenzas negras cuidadosamente peinadas, los ojos picarescos y sonrisa provocativa a flor de labios. Usaba pollera limpia que apenas llegaba hasta sus rodillas, dejando al descubierto las curvas llenas de seducción y las pantorrillas bien formadas. La camisa blanca y prieta modelaba los turgentes senos. Moza alegre y casquivana que se complacía provocando a la peonada de la región y, según murmuraban las viejecillas del lugar, no se quedaba corta al otorgar favores a sus muchos cortejantes.

Al reparar en la presencia de Severo Ari que seguía trabajando en el pegujal, ella se detuvo y sonriendo coquetamente, le gritó:

—¡Severo!

Ari dejó el trabajo y apoyándose en el azadón preguntó de mala gana:

—¿Qué quieres?

—¿No has visto a mi burro tuerto? Se ha perdido.

—No lo he visto. Y tú ¿que no más haces que no lo cuidas?

—¿Qué te importa? —repuso vivamente la mujer. Luego, suavizando la voz explicó—: Fui al río a lavar, mientras tanto se había perdido.

—Seguramente estarías *ckalincheando* —bromeó Severo.

—Ahora "tata Carlo" te va enseñar...

—¡Entrometido!

—¡*Ckalincha*!

— Más bien ayúdame a buscarlo. ¡No seas malito! —pidió la mujer melosamente.

Severo, accediendo de buen grado, dejó su herramienta y caminó hasta el lugar en que ella se encontraba. Se acercó ladinamente y propinándole un pellizco en el brazo, le preguntó con malicia:

—¿Y que me vas a pagar, imilla?

—¡*Llocalla* atrevido! —reaccionó la muchacha y dando un fuerte manotón en la espalda de Severo partió a correr lanzando sonoras carcajadas.

El mozo muy complacido inició la persecución. Cuando lograba alcanzarla se iniciaba un nuevo duelo de pellizcos, golpes y empujones, en los que el objetivo del hombre parecía consistir en derribar a la zagala, y el de ella, en provocar y escurrirse con admirable astucia de las situaciones más difíciles, para emprender nuevas fugas a campo traviesa lanzando alegres risas y carcajadas.

En el desarrollo de este juego —que es el juego de amor de los quechuas— la pareja se fue alejando del rancho hasta perderse de vista. Durante algún tiempo, todavía llegaron a la casucha los ecos de las risas y chacotas.

La escena había sido presenciada por Sebastiana y Donata que no hicieron ningún comentario. Más bien quedaron sumidas en una absoluto mutismo, síntoma evidente de que alguna preocupación las abstraía y reconcentraba.

Desde aquel día, el carácter de Severo fue cambiando paulatinamente. A lo menos, así lo juzgaban las dos mujeres. Día a día se tornaba más taciturno y menos comunicativo; parecía rehuir las charlas con su hermana que, a fuer-

za de repetirlas diariamente, se habían convertido en costumbre; contestaba a las preguntas de la madre con monosílabos y, al final, ni siquiera hacía caso de los niños, a quienes antes se complacía en mimar y distraer en sus ratos de ocio. Por otra parte, sus ausencias del hogar se hicieron muy frecuentes, cosa rara en él que, hasta entonces, siempre había sido muy casero.

Como un aparecido, ingresó la preocupación en la choza que, desde el retorno de Donata, parecía libre de temores. Las mujeres intuían la causa del cambio de carácter de Severo: era aquella mujer, sin duda alguna. Seguramente le había *laickeado* para atraerle con sus maleficios. El abuelo de Casilda tuvo arraigada fama de brujo y aquel abuelo enseñó a la nieta sus muchos artificios. ¿Cómo explicar de otro modo sus repetidos éxitos en amor con tantos peones de la región? ¿No se decía que ella originó la ruina de Luciano Picha, volviéndolo tullido en venganza de no haber querido casarse?

—Esto puede traernos desgracia— sentenciaba la madre frecuentemente.

Sin embargo, tanto Sebastiana como su hija preferían guardar entre ellas estas preocupaciones, sin decir nada a Severo. Trataban al muchacho con la conmiseración y afecto con que se trata a un enfermo; rara vez se dirigían a él y al hacerlo, se esforzaban en dar una inflexión tierna y cariñosa a sus palabras.

Mientras tanto, el lugar iba llenándose con la noticia de los amores de Severo con Casilda y se acentuaba el rumor de que aquel idilio concluiría en boda segura.

Frecuentemente la vieja Satuca aparecía por el rancho de los Ari con uno u otro pretexto; pero en realidad con el evidente propósito de llevar novedades; dudas y temores.

—Mama Sebastia, ¡tenga cuidado! El Severo anda mucho con la Casilda. Otros también lo hicieron, pero poco tiempo...

—Donata, ¿por qué lo dejan a tu hermano con la Casilda?

—La Casilda es mala hembra. Es corrompida y bruja.

No respeta a los hogares y tienta hasta los hombres casados;

¡No parece hija de mujer, sino de mala perra!

—La gente dice que ustedes debían hacer algo y no permitir que el Severo se enlode.

—La Casilda ha dicho que se va a casar con el Severo, aunque todo el mundo se oponga.

—Esa perra domina hasta a su padre, el "curaca", que no tiene miedo a nadie sino a ella.

Los chismes de la vieja Satuca calentaban las pobres cabezas de las dos mujeres y las sumían en nuevas preocupaciones y renovados temores. Pero aún no se animaban a intervenir, en la confianza de que la cosas se compusiera por sí solas, reservando su influencia directa como último recurso en el que cifraban todas sus esperanzas.

Quien acabo de decidir a Sebastiana para que interviniera fue la comadre Florentina que un día llegó al rancho con el ceño fruncido, llamó aparte a Sebastiana y sin preámbulo, le dijo:

—Vengo a hablarte del Severo. Ya te habrás enterado que todo el mundo está hablando de sus amores con la Casilda y de su posible matrimonio. Creo que tienes que hacer algo, comadre. Esa mujer no puede convenir a tu hijo de ninguna manera. El Severito es bueno, honrado, trabajador y esa mujer podría perderlo.

—Ya lo sé. Ya lo sé —repuso Sebastiana con angustia—. Pero ¿qué puedo hacer yo, comadrita?

—Habla con él —aconsejó doña Florentina—. Llámalo al orden. Explícale su error y las consecuencias que puede tener en su vida un paso tan grave como el que quiere dar. Si es preciso llévale a casa del cura para que se confiese... Pudiera ser cosa del diablo.

—Yo creo que va a pasar el mal rató por sí solo y que volverá al buen camino, sin necesidad de que yo haga nada— casi imploró Sebastiana. Después, con esa innata facilidad de los quechuas para encontrar objetivas comparaciones, reforzó su pensamiento: —No ves comadrita, ¿cómo a veces se extravía un cordero, se separa de toda la manada, se pierde varios días y después, sin que nadie lo busqué, o más bien cuando sus dueños se han cansado de buscarlo inútilmente, retoma el aprisco por sus propios medios?

—¡No comadre!... Los reparos se ponen antes de que lleguen las avenidas, porque cuando la creciente ya ha llegado, resulta inútil todo defensivo. Tú has tardado mucho; pero todavía estás a tiempo. ¡Hazlo de una vez, comadrita!

—Y si hablándole, ¿no consigo resultado alguno?

Frente a la posibilidad que planteaba Sebastiana, su comadre quedó pensativa. Después de un momento de silencio, arguyó:

—Si no consigues disuadirlo, él solo tendrá que cargar con las consecuencias. Tú quedarás con la satisfacción de haber hecho lo que debías. Sería mu-

cho peor ver llegar los males a tu casa, cruzada de brazos y sin hacer algo para ahuyentarlos. ¡Háblale! Es tu único remedio.

No recibiendo respuesta, Florentina agregó:

—Si a pesar de tu intervención no consigues nada favorable, tendrás que adoptar el camino de la resignación y el de rogar a Dios para que nuestros temores sean infundados...

Cuando Florentina se alejaba del rancho, Sebastiana ya estaba convencida. La comadre era una sincera y buena amiga cuyo consejos siempre había tomado en cuenta, de modo que resolvió hablar con su hijo. Durante todo el día la buena mujer estuvo nerviosa en lo que tendría que decirle y con el desasosiego propio de la incertidumbre, deseaba que llegara de una vez el hijo o hacía votos porque se prolongara su ausencia.

Esa noche, cuando Severo regresó del trabajo, la madre decidió abordar cuanto antes el escabroso tema. A tiempo de alcanzarle la chúa con *lagua*, tratando de aparentar tranquilidad e indiferencia que estaba muy lejos de sentir, le preguntó con suavidad:

—Dicen que quieres casarte con la Casilda. ¿Es cierto, hijo?

Después de hacer la pregunta, Sebastiana clavó en los ojos del joven una mirada inquisitiva en la que se mezclaban el cariño y la energía. Sus primeras palabras tuvieron la virtud de alejar la timidez que había sentido durante el día, haciendo que se encontrara más dueña de sí misma. Severo, que no esperaba la pregunta, al observar la mirada de su madre, se sintió como chiquillo cogido en la falta, bajó la vista y sin responder, quedó abstraído en la ocupación de revolver la *lagua* con una cuchara de palo.

—¿Es cierto, hijo? —insistió Sebastiana.

Severo, apremiado por la mirada y las palabras de su madre finalmente respondió con voz queda:

—Es cierto, *mamay*...— Luego, con tono más decidido, agregó: —Quiero casarme después de Semana Santa.

Aunque Sebastiana esperaba la respuesta se sintió herida por ella. Vaciló algunos instantes y, en seguida, tratando de mantenerse serena, preguntó:

—Pero ¿acaso no conoces a la Casilda, hijo? ¿No sabes que es loca, y "lisa", *ckalincha*, que camina provocando a todos los hombres y que jamás podrá ser formal, se case o no se case?

—No *mamay*... Eso creemos porque no la conocemos bien; pero en realidad la Casilda es buena. Lo que tiene es ser alegre y chacotona y como la gente es mala y no comprende su carácter, habla contra ella.

—Pero ha habido mucha gente seria que la ha visto. La han visto entregarse a los hombres en la cumbres de los cerros, a la orilla del río y en medio de los maizales. Eso no hace una mujer buena y honrada. Se puede concebir que una mujer tenga una falta; pero no muchas. Cuando es una sola vez puede tratarse de simple desgracia; pero cuando son varias, no es desgracia sino perversidad.

—No *mamay*... La gente es muy mala. La Casilda es buena y estoy seguro de que al conocerla mejor, la vas a querer mucho.

—Yo la conozco bastante a la Casilda, Severo —terció discretamente, Donata—. Te acordarás que es de mi misma edad y que hemos crecido juntas. La conozco mucho y no la creo buena, Severito.

—Tampoco tu la conoces. Hace años que no hablas con ella.

—Tú estás ciego y no quieres ver nada —se exasperó Sebastiana—. Te ha embrujado. Porque esa mujer, fuera de ser mala, es bruja.

A medida que la charla se prolongaba, Severo iba adquiriendo aplomo y cuando escucho las últimas palabras de su madre, apuntó con una sonrisa:

—En la escuela nos enseñaron que no hay brujas ni embrujamientos...

—¡Pero tu hermana también iba a la escuela y está segura de que la Casilda es bruja!... Además, en la escuela sabrán muchas cosas, pero no saben nada de brujerías. Eso lo sabemos mejor aquí, sin profesores, como lo supieron nuestros padres y los padres de nuestros padres.

—No *mamay*, la Casilda no es bruja —volvió a sonreír Severo.

Sebastiana iba perdiendo terreno en la discusión y al notarlo, también fue perdiendo la calma.

—¡Es bruja! Y no solo es bruja sino que tiene el demonio en su cuerpo. ¡Por eso es bonita, por eso tienta y hace perder la cabeza!... Sin embargo, te advierto —concluyó enfáticamente— ¡que no he de permitir que te cases!... Si eres mi hijo, podrás hacerlo sin mi consentimiento, pero no debes olvidar que esa clase de matrimonios, siempre traen desgracia.

Se produjo un largo silencio. Sebastiana escrutó en los ojos de su hijo el efecto causado por la últimas palabras que pronunciara y, con íntima satisfacción, llegó al convencimiento de que ahora, era ella quien iba recobrando terreno. El mozo parecía anonadado bajo el peso de las últimas frases de su madre. Finalmente, contestó con lentitud:

—Está bien *mamay*... Siempre te he obedecido como una criatura y ahora también te obedeceré si así lo quieres. Si no me das tu permiso, no me casaré con la Casilda... Pero será culpa tuya si algún día me encuentras ahorcado en un árbol, o pisado por el tren, o despeñado de las rocas más altas del cerro... ¡Yo no podría vivir sin la Casilda, *mamay*!

Al escuchar la clara amenaza que encerraba la respuesta del joven, Sebastiana se estremeció. Tenía la batalla ganada ¡a qué precio y con qué riesgos! Su hijo no era una farsante y era seguro que pensaba sería y firmemente cumplir su amenaza. ¿Cómo convencerle, cómo disuadirle?

—¡Severo! —imploró— ¿Por qué no ves claro? ¿Crees que quiero tu desgracia? ¿No ves que todo lo hago por tu felicidad y todo lo dicho ahora es porque temo mucho que tu sueño pueda ser una pesadilla de la que nunca logres despertar? ¿Por qué me hablas de matarte, si lo que yo deseo es que tu vida sea tranquila y feliz? ¿Acaso no podrías olvidar a esa mujer y casarte con otra, tan buena como tu madre o tu hermana?

—No *mamay*. Yo no podría vivir sin la Casilda.

—Eso mismo es una prueba de mis temores. No me cabe duda de que esa mujer te ha embrujado. Y si no, ¿por qué no podrías vivir sin ella? ¿Por qué me amenazas con matarte, que el más grave pecado condenado por el cielo?

—No *mamay*. No me ha embrujado; pero no podría vivir sin ella —siguió insistiendo Severo, como una letanía.

La madre se rindió por fin. Era imposible luchar contra la decisión de su hijo, que la sentía, casi la palpaba, fuerte como una roca. Comprendió claramente que no sería posible torcer la voluntad del muchacho, sino a costa de grandes y terribles riesgos. Sólo quedaba pues, el camino de la resignación aludido por la comadre Florentina.

Quebrada por el dolor, concluyó:

—Yo no sería tu madre si aceptara tu obediencia en la forma como propones. ¡Me has vencido, Severo!... Puedes casarte con la Casilda, te autorizo para hacerlo. Pero ¡quiera el Señor del cielo y la *Mamita de Urcupíña*, que todo esto no nos traiga desgracia!..

- IV -

Cuando Severo Ari obtuvo la autorización materna para su matrimonio, recobró el buen carácter. Volvió a ser jovial y comunicativo, bromeaba con frecuencia, conversaba largamente con su hermana, jugaba con los chiquillos demostrando en todos sus actos la alegría juguetona que había perdido. Parecía que con su buen humor deseaba conquistar a los suyos para que vieran la boda con buenos ojos. Dábase cuenta en forma nítida, que la autorización de su madre había sido concedida forzosamente, pero no perdía la esperanza de que tanto Sebastiana como Donata, irían abandonando sus prejuicios en contra de Casilda y que al final podrían quererla. Su instintivo ideal parecía consistir en conciliar su cariño a la madre y a la hermana con el de su novia, haciendo desaparecer esa barrera existente entre las unas y la otra.

Con todo afán fue haciendo lo necesario para entrar en la vida matrimonial en las mejores condiciones posibles. En los momentos de ocio y en los días de descanso, junto a la choza de su madre, construyó una nueva y pequeña para que le sirviera de hogar. Una casita hecha como todas las moradas de los campesinos: con unos palos, algo de barro y muchas esperanzas.

Hizo frecuentes viajes a la ciudad y a Quillacollo, en los días de feria, para hacer algunas compras indispensables con sus flacas economías y tampoco olvidó la imprescindible visita al cura de la aldea más próxima para confesarse y comulgar piadosamente.

Las dos mujeres de la casa colaboraron cuanto les fue posible en los preparativos de Severo. Le ayudaron en la construcción del rancho, tejieron frazadas y ponchos, cosieron camisas y calzones de tocuyo, lavaron los cueros de oveja más blancos y grandes que tenían guardados en la casa y Donata tuvo el desprendimiento de regalar parte de ahorros de la mina, para que el hermano pudiera hacer las compras.

Mientras tanto, el tiempo avanzaba. Con los típicos ceremoniales de costumbre se hizo la *mañacka* formalizándose así el compromiso matrimonial de Severo y Casilda. De acuerdo con el "curaca", "tata Carlo", padre de la novia, se fijó la fecha del matrimonio para la fiesta de la Cruz, poco antes de las cosechas.

Otro día, muy ceremoniosamente, los novios y sus padres, ataviados con sus mejores ropas, fueron a la casa de Hacienda para dar parte del compromiso y nombrar padrinos de la boda a los dueños de la finca, don Cosme Salinas y su esposa.

El viejo Carlos Fuentes, tal era el nombre de "tata Carlo", resolvió dar una gran fiesta para el matrimonio de su única hija y con un mes de anticipación, hubo en su casa febril preparativo. "Se gaste lo que se gaste" era la consigna del anciano "curaca". Todo se hizo con minuciosidad y esmero; desde el aseo general de vivienda, a la que con tal motivo se pasó una mano de pintura, hasta la contratación del sacerdote, de la orquesta y la banda y la muy anticipada fabricación de abundante chicha en enormes cántaros de barro cocido.

El padre de la novia puso especial interés en las invitaciones que las hizo personalmente y con varios días de antelación, recomendando a cada uno de los convidados que no faltara a la fiesta por ningún motivo. Invitó en primer término a los tres patrones, luego al mayordomo y su mujer, al cura de la aldea y su hermana, al corregidor y su familia, al profesor de la escuela rural próxima y en fin, a todas las personas que vivían en dos leguas a la redonda y que para él tenían alguna importancia. Naturalmente, fuera de las personas de consideración, también invitó a la peonada del lugar.

Tenía el ingenuo deseo de deslumbrar con el brillo y boato de la fiesta, tanto a sus patrones como a los subordinados. Y a decir verdad, el preparativo y los sueños de grandeza de "tata Carlo" se vieron justamente correspondidos por el éxito del festín que quedó grabado en las mentes sencillas de los colonos de "Jatun Rancho" y sus intermediaciones, durante muchos años.

El día señalado para la boda, a las nueve de la mañana se realizó la ceremonia en la pequeña iglesia de... Estuvieron presentes todos los invitados, inclusive don Cosme Salinas y su señora que, muy protocolarmente, llenaron las funciones de padrinos. La numerosa concurrencia indígena, vestida con sus mejores galas en derroche de colores vivos, colmaba la iglesia. El buen cura, un señor rechoncho, moreno y pequeño, perfectamente acicalado con los ornamentos sacerdotales, como correspondía, a un matrimonio de primera clase, después de concluida la ceremonia, aprovechó la oportunidad de pronunciar un extenso discurso, en el que, después de recomendar obediencia a la esposa y consideración al marido en las mutuas relaciones de los cónyuges, se ex-

playó larga y profusamente en el tema —un poco sacado de los cabellos— de la sumisión y resignación cristianas frente a las adversidades de la vida, "las únicas armas", según decía, para conseguir la gloria eterna. Los indios escucharon contritos el sermón y posiblemente convencidos de que tenían segura la salvación de sus almas, pues su resignación jesucristiana databa de lueños siglos...

Concluido el discurso del sacerdote, la gente salió de la iglesia y mientras presurosamente se encaminaba a la casa de "tata Carlo", los novios e invitados "de respeto" montaron en coches facilitados por los dueños de la finca, trasladándose hasta el lugar de la fiesta.

Paulatinamente llegó la concurrencia congregándose en la casa del "curaca" y sus inmediatos alrededores. Los campesinos admiraron, pasmados, el color rosa chillón con que había sido pintada la casa y la pulcritud del barrido de los lugares despejados circunvecinos al rancho. También admiraron los centenares de banderines de papel de seda de vivos colores que ondeaban sobre la choza y los árboles aledaños, así como las cadenillas del mismo material y color que serpenteaban a poca altura y en todas direcciones; y los farolillos de papel para ser encendidos al anochecer y la larga mesa adornada con flores y papel picado, esmeradamente arreglada delante de la casa en la cual, sin duda alguna, serían atendidos los patrones y los convidados de consideración. En fin, los indios lo observaron todo curiosamente y todo mereció su más viva admiración.

Desde los primeros instantes se empezó a repartir chicha, profusa y liberalmente. Pronto llegaron los cuatro músicos que componían la peculiar orquesta, con armonio, violín, clarinete y acordeón. Su música fue alternando durante el día con la de una banda de instrumentos de viento y tambores, tan original como la misma orquesta.

La fiesta se inició con cuecas y de acuerdo con la costumbre, primero bailaron los padrinos con sus ahijados. El baile se efectuó sobre una tarima de madera preparada al efecto. Resultaba muy pintoresco el contraste de la desaliñada figura de don Cosme Salinas frente a la garbosa estampa de Casilda Condori y de la exuberancia anatómica de doña Concha Salinas delante de la diminuta aunque graciosa silueta del ahijado. Pero, por cierto, los concurrentes aplaudieron entusiastamente en los "ahora".

Casilda Condori, ese día estaba más guapa que otras veces. Contribuía a realzar su prestancia, la vestimenta: zapatos de charol negros; pollera verde, como una campana amplia en la base y ceñida en la cintura; blusa blanca con encajes rosados y la cabeza tocada con azahares naturales y un velo de tul blanco cayéndole por la espalda. Por su parte, Severo Ari se encontraba

apuestamente vestido con terno negro, camisa cerrada sin corbata, chaqueta corta dejando al descubierto un chumpi azul que le servía, al mismo tiempo, de cinturón y adorno y zapatos nuevos que, por ser recién estrenados, le molestaban un poco.

Después de bailar con sus padrinos los novios lo hicieron entre ellos, con gracia inimitable. Los invitados rodearon a la pareja, aplaudiendo frenéticamente en los "ahora", no sólo porque así lo exigía la costumbre, sino porque sentían verdadero entusiasmo al observar el donaire de los bailarines.

Severo era un artífice del zapateo. Al impulso de los hábiles golpes de sus pies ligeros, el entarimado resonaba acompasada y armónicamente.

Cobraba singular encanto la cueca bailada por los novios. Severo volcó toda su gracia en los movimientos con que adornaba la danza. Los pases de pañuelo por sobre la cabeza de la moza, junto con todos sus ademanes, parecían representar invitaciones de amor que la mujer aparentaba rechazar, fingiendo pudor con el gesto del rostro ruboroso y una ligera inclinación de hombros hacia adelante, como queriendo hurtar la tentación del busto; pero en otros instantes, se diría que al notar el desaliento del hombre, ella insinuaba una promesa con velada actitud de entrega haciendo renacer los solícitos requiebros del mancebo, hasta que por último, el "ahora" y el entusiasmo de ambos, parecía señalar el fin de las dudas y la correspondencia plena del amor.

Los convidados hicieron repetir tres veces la cueca de Casilda y Severo. Hasta don Cosme Salinas, muy frío de natural, instó a los bailarines para que repitieran la danza y doña Concha aplaudió exaltada, asegurando a sus vecinos de mesa que en sus mocedades también ella había bailado con gran presancia. Tampoco el señor cura pudo disimular su admiración, ante las socarronas miradas de Alberto Salinas.

Se generalizó la fiesta. Severo y Casilda volvieron a bailar con sus padrinos; Alberto Salinas, hermano menor del dueño de "Jatun Rancho", bailó con la hermana del sacerdote, una chola jovial y dicharachera; el profesor rural con la esposa del mayordomo; el "curaca" con Donata Ari y diseminados por todas partes, también danzaron los indios. Resultaba interesante la abundancia de colores de ponchos, mantas, rebozos, pañuelos y polleras, en el movimiento del baile general al aire libre, desde el rojo hasta el negro, pasando por el verde, el violeta, el azul y el amarillo, en sus tonos más vivos.

Por cierto no todos los bailarines atinaban a hacer figuras con la misma gracia de los recién casados. Había quienes se movían con rostros adustos y ademanes cansados, como si hubiesen sido obligados a bailar contra su voluntad; otros, con toda animación, pero sin pizca de gracia; éste con indiferencia,

aquel con gallardía; aquí tristes o melancólicos, allá alegres y en medio de voces y risas.

Todo el día continuaron bailando. Alternaron la cueca con *huayños y bailecitos* y los bailes con copiosas libaciones de chicha y comida succulenta y pantagruélica.

Solamente Sebastiana Ari no participaba del unánime regocijo. Bebía poco y no deseaba bailar. Acurrucada contra una pared de la casa, indiferente, lo miraba todo. Con el rostro cetrino, el gesto adusto y los brazos cruzados, parecía la imagen de una Buda cansado.

Su pobre cabeza seguía rumiando con intermitencia, preocupaciones y temores que no había querido comunicar a nadie. Las noches anteriores habían aullado los perros de la casa, cual si hubiesen visto muchas almas en pena. Una lagartija cruzó su camino, pasando justamente de izquierda a derecha, señal evidente de mala suerte. Y para colmo de males, la oveja más vieja de su manada había parido un corderito con un ojo único en la frente, fenómeno que sólo podía indicar mal agüero... Y el adivino, ¡Dios mío!, qué poco tranquilizador estuvo en la visita que le hizo para consultarle. Había "leído la suerte" en la coca masticada por Severo y en plomo derretido bruscamente volcado en una vasija con agua y después de repetir sus experimentos varias veces, movió la cabeza con pesadumbre murmurando las palabras fatídicas: "¡Desgracia!" "¡Desgracia!".

Un momento en que casualmente pasaba por allí doña Concha de Salinas, al reparar en Sebastiana, tan ausente de la general algarabía, preguntó admirada:

—¿Qué tienes Sebastiana?

—Nada *nifitay*.

— Pareces triste. ¡Por qué no vienes con los demás para participar de la alegría? ¿Acaso estás enferma? ¿Qué te pasa?

—Nada *nifitay*.

Extrañada se alejó doña Concha, mientras la cabeza de Sebastiana proseguía martilleando la palabra fatídica: "Desgracia".

* * *

Ya estaba a punto de anochecer cuando Casilda Condori se apartó de la gente, tal vez con ánimo de descansar un poco, acaso para despejar la cabeza de los humos alcohólicos. Casi nadie se dio cuenta de su alejamiento; pero Alberto Salinas la vio y con el mayor disimulo empezó a seguirla.

A cierta distancia de los concurrentes, Casilda se sentó al pie de un corpulento ceibo, en cuyo rugoso tronco apoyó la espalda, estirando las piernas con desgano. Se secó con un pañuelo la transpiración de la cara y cerrando los ojos, empezó a respirar profundamente como si quisiera conciliar el sueño. Alberto Salinas avanzaba hacia la mujer con estudiada lentitud, tratando de acallar el ruido de sus pisadas, caminando de puntillas; pero tropezó con una piedra y por conservar el equilibrio dio unos cuantos traspiés, delatando su presencia.

Casilda, al darse cuenta de la situación, sonrió coquetonamente y preguntó sin inmutarse:

—¿Qué te pasa niño Alberto? Pareces borracho. ¿A quién estás buscando?

El interpelado se acercó amablemente a la moza.

—Te estaba buscando porque quiero hablar contigo.

—¡Ja ja! —rió forzosamente Casilda—. ¿Qué “no más” quieres hablar conmigo?

—Hace mucho tiempo que no puedo encontrarte a solas y desde Todos Santos ya no hemos podido “estar” —insinuó Alberto.

—Si, pues. Todo este tiempo te habías “metido” con la “Jovera” de Suticollo —contestó la mujer con un mohín de resentimiento fingido.

Alberto Salinas rió sin ocultar su complacencia.

—No seas celosa. Sólo tú me has gustado siempre.

—¡Ajaja!...

—¿Ya no me quieres acaso, Casildita?

La muchacha volvió a reír. Después, recobró la seriedad y con cierto tono de dignidad, hizo notar:

—Ya estoy casada, niño Alberto.

Salinas, sin desanimarse, se sentó junto a la mujer e inició una charla picaresca y provocativa. Cuando juzgó —de acuerdo a su experiencia en estas lides— que el terreno estaba suficientemente preparado, apretó suave pero lascivamente los muslos de la mujer, invitando con voz queda:

—Por última vez, Casildita. Allá, en aquel maizal. Después de esta vez nunca más te molestaré y nadie sabrá nada.

¿Bueno, *Casildita*?

Poniéndose de pie, tiró de las manos a la joven, con suavidad, hasta lograr incorporarla. La mujer, todavía presentó una débil resistencia, y por último, cedió de buen grado a las incitaciones del galán.

Semiabrazados, lentamente se internaron en el maizal vecino.

Severo Ari, al notar la ausencia de su novia se puso a buscarla por los alrededores, llegando hasta el pie del ceibo, de donde alcanzó a divisar a la pareja que se internaba en el maizal. La culpa de su flamante esposa resultaba demasiado categórica para abrigar alguna duda y, atontado por la impresión que acababa de recibir y también por los humos del alcohol, como un autómatas, fue siguiendo a la pareja, sin saber a punto fijo la actitud que asumiría.

En la espesura del maizal dejó de ver a los perseguidos; pero continuaba escuchando las voces insinuantes de Salinas y las risas de Casilda. Esas risas martirizaban su espíritu al traerle la evidencia de que la mujer iba en pos de su aventura, por propia voluntad y con agrado. El recuerdo de las habladurías de la gente, de los presentimientos y la oposición de su madre a la boda y el de sus propias cavilaciones, se mezclaban en su mente con el eco de las risas de Casilda, atormentando su cerebro embotado.

¿Qué haría...? ¿Qué podía hacer en tan difícil e imprevisto trance? ¿Y qué era ese nudo que sentía en la garganta y ese estúpido e incontenible deseo de llorar? ¿Qué significaba esa gana de huir del lugar de su vergüenza? ¿Estaba tan borracho que había visto visiones...? ¡No! Ahí delante, a pocos pasos de él, seguía avanzando la pareja, dejando escapar el ruido de las plantas de maíz holladas o apartadas y el de las voces y las malditas risas de Casilda... —Mala hembra, mala hembra!... ¿qué podía hacer contra don Alberto que, siendo hermano de su amo, resultaba también su patrón? El respeto ancestral al amo luchaba en su alma con la furia de los celos excitados. ¿Qué haría contra don Alberto...? Matarle, destrozarle, cortarle dedo por dedo. ¡No había existido también algo entre ese hombre y su madre...?

A los breves instantes de brutal cólera que bullían en el interior de Severo Ari, sucedían otros momentos de desaliento, pusilanimidad y cobardía. Huir. Huir muy lejos si sus débiles piernas lo permitían. Huir. Huir siempre en desenfadada carrera, lejos, muy lejos, hasta el fin del mundo. Y gritar al huir “¡Perra, gran perra...” Otra vez las risas. Risas sonoras, alegres y punzantes como si fueran del mismo demonio...

—¡Perra, gran perra!—

Sentía en las sienes como el golpear de un martillo en el yunque y la impresión de que la cabeza le giraba vertiginosamente, necesitando afirmarse en ambos pies, para no caer rodando por el suelo. —¡Cochina chicha que hacía pensar tantas cosas!—

De pronto cesó todo ruido. Relampaguearon los ojos del hombre.

—¡Casilda! ¡Casilda! —Alarmado y colérico gritó a pulmón lleno mientras avanzaba corriendo y tropezando.

Allá estaban a su vista. Quedó paralizado. Alberto Salinas fugaba en desesperada carrera. Casilda continuaba tendida en el suelo, paralizada por el miedo, que se exteriorizaba en la palidez del rostro y en los ojos inconmensurablemente abiertos. Como huellas indudables de su culpa, todavía presentaba las polleras desordenadas, la blusa desabrochada y semidesgarrada la camisa que cubría el pecho.

Con más fuerza aún le martillaron las sienes a Severo. Sintió por un instante cierta alegría al ver huir al patrón, pero después quedó anonadado, permaneció inmóvil y sin saber que hacer frente a su mujer. Percibió otra vez el aflojamiento de las piernas y el irresistible deseo de escapar, mientras contemplaba a la muchacha con mirada estúpidamente dolorida.

Casilda reaccionó de su miedo al darse cuenta del estado lamentable del hombre que, como trapo colgado al viento, se balanceaba delante de ella. Vaciló un poco y en seguida, confiando demasiado en sus encantos y pretendiendo, ladinamente, explotar el instinto del hombre, invitó con ademán equívoco y cínico:

—"¡Aprovecha", sonso...!

Las palabras de Casilda restallaron como terrible latigazo en el rostro y el espíritu de Severo Ari, que nuevamente sintió bullir de fuego, el diabólico volcán de sus celos y de su rabia. —Conque, aprovecha sonso...— ¡El tendría que ser quien apague los deseos insatisfechos de aquella mala hembra...! Se acercó lentamente a la mujer, paso a paso. Los labios le temblaban como fiera rabiosa y su mente dejó de pensar, dando paso, únicamente, el feroz trepidar de su pasión afiebrada. No sabía para que estaba avanzando. Tan sólo sentía odio. Odiaba con furia, con ira, con extraño frenesí.

La mujer no vio el peligro. Se engañaba creyendo que su estratagema para salir del paso había tenido efecto y atribuía los ademanes raros del joven al alcohol bebido en exceso o a eróticos impulsos. Hasta el último momento, siguió sonriendo. Demasiado tarde se dio cuenta del peligro, tan tarde que le resultó imposible evitarlo.

Demasiado tarde percibió las manos crispadas del hombre que se apoderaban de su cuello apretándolo brutalmente. Demasiado tarde vio el brillo del odio salvaje en la mirada de Severo y sintió las dos rodillas que se hincaban

en sus senos semidesnudos, maltratándolos cruelmente. Demasiado tarde oyó el jadeo colérico del hombre y aquellos ahogados insultos de "¡mala perra!", que surgían como ronquidos de la seca garganta; mientras sus manos huesudas y hercúleas, apretaban más, más y más...!

- V -

Al día siguiente se tuvo noticia del crimen. La noche anterior todos estuvieron demasiado ebrios para poder darse cuenta de la desaparición intempestiva de la pareja y si alguien la notó, es posible que le atribuyera a la impaciencia natural de los recién casados.

Un niño que recorría el maizal espantando pájaros, encontró el cadáver de Casilda. Despavorido corrió llevando la alarma y antes de que se recogiera el cadáver, ya se había esparcido la nueva por toda la región, con detalles extraídos de la realidad y también de la imaginación de los relatores.

—¿No sabe comadre Jacinta? El Severo había estrangulado a la Casilda. La había sorprendido poniendo debajo de su cinturón un muñeco con espinas y pelos, para embrujarlo.

—¡Mama Ichila ¡Qué tal desgracia! El Severito había descuartizado a la Casilda, porque descubrió que tenía amores malditos con el "tata Carlo". Era muy mala mujer y tarde o temprano iba a encontrar su merecido; pero el pobre Severo se ha traído desgracia, porque el padre de Casilda se vengará ya sea matándolo o metiéndolo a la cárcel.

—¡Juliana! ¿Has sabido lo de la Casilda? Esa perra tenía que acabar en esa forma.

—El Severo no aparece por ninguna parte. Dice la gente que también se ha matado.

—El "curaca" no parará mientras no encuentre al Severo y me han asegurado que ya ha convenido con los patrones para traer soldados de la ciudad.

—Pobre Sebastiana... Tanto que quiere a su hijo.

— Dicen que la Casilda tiene la lengua afuera, los ojos saltados y el cuello hinchado.

—Tan bueno que era el hijo de doña Sebastiana...

Mientras los comentarios del suceso recorrían por "Jatun Rancho", sacudiendo la monotonía cotidiana de la vida de sus habitantes, Carlos Fuentes, pasado el estupor que le causó la noticia y luego de recoger el cadáver de Casilda, se puso a jurar sin interrupción que tomaría cruel venganza por sus propias manos y que revolvería el mundo entero hasta encontrar al asesino de su hija. El pobre hombre procuraba aturdir su dolor con los planes de revancha que forjaba. Ordenó a algunos peones de confianza que buscaran a Severo por todo el rancherío, por todos los maizales y trigales y que registraran con minuciosidad la casa de Sebastiana Ari. Amenazó a los indios con tremendos castigos y represalia implacable si ocultaban al fugitivo o viéndole no lo denunciaban. Después se apersonó en casa de los patrones a presentar sus quejas entre lágrimas e imprecaciones y obtuvo de don Cosme Salinas la formal promesa de llevar agentes de policía para capturar al criminal.

El "curaca" estaba aturdido. Nadie podía dudar del amor entrañable y ciego que sentía por su hija, al extremo de que los vecinos del lugar pensaban que se encontraba dominado por ella. Siempre había perdonado las faltas de Casilda y dándole gusto en sus menores caprichos. El buen hombre divinizaba la memoria de la hija que a sus ojos, había sido la suma de todas las perfecciones. Por lo demás, pese a sus locuras, Casilda se había caracterizado por su abnegada devoción filial, haciendo que nunca faltaran para su padre los mimos, las bromas, las risas y un adecuado buen trato. La comida siempre estaba pronta, la casa aseada y la ropa recosida y limpia. Por ello, para el viejo indígena, su hogar constituía un verdadero refugio de paz donde pronto olvidaba sus desazones e inquietudes.

Sin duda alguna, tendría que pasar mucho tiempo hasta que Carlos Fuentes pudiera hallar consuelo.

En cambio, la reacción que produjo el suceso en la generalidad de la gente de "Jatun Rancho" fue favorable a Severo. La simpatía del mozo y la respetabilidad de Sebastiana, así como la animadversión que existía hacia el "curaca", exigente y abusivo en el trabajo y servil defensor de los intereses de sus patrones, aparte de la resistencia sobre todo femenina que en vida había provocado Casilda, marcaron la posición de los indios frente a los acontecimientos: francamente adversa a "tata Carlo" y favorable o por lo menos condescendiente hacia Severo.

* * *

El entierro de Casilda fue tan pomposo como lo permitió la prisa en realizarlo de Carlos Fuentes, cuando pasaron las primeras impresiones de dolor y furia. Hubo cajón de muerto toscamente labrado en alguna aldea próxima, cruz de madera pintada de blanco con el nombre de la difunta en adornadas letras, coronas de papel de seda morado, muchos ponchos y rebozos negros, plañideras y responsos religiosos.

La indiada de la finca asistió en gran mayoría al entierro. Unos fueron por curiosidad, otros porque tenían costumbre de asistir a esta clase de ceremonias y el resto por miedo o respeto al "curaca".

El ataúd fue trasladado hasta el pequeño cementerio del lugar por seis peones robustos de graves rostros. A continuación, el padre de la muerta, severamente enlutado y tratando de ocultar sus lágrimas, abrió el cortejo de los dolientes. A su lado marchaba el sacerdote de aldea, salmodiando oraciones. Detrás caminaban cuatro plañideras, tocadas con mantones negros cubriendo no sólo sus cabezas sino también las caras. Lloraban ininterrumpidamente lanzando algunos momentos alaridos histéricos. Después, el cortejo fúnebre se hallaba formado por los indígenas, hombres y mujeres que, con semblante entristecido, caminaban en pequeños y desordenados grupos.

Cuando la comitiva llegó al cementerio y el ataúd fue depositado al lado de la fosa, el sacerdote con voz grave rezó los responsos de ritual, repartiendo frecuentes bendiciones con un isopo de plata mojado en agua bendita. En seguida, los improvisados sepultureros introdujeron dificultosamente el cajón en la fosa y empezaron a echar paladas de tierra. Carlos Fuentes no podía contener las lágrimas que resbalaban por su rostro y ahogaba sus sollozos en medio de hipos. Las plañideras aumentaron el tono de su llanto hasta convertirlo en gritos destemplados, para hacerlo decaer poco a poco, dando paso a la voz de la plañidera mayor que, en medio de lágrimas, con cantinela monótona y enervante, hizo el panegírico de la difunta:

—Con quien nos has dejado Casildita.
¿Porqué, pues nos has abandonado?
Tanto que nosotros te queríamos.
Y ahora ¿qué ha de hacer el "tata Carlo"
cuando cansado regrese del trabajo
y no haya en su casa quién le atienda
ni quién le prepare la comida...?
ni quién le cuide sus ovejas...?
¿por qué, pues, nos has abandonado?
Tú que eras tan buena y tan bonita

tan linda como la luz de la mañana
tan blanca como cara de la luna,
tan limpia como el agua de la fuente,
tan suave como balido de ovejas,
tan tierna como arrullo de torcaza...
¿Con quién nos has dejado, Casildita?

Durante mucho rato, prosiguió la pesada letanía.

Al regresar del Cementerio, los indios se fueron desgranando por senderos, chozas y sembrados. Sólo llegaron hasta la casa del "curaca" las cuatro plañideras y unos cinco o seis íntimos, que entre frases de condolencia y recuerdos de la difunta quedaron hasta altas horas de la noche bebiendo la chicha que sobró del día anterior. "Tata Carlo" fue aturdiendo sus penas poco a poco y las plañideras ahogaron su llanto en el alcohol...

* * *

La noticia del crimen causó impresión terrible en Sebastiana y Donata. Sin llantos, lamentos, ni escenas dramáticas, sufrieron intensamente y desde el primer instante comprendieron la gravedad de las cosas y las consecuencias que podrían derivar del desgraciado suceso. Tenían la sensación de que el mundo entero se venía sobre ellas.

Sus preocupaciones aumentaban con la falta de informaciones de Severo, a quien, aparentemente, nadie había visto después del crimen.

—¿Qué será del Severo? —preguntó Sebastiana a Donata, una noche en la intimidad de la choza que les servía de aposento, rompiendo el silencio de un interminable desvelo.

—Se habrá ido, *mamay*.

—Cuanto antes huya muy lejos, será mejor —apuntó Sebastiana, agregando luego—: Si lo cogen lo meterán en la cárcel por años de años, si es que no lo fusilan.

—Pero... ¿No debía despedirse de nosotros antes de irse?

—No habrá podido. Vigilan mucho nuestra casa. Ya viste el registro de ayer. Se habrá ido "no más" y ha hecho bien. ¡Qué Dios le proteja! ¡Qué Dios le proporcione otro lugar para que pueda olvidar el nuestro, porque con nosotras nunca más podrá vivir!.

Después de una pausa, la misma Sebastiana como contestando a sus propios temores agregó:

—Ojalá se haya ido... Si lo encuentran aquí, será espantoso... Pero sería peor... —vaciló un momento y penosamente prosiguió—: ¿Te acuerdas que una vez tu hermano me habló de matarse si no podía vivir con la Casilda?

—¡No digas siquiera, *mamay*! —imploró Donata con angustia.

—Ojalá no sea; pero si vieras cómo me persigue ese pensamiento y me ajusta el pecho este temor... Si vieras qué cosas sueño cuando consigo dormir..., anoche vi a tu hermano ahorcado, colgado del *chilijchi* de la casa de hacienda... ¡Qué horrible! ¡*Diosito!* *Nifitoy!* No lo permitas. ¡Todo menos eso! ¡Qué yo me quede ciega, que me quede paralítica, que se mueran todos nuestros animales, que se *khenchache* para siempre nuestro pegujal, todo, todo, menos eso!

—¡No hables así *mamay*! —suplicó la hija, herida por el mismo temor.

Sebastiana parecía afebrada. No era común en ella hacer partícipe de sus temores a otra persona; prefería rumiar sola sus pesadumbres, pero aquella noche tornóse comunicativa y sentía como si su alma oprimida se desahogara narrando sus presentimientos.

—Otras veces, temo que en cualquier momento llegue alguien a avisarnos que han encontrado su cuerpo destrozado al caer desde alguna roca del cerro. ¡Dios mío! ¿por qué nos persigue tanta desgracia?

—¡Ya no hables así, *mamay*, ya no hables...! No te aflijas. Habrá huido. Si hubiera pensado matarse ya lo habría hecho y lo supiéramos ya porque las malas noticias vuelan.

—¡Dios mío! ¡*Nifitoy!* ¡No lo permitas!, siguió murmurando la atribulada madre—. ¡No lo permitas!

* * *

Pocos días después, de acuerdo a gestiones que hizo en la ciudad don Cosme Salinas, llegaron los representantes de la Policía de Seguridad; ocho soldados, un cabo y un agente civil. Este último inició de inmediato las investigaciones, abriendo un proceso con innumerables interrogatorios, en el que sólo pudo llegarse a los siguientes resultados: que Casilda Condori había muerto estrangulada en un maizal, posiblemente a manos de su esposo Severo Ari; que el presunto autor del crimen se había dado a la fuga sin dejar rastro de ninguna clase y que, al parecer, tratábase de un homicidio por causas ignoradas, ya que a los recién casados, nadie les había visto refirir ni tener disgusto alguno. Por otra parte, el agente civil, coligió que el crimen sólo podía ser atri-

buido al estado de suma embriaguez en que se encontraba Severo Ari el día del suceso o a un "típico caso de asesinato, cometido por un criminal congénito y lombrosiano que mató por el gusto de matar", según rezaba textualmente el informe dirigido a sus superiores.

Tan solo tras de los inútiles papeleos que entre interrogatorios, informes, reconstrucciones y otros requisitos, hizo perder a los policías cuarenta y ocho horas, se pusieron a buscar al "presunto autor del crimen", acompañados y asesorados por Carlos Fuentes. Iniciaron la búsqueda del fugitivo en la casa de Sebastiana Ari, a quien encontraron en la puerta.

—¡Esta canalla está ocultando al asesino! —afirmó al verla el "curaca" y dirigiéndose a ella, preguntó amenazador—: ¿Dónde lo estás ocultando, gran perra? ¡Avisa de una vez, sino quieres que te cueste caro!

Sebastiana completamente amedrentada al ver a los soldados y la furia de "tata Carlo", balbuceó:

—¡No *tatay*! Yo no lo he visto más al Severito!

—¡Perra mentirosa! —bramó el indígena dándole un manotazo que echó por tierra a la mujer.

A no mediar la intervención del agente civil, el enfurecido "curaca" hubiera seguido maltratándola; pero el funcionario logró aplacar al agresor.

Concluido el incidente, los policías procedieron a practicar un minucioso registro de la casa así como de sus alrededores. Ante los resultados negativos allá obtenidos, procedieron a efectuar sus investigaciones en todo el caserío de "Jatun Rancho". Revisaron los sembrados de hacienda y los pegujales de los colonos. Registraron los recodos del río, la falda de la cordillera y las fincas vecinas sin encontrar la menor huella del prófugo.

Por cierto, los soldados trataron de obtener el mejor provecho personal de sus obligados días de campo, consiguiendo aquí un pato, allá unos huevos, más allá un cordero que adquirían a vil precio o gratuitamente, según la psicología más o menos tímida de los campesinos y según el grado de abuso de autoridad que utilizaban los representantes de la justicia. A decir verdad, fue Carlos Fuentes el que más sufrió la presencia de los funcionarios, pues tuvo que alojarlos en su casa y hacerles preparar diariamente abundante comida y proveerles de no menos abundante chicha. Aparte de eso, los agentes se sintieron dueños de los animales del "curaca", pues raro era el día en que no separaban una oveja o una gallina, para llevarse de recuerdo según aseguraban al atolondrado indígena.

* * *

Al cabo de ocho días de inútiles pesquisas y de obtener en el rancho de su anfitrión y en las viviendas de los demás peones cuanto les fue posible, los soldados y el agente civil dieron por terminadas sus investigaciones y regresaron a la ciudad.

En la casa de Sebastiana Ari, a medida que el tiempo transcurría, aumentaban el desaliento y la incertidumbre, pese a la esperanza periódicamente renovada de que Severo hubiera podido fugar.

De todos modos, había quedado desorganizada la vida del hogar. Los dos niños eran frecuentemente olvidados y sólo a fuerza de llantos y gritos se hacían atender; comían fuera de hora y apresuradamente; la ropa sucia se amontonaba en un rincón de la choza, sin que ninguna de las mujeres se resolviera a lavarlas; el telar yacía olvidado con una obra a medio tejer y la rueca de Donata echada en el suelo servía de pasatiempo a los perros de la casa. "Cuasimodo", el perrillo cojo de Severo, parecía enfermo de nostalgia, sin querer comer ni corretear; perezoso, se echaba todo el día con la mirada ausente, participando el desgano y desaliento de sus amas.

Para Sebastiana y Donata, las noches seguían siendo portadoras del temor. Los desvelos largos, preñados de angustia, dudas e ilusiones, proseguían enseñoreándose de la choza.

La noche que sucedió al retorno de la policía a la ciudad estaban las mujeres en sus lechos, despiertas pero calladas, tratando ambas de no pensar y de conciliar el sueño. El viaje de los soldados las había tranquilizado; pero la falta total de noticias del ausente, seguía atormentando a sus espíritus como una pesadilla. De pronto sonaron dos suaves golpes en la puerta de la casa, mientras los perros correteaban lanzando cortos ladridos. Madre e hija se incorporaron bruscamente sintiendo en sus pechos el golpetear acelerado de los corazones.

—¿Quién? —preguntó con voz temblorosa Sebastiana.

— Soy yo —repuso doña Florentina, empujando la puerta y entrando en la alcoba, junto con los tres perros de la casa.

— Buenas noches — saludó Sebastiana, sin poder disimular la desilusión que le causaba ver a su comadre, cuando tal vez esperaba al hijo. Sin embargo, al darse cuenta de la hora intempestiva de la visita, presumiendo que su amiga traía alguna noticia del fugitivo, preguntó, ansiosamente: — ¿Sabes algo de mi hijo?.

— Si todo este tiempo lo he visto a diario y hace poco rato también he estado con él.

— ¿Y por que no nos avisaste? — reprochó Donata.

— No podía decirles nada, por evitar sospechas. ya saben que la casa de ustedes siempre ha estado vigilada por los soldados y los secuaces de "tata Carlo". Ahora mismo, al venir me he encontrado con el Santiago, que no se cansa de espiar este lugar.

— Bien. Si no puede venir el, nosotros podremos ir. ¿Dónde...?

— No es conveniente que vayan ustedes a verlo — interrumpió doña Florencia—. Sería una imprudencia muy grave para el Severo.

— ¿Y cómo está? ¿Qué piensa hacer? ¿Dónde ha estado oculto? — la madre torció la conversación, formulando atropelladas preguntas, mientras Donata cavilaba.

— Ha estado yendo de un lado a otro, generalmente ocultándose en los maizales. Yo me encargaba de llevarle comida y avisarle por dónde lo buscaban para que pudiera cambiar de escondite. Piensa irse lejos, donde no lo conozcan, tal vez por la minas o quizá por Santa Cruz.

— Si debe irse — murmuró Sebastiana—. Debe irse cuanto antes... ¡Ay! comadrita, ¡cuánto te agradezco, todo lo hecho por él y no sabes qué enorme peso de encima me quitas al traerme estas noticias! Con la prolongada ausencia del Severo, yo pensaba las peores cosas. Ahora podré quedar tranquila. ¿Cuándo se irá?.

— Hemos pensado que debe irse esta misma noche; pues cada minuto que pasa estando aquí, es un nuevo peligro que corre. Pero no quería alejarse sin tener noticias de ustedes. Por eso me ha mandado. El teme que después de lo ocurrido, pudieran quitarles el pegujal.

— No creo que suceda eso. De todos modos, tienes que tranquilizar a mi hijo. Aun cuando sea, miénteles y dile que hemos hablado con el mayordomo y que no hay ningún temor al respecto. Haz cualquier cosa para despacharlo sin temores ni dudas. Quisiera que se vaya tranquilo, olvidando lo malo y sólo acordándose de las cosas buenas, para desterrar de su alma la sombra de la desgracia... Después de las tormentas suelen venir los amaneceres claros y llenos de sol... Dios va a querer que en su vida también brillen la calma y la dicha, después de los malos tiempos que ha pasado...

El quechua dulce fluía de los labios de Sebastiana como agua clara de manantial, surgida de las entrañas de la tierra:

— Dios es muy grande, comadrita... Dicen que El manda estas pruebas a sus preferidos, pero yo no dudo que también los protege y conduce. Hasta

hace un momento estaba muy triste pensando en mi hijo, más ahora veo claramente que él está protegido desde lo Alto. Será doloroso no verlo, no darle la última despedida; en cambio, adonde quiera...

—Pero, ¿no podremos verlo ni una sola vez? —Donata interrumpió exaltada.

—No, Donata —contestó la madre—. Ni siquiera nos quedará el consuelo de haber podido despedir a nuestro Severito. Debemos resignarnos. ¿No comprendes que sería peligroso para él?

—*Sí, mamay...* Pero es tan terrible pensar que no podremos verlo nunca más... —explicó Donata, con los ojos arrasados de lágrimas.

—Sí. Es doloroso; sin embargo todo me parece llevadero, al saber que mi hijo vive. Estará sufrido, tendrá una pesadilla en el alma pero ya ha vencido la obsesión del suicidio y otra vez volverá a ser el mismo de antes.

—Reaccionará pronto el Severo —ratificó doña Florentina—. La primera vez que se me presentó lo hizo con el rostro desencajado, los ojos hundidos y la mirada afiebrada, sus pelos en desorden. Tenía aspecto de loco, hablaba incoherencias y prorrumpía maldiciones. Después se fue apaciguando. Una vez me dijo: "Esa perra tiene la culpa de todo. Cuánta razón tenían ustedes en oponerse a mi matrimonio". Yo no quise hacerle muchas preguntas para no remover su tragedia; pero, ¿sabe Dios qué cosas graves le habrán impulsado a matar a la Casilda! Estos últimos días lo he notado más tranquilo, a veces hasta sonríe. Estoy segura de que muy pronto podrá reaccionar completamente.

Después de una pausa, concluyó la comadre:

—Bueno. Ya las he visto. Ahora iré a despacharlo al Severito..

—Espera —la detuvo Sebastiana—. Debes llevarle sus cosas y un poco de *ckockahui* para el viaje.

Apresuradamente, las mujeres prepararon el equipaje del viajero, ponchos frazadas, cueros de oveja, ropa, platos, una olla de barro. Pequeñas cantidades de "tostado", maíz, harina, "chuño", sal y queso. Al final el atado resultó grande y pesado; pero a medida que recordaban algo, seguían aumentando más cosas.

De un rincón de la choza donde tenían amontonadas sus ropas. Donata tomó un paquete de dinero, que entregó a doña Florentina.

—Nosotros no necesitaremos "plata" y en cambio él podría precisarla. Entrégale este dinerito que reunimos con mi Julián.

—Dios se los pague, Sebastiana y Donatita —agradeció doña Florentina—. Todo esto le servirá mucho al Severo.

—Llévalo al "Cuasimodo" más, para que le acompañe —sugirió Donata.

El perro cojo, miró inteligentemente al grupo como si comprendiera el proyecto y empezó a dar saltos de alborozo y ladridos de júbilo.

Cuando todo estuvo listo, doña Florentina cargó en sus espaldas el atado y después de despedirse, dio los últimos encargos del hijo:

—Me olvidaba decirles que el Severo ha recomendado cuidar bien a los chiquitos, hacer la cosecha después de diez días y seguir despiojando al ternerito.

Después salió de la casa rápidamente seguida por "Cuasimodo". Las mujeres acudieron a la puerta y alumbrando con la tímida luz de la vela contemplaron a la amiga que se alejaba del rancho. Donata lloraba silenciosamente. Sebastiana levantó la mano, como si despidiera a alguien.

—*Huahay!* ¡Que Dios me lo proteja! —Habló a la noche—. Que encuentre en otra parte la dicha que aquí no pudo conseguir. Que siga siendo bueno como fue hasta ahora. Bueno como el árbol. Como el árbol que soporta estoico el castigo del sol y sin embargo da su sombra al peregrino. *¡Huahuay!* ¡Que Dios me lo acompañe...!

- VI -

Después de la partida de Severo y pese a la fuerte impresión que sintieron Sebastiana y Donata, con su indefinida o tal vez definitiva ausencia, volvió la tranquilidad a los ánimos de ambas. Al desaparecer su incertidumbre sobre la suerte que habría corrido Severo y sabiendo a ciencia cierta que no le amenazaba ningún peligro inminente, fueron resignándose a la separación, y, aunque el dolor persistía, era más tranquilo y llevadero, libre de angustias y temores.

Su vida fue reorganizándose y otra vez la diligente actividad de las mujeres, restableció el orden en lo que antes había estado descuidado. Inclusive se aprestaban a iniciar la cosecha del pegujal, pues los maizales estaban en sazón.

Poco duró este período de relativo bienestar en el hogar abandonado por Severo Ari. Una mañana se presentó en la choza el mayordomo de "Jatun Rancho", Pedro Arispe, que, jinete en escuálido rocín, llegó hasta la casa llamando a voces a Sebastiana, ocupada en ordeñar una vaca.

Al escuchar los gritos del mayordomo acudió presurosa la mujer, secándose con el reverso de la pollera, las manos húmedas de leche recién ordeñada.

—¿Qué cosita, *nifituy*? interrogó al mayordomo.

Pedro Arispe, un mestizo gordo y grasiento, desmontó trabajosamente de su cabalgadura sin pronunciar una sola palabra. Sus gestos dubitativos, su aire contrito y su prolongado silencio, parecían denotar que no se animaba a explicar de una vez, los motivos que le habían llevado.

—¿Qué cosita, *nifituy*? —volvió a preguntar Sebastiana, presintiendo algo malo en ese remolonear del mayordomo.

—Doña Sebastiana... —por fin abrió la boca Pedro Arispe—. Yo no quisiera decirte, porque siempre te he estimado y también lo quería mucho al Severito;

pero el patrón me manda... Parece que el "tata Carlo" le ha metido cosas en la cabeza y dice que tienes que abandonar la finca y entregar tu casa y el pegujal. Dice que no habiendo en tu familia un hombre que pueda atender las obligaciones con el patrón lo perjudicas en vano. Por eso quiere que dejes esto para conseguir otro colono que pueda trabajar la Hacienda.

Sebastiana quedó muda de estupor y a medida que el mayordomo hablaba, el color de su rostro fue cambiando visiblemente. Alguna vez había pensado que sucedería esto y doña Florentina transmitiéndole las aprensiones de Severo, aumentó sus temores al respecto; pero siempre los había rechazado por parecerle imposibles de acontecer.

¿Cómo podían echarla de una casa donde había vivido tantos años, donde habían pasado su existencia incontables generaciones de antecesores? ¿Cómo le podían quitar ese pedazo de tierra que alimentó a su padres, abuelos y bisabuelos a justo cambio de trabajo prestado a los patrones, año tras año? ¿Acaso el pequeño pegujal no era suyo?.

—¡*Nifituy*, don Pedro! —Imploró la mujer—. ¿Cómo pues, me van a despedir? ¿Cómo pues, van a tener conciencia para echarme sin considerar que estoy vieja, golpeada por las desgracias y con niños pequeños?

—No es mi culpa, doña Sebastiana —aclaró el mayordomo—. Si la finca fuera mía, yo te dejaría "no más", pero es de los patrones y ellos han ordenado en esa forma. ¿Qué puedo hacer yo?

La voz de Pedro Arispe se dulcificaba. Después de todo no era tan mala persona y encontraba muy penosa su misión, por lo mismo que conocía el apego a la tierra que tienen los quechuas y lo duro que les resulta abandonar su terruño, sus costumbres y amistades. Por lo demás él también sentía el mismo respeto de la peonada para la mujer, con quien nunca tuvo inconveniente y sí, más bien, algún lejano recuerdo de gratitud.

—¡*Nifituy*! Tú, pues, ruégale al patrón, porque a ti te ha de hacer caso. Dile que la Donata y yo somos valientes para el trabajo y que entre las dos podríamos reemplazar al Severo. Yo sé manejar yunta y puedo alzar hasta una "carga" de papas. ¡Ruégale "no más" don Pedrito...! —imploró la mujer, que para dar más fuerza a su súplica cogiendo una de las manos de Pedro Arispe la besó repetidas veces.

—Bueno —accedió el hombre—. Le diré así y le rogaré; pero mucho temo que no acepte. Tú también anda pídele. Tal vez oyéndote se compadeciera y te hiciera caso.

Respiró satisfecho. En esa forma él se libraba aunque sólo fuera por poco tiempo de cumplir la órdenes del amo. Era rudo para exigir trabajo a la gente;

enérgico para hacer cumplir por los peones todas sus obligaciones; inexorable para castigar los robos; pero esta misión le resultaba incómoda y difícil, acaso porque inconscientemente, la encontraba injusta y cruel. Respiró aliviado, al hallar un camino que, por lo menos, retardaba su desagradable intervención en el caso de Sebastiana y aunque sabía lo estéril que resultaría implorar a don Cosme Salinas, alentó a la mujer:

—Si. Es lo mejor que puedes hacer. A veces el patrón es bueno y quién sabe si viéndote se ablande y te deje "no más".

—Tú también, pues, pídele don Pedrito —insistió Sebastiana.

—Ahora mismo, le voy a hablar —aseguró el mestizo, que montando trabajosamente en su caballo, se despidió—: Hasta otro rato doña Sebasta...

* * *

Poco después, Sebastiana y Donata, vestidas con ropas limpias y nuevas de día domingo y portando la una un cordero gordo y la otra una gallina amarrada de las patas y un canasto de huevos y "quesillo", llegaron a la casa de hacienda.

Los recibió el **pongo** que entró en las habitaciones para anunciar su presencia. Las mujeres esperaron en el patio a la sombra de una enorme ceiba. Tenían los rostros compungidos y la incertidumbre en las almas.

Por fin salió don Cosme Salinas haciendo resonar con sus botas las baldosas del patio. Tocado con un sombrero alón y con las manos en los bolsillos se plantó delante de las atribuladas mujeres, preguntando con aire altanero y displicente:

—¿Qué hay?

—Te estábamos trayendo estas cositas, patrón —contestó Sebastiana con voz desfalleciente, señalando tímidamente el cordero, las gallinas, los huevos y el "quesillo".

—¡**Pongo**! —llamó don Cosme. Y cuando éste hubo llegado, le ordenó—: Lleva el cordero y la gallina al corral y entrega ese canasto a la señora.

Tan pronto como el mozo desapareció de su vista llevando los obsequios, preguntó con tono más suave:

—Bueno: Ahora, ¿qué quieren?

—¡**Niñituy**! —balbuceó Sebastiana—. El mayordomo nos ha dicho que tenemos que abandonar "Jatun Rancho". Venimos a rogarle que nos dejes. Entre las dos vamos a cumplir las obligaciones del Severo, **niñituy**. Ten compasión de nosotras.

—No hay caso. Las mujeres no trabajan como los hombres y yo no puedo perjudicarme manteniendo sin provecho el más lindo pegujal de la finca que, cuando salgan ustedes, me hará conseguir por lo menos dos buenos jornaleros. Tienen "no más" que irse.

—¡Patrón! —imploró Donata—. No seas malito. Déjanos "no más" y Dios te ha de pagar...

—No hay caso.

—**Niñituy**... —terció Sebastiana sin poder contener las lágrimas—. Mis abuelos han servido a tus abuelos; mis padres a tus padres y nosotros a ti. ¿Cómo pues vas a "botar" a dos pobres mujeres? Estamos tan acostumbradas... Todo lo tenemos aquí. ¿A dónde podríamos irnos?

—Ustedes sabrán eso. Tal vez irse a la ciudad, donde podrían emplearse de sirvientas en alguna casa.

— ¡Pero si nosotras somos del campo!...

Las mujeres siguieron rogando largo rato; pero don Cosme Salinas se mantuvo impertérrito ante las súplicas. Por momentos perdía la paciencia y trataba torpe y bruscamente a las impetrantes, con el notorio deseo de terminar esa conversación que le molestaba. Ellas tardaron mucho tiempo en rendirse a la evidencia. Y cuando por fin se dieron cuenta de la inutilidad de sus ruegos, Sebastiana, resignadamente, dijo:

—Bueno, señor. Si así lo dispones, nos tendremos que ir después de recoger nuestra cosechita.

El propietario sonrió burlonamente.

—Esa cosecha no les pertenece porque será para el "curaca", como compensación del asesinato de su hija, perpetrado por el Severo.

—Pero **niñituy** —tartamudeó Sebastiana.

—¡Eso es un abuso! —con tono resuelto intervino Donata, que dio rienda suelta a su carácter atrevido y audaz:

—¡Esa cosecha es nuestra! Nos cuesta la semilla, nos cuesta el abono, nos cuesta el trabajo, sudor y cuidados. Podrás quitarnos el pegujal porque dices que es tuyo, aunque nuestra familia siempre lo tuvo por suyo; pero ¡quitarnos nuestra cosecha sería un robo!

—¡Qué estás hablando Donata! —exclamó la madre, asustada ante el exabrupto de la muchacha.

—¡India cochina! —bramó don Cosme Salinas, dando dos bofetadas a Donata.

La indiecita, amedrentada ante la cólera del amo murmuró entre dientes inteligibles palabras de protesta, mientras con vacilación tomaba el camino de la puerta.

—¡Decirme ladrón a mí! ¡Habrás visto atrevimiento semejante! —continuó protestando el propietario. Luego dirigiéndose a Sebastiana que se mantenía a la expectativa chilló colérico: —¡Salga usted también de mi casa india insolente y antes de tres días quiero que desocupe mi finca!

— ¡*Niñituy!* —suplicó Sebastiana, arrodillándose delante de Salinas.

—¡Salga de aquí india cochina, si no quiere que la eche a patadas! —gritó don Cosme, haciendo ademán de cumplir su amenaza.

Sebastiana salió agobiada. Se reunió con Donata que esperaba en un sitio próximo y ambas regresaron a su casa llorando silenciosamente.

Don Cosme Salinas quedó enfurecido. Vociferó al *pongo* por motivos baladíes, gritoneó a su mujer sin motivo alguno y durante todo el día protestó contra los "comunistas" que soliviantaban a los indios, tornándolos insolentes y atrevidos...

* * *

Difícil será encontrar una raza que, como la quechua, se halle tan dispuesta a la resignación, frente a cualquier clase de adversidades que se presenten. Cuando se ve ante una injusticia, un abuso, la mala suerte, una tragedia, rara vez ser rebela o trata de torcer su destino. Generalmente se conforma.

Sebastiana y Donata después del altercado con el dueño de "Jatun Rancho" y de recibir la notificación terminante de abandonar la finca antes de tres días, tampoco encontraron más camino que el de la resignación. ¿Qué podían hacer contra el patrón? ¿Quién podía protegerlas y abogar por la justicia de su causa? Si tuvieran la osadía de quejarse a las autoridades, ¿harían éstas algo por ellas, o más bien se inclinarían a dar la razón al amo? Y fuera del argumento moral de que el terreno había estado en poder de su familia muchos años, ¿qué derecho, qué título, qué papel exhibirían para acreditarse como dueñas del pegujal? Indudablemente, el patrón había sido y seguía siendo el único propietario de aquellas tierras y lógicamente de todo lo que en ellas se encontrara. Y como consecuencia, aunque ello fuera cruel, tenía perfecto derecho de echarlas y de apoderarse de su casa y de su cosecha.

Así razonaban las dos indígenas y, a pesar del profundo dolor que les causara, resolvieron no ofrecer resistencia y obedecer a la brevedad posible para evitar mayores contratiempos. Pero, ¿dónde irían?....

Haber vivido como Sebastiana, todos los años de su existencia en aquel lugar, sin pensar jamás en abandonarlo, ni tener la menor idea de lo que existía más allá de cinco leguas a la redonda; haber estado acostumbrada durante toda su monótona vida a las mismas caras, los mismos paisajes, árboles, piedras y cerros, los mismos senderos, terrenos y arroyos; haber tendido en el lugar sus únicas relaciones de amistad y parentesco sin poseer fuera de ellas, ningún ser conocido; haber enterrado allí mismo todos sus familiares próximos y queridos, incluyendo al padre de sus hijos; haber sufrido y gozado en el mismo trecho desde que nació y, sobre, todo haber estado apegada a su terruño con todas las fibras del alma, con apego de árbol viejo que año tras año ha ido profundizando sus raíces en la tierra fecunda, hasta hacer imposible su trasplante so pena de destrucción; ser despedida de allí intempestivamente para luchar con ese mundo extraño y desconocido que, a su imaginación, se presentaban como monstruo sañudo y encararse con la incógnita total del futuro, eran, en verdad, una situación y un problema demasiado complejos y dolorosos para las mujeres.

— Las desgracias nunca vienen solas. Les gusta llegar acompañadas — repetía Sebastiana, resignada y filosóficamente.

No había alternativa y era preciso salir. Pero ¿dónde dirigirían sus pasos?

No sería a la ciudad, como había sugerido el patrón. La vieja Ari tenía la antigua creencia de que en la ciudad, las mujeres del campo se pierden fácilmente en la corriente del vicio. Desde niña escuchó informes pavorosos al respecto y si no abrigaba ningún temor por sí misma, en cambio no deseaba arriesgar en esa forma el porvenir de su hija. Quedarse en "Jatun Rancho" con la comadre Florentina, como ésta había insinuado, tampoco le satisfacía. ¿Cómo podrían vivir de caridad eternamente? ¿Cómo podrían educar a los dos niños sin tener ingresos propios? Alcanzar a Severo era imposible, porque el joven no llevaba rumbo fijo, aparte de que podría ser peligroso para el fugitivo, iniciar su búsqueda.

Después de muchas vacilaciones y a iniciativa de Donata, acordaron viajar al Altiplano y buscar trabajo en las minas, donde era sabido que escaseaban trabajadores. Allí podrían ahorrar dinero, pues siendo mujeres solas, sin hombres que despilfarraran las ganancias, sería más fácil acumular las sumas necesarias para poder comprar, a la larga, un terreno propio.

¡La eterna ilusión de los indios! Tener tierra propia en el valle sin patrones malos y trabajando para sí mismos, con las únicas contingencias de las hela-

jas, sequías y otras plagas que, con la gracia y la bondad de Dios, pueden ser menos dañinas y más soportables.

Donde muere la dicha suele nacer una ilusión. Sebastiana y Donata aturdieron su presente con la demasiado prematura alegría del retorno.

Con febril prisa malvendieron todos sus animales. La gente de la comarca, anoticiada del viaje de las Ari y la liquidación de su ganado, llevando sus modestos ahorros, acudió a la casa de las mujeres que se vio colmada de campesinos ávidos de efectuar buenas compras.

No había tiempo para regatear y obtener ventajas en las transacciones. Lo que valía cien, vendieron en veinte y lo que costaba veinte, lo enajenaron en cinco. No había ofertas rechazadas y el que proponía cualquier operación, obtenía su deseo. Tenía que realizarlo todo en tres días. Así fue cómo hicieron ralea el corral y vieron marcharse uno por uno, la vaca y su ternero, los dos bueyes de labranza, las ovejas, los burros, los patos y las gallinas. Todo lo que habían reunido con múltiples sacrificios; esos animales que después de la tierra constituyen el mayor atractivo y apego de los indios. Quizás la premura excesiva con que efectuaron las ventas, las libró de sufrir más intensamente con la separación de los animales. La rapidez con que todo lo perdieron obró en sus espíritus con poder sedante de anestesia.

Sólo cuando vieron desocupado el corral sintieron su vacío. No las hubiera impresionado tanto que la granizada perdiera totalmente una fructífera cosecha, ni que la choza se incendiara dejándolas al escampado. A la vista del corral desierto, tuvieron la misma sensación de soledad y abandono que sintieron la noche en que Severo Ari se marchó rumbo a lo desconocido.

* * *

El día de su viaje mucha gente fue a despedirlas hasta la estación de Suti-collo. Estuvieron doña Florentina, su marido e hijos. Estuvo la vieja Satuca y también *tata* Hilario, que tan amigo había sido del esposo de Sebastiana. Fueron a despedirlas igualmente, Juana Choque, Ricarda Ramos, Petrona Delgado, Francisca Huanca y el viejo Fortunato Negrete. Y Pedrito Quispe que, según aseguraban quienes se decían bien informados, tenía una antigua pasión oculta por Donata, aunque nunca la comunicara a nadie, salvo en la expresión confidencial de alguna borrachera.

Todos llegaron con sus regalos de *cacharpaya*. Huevos, queso, "tostado", una gallina, una *llijlla*. Menudearon también las recomendaciones y consejos:

—Cuidese del frío, doña Sebastia.

—Si no consiguen trabajo, vuelvan pronto.

—No se bajen en las estaciones, porque puede dejarlas el tren.

—Cuidado que pierdan los boletos de viaje.

En Oruro deben alojarse en el "tambo" "Quirquincho", su dueño es *llajta massi*.

A todo contestaban afirmativamente, casi sin escuchar. Parecían atolondradas con el viaje y las diversas impresiones soportadas en los últimos días.

Cuando llegó el tren, los acompañantes ayudaron a las viajeras a subir a uno de los carros, pasándoles en seguida a los dos niños, subiendo también sus tres atados, los dos canastos que contenían su equipaje, y al perro "Chori Soncko" que Donata no quiso dejar. Les ayudaron a acomodarse en un asiento y a ocultar al perro para que el conductor no lo echara. Cuando se cercioraron de que tanto las viajeras como sus bultos estaban bien ubicados, los amigos bajaron precipitadamente del carro y se agolparon frente a las ventanillas, dando las últimas atropelladas recomendaciones y los postreros saludos de adiós. En el momento en que partía el convoy, hubo en el pequeño grupo un aletear de manos en señal de despedida, caras compungidas y gestos de sincero pesar. Por el rostro de la comadre Florentina resbalaron gruesas gotas de lágrimas contradiciendo la placidez de una sonrisa fingida.

Sebastiana quedó muda. Con la cara pegada al vidrio de la ventanilla parecía tratar de retener con su mirada el paisaje familiar que fugaba velozmente. Ni una sola lágrima, ni un sollozo, pero sí un abultado nudo en la garganta que le producía sensación de asfixia.

Donata comprendió el dolor de su madre, y preocupada con él, aturdió sin saberlo el suyo propio.

Volveremos *mamay*... Volveremos pronto. No te aflijas. Tendremos un terrenito que trabajaremos entre las dos, hasta que estos chicos nos puedan ayudar. No te desalientes ni te dejes vencer por la pena. Ahora ya pasaron los sufrimientos y empezamos una vida nueva...

La madre no contestó. Su silencio y el angustioso rictus de dolor de su cara, dañaban a Donata que reinició sus esfuerzos para sacudir el dolor de la madre:

—*Mamay*, volveremos... Tendremos mejor casa que en "Jatun Rancho" y reuniremos más animales y abonaremos bien la tierra para que dé buenas cosechas. Verás cómo podremos reunir pronto la "plata" necesaria para regresar. Y tal vez el Severito vuelva después de un tiempo, cuando se hayan olvidado del crimen. Educaremos bien a nuestros hijos. En las minas también hay escuelas y los haremos estudiar de todo para que sean como los patrones...

Por fin Sebastiana dirigió mirada piadosa a su hija y la acarició con una sonrisa que encerraba gratitud, escepticismo, compasión y ternura. Luego, volvió a pegar su frente contra la ventanilla y a contemplar el huido panorama.

El tren avanzaba velozmente, serpenteando a la orilla de un riachuelo de aguas azules. Un fuerte olor a comida y cebollas se esparcía por los carros de segunda, en los que algunos pasajeros comían tanto las provisiones llevadas por ellos, como las que compraban en las estaciones del trayecto. Cholos e indios. Cholos que despotizan y menosprecian a los indios, que respetan y temen a los cholos. Charlas breves y cortantes.

—“El imparcial” de hoy, “Última Hora”, La Razón” de La Paz!... —pasó pregonando un suplementero de rostro amable.

La locomotora, al tomar una curva pronunciada, dejó escuchar un pitazo agudo que llevado por sonoras ondas, retumbó en los confines del valle. Una chola obesa y mofletuda, comía a carrillos llenos un “picante” de papas y pollo sirviéndose con las regordetas manos. En otra curva de la vía, al impulso de un fuerte vaivén del carro, cayó un bulto sobre la cabeza de un viejecito arrugado, haciéndole protestar largo rato. Un niño con ropas nuevas, estrenadas para el viaje, observaba con ojos admirados el panorama cambiante, dirigiendo constantes preguntas a un cholo macizo sentado a su lado, al parecer, su padre. Una india joven alimentaba a su hijo, sin cuidarse de disimular el seno repleto y henchido de vida, mirando indiferente a los pasajeros que tampoco se fijaban en ella.

—¡Boletos Arque! ¡Boletos Arque! —pidiendo con voz profunda, recorrió el carro un robusto conductor de tren, de cara áspera, tocado con una gorra obscura que en letras doradas, llevaba las iniciales “F.C.B.R.”.

Con chirrido de frenos sacudidas se detuvo el convoy. Gritería de viajeros y de vendedoras. Pasajeros subiendo y bajando atropelladamente del tren. Movimiento incesante de polleras de todo color. Vendedoras portando enormes canastas chatas que ofrecían con voces cansadas: “¡Empanadas!... ¡Empanadas calieentes!...” Viajeros que con medio cuerpo afuera de las ventanillas bebían un vaso de chicha o comían apresuradamente, con feroces ruidos al sorber el alimento y al masticar un plato de “chupe” rojo de ají, mientras la vendedora esperaba o atendía a otros pasajeros. Cargadores que iban y venían de la Estación al furgón de equipajes, llevando en sus hombros camas envueltas en frazadas multicolores, canastos repletos de gallinas o verduras, maletas viejas y descoloridas. Gritos de hombres apremiando a algún rezagado. Palabrotas soeces. Nuevo pitazo de la locomotora coincidiendo con un aumento de la gritería y el movimiento de la gente. Y otra vez el convoy en marcha.

¡Zapatones de lana para el frío!... ¡Pisos de cuero de oveja! — Un empalagoso comerciante anunciaba su mercancía a los viajeros.

A medida que el tren avanzaba, el campo iba mostrándose más árido el y aumentaba el color ocre del paisaje. El ambiente del carro de segunda

tornábase más denso con el humo de los cigarrillos y el vaho de la comida. Penetrante olor a chicha se desprendió de un cántaro que acababa de romperse humedeciendo casi todo el piso del vagón. El traqueteo acompasado y monótono de las ruedas del tren, al pasar por las juntas de los rieles, adormecía a los viajeros. Cierta individuo, con la cabeza apoyada en el respaldo y cubierta la cara con un periódico, dormía profundamente, lanzando fuertes ronquidos. Una india anciana, dormitaba también; pero despertaba a veces, levantando azorada y bruscamente la cabeza, para caer otra vez en el letargo. El sueño se hacía contagioso y amodorraba a la mayor parte de los pasajeros.

* * *

—Señora, ¿no sabe usted que está prohibido llevar perro en este carro? —interrumpió con voz ruda el conductor al divisar casualmente a “Ckori Soncko” que se encogía debajo del asiento.

—No sabía, señor —mintió Donata.

—Para que aprenda usted lo vamos a echar —contestó el hombre, y dirigiéndose a su subalterno, ordenó: —¡“Bote” ese perro!

—Señor, no sea malito. Déjalo “no más”, si quieres te voy a pagar —imploró Donata que al no recibir respuesta, prosiguió: —Cinco años ya vive conmigo. El y yo estamos acostumbrados juntos. ¡Déjalo “no más”, *patroncituy!*

El subalterno que se mantenía a la expectativa, posiblemente pensando que el conductor se apiadara ante los ruegos de la mujer, fue apercibido con sequedad:

—¿Qué espera usted? ¿No le he ordenado que “bote” ese perro?

El aludido no dudo más. Cogiendo al animalito con ambas manos y defendiéndose dificultosamente de sus amenazadores caninos, lo arrojó con rapidez por la ventanilla abierta. Hecho lo cual, los dos funcionarios se retiraron del sitio con la mayor indiferencia del mundo.

Donata se dejó sorprender por la velocidad con que echaron a su perro sin darle tiempo para rogar más, ni intervenir en alguna forma. Si oportunamente se hubiese dado cuenta de lo que iba a acontecer, habría ofrecido resistencia. Cuando arrojaron al animal, muda de estupor y rabia, sacó su cabeza por la ventanilla para ver a “Ckori Soncko”. El pobrecillo había caído en un barranco; pero al parecer no se hizo daño, porque logró sostenerse y luego inició una desenfrenada carrera, paralelamente al convoy, siguiendo la cuneta de aguas pluviales hasta alcanzar al carro en que viajaban las dos Ari. Al verlo correr muy cerca de ella, Donata concibió la esperanza de recuperar su perro si éste

resistía la carrera hasta la próxima parada, donde podría hacerlo subir y ocul-tarlo bien. Si lo sorprendieran otra vez, ella ya sabría evitar que lo echase nue-vamente. —¡Primero me sacarán a mí! —pensaba con resolución.

El tren ascendía la cuesta "Colorada", disminuida notoriamente la rapidez de su marcha. "Ckori Soncko" corría a la misma velocidad y sin dejar de trotar, miraba a su ama lanzando ladridos de júbilo, como si quisiera infundirle ánimos.

Pero la próxima parada no llegaba nunca y la gradiente de la subida era cada vez mayor. La misma locomotora parecía un monstruo fatigado que por momentos perdía las fuerzas, dando feroces resoplidos de cansancio; pero en seguida adquiría nuevos bríos, el ruido de sus escapes de vapor volvíase más acompasado y aumentaba la velocidad. "Ckori Soncko" iba perdiendo terreno poco a poco. Sudoroso y con la lengua afuera, empezaba a dirigir miradas de angustia a su dueña, sin fuerzas ya para ladrar. Se estrujaba de ansiedad el corazón de Donata al ver cómo se rezagaba el perro minuto a minuto, primero unos pocos metros, después muchos. Carro tras carro del convoy iban pasándolo, hasta que el carro comedor, que era el último, después de alcan-zarlo, también lo dejó rezagado. Algunos pasajeros observaron curiosamente al animalito que les resultó una distracción propicia para matar el tedio del via-je, pero después, les pareció aburrido el espectáculo y dejaron de prestarle atención.

Sólo Donata, con los nervios tensos y medio cuerpo fuera de la ventanilla, seguía contemplando al perro sin hacer caso de las palabras de su madre que, reaccionando de su mutismo y de su pena a la vista del dolor de la hija preten-dió consolarla.

El ferrocarril reptaba por la vía como gigantesca culebra, ascendiendo la cordillera lenta pero constantemente. En ciertos lugares de la cuesta "Colora-da", las curvas se suceden a las curvas y a veces para ascender veinte me-tros, el convoy recorre kilómetros enteros. Conforme se va subiendo, se puede ver, abajo, la sinuosa línea férrea por la que se pasó media hora antes.

Gracias a esta especial configuración del terreno y del trazado ferroviario, durante mucho tiempo, Donata pudo ver a su perro que seguía corriendo terca-mente, pero perdiendo más y más terreno. La carrera del animal paulatina-mente se fue volviendo más lenta, hasta convertirse en un trotecillo menudo y monótono, que le atrasaba sin remedio. La locomotora también jadeaba de cansancio, aunque su vigorosa constitución de acero le permita avanzar con uniforme velocidad. A los ávidos ojos de Donata, la figura de "Ckori Soncko" iba empequeñeciéndose cada vez más, hasta convertirse en un punto. Un

puntito negro que se movía apenas en medio de la vía férrea distante y que, a la postre, fue diluyéndose en la lejanía...

SEGUNDA PARTE

NOCHE

- I -

La pequeña columna de camiones iba devorando kilómetros por el camino que cruza la llanura altiplánica en dirección a la cordillera. A su paso levantaba densas nubes de polvo, despejadas rápidamente al impulso del viento.

Era un día claro y lleno de luz; el cielo límpido no presentaba ni una sola nube. A ambos lados del camino la mirada podía perderse en la perspectiva ilimitada. Pampa. Horizontal perfecta, desolada y árida, sin otra vegetación que *ttola* y paja brava. Allá en la lejanía, donde no existen ríos ni lagos, pequeños cerros flotando sobre agua, como barcos veleros exóticos: efecto de una rara y típica forma de espejismo. De vez en cuando, manadas de llamas o vicuñas de cuellos estirados que, al escuchar el ruido de los motores, escapaban atolondrados. Una que otra mísera aldehuela abandonada de la mano de Dios, con mezquinas casuchas agazapadas contra la tierra y con crucecillas de madera en los techos; podía divisarse a veces alguna mujer de cabellos despeinados y ropa raída, cosiendo indolentemente, sentada en la puerta de su casa o un niño curtido, con camisa sucia por única vestimenta, contemplando con ojos atónitos, el paso de los camiones.

Sebastiana y Donata Ari, viajaban sobre la carga de uno de los vehículos, llevando en brazos a sus respectivos hijos. Junto con ellas iban dos obreros: el uno aimara, de fisonomía dura y de carrillos hinchados por la coca que masticaba constantemente, y el otro, obrero de extraña simpatía: muy moreno, barba rala, mirada penetrante y facciones regulares. Si no hubiera sido su tez tan acentuadamente oscura se le hubiese podido creer de raza blanca. Alto, de espaldas anchas y manos grandes y duras, curtidas por el trabajo.

Los cuatro pasajeros cambiaban constantemente de postura, pues, aunque hubiesen acomodado sus atados de ropa para sentarse encima, el traqueteo del camión les hacía resbalar a cada momento sobre la carga que no era precisamente un lecho de plumas. Estaba formada por cajones de dinamita, carretillas tubulares, picos, palas, largas barras de acero octogonal, martillos de ocho y cuatro libras y mangos de madera de distintas herramientas.

Después de varias horas de marcha por la meseta, la columna llegó hasta las primeras estribaciones de la cordillera, cuyo ascenso inició por una sinuosa

cuesta. Rugían los gastados motores de los camiones. Por momentos, algunos carros perdían tanta velocidad, que parecían a punto de atascarse; pero una oportuna maniobra en la palanca de cambios, inyectaba nuevas fuerzas al motor que, aumentando el ruido, volvía a conseguir la marcha regular. Curvas cerradas y estrechas que obligaban a los conductores a retroceder una y dos veces, para poder seguir el camino. Los baches de la carretera y las huellas profundas, hacían ladear las carrocerías de los vehículos sobre los abismos o contra las rocas.

En cierto lugar donde la pendiente era excesiva, uno de los primeros camiones de la columna quedó detenido en la mitad de la cuesta por falta de fuerzas del motor. Los carros que le seguían también tuvieron que hacer alto.

—Chico, ¡cuña! —fueron gritando los chóferes uno por uno a medida que paraban sus camiones, apretando fuertemente los frenos. Los ayudantes bajaron presurosos y acomodaron trozos de madera detrás de las ruedas posteriores. También bajaron los conductores aprovechando la oportunidad para estirar las piernas, fumar un cigarrillo y conversar un poco.

—¿Qué te ha pasado "Fierabrás"?

—¡Este maldito "charprolet" no "tira" nada! Y el tuyo, ¿sigue quemando tanto aceite?

—¡Una barbaridad! A cada rato tengo que limpiar bujías y creo que gasta más aceite que gasolina. Si no lo hacen rectificar pronto, ya no podrá viajar.

—¿Regresamos esta tarde? —preguntó otro.

—¡Claro! Esta noche hay lotería en el "Imperio"!

—Y tu "Folleque" ¿qué tiene "Sullito"?

—Nada. ¿Por qué?

—Has venido "primereando" en toda la cuesta; casi te atropello en el repechón de "La Aguada".

—Pierde un poco de comprensión; pero "tira" todavía.

—¡"Barbolín"! ¿No quieres un "crapcito"? ¿No copas veinte centavos?

—¡No!

—¿Tu mujer te ha prohibido jugar?

El aludido contesto con un grosero ademán de manos y una palabrota. Después de hablar un poco más, los conductores y sus ayudantes subieron a sus carros y reiniciaron la marcha.

En el camión en que viajaban Sebastiana y Donata, mientras duró la parada, se inició una conversación:

—Viaje pesadito, ¿no señoras? —preguntó en español el obrero moreno, con una hermosa voz de bajo profundo.

Sebastiana le miró interrogativamente porque no comprendió la pregunta.

—Si— contestó Donata con timidez.

—¿Hablan castellano? —volvió a interrogar el hombre.

—Mi mamá no sabe. Yo un poco.

—¿Quichua o aimara?

—Quichua.

—Yo sé quichua, aimara y un poco de castellano, así que podemos hablar en quichua —propuso el individuo usando este idioma, lo cual agradó notoriamente a Sebastiana. Después agregó: —¿Es la primera vez que va a "Buena Estrella"?

—Si

—¿Palliris?

Donata, contestó dudando: —Vamos de *palliris*, aunque no conocemos este oficio. Yo estuve otra vez en una mina pero no trabajaba en aquel tiempo.

—Van a aprender rápido... ¿Son casadas?

—Viudas las dos —respondió Donata.

El hombre calló un rato como si meditara; después sonriendo ensayó una broma:

—Ustedes son viudas, yo soltero y como los hombres y las mujeres necesitan compañía, ¿alguna de ustedes no se animaría a hacer pareja conmigo?

Donata enrojó un poco, porque inconscientemente había pensado que un hombre de esta clase no le desagradaría como marido. Se puso muy seria. Sebastiana en cambio, aceptando la broma, repuso jovial:

—Yo tal vez...

—¡Ja, ja, ja! —rieron a coro.

Después de una breve pausa, el hombre reparando en los dos niños, preguntó:

—¿Qué nombres tienen los chiquitos?

—El mío es Pablo y el de mamá, Pedro. Así los bautizaron en la fiesta de San Pedro y San Pablo.

—Me gustan mucho los chicos —comentó el hombre, acariciando las mejillas de uno de ellos.

—¿Usted no tiene hijitos? —inquirió Sebastiana.

—No, señora. Y quisiera tenerlos.

—Los tendrá cuando se case...

—Si... balbuceó el obrero—. Lo cierto es que cuando les dije que era soltero, les avisé sólo media verdad. Realmente, soy soltero; pero en "Buena Estrella" tengo mi "mujercita". Una buena persona a quien conocerán ustedes. Desgraciadamente, no tenemos hijos...

—¡Aah!

Los tres callaron un rato. Entre tanto los camiones seguían subiendo interminables cuestas que por lo pendientes y largas, parecían conducir al cielo. Llegando a una cumbre, que aparentaba construir la máxima altura de la zona, se presentaba otra cima lejana, a la que derechamente se dirigía el camino para alcanzarla y dejarla también atrás.

—¿Mucho tiempo que trabaja usted en "Buena Estrella", don?... —indagó Sebastiana sin poder concluir la pregunta.

—Mi nombre es Juan Calle —aclaró el minero— Hace seis meses que trabajo en esta mina, de barretero. Es una Empresa "mediana" en la que se vive más o menos bien.

—Espero que pronto podamos acostumbrarnos al lugar y al trabajo.

—Se acostumbrarán luego. En la mina la gente es buena; estoy seguro que les recibirán a ustedes cordialmente y pronto tendrán buenas amistades. Unicamente al comienzo sentirán alguna violencia; pero después, todo marchará bien. Y en la primera etapa, mi mujer y yo les ayudaremos a instalarse y orientarse en la vida del lugar.

—Gracias.

—Dios se lo pague...

Siguieron charlando durante todo el viaje. Las mujeres contaron algo de sus vidas y él relató sus peregrinajes por diversas empresas mineras.

En general, hubo entre ellos una fuerte corriente de simpatía y la intuición de que iniciaban una amistad verdadera; lo cual alentó mucho los espíritus de las mujeres que empezaron a sentirse menos solas y abandonadas, al poder contar por lo menos con un amigo, en el mundo extraño al que estaban ingresando. También debió influir en ellas, en forma de tónico espiritual, el aplomo, la seguridad y el optimismo que parecían desprenderse del hombre, tanto más impresionante que muy rara vez o quizás nunca, habían conocido individuos de esa naturaleza en los de su propia raza.

* * *

Por fin, a eso de las dos de la tarde y después de cinco horas de viaje, la columna de camiones llegó al campamento de la mina, ubicado en una planicie rodeada de cerros. A un lado del camino se veía este letrero: "Buena Estrella. 4.340 metros sobre el nivel del mar. Propiedad privada. Prohibida la entrada para particulares". En el plano donde se encontraba el campamento minero se repartían a un lado las numerosas casuchas de obreros y, a otro, las casas de la Administración, oficinas, almacenes, y pulpería, fuera de las pocas viviendas para empleados, desde las más confortables para uso de los altos funcionarios de la Empresa, hasta las más modestas de los empleados de pequeña categoría. En otra parte, un poco alejada, se hallaban en los amplios galpones del *Ingenio*, sacudidos a la sazón por el trabajo de las máquinas. Colgantes de cables de acero llegaban continuamente los pequeños carros de un andarivel, cargados de metal, que luego volvían a salir vacíos, para ascender hasta la mina ubicada cerca de la cumbre de uno de los cerros próximos. Más allá, y también algo apartada de los demás edificios, encontrábase una destartalada casita, pintada toscamente de blanco, en cuya fachada y a grandes caracteres, llevaba la inscripción de "Escuela". En otro lado y para uso de los empleados, se veía una cancha de tennis, desierta en esta hora de trabajo.

Los camiones se detuvieron frente a la puerta del almacén y después de bajar los pasajeros, varios hombres empezaron a descargarlos rápidamente.

Nadie hacía caso de los recién llegados y, a no ser por la ayuda de Juan Calle, las dos Ari no habrían sabido dónde ir, atolondradas por lo desconocido y por su ignorancia de las costumbres mineras en empresas regularmente organizadas. Pero el nuevo amigo las condujo de un lugar a otro, hasta dar con el empleado respectivo que, después de ver los papeles que traían, llenó todas las formalidades oficinescas, como registros, anotaciones, exámenes médicos y recomendaciones. Finalmente, otro empleado subalterno las condujo hasta el campamento de obreros para señalarles la casa en que vivirían.

En aquel año de 1929, en la Empresa Minera "Buena Estrella", entre trabajadores y sus familiares, había dos mil personas aproximadamente y apenas doscientas cincuenta casas para obreros, que se repartían en filas de veinte o treinta. Cada fila o grupo de viviendas, se separaba de la otra por callejuelas angostas. Las casas eran superficies de doce a quince metros cuadrados, rodeadas y cubiertas por chapas de zinc; en la parte posterior tenían dos metros de altura y en la anterior, donde se encontraba la puerta, un metro y sesenta centímetros. Estas casuchas estaban divididas en dos partes, una más grande que la otra. Posiblemente dicha división, fue hecha, en su origen, para que la parte más amplia sirviera de dormitorio, y la otra de cocina y comedor. Pero en

la época en que llegaron las Ari, todo era dormitorio, comedor y cocina al mismo tiempo.

No era pues tarea muy fácil la del pobre subalterno encontrar ubicación para las dos trabajadoras y otros cuatro recién llegados. Tenía en sus papeles la lista de las personas que debían vivir en cada casa; pero la experiencia le había enseñado que los obreros cambiaban de vivienda cuando querían, sin molestarse en dar aviso al Jefe de Campamento, y allí donde sus papeles consignaban doce personas, habitaban solamente seis, o a la inversa. Así pues, el empleado tenía que revisarlo todo, corriendo sus anotaciones y protestando contra los obreros.

Inclinándose entraba en las casuchas. Calculaba el número de habitantes por el número de atados que veía, y si encontraba algún niño o mujer, preguntaba:

—¿Cuántos viven aquí?

—Ocho.

—Trece, señor.

—Diez, patrón.

Y seguía adelante. En una casa en que vivían siete personas, dejó instalados a los cuatro obreros que acababan de llegar.

Hizo alguna anotación y prosiguió la búsqueda, hasta encontrar ubicación para las dos Ari y sus niños en una casa que sólo alojaba a seis personas. Luego, aliviado por haber cumplido su tarea, regreso a la oficina.

Sólo en ese momento, Juan Calle, que las había ayudado a llevar sus bultos, se separó de las mujeres ofreciendo regresar pronto con su "mujercita".

Al quedar solas, Sebastiana y Donata entraron en su nueva morada. En la obscura división posterior de la vivienda, encontraron a una mujer, joven aún y hasta bonita; pero cuyo gesto adusto y hosco era de los que no predisponen a la simpatía. Los cueros tendidos en el suelo, los cabellos desordenados y su aire de somnolencia, revelaban que acababa de despertar de un largo sueño. A su lado dormía una criatura de algo más de un año y más allá se distraía horadando la tierra y probándola de rato en rato, una chiquilla sucia y desaliñada de cuatro años.

—Buenas tardes —saludo Sebastiana con afabilidad.

—Buenas tardes —gruñó secamente la mujer, con fuerte acento aimara.

—Parece que tendremos que vivir juntas porque nos han indicado esta casa. Acabamos de llegar —explicó Sebastiana en su idioma nativo.

Sebastiana y Donata dirigieron la vista al lugar indicado por el hombre y vieron cómo, en filas de uno o dos, o en grupos de cuatro o cinco, desordenadamente, descendían de la mina los obreros, hombres y mujeres.

—Mañana nosotras también estaremos bajando con ellos —observó Donata.

—Si —contestó Calle—. Y verán ustedes que ese momento es el más grato de todos en la vida del minero. A la hora en que termina la jornada, se tiene una sensación especial de dicha con la perspectiva del descanso próximo, que uno lo imagina completo y reparador. Después, el descanso, no resulta tan agradable y reparador como uno se imaginó al bajar esa cuesta y, a la postre, lo único grato resulta ese momento, que yo no lo cambiaría por ningún otro... Si no me he dejado comprender, ustedes mismas después de algunos días de trabajo, de darán cuenta de lo que no he podido explicarles...

—¿Por qué dejaste la Escuela? —preguntó Donata, desviando el tema de la conversación, que afectivamente no le resultaba muy comprensible.

Varias mujeres empezaban a regresar trayendo su *avío* y afanosamente, dentro y fuera de las casas, encendían los fuegos de sus cocinillas hechas con piedras amontonadas. Petrona Quispe también llegó e hizo fuego en su cocina, ubicada dentro de la habitación.

—Es muy largo contar —repuso Calle después de prolongado silencio—. Mis primeros años los pasé en La Paz y supongo que allá nací. Vivía con una chola dueña de un negocio de chichería, que me pegaba unas horribles palizas cada vez que se embriagaba o cuando yo cometía alguna falta. Me hacía trabajar duramente. Desde mis seis o siete años me levantaba diariamente a las cuatro de la mañana, y aunque hiciera frío, lloviera o nevara, estaba obligado a barrer toda la casa, lavar el servicio, desempolvar los muebles y otras mil labores. Además, en las noches, debía atender a los parroquianos del negocio.

El hombre calló un momento y encendió un cigarrillo que fue fumando con chupadas fuertes mientras las mujeres aguardaban la continuación del relato con viva curiosidad.

—¡Era terrible mi vida en aquellos tiempos! La chola me hacía trabajar como a cuatro hombres y me maltrataba como a una bestia. Sin embargo tenía la cualidad de mandarme a la escuela. No sé hasta ahora, por qué lo hacía; pero con la misma dureza con que me obligaba a trabajar en la casa, exigía también el cumplimiento de mis deberes escolares que, en realidad, yo no podía atender debidamente por falta de tiempo. Al principio la llamaba "mamá". Pero un día, estando ella borracha me castigó cruelmente y cuando le imploré: "Ya no me pegues mamitay", sin dejar de hacerlo, me contestó que no era mi madre y que me había recogido en una plaza siendo yo criatura. Al día si-

guiente me trató más cariñosamente que nunca, me besó (creó que por única vez) y me aseguró que lo dicho la noche anterior había sido mentira, que yo era su hijo y mi padre, un "caballero". Al final, nunca supe la verdad; mas, me resisto a creer que aquella fiera pudiera haber sido mi madre.

Juan Calle guardó un largo silencio, contemplando las caprichosas volutas del humo de su cigarrillo y tomando nuevamente el hilo de sus recuerdos, prosiguió:

—Una vez, cuando tenía catorce años y estaba atendiendo a algunos parroquianos en la chichería, la mujer se hallaba borracha y abrazada de un hombre que supongo era su amante. Al servir a éste un vaso de bebida, di un tropezón que me hizo volcar el vaso, salpicándole con la chicha. La chola salió como una leona y quiso obligarme a pedir perdón, de rodillas a su amante. Hasta entonces, yo había sido un niño muy tímido, pero aquello me causó tal indignación, que me resistí a la afrenta y la mujer insistió golpeándome con una silla. Amedrentando, accedí al final y cuando estaba arrodillado delante del hombre, éste me dio una "patada" derribándome al suelo, mientras los borrachos reían a carcajadas. ¡Allá murió mi timidez! Me levanté con indignación y pegue una fuerte trompada al cholo y otra a la mujer, iniciando la pelea. Me atacaron entre muchos. Me defendí dando golpes con los puños y con lo que encontraba a mi alcance: botellas, vasos y sillas. Finalmente perdí el sentido.

—Salí con varios huesos rotos y había perdido mucha sangre. Posiblemente esto asustó a mis agresores, pues me habían enviado a la Asistencia Pública, de donde me trasladaron al Hospital de Miraflores. En el reposo y soledad del hospital resolví rebelarme contra la cochina vida que llevaba y huir de la casa en que había sufrido tanto. Escapé a Oruro en tren, viajando de "pavo" hasta cierta parte en que me echaron. De allí seguí a pie unas veces y otras en camión. En Oruro, trabajé de lustrabotas, de suplementero, de "cargador" y de todo cuanto pude, hasta que por último me *reenganché* para trabajar en una mina. Desde entonces hasta ahora, he seguido rodando de una a otra mina.

Concluida su relación, Calle quedó silencioso. Las mujeres que le habían escuchado absortas y compungidas, sintieron honda ternura por el hombre.

—*Huahay* —habló Sebastiana, cariñosamente—. Mucho has debido sufrir. Yo creí que no podían existir penas más grandes que las mías; pero comprendo que la tuyas han debido ser muy crueles.

Los niños empezaron a llorar el unísono. Sebastiana y Donata los sacaron, arreglaron sus ropas y les hicieron mamar. Mientras tanto, habían empezado a llegar los trabajadores que iban esparciéndose por el rancharío. Impresionaba

el sello de completo cansancio que denotaban. Sus caras estaban sucias y descañadas; las ropas que llevaban eran viejísimas. Silenciosos y reconcentrados; pocos tenían aliento para hablar o reír.

—Buenas tardes, Juancho — pasaban saludando como sonámbulos.

—¿Cuándo llegaste, Juanchito? — se detuvo una india, anciana, flaca, desdentada y fea.

—Esta tarde, **abuelay** -contestó Calle—. También han llegado estas dos señoras que desde mañana trabajarán contigo de **palliris**. Tienes que ayudarlas y enseñarles porque no conocen el trabajo.

La "Abuela", dirigiéndose a Sebastiana, saludó:

—Buenas tardes, **señoray**. Con gusto les he de enseñar. Es fácil **pallar**, sólo que cansa un poco al principio.

—¡Gracias, **señoray**...! Dios te lo ha de pagar.

—Hasta otro rato —se despidió la "Abuela".- Tengo que ir a **aviarme** para cocinar mi comidita.

—Hasta otro rato — contestaron las del grupo mientras la "Abuela" se alejaba con paso cansado.

Juan Calle hizo que las Ari trabaran conocimiento, también con Justina Mamani y Sebastiana Pozo, **palliris**, a quienes pidió asimismo que ayudaran a las recién llegadas en sus primeros días de trabajo. Las mujeres aceptaron de buena voluntad y se fueron a "cocinar su comidita".

—Buenas tardes, Juancho —saludó la voz cansada de un indio que se detuvo ante el grupo; hombre corpulento y negro, de cara simiesca.

—Buenas tardes, Tiburcio —contestó Calle en aimara—. ¿Cómo anda el trabajo?

—Así "no más"... —con tono de fastidio y en el mismo idioma, repuso Quispe—. Ese "gringo" "no más" es un idiota que quiere meterse en todo. Esta tarde vino a mi paraje y en seguida empezó a protestar: "Tú trabajas muy despacio, tú no acomodas bien los **tiros**, tú haces **barrenos** muy cortos... Tanto me fastidio que le conteste, también furioso: "señor, ¿tú eres ingeniero o eres capataz? El otro ingeniero Gutiérrez nunca fastidiaba a los obreros..." El "gringo" se enojó mucho y empezó a hablar como un loco no se qué cosas ininteligibles, y por último, me pego dos lapos en la cara... ¡Chanchito! Yo le he aguantado, para que no "me boten" de la mina; pero si sigue fastidiando le voy a dar una paliza...

—Mejor es que tengas paciencia. Déjalo hablar todo lo que quiera y no le contestes —aconsejó Calle.

—Es que mucho fastidia... Mañana cuando subas a la mina, vas a ver: "Tu agarras mal el martillo, tú trabajas con barrenos muy largos, tú haces aguzar mucho las herramientas..." En todo se mete. Y por último, no entiende de minas. La otra vez en la galería "Estrellita" se perdió la veta. El capataz Salustio pensaba que había que cortar a la izquierda. El "gringo" dijo que la falla se encontraría cortando dos metros a la derecha. El Salustio aseguró varias veces que hallaría cortando un metro a la izquierda. El "gringo" se enojó con el Salustio y le preguntó: "Cuál sabe más, ¿el capataz que es un indio burro, cretino y borracho o el ingeniero que viene de la Universidad?" Por fin, nos hizo trabajar a la derecha, corrimos tres metros y chocamos con pizarra. Entonces trabajamos a la izquierda y cuando avanzamos un metro, apareció la veta como dijo el Salustio.

—Ja, ja, ja, —rió Juan—. ¿Así que el indio cretino acertó y no así el ingeniero...? Ja, ja, ja... Pero es preferible que no te metas a pelear con el "gringo", para evitarte disgustos, Tiburcio.

—Así será, pues, si es que se puede —contestó Quispe mientras se agachaba para entrar en su casa.

* * *

Poco a poco las sombras de la noche empezaron a apoderarse del lugar. A medida que la obscuridad se acentuaba, tornábase más visibles los fuegos de las cocinas en el campamento de obreros y, más brillantes y claras, las luces en los edificios de administración.

Llegó Esteban Vallejos con su hijo Bautista, que murmuraron pocas palabras de saludo y entraron. Vivían en la parte delantera de la misma casa. El padre era un hombre fuerte y robusto, cuya vigorosa contextura física contrastaba con la esmirriada del hijo, muchacho de quince años, flaco, amarillo y ojoso.

—Los dos son barreteros que trabajan conmigo —anunció Calle— Pero el hijo está muy enfermo. Hace seis meses era un mocetón fuerte y alegre; ahora, ya no ríe nunca, se ha enflaquecido demasiado. El padre también se está volviendo taciturno y parece sufrir y preocuparse mucho por el estado en que se encuentra Bautista.

En ese momento apareció trayendo una olla y platos, una mujercita delgada y simpática.

—Buenas noches — saludó tímidamente.

—Es Josefina, mi mujer —la presentó Calle—. Es cinteña, *ppiti la juba*, pero habla quichua.

—Buenas noches, señora — saludaron las Ari, contemplando a la muchacha.

Era casi blanca, bonita y muy pálida. Impresionaba su aire melancólico. Usaba polleras limpias con exagerado número de pliegues. Los cabellos largos, recogidos en la nuca. Todo su aspecto daba la sensación de una absoluta fragilidad.

—Les estaba trayendo un poco de comida —balbuceó la muchacha, inclinándose hasta el suelo y sirviendo la *lahua*.

—Dios te lo pague, *niñitay*.

—¿Para que te has molestado?

—No es molestia ninguna. Ustedes con el viaje seguramente tienen un poco de hambre.

Silenciosamente comieron los cuatro. Después de concluido el potaje, Sebastiana sacó "mote", "tostado" y "queso" de los que convidó a sus visitas, no sin antes haber repartido también estas provisiones a los Quispe y sus hijos y a los dos Vallejos que agradecieron monosilábicamente.

—Mira las *huahuitas* —invitó Calle a su mujer, mientras comía a carrillos llenos el "mote" con "queso"—. Se llaman Pedro y Pablo. Mira que alhajitas. Los dos tienen cerca de un año.

Mientras hablaba cogió a uno de los niños y lo entregó a su mujer. Josefa, al principio tímidamente y después con más aplomo, empezó a mover al niño y a hablar cariñosamente con él. El chico sonrió satisfecho y balbuceó ininteligibles medias palabras. La muchacha se alegró con la alegría del niño, fue alentando confianza y lo llenó de mimos.

—¿Ves cómo me quiere? — Hizo notar a su marido con orgullo infantil, sin dejar de jugar embelesada con Pablito.

—Cómo lo querría, si fuera mi hijo...

Cuando devolvió el pequeño, Sebastiana notó que la muchacha tenía los ojos húmedos de lágrimas y, comprendiendo la pequeña tragedia de la moza, trató de consolarla:

— No te aflijas, *niñitay*... Ya Dios te mandará un hijito y, entre tanto, estos dos pueden ser como tuyos...

—No te aflijas, Josefita —terció Calle—; nuestro hijo llegará algún día y si no llega, no importa.

—Pero tú eres el que más quiere un hijo —repuso la muchacha.

—Si, lo quería. Pero quizás sea mejor estar solos.

Se había quebrado la tranquilidad en el grupo. Se notaba que la joven hacía esfuerzos para contener el llanto. Calle se inquietaba visiblemente, mientras Sebastiana y Donata no sabía de qué hablar. Sin embargo los visitantes quedaron algún tiempo más. Por fin Sebastiana logró encontrar un tema intrascendente de conversación para olvidar la charla anterior.

Cuando ya era plena noche, Los Calle se fueron, reiterando sus promesas de amistad.

—¡Qué simpático es este Juancho, *mamay*! —comentó espontáneamente Donata cuando se alejaba la pareja.

—Qué buenos son los dos, hija... —aclaró la madre.

* * *

Sebastiana y Donata, llevando a sus hijos, entraron en la casucha. Observaron a los dos Vallejos que yacían dormidos; el padre roncaba acompasadamente y el hijo parecía fatigado, respirando con dificultad y moviéndose en la cama. En el otro cuarto, a la mortecina luz de una lámpara de carburo colgada del techo, vieron a los esposos Quispe que se preparaban para acostarse. El niño pequeño ya dormía, mientras la mayor, abrigada con una manta, estaba sentada en un rincón, contemplando con ojos absortos a las recién llegadas.

—Duérmete, Rosita —ordenó el padre.

La aludida no contestó y cerrando los ojos, se quedó totalmente quieta, simulando estar dormida.

Las Ari, en el otro lado de la habitación, tendiendo los cueros, afloraron las ropas y después de acomodar a los niños, se acostaron junto a ellos, cubriéndose con todas sus frazadas.

Al poco rato, Quispe apagó la luz.

—Hasta mañana, señoras —se despidió, echándose al lado de su mujer.

—Hasta mañana —contestó Sebastiana.

Muy pronto, Donata concilió el sueño; en cambio la madre permaneció en vigilia. El frío aumentaba por momentos. El aire helado de la noche, entraba en la choza por las junturas de las calaminas y por los agujeros de los clavos. En

el otro cuarto tosía sin interrupción Bautista Vallejos con tos seca, mientras afuera, el viento ululaba lúgubrementemente.

Sebastiana, preocupada por la tos del muchacho, se incorporó un poco. Sus ojos se habían acostumbrado a la obscuridad y pudo ver a Rosita, la hija mayor de los Quispe que, despierta, seguía sentada en el mismo lugar.

El ruido del viento aumentaba y a ratos parecía el aullido frenético de miles de perros lunáticos. Crepitaban las casas de calamina y la tos de Bautista Vallejos, continuaba golpeando con monotonía martirizante.

Al otro lado de la alcoba, en la cama de los Quispe, había movimiento de frazadas, murmullo de voces ahogadas y débil ruido producido por el roce de los cuerpos... Rosita Quispe con los ojos muy abiertos, curiosa y absorta, espiaba el lecho de sus padres...

- II -

Al día siguiente, después de comer su ración apresuradamente cocinada, las dos mujeres se dirigieron al trabajo, antes de que los primeros rayos del sol llegaran al campamento. Llevaban a sus hijos cargados en las espaldas y, en las manos, pequeños atados conteniendo pequeñas porciones de alimentos para distraer el hambre del mediodía.

Por el camino del campamento a la mina, muchos obreros ascendían calmadamente la pendiente. Todavía era temprano y los que habían madrugado, podían permitirse el lujo de caminar sin prisa.

Se sentía mucho frío y de las bocas de los caminantes emanaba el aliento vaporoso; pero a medida que se subía la cuesta y pese al viento helado de la cordillera que soplaba con fuerza, el ejercicio de la marcha iba calentando los entumecidos músculos de los obreros.

—Tiene *sorojchi* esta cuesta. ¿no *señoray*? —la "Abuela" jadeando de fatiga logró alcanzar a Sebastiana y Donata en mitad de la cuesta.

—Si —contestó Sebastiana—. Yo creí que era la falta de costumbre lo que producía nuestro cansancio; pero debe ser el *sorojchi*.

—A todos cansa —explicó la Anciana—. Hasta los hombres dicen que es cuesta "pesada", por el mucho metal que contiene la entraña de estos cerros.

—¿Falta mucho? —inquirió Donata.

—Ya estamos cerca. A la "vueltitita" de aquella loma da la *cancha* donde trabajamos.

Después de un rato de silencio en que sólo se oía el ruido de sus respiraciones agitadas, preguntó Donata:

—¿Hace mucho que trabajas en las minas?

—Mucho. Con este San Juan van a ser ocho o diez años. No estoy muy segura del tiempo exacto; pero son muchos años. —La "Abuela" se puso triste. Tras corta cavilación, pareció reaccionar contra sus pensamientos no demasiado risueños, y agregó: — ¡Ja, jay! Yo vine por un año. ¡Qué loca era entonces! ¡Ja,ja,ja! Pensaba juntar "plata" con mi trabajo para después vivir tranquila. ¡Ja,ja,ja!

La risa de la mujer era jovial, y sus reminiscencias las hacía sin pizca de amargura, contándolas como si se tratara de una historia graciosa.

—Era muy zonza en esos tiempos. Me dijeron que en las minas se ganaba mucho y yo lo creía todo como si fuera una niña. Nunca me puse a calcular lo que se podía gastar en la pulpería, en comprar ropa y en algunas diversiones. ¡Ja,ja,ja! El primer mes; cuando recibí el pago y a mi vez pagué a quienes debía, quedé con tan poca "plata" que no me alcanzó ni para beber unas cuantas *tutumitas* de chicha. ¡Ja,ja,ja...! Y eso que me gusta la bebida porque me pone alegre y dicharachera. ¡Ja,ja,ja...! Me puse a llorar como *huahua*, al ver las pocas monedas que me quedaban.

Siguió hablando como cotorra, en un quechua cerrado, intercalando el relato con carcajadas cada vez más sonoras. Sebastiana y Donata, conforme escuchaban a la mujer, sintieron como si algo se estuviera rompiendo dentro de sus almas, dándoles una sensación de inexplicable malestar y hasta de dolor físico. Por cierto no tuvieron valor para festejar lo que la mujer parecía considerar un chiste, y en vez de corear las risas de la anciana tornáronse más serias. Por fin la "Abuela" muy desconcertada, cayendo en cuenta de que su relato no provocaba el buen humor de sus interlocutoras como tal vez pensó en un principio, optó también por guardar silencio.

Todavía temprano llegaron a la *cancha*. Reunidas con algunas otras *palliris* aún tuvieron tiempo para descansar cerca de media hora, mientras seguían arribando más obreros. Las mujeres, en espera de la hora del trabajo, formaban pequeños grupos y los hombres se perdían en el negro socavón de la mina.

A las siete de la mañana, sonó una sirena en el lejano campamento, cuyo eco fue rebotando por los cerros durante algún tiempo. Los hombres rezagados, entre los que se hallaba Juan Calle, entraron precipitadamente en la mina, al mismo tiempo que las mujeres se esparcían por toda la planicie de la *cancha* y sentándose en el suelo empezaban su monótona tarea. Por medio de "decoviles" empujados por peones, iba saliendo constantemente el metal en bruto de la mina y era echado al alcance de las *palliris*. Estas, trabajando sobre piedras chatas que hacían las veces de yunques, separaban todo lo posible el metal de la piedra por medio de golpes de martillo, arrojando en un *desmonte* las impurezas y amontonando el metal *pallado* que, después se cargaría en el andarivel, para ser transportado al *ingenio*.

Las dos Ari, dejaron a sus hijos sentados cerca de ellas, recibiendo de un capataz las herramientas y algunas ligeras instrucciones. Se pusieron al trabajo un poco nerviosas y asustadas. Juana Condori, una mujer muy seria que se situó cerca de ellas, les hizo algunas indicaciones prácticas para que pudieran

reconocer el estaño y diferenciarlo de la *caja* o impureza. También les enseñó una forma especial de empuñar el martillo que según ella era las más cómoda.

—Hay dos nuevas. Hay dos nuevas...

Empezó a correr la voz entre las trabajadoras, muchas de las cuales aún no se habían percatado de la presencia de Sebastiana y su hija. Curiosamente las miraron, algunas con indiferencia, otras compasivas y unas con desdén y burla.

Las flamantes *palliris* sintiéndose observadas y con la sensación de que había muchas miradas fijas en ellas, se pusieron más nerviosas aún y no atinaban a trabajar en debida forma. Golpeaban con mucha lentitud y constante titubeo, con esa falta de seguridad tan propia de los novatos. Ora martilleaban muy suavemente, ora muy fuerte. A veces partían las piedras más de lo necesario y otras, demasiado poco.

De pronto, Sebastiana erró uno de los golpes de martillo, que en vez de dar en la piedra, fue a machacar uno de los dedos de su mano izquierda, que sujetaba el trozo de roca. Hizo un gesto de dolor; pero luego prosiguió la faena. Una obrera que vio el incidente se rio y comunicándolo a otras, inició con ellas una serie de comentarios festivos a costa de la novel minera.

—¡Qué manera de *pallar*! —se burló alguna.

—Si nos descuidamos, está mujer nos va a *pallar* las cabezas —agregó otra.

—¡Ja,ja,ja! —rieron muchas.

Otras silenciosamente hacían gestos de reproche sugiriendo terminar las bromas; pero en el grupo en que comenzaron los comentarios, aumentaban la chacota, las pullas y las risas. Sebastiana prosiguió serenamente su tarea, simulando no escuchar nada, mientras Donata parecía a punto de estallar de cólera.

—Debías sacarlas si son tan inútiles —apuntó malignamente Soledad Coca, mujeronera de aspecto provocativo.

—¡Aja! —se puso de pie Juana Condori visiblemente furiosa y con las manos en las caderas—. ¡Aja...! ¡Chanchas...! Ríanse de estas pobres mujeres, trabajadoras como ustedes y que sabe Dios por hacer frente a qué necesidades han tenido que venir. ¡Ríanse canallas...! Había sido muy chistoso magullarse un dedo y motivo de risas y burlas el que dos mujeres empiecen a trabajar. ¡Ríanse más...! Ustedes pues serían muy diestras cuando empezaron a *pallar* y les gustaría mucho que sus compañeras se burlaran de sus torpezas de principiantes... ¡Ríanse, chanchas...! ¿Por qué no siguen riendo?

Juana Condori, erguida y resuelta, desafiaba a las mujeres con la mirada y el gesto.

Las que rato antes rieron, tal vez no precisamente con mala intención, quedaron amilanadas y contritas, mostrando en sus rostros, señales de arrepentimiento sincero. Pero Soledad Coca no era de las que cejara fácilmente en una reyerta. También se puso de pie y contestó con mordaz acento:

—¿Y qué "no más" habían sido esas dos mujeres para no podernos reírnos...? ¿Son princesas...? ¿Son patronas...? ¡Y miren pues a la defensora...! Toda su rabia es porque su hombre vive ahora conmigo...! ¡Ajajaillas! ¿Por qué no fuiste pues tan valiente, para no dejártelo quitar?

—¡Tu hombre y tú pueden irse al diablo!— reaccionó la Condori—. Yo defendiendo a estas mujeres porque quiero y no porque me importen nada ni tú, que eres una perdida, ni el canalla del Nicanor.

Soledad Coca, trémula de ira y amenazadoramente, avanzó hacia Juana Condori, palmeando sus manos e insultando con destemplanza voz:

—¡Abatida...! ¡Cochina...! ¡Mirénla pues...! ¡Defensora había sido...! Vean pues quien es la que llama perdida...! ¡Ajajaillas...!

Mientras Soledad Coca avanzaba en dirección a la Condori, la expectativa se hacía general, pues conociendo el carácter de las beligerantes era de presumir una violenta y hasta sangrienta pelea. Juana Condori, esperaba a pie firme la probable arremetida, mientras su agresora seguía avanzando con pasos felinos, sin dejar de insultar y de palmear. Pero, cuando se encontraba a punto de dar el primer zarpazo, sintió que dos manos huesudas y fuertes la sujetaban de las muñecas y que unos ojos negros y enérgicos le clavaban la mirada dominadora. Era Sebastiana Ari, que con voz suave pero decidida, le habló:

—¡Cálmese, señora...! No quiero que ustedes peleen por culpa mía... La señora me habrá defendido en un arranque de bondad, porque cree que yo puedo sufrir con las burlas; pero si usted encuentra placer en ellas, siga "no más" riéndose, pues esas cosas no me hacen daño alguno... Lo que yo le ruego es que no peleen por mi culpa; yo quisiera ser amiga de todas, antes que motivo de discordia... ¡Cálmese, señora, se lo ruego...!

A medida que Sebastiana avanzaba en su discurso, Soledad, Coca fue adquiriendo una sensación inexplicable de vergüenza, notando que su cólera se disipaba. Esa mujer que a pesar de sus años, tenía suficiente brío para apretarle las muñecas tan fuertemente como si las esposara con anillos de acero y que hablaba con tal superioridad y acento tan convincente, logró turbarla por

completo. Y ante el asombro de todas sus compañeras que, conociendo su belicoso carácter, esperaban la reyerta; cuando la Ari dejó de hablar, ella balbuceó algunas pocas palabras y con la vista baja, se retiró al lugar donde trabajaba.

La escena conquistó muchas simpatías a favor de Sebastiana y su hija, a quienes las demás mujeres empezaron a sonreír y hablar, con el evidente propósito de mostrarse amigas. Desde ese momento, las dos Ari tuvieron la impresión de encontrarse dentro de un ambiente acogedor y siguieron trabajando sin la vergüenza y timidez de novatos.

* * *

Fue poco después de uno de los descansos —descansos que en la terminología minera, son llamados *acullis*, porque en ellos los obreros de las minas, *acullican* coca— que el hijo de Donata, al gatear en el suelo se maltrato la cara y empezó a llorar inconsolable, obligando a la madre a dejar el trabajo para atenderlo. En ese momento salía de la mina, el ingeniero Smith, un americano robusto y coloradote, que daba fuertes chupadas a su pipa. Al sorprender a una obrera atendiendo a su hijo en lugar de trabajar, la apercibió secamente, en un castellano con fuerte acento extranjero:

—¡En horas de trabajo, se debe trabajar y no cuidar chicos!

—Se cayó la *huahua*, señor —explicó balbuciente la mujer.

Smith, echando una bocanada de humo, contestó:

—Por eso es mejor no traer chicos.

Donata le miró azorada y temerosamente explicó:

—No tenemos quién los cuide, caballero; pero te aseguro que los chicos son tranquilos y nos dejan trabajar sin interrumpirnos. Ahora lo levante porque...

—Bueno. Bueno. ¡Basta! —corto el ingeniero—. Voy hablar con capataz; pero si otra vez lo encuentro atendiendo chicos, usted saldrá de aquí.

—Está bien, caballero.

—No olvidar — machacó Smith—; nosotros contratado *palliris*, ¡no niñeras!

A grandes zancadas se alejó del lugar, chupando briosamente su pipa. A alguna distancia encontró al capataz Flores, con quien converso durante breves instantes señalando a las mujeres.

Después que el americano se fue, el capataz llegó al lugar acercándose a los niños que otra vez jugaban en el suelo, a pocos pasos de sus madres.

—¿De quién son estos niños? —preguntó en quechua.

—Nuestros —contestó Sebastiana

—¡Hum! —gruñó el hombre—. ¿Para qué los traen?

—No tenemos con quién dejarlos.

—Otras mujeres tampoco tienen a nadie; pero los dejan, porque saben que los pequeños perjudican el trabajo.

—Serán más grandecitos... —intervino Donata.

—El de la Hilaria es más chico y se queda en el campamento... ¿No es cierto, Hilaria? —preguntó el capataz, con voz más fuerte.

—Si —la aludida contestó lacónicamente.

—Los nuestros no van a molestar más, "don Na..." aseguró Sebastiana.

—Siempre molestan —replicó Flores—. Ustedes harán lo que quieran; pero puede costarles el trabajo, porque el "gringo" no aguanta pulgas. Mejor sería mejor que no los traigan.

—Si los dejáramos solos allá abajo, podría pasarles algo. ¿Qué harían todo el día?

—No les pasa nada. Muchos chicos se quedan siempre. La Hilaria deja a su hijo, La Justa, la Cresencia, la Colasa hacen lo mismo y a los chicos no les pasa nada... Y para estar más tranquilos, podrían dejarlos durmiendo...

—¿Cómo...? —preguntó Donata con sonrisa incrédula.

El hombre remoloneó un poco antes de contestar. Luego sin mirar a sus interlocutores, con acento distraído deslizó el consejo:

—Antes de venirse, podrían darles una mamadera de chicha. De ese modo los niños se quedarían durmiendo todo el día... Varias mujeres, así lo hacen...

* * *

El pitazo lejano de la sirena del campamento que anunciaba el final de la jornada, fue para Sebastiana y Donata como un baño reparador que alivió el cansancio de sus cuerpos extenuados. Ellas eran fuertes y acostumbradas al trabajo físico, pero esta forma nueva las había rendido. Les dolían los riñones, las espaldas y los músculos de los brazos; las piernas estaban entumecidas por el frío y la quietud de todo el día; sus manos, llenas de ampollas y magulladuras, les ardían.

Iniciaron lentamente la bajada y poco a poco varios obreros que descendían velozmente, las fueron dejando atrás. Las alcanzó Juan Calle, que hizo el resto del camino con ellas. Su aspecto había variado mucho desde el día anterior. Ahora tenía la ropa vieja y sucia, la cara manchada de tierra y barro, las greñas desordenadas escapando de la gorra, los labios pintados de verde por la coca. Sus gestos, su mirada y su misma voz, revelaban cansancio.

Con mucho interés se percató de las incidencias del primer día de trabajo de las mujeres y con su charla alentadora pudo inyectar bríos en sus espíritus un tanto abatidos. Después de un rato de caminar, notando la fatiga de sus amigas, cargó a los dos niños con el pretexto de acariciarlos y los llevó en brazos hasta el rancharío.

Al doblar un recodo del camino apareció a la vista el campamento distante, en cuya perspectiva dominaban las techumbres plomizas de calamina. Se veía ir y venir pequeños puntitos negros, que seguramente eran las mujeres yendo de sus casas a la pulpería. En ese momento las Ari, que día antes no habían podido comprender la explicación de Calle, tuvieron una sensación de apacible dicha, frente a la promesa del descanso que les brindaba la sola vista del rancharío lejano. Se sintieron más alegres y ligeras, se atenuó la fatiga de sus cuerpos y tonificadas sus almas con ese retazo de optimismo, insensiblemente pudieron poner en la conversación, notas de buen humor y jovialidad.

Cuando llegaron al campamento y se separaron de Juan Calle, fue disipándose su modesta dicha. Tuvieron que acudir a la pulpería para proveerse de algunas cosas que les faltaban y esperar su turno para ser atendidas. Luego, hubieron de conseguir agua en una fuente alejada; encender fuego en su improvisada cocina de piedras; preparar la comida; alimentarse con desgano y atender a los niños. Después de acostarse tampoco pudieron gozar del descanso porque, estando a punto de conciliar el sueño, los Quispe riñeron, sin recatarse la mujer en los llantos y gritos y el varón en las vociferaciones. Y cuando por fin se callaron y durmieron, el viento empezó a silbar lúgubremente y el frío a colarse en la choza por todos los intersticios, atravesando los frágiles abrigos y apoderándose de los cuerpos que se encogían buscando vanamente calor. La tos de Bautista Vallejos, tampoco les dio tregua durante la noche y continuó martilleando el desvelo con su golpes de pesadilla.

Lentamente, la nueva vida de Sebastiana y Donata Ari, pasados los primeros días de permanencia en "Buena Estrella", en que todo fue novedad para ellas, se hizo rutinaria hasta llegar a la perfecta monotonía que es la esencia de la vida minera de los obreros.

Todos los días, menos los domingos, el madrugón para cocinar y comer, subir a la mina, *pallar* y *pallar* el día íntegro, con los únicos intervalos de los *acullis*, en los que también aprendieron a masticar coca; el retorno a la casa generalmente acompañadas por Juan Calle; la comida y otra vez dormir, cuando no hacía su aparición el desvelo provocado por el frío, por la tos del vecino o por cualquier preocupación. Los domingos lavar ropa, recoserla y dedicarse como día de privilegio a cuidar y atender a los niños.

La velada de los viernes, como una costumbre, *acullicaban* hasta la media noche, conversando con los compañeros de la casa en que vivían y con alguna visita. El *aculli* de los viernes es un viejo prejuicio de los mineros y significa un homenaje al *tío*, mezcla de dios y demonio de los obreros de minas, al que en esa típica forma se debe aplacar y halagar para congraciarse con él, a fin de que los proteja de los peligros que siempre acechan; para no perder las vetas; para conjurar las enfermedades y los accidentes; para atraer sus favores y evitar su cólera.

La ansiedad de las dos mujeres de volver a su tierra, iba adormeciéndose paulatinamente. El deseo seguía vivo y latente en sus almas; pero el contacto con la realidad y el resultado económico de los dos primeros meses de trabajo, que apenas les permitió ahorrar treinta y cuatro bolivianos entre ambas, pese a grandes sacrificios, las había obligado a adquirir un poco de pesimismo y, contra sus más caras ilusiones, fueron llegando a la convicción de que el regreso era algo inmensamente bello como un sueño, aunque demasiado irreal y distante. Por cierto, la esperanza del retorno no podía morir bruscamente: yacía acurrucada en el fondo de sus espíritus, un poco avergonzada por lo mucho que pedía...

Las amistades se iban consolidando y aumentando en número. Juan Calle seguía fiel a ellas y cada día que pasaba adquiría nuevos méritos para ser estimado con singular afecto. La frágil Josefa a medida que el tiempo pasaba, acentuaba su personalidad tímidamente bondadosa. Juana Condori les dio nuevas pruebas de amistad sin abandonar su carácter reconcentrado y adusto. La "Abuela" que era amiga de todos, también lo fue de ellas. Su compañía les deparaba no pocos momentos de solaz y esparcimiento, pues las distraía y alegraba con historias ingeniosas, bromas y su constante jovialidad. Tiburcio Quispe, tan serio por lo general, se suavizaba al hablarlas; en cambio, nunca pudieron hacer buena amigas con su mujer, no sólo por lo difícil que era entenderse a causa de su distinto idioma, sino porque la Quispe parecía poco afectuosa a las amistades, cortando con gestos nada cordiales toda tentativa de acercamiento que hicieron las mujeres. En fin, muchas *palliris* y no pocos mineros

resultaron amigos de las Ari. En contraste con la actitud acogedora de los demás, Soledad Coca se mantenía francamente reservada con ellas.

Pronto se acostumbraron también al oficio que tan difícil les había sido el primer día. Se volvieron diestras en su labor y el trabajo, aunque monótono, les pareció al final, liviano y fácil; sus manos resultaron encallecidas con el diario manejo del martillo y ya no llegaban rendidas al término de la jornada. Alguna vez como otras mujeres, les dolían los riñones, pero en forma pasajera y soportable. Tampoco hubo más incidentes con el ingeniero ni con el capataz, pues la lección del primer día les enseñó a no abandonar la tarea aunque lloraran sus hijos. Por cierto, no quisieron seguir el consejo del capataz Flores de dejar "dormidos" a los niños en el campamento; pues aunque nunca comentaron el asunto, hubo algo en sus ánimos, que las hizo rechazar de plano la sugerencia, cuya infamia intuyeron claramente.

* * *

No podían faltar preocupaciones para Sebastiana. En el último tiempo había advertido que la amistad de su hija con Juan Calle, llevaba la probable perspectiva de convertirse en amor. Cuando regresaban de la mina, ambos tendían a retrasarse, conversando en voz baja. Alguna vez pudo sorprender un furtivo pellizco que daba Calle a Donata y que ésta parecía aceptar con satisfacción, aunque con pudor fingido. Por otra parte la muchacha cavilaba mucho sin hacerla partícipe de sus pensamientos y, en presencia de la mujer de Calle; adoptaba un aire avergonzado.

Sebastiana se devanaba los sesos buscando una solución al nuevo problema que se planteaba. En su fuero íntimo, allá en las más remotas capas del subconsciente, se alegraba con los nacientes amores de su hija; pero el examen consciente y razonado del caso, la obligaba a mirar esos amores como auténticamente inmorales, ya que no podía concebir que se correspondiera con tamaña ofensa y deslealtad a las bondades de Josefa. Y ¿acaso no era pecado quitar su hombre a una mujer, aunque ésta no fuera su amiga...? Para colmo de males, conforme pasaban los días, Josefa les daba nuevos motivos de gratitud. En el último tiempo se había tomado la obligación de *aviarse* por cuenta de ellas; a veces las esperaba con agua lista para cocinar, ahorrándoles el trabajo de recogerla en la fuente; en otras ocasiones les proporcionaba la grata sorpresa de recibirlas con la comida preparada y por último, se había brindado a cuidar a los niños, mientras ellas trabajaban.

Con estos encontrados pensamientos, cierto día, bajaba de la mina Sebastiana, mientras Calle y su hija se rezagaban disimuladamente. La madre al no-

tarlo, acortó el paso aguzando los sentidos para captar la conversación. El finísimo oído que poseía, hizo que consiguiera su objetivo, porque con excepción de pocas palabras que se llevó el viento, pudo escuchar el diálogo:

—...podíamos juntarnos y en cuanto reuniéramos "plata" nos casaríamos por la Iglesia. Doña Sabita viviría con nosotros y yo sería como un padre...

El ruido del viento, no dejó oír a Sebastiana las últimas palabras del hombre, ni tampoco las voces de Donata que contestó algo imperceptible. —Maldito viento— pensó; pero después de un rato nuevamente alcanzó a escuchar la voz de Calle:

—...no me quieres. Si me quisieras de verdad no buscarías tantos inconvenientes.

—¿Pero la Josefita, Juancho?

—Ya te he dicho que podría irse a la casa de sus padres que siempre la llaman y quieren separarla de mí.

—¡Pero ella te quiere!

—Si... Pero me olvidaría pronto... ¿Acaso es nuestra culpa querernos, Donata? ¿Por qué si nos queremos vamos a dejar pasar la oportunidad de ser felices? Piensa lo dichosos que viviríamos juntos, con tu madre, tu hijo y tu hermano. Ustedes necesitan un hombre que las ayude y acompañe. No lo dudes más "Ulincha". Acepta ¿Quieres?.

Donata guardó silencio largo tiempo, durante el cual, Sebastiana estuvo tan pendiente de la respuesta como el mismo Juan Calle. Por fin, la muchacha con voz queda pero firme contestó, hinchando de orgullo el corazón de su madre:

—¡Qué terribles impulsos de aceptarte tengo, Juancho! ¿Cómo no desearía vivir yo, con el hombre que quiero y que además sería el sostén de mi madre, de mi hijo y mi hermano....? Pero no es posible Juancho. Lo he pensado mucho durante todos estos días y todas estas noches. No es posible... Soy incapaz de hacer daño a nadie y mucho menos a una persona tan buena como la Josefita. Si yo te aceptara, mucho temo que nuestra felicidad de vivir juntos, se vería empañada por el convencimiento de que hemos hecho la desgracia de una inocente. ¿Tenemos derecho a obtener nuestro deseo a precio tan elevado...? ¿Sabes, Juan? Las gentes piensan demasiado en sí mismas, sin acordarse de los demás, y ese es el motivo por el que muchas veces hacen tonterías y cometen injusticias.

—De modo que por no hacer desgraciada a la Josefita ¿debemos ser desgraciados tú y yo?

—Debemos procurar que ninguno lo sea, ella ignorándolo todo; tú y yo tratando de olvidarnos mutuamente. La Josefita es tan buena, suave, discreta y te quiere tanto, que bien merece ser amado por ti.

—Pero sabes que yo no la quiero.

—Podrías quererla otra vez, si te esfuerzas en conseguirlo.

—¡Yo no podré olvidarte! —replicó el mozo con voz áspera.

Donata suavizó aun más la suya, hasta convertirla en un murmullo:

—Podrás, si pones algo de tu parte. Y por último, aunque no lograras, aunque fueras desgraciado; ¿no es acaso hermoso el sacrificio de uno, por la tranquilidad y la dicha de otro? ¿Nunca lo has hecho...? Yo lo hice una vez en una cosa muy pequeñita, pero muy trascendental para los pocos años que tenía entonces: mi padre debía ir a Cochabamba llevando carga de Hacienda y ofreció hacer el viaje con uno de sus hijos: Severo o yo. Durante mucho tiempo, había sido un ferviente deseo de ambos, conocer la ciudad y esa era la primera oportunidad que se nos presentaba para alcanzar aquel anhelo. Recuerdo que mi padre nos miró a los dos durante largo rato antes de hacer la elección y ambos le mirábamos implorando en silencio, cuando me eligió, mi corazón, como un *tarajchi*, saltó de júbilo; pero cuando vi a mi hermano, noté tanta resignada tristeza en sus ojos que se esfumó mi alegría. Parecía un corderito sin madre o una sementera después de la granizada. Cavilé y dudé mucho tiempo, hasta que finalmente resolví ceder mi puesto al Severo. ¡Cómo se alegró el muchacho...! Todavía me parece verlo, dando saltos y gritos de contento. Creo que ni siquiera se dio cuenta de mi sacrificio, pero siempre he pensado que nunca sentiré satisfacción más grande que aquella ocasión, en que pude ver la dicha de una persona, proporcionada íntegramente por mí... ¡Juancho! Ahora tendremos que ceder a la Josefita "el viaje a Cochabamba...." ¡Verás qué dulcemente grato es el sacrificio...!

- III -

Los domingos que seguían a un día de pago en la Empresa "Buena Estrella", fuera de la vieja práctica de gastar las menguadas economías en copiosas libaciones de alcohol o chicha, existía también la costumbre de escribir cartas a los familiares ausentes.

Los pocos trabajadores que sabían escribir redactaban sus epístolas a primera hora y al concluir las, escribían otras para los amigos. El profesor de la empresa atendía a los demás, instalándose en medio del campamento con una mesa, una silla y el necesario recado de escribir. Tenía fijada la tarifa de veinte centavos por cada carta —incluidos el sobre y el papel— y muy concienzudamente, efectuaba su trabajo.

Era un viejo mestizo, bonachón y amable, que antes había sido *laborero* de la Compañía; pero como a raíz de un accidente en la mina quedó incapacitado para el trabajo físico, existiendo la coincidencia de que sabía leer y escribir, fue nombrado profesor, con lo cual la Empresa logró llenar dos obligaciones legales; la de no abandonar a un obrero accidentado, ahorrándose la indemnización y la de instalar una escuela.

En la ocasión que referimos, el ex-laborero se hallaba rodeado de un compacto número de trabajadores, a quienes iba atendiendo por riguroso orden de llegada. Otros grupos de obreros circundaban a los amanuenses mineros que también se habían ubicado por la misma zona del campamento. Mientras los mineros esperaban su turno, concentrándose hasta lo imposible, ordenaban sus ideas y meditaban las cosas que dictarían.

El trabajador a quien correspondía el turno se destacaba de los demás compañeros, colocándose delante del escribiente y luego dictaba la carta en quechua o aimara, haciendo grandes intervalos de silencio o precipitando aceleradamente su dictado. El profesor, mentalmente, traducía al castellano las palabras del indígena y después de sintetizar las frases de éste, las escribía con redacción muy personal y con letra grande, redonda y llena de arabescos, que causaba la ingenua admiración de su clientela.

La primera carta escribió, dictada por un robusto barretero, fue pergeñada en los siguientes términos, textualmente:

"Apreciado papá:

"Aquí me tienes sin novedad y ustedes cómo estarán y también te diré que "cuando junte palta, me iré a vivir con ustedes. Y también te diré que le "digas a la comadre Juliana que no se olvide de cuidar bien mis ovejitas, "yo le he "dejado cinco y cuantos serán hasta ahora.

"También te mando esos cinco bolivianos y una libra de azúcar y dos "onzas de coca y el arroz se ha acabado en la pulpería y por eso no te "mando. Y a mis hermanitos, cuídamelos bien y dales saludos de este su "hermano.

"También te diré que la Nicolasa e porta mejor y ya no se emborracha "tanto y ya estamos viviendo mejor y avísame de todo y ojalá habrás "arreglado "la pared de atrás de la casa, porque puede caerse como la otra "vez.

"Ya nada más te digo, tu hijo que mando saludos.

Pedro Segundo"

Una *palliri* joven mocetona esbelta y casquivana, muy compungidamente y con un quechua dulce y melodioso, fue dictando la siguiente carta, que el profesor redactó a su manera:

—¡Que tal enojados estarán conmigo!

—Me vine sin decirles nada. Ustedes no lo querían al Lucaso porque era flojo para el trabajo, mujeriego, muy borracho y pendenciero. Pero bailaba muy bien, tocaba el charango tan lindo y decía cosas tan bonitas...

—Les mando esos tres pesos y azúcar y chocolate.

—Nos vinimos a las minas. Un tiempo vivimos contentos porque el Lucaso ya no bebía y trabajaba como hombre. Después, otra vez se hizo "agarrar" con el vicio y de todo me pegaba y me reñía. Más después, se fue con otra.

—Avísenme si sigue viviendo el burrito viejo.

—¡Siempre son así los hombres...! Ahora vivo sola y trabajo de *palliri*. Si ustedes no se enojaran, quién sabe volviera a su lado...

Un mozalbete de dieciséis años aproximadamente, flaco y amarillento, hizo escribir a su madre, en esta forma:

"Ahora ya soy barretero y gano 1,20 al día. Si mi padre te sigue "pegando debes venirte a vivir conmigo porque también necesito que

"alguien me atienda la comida y ahora pago mucho a la cantinera por la pensión que me da. Y si usted no puedes venirte, tendré que conseguirme mujer.

"Y aquí también puedes trabajar porque en el *Ingenio* o *depalliri*, puede usted ganarse hasta un boliviano por cada día.

"Y sólo te puedo mandar ese poco de coca y una libra de harina de trigo para que te hagas pan, porque me he comprado un sombrero y todo lo he gastado. Y en el otro mes, quién sabe te mande unos cinco billetes. "Yo no puedo volverme como quieres, porque mi padre mucho me pega y se gana muy poca plata y también allá el clima es muy bueno y aquí es frío; pero uno se acostumbra pronto.

"Sin más retardo te despido con afecto... *Juancito*"

Las demás cartas tuvieron poca variaciones en los temas tratados, dejando entrever algunos dramas de sus vidas sencillas casi siempre estoicas y resignadamente contemplados. En ninguna había quejas de su brutal trabajo, del trato que recibían o de los peligros que afrontaban. En cambio en todas las misivas se anunciaba algún envío de dinero o de encomienda y se demostraba el deseo de regresar pronto.

Y es que el minero es generalmente un transplantado que no acaba de acostumbrarse. Es un campesino que se fue a las minas, alucinado por los buenos salarios, y que siempre tiene nostalgia de su vida pastoril en el valle o en la puna. El cambio de arado por el barreno; del trigal maduro por el negro socavón; de la tierra fértil y fragante de las siembras, por la roca dura y traicionera de las minas, resulta demasiado duro y radical para ellos. Por eso es que el minero, constantemente vive soñando con el retorno al terruño.

* * *

Mientras el profesor y los obreros que sabían escribir seguían componiendo cartas, los mineros, a medida que se despachaban iban raleando los compactos grupos del comienzo, si bien no se apartaban mucho de los escribientes, quienes, aquella mañana, constituían el centro de gravedad. Era fácil distinguir a los trabajadores que habían dictado su carta de los que aún esperaban turno. Aquellos tenía la cara risueña, sueltos los ademanes, satisfacción inequívoca reflejada en los rostros y una alegría sincera que se desbordaba en bromas y joviales comentarios. Los otros, continuaban silenciosos, meditabundos y ensimismados.

Cerca de allí, algo apartada de los grupos y delante de su cuartucho se encontraba una anciana indígena recosiendo su pollera de multicolores remien-

dos. Era la "Abuela" que parecía encontrarse totalmente ausente de la algarabía general. Sin duda alguna, cavilaba. Las arrugas de su cara se habían profundizado y el especial rictus de su boca desdentada, denotaba amargura. Sus cabellos grises le caían sobre los hombros desordenadamente; la entreadvertida camisa dejaba ver los senos flácidos y marchitos; y sus ojos cansados apenas se fijaban en la apresurada obra de sus manos. Los labios secos seguían el ritmo de sus pensamientos, murmurando apresuradamente indescifrables palabras.

Le incomodaba ese inusitado movimiento de obreros, la sana alegría que flotaba en el ambiente, el maldito correo, a cuyo conjuro las almas eran invitadas a comunicarse con los seres ausentes y queridos.

Ella no tenía pariente alguno. Y en estas oportunidades se daba cuenta exacta de la triste condición de un ser humano que a nadie tiene en el mundo, que pueda interesarse por él. En medio de su interminable refunfuño, pasaba revista a su monótona y lamentable existencia. No recordaba a sus padres con claridad, pero acaso procedía de su madre aquel recuerdo lejano y dulce, ofuscado por el tiempo, de unos mimos tiernos de mujer. En cambio no se borraba de su memoria la imagen de una furiosa tía que la cría, recuerdo asociado con el de terribles palizas y el de su cuerpecito de niña magullado por inhumanos castigos. Después, su fuga a la ciudad, su empleo en varias casas de familia como sirvienta, con reprimendas constantes de la "señora", voces ásperas del patrón y cuando fue más joven, los requiebros exigentes y amorosos del hijo de familia.

Luego su peregrinar por las minas grandes y pequeñas, hasta llegar a la conclusión de que se vive mejor en las minas "chicas" y tanto mejor, cuanto la mina sea reducida. Aquel primer amante, con su colorario de las primeras ilusiones y la subsiguiente decepción; el segundo, el tercero y ninguno que hubiese dejado un recuerdo grato en su espíritu, ni tampoco un hijo del amor en su vida. Ahora, la vejez, la soledad y el abandono. Su trabajar constante machacando piedras, ese ligero dolorcillo del pulmón, periódicamente aparecido y esa tos fuerte que después de cada acceso, la hacía exclamar resignada y humorísticamente: "¡Pago de la mina!". ¿A quién podía escribir ella, si a nadie tenía en el mundo?...

Alguno de los peones, reparando en la "Abuela", le preguntó exento de malicia:

— "Abuela". ¿Tú no escribes a nadie?

La pregunta fue coreada por otros obreros con diversos comentarios, chanzas y chirigotas:

—La "Abuela" no tiene a nadie.

—La "Abuela" está enojada con su marido y no quiere escribirle.

Y una voz compasiva:

—¿Por qué estás enojada *abuelay*...? ¿Por qué no ríes y bromeas como siempre acostumbras?

Pero la "Abuela" no contestaba nada y con cada nueva pulla se ponía más furiosa. Sentía su amor propio herido en la fibras más sensibles y se apoderaba de ella, un odio profundo todos los que le molestaban junto con un irresistible deseo de vengarse. Entre dientes maldecía y blasfemaba. Su cerebro buscaba afanosamente una respuesta que pudiera anonadar a todos. Poco a poco se fue aplacando su mal genio y, mientras los obreros la dejaban tranquila al no encontrar resistencia para las bromas, ella con paciencia y minuciosidad, fue delineando su traviesa venganza.

Cuando ya casi todos habían dictado sus cartas, quedando muy pocos en espera de su turno, la vieja, muy ceremoniosamente, se aproximó con estudiada lentitud hasta la mesa del amanuense. Con pasmosa calma esperó, haciendo caso omiso de las nuevas y ya inseguras bromas ensayadas por los compañeros. Llegado el momento oportuno, dictó en alta voz la siguiente carta, ante el asombro, admiración y desconcierto de los mineros:

"Querida hijita:

"Recibí tu carta que me trajo el viajero Quispe. Me alegro mucho que "vivas tan satisfecha con tu marido en Potosí. Te mando esos cinco pesos "para que compres dulces a mis nietecitos.

"Si tu marido es tan bueno como me dices, me iré a vivir con ustedes "cuando reuna un poco de plata para el viaje. No dudo que en tu casa "viviré como en mi propio hogar y que tu marido será como verdadero hijo "para mí.

"Dales muchos besos a tus hijitos a quienes quiero mucho y tanto "anhelo conocer. Me han avisado que son rubios y lindos como tú.

"Muchos saludos para tu marido, besos a los chiquitos y para ti el "caríño de tu madre..."

Después de recoger su carta debidamente ensobrada e incluido el billete de cinco pesos, en medio de la silenciosa admiración general, la "Abuela" se retiró del lugar paulatinamente, tarareando un alegre "pasacalle". Sentía un indescriptible contento interior por haber podido embaucar a sus compañeros y además, porque allá en el fondo de su alma, descubrió que rebullía una nota

de dulce ternura; pues al mentir a sus amigos, también por breves instantes, había logrado engañarse a sí misma...

* * *

Aquel día, hubo mucha bebida en el campamento. En la casa en que vivía Modesto Callisaya, se vendió desde temprano alcohol mezclado con un poco de agua y en la de Peregrina Cruz, una mala chicha fuertemente alcoholizada. Las libaciones se efectuaban con el acompañamiento musical de improvisadas orquestas de guitarras, charangos y acordeones. Los obreros afluían constantemente a las dos casas, en las que iban dejando poco a poco, gran parte de sus ganancias del mes y a medida que vaciaban sus bolsillos, sus cabezas íbanse llenando de los humos de la embriaguez, produciendo esos curiosos fenómenos de trastocamiento de la personalidad: los alegres volviéndose tristemente llorones; los melancólicos, alegres y expansivos.

Cerca de mediodía se produjo la primera pelea en casa de la Cruz. El apacible Cecilio Lique, se sintió ofendido por una inocente broma de Paulino Alcoba y sin reparar en su propia debilidad física, le atacó con golpes de puño. Alcoba contestó con un fuerte puntapié que derribó al mozo y cuando los presentes creyeron concluida la pelea, Lique reaccionó acometiendo otra vez al contrincante. Cayeron ambos al suelo, Alcoba encima de Lique, dándole en el rostro feroces puñetazos.

—¡Ahora, Paulino! ¡Enséñale a ser macho! — alentaba a su hijo el viejo Olegario Alcoba.

Los demás circunstantes que enardecidamente presenciaron la pelea, también animaban con voces a uno y otro adversario. Por fin, después de largo rato, al observar que los peleadores estaban ensangrentados, los separaron.

Entonces pudieron ver que en las manos de Lique, brillaba un cortaplumas afilado y que sangraba el pecho de Alcoba. Se produjo otro alboroto. Olegario Alcoba, pretendió agredir a Lique, pero se interpusieron los partidarios de éste. Hubo imprecaciones e insultos y hasta una que otra pelea secundaria. Volvió la tranquilidad a la casa de Peregrina Cruz, cuando se llevaron para curar al herido que se alejó lanzando palabrotas y cuando también se fue Lique, murmurando entre dientes.

—Conózcanme ahora.... Sepan quién soy yo, ¡"grandísimos"....!

Todo el día siguieron bebiendo ininterrumpidamente. Más tarde hubo otras reyertas, incluyendo una de Soledad Coca que en arranque incontenible de celos, arrastró de los cabellos a Pascualita Asllani, por haberla encontrado conversando animadamente con Nicanor Chiri, su amante. Rifieron también, el

capataz Flores con el barretero Limache, debido a que este último deseaba cobrar represalias por abusos que cometió Flores en el interior de la mina. Y pelearon muchos más: unos porque sentían renacer viejas rencillas y animadversiones, otros por motivos insignificantes.

Despertaban todos los instintos animales al influjo del alcohol. Hombres que pegaban brutalmente a sus mujeres por sentir encendido el fuego de los celos. Parejas tambaleantes, que apretadamente buscaban la intimidad de las casas desiertas para reaparecer más tarde y seguir bebiendo entre comentarios equívocos relativos a su momentánea desaparición. Borrachos vomitando sin rubor alguno delante de toda la gente. Mujeres que dormían en el suelo con las polleras revueltas. Un mozo mofletudo, abrazado a otro, con la boca que babeaba, reprochábale: "Yo te quiero, tú no me estimas". Insultos procazes, bravatas insolentes. Niños que merodeaban como perrillos sin dueño, contemplando admirada y estúpidamente a los mayores, sin que nadie reparara en ellos. Voces fuertes y carcajadas destempladas. Sollozos y llantos de hombres ebrios. Gritos histéricos de mujeres. Una voz ronca, entonando todo el tiempo la misma cantinela:

"Del prado vengo con mi cholita

"a mi nadie me la quita

"a mi *chascañahuisita*.

"Del prado vengo, palomita..."

Sebastiana y Donata Ari se habían apartado de la algarabía general. Con otras pocas mujeres, se ocuparon de lavar ropa en la alejada fuente, durante el día. Al atardecer regresaron a su casa llevando de la mano a sus pequeñuelos que ya caminaban, y en sus espaldas, los atados de ropa recién lavada todavía húmeda.

En la puerta encontraron a Rosita Quispe, meciendo en brazos a su hermano menor que lloraba desesperado, siendo inútiles los esfuerzos de la improvisada mamá para hacerle callar. Los ausentes padres, posiblemente participaban de la embriaguez colectiva. Dentro de la casa, el pobre Bautista Vallejos estaba tirado en el suelo, visiblemente descompuesto. Tenía fiebre, transpiraba intermitentemente y mientras aumentaban su fatiga y desasosiego, los accesos de tos se repetían con mayor frecuencia. Contra su costumbre el muchacho se quejaba sin poder explicar la causa de su dolencia. Las mujeres, dándose cuenta de que el mozo estaba mal, le arroparon un poco y una de ellas fue en busca del médico.

¡Mal día para buscar al médico! El galeno no estaba en su casa porque había ido de visita a la casa del Contador de la Empresa, en cuya compañía y

la de otros empleados y familiares, jugaba una partida de "bridge". Al enterarse del llamado, mandó a decir a la importuna que se encontraba muy ocupado y que lo buscaran al día siguiente. Como Donata Ari insistiera, el facultativo salió a su encuentro y le increpó tonante:

—¿Cree usted que por cualquier disparate voy a dejar mis ocupaciones importantes?

—¡Pero, está mal, doctor! —imploró la mujer.

—¿Qué me importa? Ellos tienen la culpa por beber tanto —repuso ásperamente el médico, agregando con voz más suave: —Ahora no puedo ir porque estoy atendiendo un caso muy delicado. Que vaya a la enfermería mañana a las diez.

Bueno, doctor —concluyó Donata Ari, alejándose convencida de la imposibilidad de obtener su deseo.

Luego buscó en el campamento a Esteban Vallejos, el padre del enfermo, sin poder encontrarlo por ninguna parte. Más bien al regresar a su casa, tropezó con Juan Calle, que se acercó a ella con risa estúpida y dando discretos tropezones.

—¡"Ulinchita"! Te he buscado todo el día. ¿Dónde "no más" te has metido?

—Estuve lavando —contestó la muchacha. En seguida, al notar el estado en que se encontraba el hombre, añadió: —¡Pero, tú estás borracho!

—¡Ja,jay! "Ulinchita". No estoy borracho, sino alegre. ¡Ja,jay!

Guiñaba los ojos picarescamente y al intentar abrazar a la moza, dio un violento traspié que por poco no llevó sus huesos al suelo.

—Estás borracho. ¡Vete! —ordenó malhumorada Donata—. Más bien busca al Esteban Vallejos porque su hijo se ha puesto mal.

—Bueno, bueno. Iré a buscarlo; pero primero escúchame porque tú también debes estar alegre.

—Completamente borracho —volvió a comentar en voz baja la Ari.

—No borracho. ¡Alegre! —corrigió otra vez Calle y con cara de niño travieso que comunica en secreto, una picardía agregó: —La Josefita se ha ido.

—¿Qué...? —preguntó Donata ingrata y vivamente sorprendida.

—Sí. Se ha ido. Me ha abandonado. Ahora ya no tienes pretextos para no juntarte conmigo —contestó el hombre con el rostro resplandeciente de satisfacción.

—Tú la habrás despachado... — reprochó la muchacha.

La sonrisa de Calle se esfumó y empezó a hacer pucheros como si fuera a lanzar el llanto.

—No. No, "Ulinchita". Te prometo que no. No la he "botado". Ella "no más" se ha ido.

— ¡Mientes! ¡Tú las has despachado!

Calle guardó silencio. Después de un rato, muy contrita y débilmente, volvió a negar.

—No. Ella "no más" se ha ido.

—Bueno. Hablaremos de esto otro día, cuando estés sano. Ahora debes buscar al Esteban.

Cambiando el tema de conversación, Calle pareció recobrar la alegría.

—Bueno, bueno. Ahora lo traigo; pero dime una cosa: ¿Esta noche puedo traer mis cositas a tu casa?

—No. No. Ahora estás borracho.

—¿Entonces, mañana?

—No, Juan. Todavía no. Estaría muy fresco el recuerdo de la Josefita y no podría quererte. Más después, quién sabe...

—Bueno, bueno — resignadamente contestó Calle, alejándose, rumbo a las casas donde se vendían bebidas.

Como era de presumir, Esteban Vallejos llegó a su casa ya de noche completamente ebrio. Sin embargo, pareció reaccionar de la borrachera al ver a su hijo. El joven respiraba dificultosamente, la palidez de su rostro era cadavérica y sus ojeras negras parecían dos cuevas profundas.

Un fuerte acceso de tos culminó con un copioso vómito de sangre, impresionando profunda y dolorosamente al padre, que quedó con la mirada clavada en Bautista. Sebastiana dio al enfermo una infusión caliente de coca mezclada con alcohol, le friccionó el pecho con kerosene y le aplicó compresas de vinagre en la frente. Con tales medicamentos, al enfermo aparentó tranquilizarse hasta quedar dormido.

Cuando Esteban Vallejos vio a su hijo reposando, al parecer plácidamente, salió de la casa, alejándose a pasos lentos e inciertos; pero esta vez no fue a la chichería de Peregrina Cruz, ni a la de Modesto Callizaya sino que directamente dirigió sus pasos hacia el campamento de la administración. Se detuvo

a poca distancia de la casa del administrador, profusamente alumbrada y desde cuyo interior se oían los sones de un "blue" americano.

—¡Canallas! — con voz ronca y potente increpó Vallejos a las ventanas iluminadas de la casa.

—¡Canallas! — elevó aún más la voz cuando concluyó el "blue" y se hizo silencio.

A los pocos instantes, a través de los visillos de una de las ventanas, se dibujó la silueta del administrador, que con un cigarro habano en la boca trataba de distinguir al impertinente que gritaba y manoteaba la sombra.

—¡Ajá, "míster" Johnson! ¿Me oyó usted? Pero al decir canallas, no me dirigía a usted, aunque usted no deja de ser también un "gringo" canalla.

—¡Canallas! — repitió una vez más, estentóreamente, dando nuevos traspiés. Y añadió siempre con voz fuerte, que a ratos se quebraba—: Canallas son los amos de usted, los dueños de esta mina. Esos que usted adula y que yo odio. Esos que pasean en automóviles lujosos con sus mujeres más lujosas que sus automóviles. Esos que ganan millones al año tirados de panza, porque saben que usted les cuida celosamente sus intereses. Esos que engordan en sus palacios mientras nosotros nos deshacemos los pulmones en la entraña de la tierra y mientras vomitamos sangre en las pocilgas que nos dan para para vivir...

Vallejos calló un rato indignado. Tambaleó un poco pasándose la mano por la frente que transpiraba, escupió en el suelo y agregó con voz menos fuerte:

—¿Oyó usted "míster" Johnson? Es un mensaje para sus amos, que le ruego transmitir a nombre del barretero Esteban Vallejos y su hijo Bautista, dos trabajadores pobres, pero honrados. ¡A mucha honra, "míster" Johnson...! No se olvide transmitir el mensaje y no se olvide poner varias veces la palabra canallas...

¡¡CANALLAS...!! — rugió otra vez con voz de trueno y se alejó, tambaleándose, del lugar.

* * *

El señor Johnson, impertérrito y flemático, con las manos en los bolsillos y sin abandonar de la boca el cigarro habano que fumaba, vio desde su ventana cómo se perdía en las sombras de la noche, la funambulesca figura del barretero Esteban Vallejos.

Su esposa, una rubiecita intrascendente, arrellanada en un sillón "Morris" dejó de leer una novelita romántica que tenía entre las manos y preguntó:

—¿Por qué no sigues haciendo música "Darling"?

—¿"Cuban Love Song"? —consultó Johnson.

—"O, Key, darling" —asintió bostezando la mujer y añadió distraída: —¿Qué alboroto había afuera?

—Nada, querida. Un indio borracho —comentó el americano despreocupadamente, mientras daba cuerda a una ortofónica elegante.

* * *

A la mañana siguiente, antes de que saliera el sol, un camión de la Empresa se detuvo delante de la casa de los Vallejos. Bajó del vehículo el Encargado del Campamento, dando breves y cortantes órdenes de despido al padre y al hijo, aún no repuesto de su dolencia; les liquidó sus cuentas al día recabando sus impresiones digitales en papeles que los obreros no leyeron; ayudó a empaquetar sus pocas cosas y sin darles tiempo para nada, hizo subir a Esteban y Bautista en el camión, que luego partió precipitadamente rumbo a Oruro.

Nunca se supo en el campamento de obreros cuál fue el fin que tuvieron los dos barreteros despedidos.

- IV -

Un grupo de ocho o diez obreros entró en la *jaula* y a pesar de que acababan de ingresar al trabajo, su aspecto denotaba cansancio. Macilentos y sombríos, parecían presos, llevados contra su voluntad a efectuar algún trabajo forzado. Esperando que la jaula se pusiera en movimiento, unos alistaban sus lamparillas de carburo; otros, escogiendo minuciosamente las hojas de coca que tenían en pañuelos, con desgano, las llevaban a la boca; alguno pese a la estrechez, se sentaba en posición incómoda; el de más allá bostezaba ruidosamente.

Silvestre Ontiveros, un *enmaderador* de cuarenta años más o menos, chato, feo, de anchas espaldas y brazos muy largos, hombre que había recibido cierta rudimentaria educación y de criterio sereno y centrado, murmuró con voz apenas perceptible al oído de Juan Calle:

—¿Sabes que nos disminuyen el jornal?

—Sí, —contestó lacónicamente el aludido.

A poca distancia el *winche* chirrió sonoramente y la *jaula*, con suavidad, empezó a descender por el *cuadro* vertical. La indecisa luz de las lámparas de carburo, apenas dejaba ver las huidizas paredes en sucesión veloz de rocas, huecos, tierra mojada y sombras. Solamente cuando se pasaba por algún nivel, los muros aparecían *poteados* con piedras simétricas, perfectamente unidos. A medida que se bajaba, el olor a humedad iba en aumento.

—También subirán los precios de la pulpería —cuchicheó Ontiveros.

—Así he sabido —murmuró Juan Calle.

Aqué!, bajando más la voz, agregó:

—Algunos queremos hablar de todo esto, hoy en el *aculli* de las doce, en el *saloneo* "Boya". Quisiera que tú también vayas.

Calle levanto la vista, miró interrogativamente y con interés a su interlocutor, respondiendo con tono resuelto:

—¡Iré, "Mono"!

La *jaula* se detuvo en el "Nivel 208", donde el *cuadro* se abría en un espacio grande trabajado en la roca, fuertemente iluminado con luz eléctrica. En ese espacio podían verse bombas que extraían el agua de la mina, por medio de tuberías de fierro. Junto a las bombas trabajaban dos obreros embadurnados de aceite y delante de la *jaula* se hallaba el Jefe de Sección, conversando con un *mayordomo* y un *chivato*. Desde una pequeña caseta, otro obrero hablaba por teléfono a grandes voces.

En el amplio espacio del "Nivel 208" descendieron los obreros, internándose en las *galerías* alumbrados por la mortecina luz de sus lámparas.

Los planos del "Nivel 208" simulaban un esquema de sistema nervioso, con sus líneas principales, ramales largos y ramificaciones cortas, equivalente a las *galerías*, que partían en distintas direcciones, siguiendo cursos caprichosos. Fueron formadas en el transcurso del tiempo, siguiendo el recorrido de las vetas. Al principio eran socavones estrechos que luego se ampliaron hasta darles suficiente espacio para el tránsito humano y el de carros "decauville".

Por una de esas *galerías* se internó Juan Calle, hasta llegar al paraje donde trabajaba que era el *tope* de un socavón. Esperando la hora exacta, se sentó sobre unos terrones para *acullicar*. Después, con mucho desgano tomó un barreno y empezó a taladrar la roca.

—Maldita agua —pensaba Calle. Efectivamente el paraje era excesivamente húmedo, pues brotaba agua en abundancia de los intersticios de las rocas—. ¿Qué desearía hacer Ontiveros y los demás?— Mientras Calle trabajaba, su pensamiento iba saltando de un tema a otro. Progresivamente, como esas máquinas bien aceitadas que empiezan a funcionar con lentitud y suavidad, para luego acelerar el ritmo de su movimiento, el obrero iba asentando su trabajo, volviéndolo más rápido y armonioso... —Me estoy dejando embrollar mucho por la "Ulinchita"— Su mano izquierda hacía girar constantemente el barreno de acero después de cada golpe de martillo dado con la otra mano. —¿Cuándo me darán la ropa de goma que me han ofrecido...? — Cada cierto tiempo sacaba el barreno, examinaba la punta de la herramienta, extraía del agujero el polvo y las partículas de roca con una *cucharilla*, para luego intro-

ducir otra vez el barreno y proseguir su tarea. — ¡Roca del demonio, parece granito! — La figura del obrero, iluminada por la lámpara de carburo, allá en el fondo oscuro de la *galería*, con las piernas abiertas bien afirmadas sobre el suelo, los músculos de los brazos tensos manejando las herramientas típicas de la minería, los pantalones remangados hasta las rodillas, la camisa entrecambiada, la transpiración empapando todo el cuerpo, el torso y la cabeza inclinados, parecía un "cliché" periodístico de primero de mayo.

A esa hora la mina mostraba febril actividad obrera: los centenares de barreteros perforando la roca en los diversos parajes; lúgubres *topes* de las *galerías*, *rajos* peligrosos, *chimeneas* estrechas, *piques* resbalosos y *re-cortes a rompe caja*. Los *enmaderadores* acomodando troncos de madera denominados callapos, en los lugares peligrosos donde se teme derrumbes. Los *carreros* empujando carros "decauville" que desde los parajes de explotación llevan la carga hasta la *jaula* y de allí a la superficie, donde otros los transportan al *desmante*, la *cancha mina* o al andarivel, ya se trate de *caja* inservible, de *broza* que necesita ser *pallada* o de *guía* que no requiere ningún tratamiento por su riqueza natural. Los *carrilanos* ocupándose de arreglar los rieles, sobre todo en lugares donde la corrosiva agua de *copagira* los destruye rápida y constantemente. Los *rumperos*, generalmente niños, que llevan y traen los barrenos de lugares de trabajo a la herrería donde se aguza la herramienta. Los *peones* ayudantes de unos y otros. Los *laboreros* que dirigen el trabajo y que a fuerza de experiencia, son expertos mineros cuyo conocimiento bien pueden envidiar los ingenieros titulados. Y los *mayordomos*, celosos vigilantes de los obreros para que no descansen en las horas de labor. Los *apiris*, *chasquiris*, *chivatos* y tantos otros, todos en constante movimiento. ¡Mina...! ¡Entraña de la tierra dominada por el hombre y que se venga del hombre fatal y sañudamente...! Parajes húmedos a cientos de metros debajo del suelo, donde llueve como si se hubiera desencadenado una tormenta al aire libre; *topes* tan faltos de ventilación, que en ellos se vuelve amarilla la luz de las lámparas y se marchitan las vidas de los obreros por falta de oxígeno; *chimeneas* angostas que buscan el cielo inútilmente; tierra deleznable que amenaza derrumbe; roca fuerte que resiste tercamente el embate del acero. Oscuridad y barro. Piedras que parecen esperar el momento propicio para aplastar a un hombre. Partículas pequeñísimas de roca y átomos de polvo, que introduciéndose en el organismo, arteralmente, contribuyen a esclerosar los pulmones... Laberinto de galerías subterráneas que crecen constantemente, se estiran como tentáculos que quisieran atrapar a una presa, se alargan y retuercen como pesadilla; galerías negras y amenazantes como bocas de monstruos hambrientos: ¡Socavones de Angustia...! Mina: ¡Vivero de la muerte...!

* * *

Calculando que ya era cerca del medio día, Juan Calle preparó los **tiros** en profundos **taladros** perforados durante la mañana. En ellos colocó fuertes cargas de dinamita y las taqueó convenientemente; luego encendió un cigarrillo y con el fuego del mismo, prendió las mechas.

—¡Tiro! — gritó con voz potente por si hubiera alguna persona aproximándose al lugar, mientras serena y flemáticamente se alejaba para protegerse en un hueco de la roca.

Breves instantes después y casi al unísono, retumbaron en el socavón formidables explosiones, al mismo tiempo que saltaba la roca destrozada. El lugar se saturó de fuerte olor a pólvora y se llenó de humo y tierra.

Observando desde lejos el resultado de los dinamitazos, pensó: —¡Buen trabajo!— y después de recoger su chaqueta y de **pijchar** unas cuantas hojas de coca, se fue al lugar indicado por Ontiveros para la reunión.

El **saloneo** "Boya" era como el comienzo del "Nivel 208", un gran espacio abovedado que resultó de la antigua explotación de un **clavo** de estaño. Allí, ya se encontraban varios obreros, posiblemente todos los citados. Sentados en el suelo o en cucullas, formaban un grupo pequeño y compacto. A la sazón **acullicaban** ávidamente, mientras alguno hablaba.

Estaba el "Mono" Ontiveros. El joven Rosendo Paiti pocas semanas antes había regresado de prestar el servicio militar y de quien se murmuraba, no sin cierto temor, que era comunista, aunque en realidad no sino un muchacho valiente y fogoso, que indudablemente había oído "algo", pero poco reflexivo y mal instruido, creía que las reivindicaciones obreras se podían obtener únicamente a base de dinamitazos, cuando no a golpes de puño. El **peón** Gabino Caricari, humilde, bonachón, servicial y buen camarada, pese a sus años, que a decir verdad no entendía nada de cuestiones sociales. Nemesio Almanza, mestizo de mirada proterva, insolente, díscolo y fanfarrón, que en sus buenos tiempos había sido matón electoral y que, caído en desgracia, acudió a las minas a ganar el sustento diario trabajando como **enmaderador**. El "Roto" Serapio Jala, antiguo herrero y ahora **carrilano**, que en tiempos idos, cuando regresó de Chile, había logrado celebridad policiaca agitando obreros, sin resultados prácticos para ellos, pero sí, con pequeñas sumas recaudadas para sus bolsillos entre el proletariado, con el pretexto de obtener fondos para la revolución social, Juvenal Sunahua, recio barretero, indígenua y totalmente analfabeto, hombre de raro buen sentido de "Doctor". Pedrito Ajarachi, tímido y amable,

muy popular entre sus compañeros, porque en cierta ocasión salvó la vida de seis obreros, arriesgando la suya propia.

Juan Calle llegó por lo visto, rezagado, cuando Rosendo Paiti perforaba fogosamente:

—... a buenas no conseguiremos nada! ¡La única razón que puedan entender estos canallas es la de la violencia.!

—¿No estás por la huelga? — interrogó Ontiveros.

—¡Las huelgas, los pliegos de petición y las conferencias, son absurdas! — repuso el muchacho.

—Entonces que pretendes que hagamos? — volvió a preguntar Ontiveros.

Con voz que retumbaba en el **saloneo**, viva e impetuosamente aconsejó Paiti:

—Debemos darles plazo veinticuatro horas y si no acceden a nuestras peticiones, haremos volar el **Ingenio**, la mina y la administración.

Los circunstantes quedaron impresionados por el plan terrorista del acalorado obrero, plan que nunca se habrían atrevido a imaginar; pero que planteado en forma tan sencilla resultaba convincente y de muy fácil realización.

Después de un prolongado silencio, Sunahua preguntó:

—Nosotros queremos mejorar nuestra situación, ¿no es cierto?... Pero, si volamos la mina y el **Ingenio**, ¿qué probabilidades tendremos de mejorar nuestras condiciones? Desde luego, salta a la vista que quedaríamos sin trabajo y además daríamos motivo a las autoridades para que nos castiguen.

—Muy bien dicho —apuntó Nemesio Almanza—. La Policía no nos dejaría hueso sano.

—Lo de la Policía no tiene importancia porque podemos defendernos, pero es cierto que quedaríamos sin trabajo;— concedió contrariado Rosendo Paiti, que no sin pesar, vio cuán fácilmente se desmoronaba su ingenuo plan de violencia.

—Pero tenemos que hacer algo —exclamó el "Mono" Ontiveros—. Yo creo que la huelga es el mejor recurso.

—¡La huelga es el único recurso que tiene el proletariado del mundo! — sentenció el "Roto" Serapio Jala, recordando sus épocas de falso agitador.

—¿Qué opinan los demás? —preguntó Ontiveros.

—Cómo será, pues... —titubeó Gabino Caricari que se sintió aludido por la mirada de Ontiveros. Después de introducirse en la boca, un manojo de coca, concluyó avergonzado:— Yo estoy con lo que resuelvan ustedes.

—Yo no entiendo de huelgas —tomó la palabra Sunahua, pausadamente— pero por lo que me ha explicado "don Ontiveros", parece tratarse de un excelente medio. Si los "gringos" necesitan trabajo en la mina para ganar "plata", es claro que no les convendrá que dejemos de trabajar y si el conceder nuestras demandas es para ellos, menos grave que tener la mina parada, es también claro, que preferirán hacernos caso... Mas, ¿cómo conseguiremos que ningún obrero entre a la mina y al mismo tiempo, no se muera de hambre?

—Hay que instruirles y recomendarles que ahorren víveres y dinero para cuando estalle la huelga —indicó el experto Jala, que en toda su vida, jamás había podido organizar una huelga.

—¡Eso demanda mucho tiempo...! —intervino Paiti nerviosamente.

—Las huelgas no pueden hacerse en un minuto —explicó Ontiveros—. Como dice el "Roto" tenemos que aleccionar a la gente, explicarle lo que queremos y convencerla. Es buena también la medida de aconsejar el ahorro de *avíos*. Todos nosotros tendremos que dedicarnos a esta labor, dentro y fuera de la mina y si lo hacemos bien, quizá después de un mes, podríamos declarar la huelga. ¿Qué dicen los otros?

—Conforme —repuso Almanza dando un escupitajo— y si no quieren ir a la huelga a buenas, ¡los llevaremos a la fuerza!

—Todo está muy bien, 'don Na' — por fin desprendió los labios Pedrito Ajarachi.

—Si, muy bien —asintió Caricari.

—¿Convenido entonces? — interrogó a todos Ontiveros que, prácticamente, era quien dirigía la reunión.

—Convenido — contestaron varios.

—Bien —concluyó Ontiveros—. Entonces debemos ponernos en actividad sin pérdida de tiempo. La primera tarea será la de convencer a la gente, haciéndole comprender lo que pretendemos con la huelga, sin olvidar la recomendación del ahorro de víveres...

Ontiveros cortó el hilo de su perorata al reparar bruscamente en el silencio poco común de Juan Calle, preguntándole de improviso:

—Y tú, Juancho, ¿qué piensas, qué estás tan callado?

El aludido movió la cabeza dubitativamente. Después dijo:

—Yo estoy conforme con la huelga, compañeros; solo que... ¿Cualquiera de ustedes ha estado en alguna huelga?

—Yo he estado en muchas — Jala repuso con aplomo.

—Yo, en una sola — contestó Ontiveros.

Los demás callaron, moviendo negativamente las cabezas.

—Y obtuvieron resultados prácticos? — volvió a preguntar Calle.

Jala, que no pensó que continuaría el interrogatorio, prefirió guardar silencio. Ontiveros, en cambio, reconoció titubeando:

—La verdad... En aquella huelga no obtuvimos nada bueno, porque fracasó a pocos días de empezada... —Después, con más aplomo, añadió—: Pero ese no es motivo para que toda huelga tenga que fracasar.

—¡Los fracasos son lecciones para las futuras luchas! —intervino Jala con tono doctoral, sacando de su magín, una de las muchas frases aprendidas de memoria.

—Si trabajamos con valentía y decisión, no habrá fracaso alguno — apuntó Paiti.

Juan Calle volvió a tomar la palabra:

—Yo también sé que el único recurso que tiene el obrero es la huelga; pero creo necesario que al menos los dirigentes sepan lo que arriesgan, no para acobardarse sino para prevenir las dificultades. Yo estuve antes en dos huelgas y...

—¡Y te acobardaste! — interrumpió Paiti visiblemente furioso.

—Ja,ja,ja, —el mestizo Almanza coreó la interrupción con una carcajada.

Calle frunció el ceño y dirigió una mirada dura al que le había interrumpido. Luego se serenó, contestando:

—Si tú me conocieras un poco más, no habrías afirmado eso. Yo a tu edad también era muy alocado; pero la experiencia me enseñó que no es con bravatas que se organizan huelgas, sino con previsión, serenidad y reflexión... Les decía que estuve antes en dos huelgas y, aunque resulte un poco largo, voy a contarles sus pormenores.

Encendió un cigarrillo y entre chupada y chupada, prosiguió su relato:

—La primera fue en una mina de Uyuni. Era como "Buena Estrella" una empresa "mediana" y en ella trabajábamos unos cuatrocientos obreros. Cuando llegué allá, el administrador era un ingeniero boliviano Rodríguez, hombre excelente como ningún otro. Ustedes saben que generalmente los bolivianos que llegan a altas situaciones, son iguales o peores que los mismos "gringos"; pero Rodríguez era distinto: siempre atendía de preferencia nuestras reclama-

ciones, nos trataba con cordialidad, tenía prohibido a los *mayordomos y labo-
reros*, bajo pena de multa que nos estropearan. Hacía construir viviendas lim-
pias y espaciosas. Mando hacer una cancha de fútbol y otra de tennis y recuer-
do que en las partidas de tennis, jugaba alternando con nosotros, fuera de
facilitarnos el equipo para practicar ese deporte. Nos aumentó los salarios un
poco, rebajó otro poco los precios de pulpería y cuando estaba haciendo con-
struir un hospital, lo sacaron de la empresa intempestivamente. Por un emplea-
do de la administración, supimos que Rodríguez en los diez meses que fue ad-
ministrador de la mina, había estado peleando con los dueños, porque éstos le
apercibían a causa de la elevación de los costos de producción, resultado de
las mejoras que hacía a los obreros. Al final y como Rodríguez no quería tran-
sigir, fue cambiado por otro, que en un mes echó por tierra todo lo que hizo su
antecesor.

—Resolvimos ir a la huelga pidiendo el regreso de Rodríguez. La huelga
fue muy mal preparada. La dirigimos cinco muchachos, valientes y decididos
como el Rosendo, pero nada más...

Calle sonrió mirando a Paiti socarronamente, el cual se mordió los labios
con rabia.

—No te enojés, Rosendo. No te digo estas cosas por ofenderte, sino para
que aprendas.

—Lo único que tú nos puedes enseñar es a hablar y con discursos no se
saca nada —reaccionó Paiti.

—¡Cálmate, muchacho! —con toda serenidad contestó Calle, sin hacer
caso de la pulla—. Lo cierto es que la huelga fue un fracaso. El día que co-
menzó, de cuatrocientos obreros que éramos, nos quedamos en nuestras ca-
sas solamente doscientos cincuenta. En la noche, cuando los rompeshue-
lga regresaron del trabajo, hubo peleas, riñas y amenazas. Al otro día, quedamos
sin trabajar doscientos. En la noche nuevas peleas entre nosotros. Mientras
tanto la empresa no nos hacía caso alguno y simulaba ignorar la huelga y los
demás acontecimientos. Al cabo de ocho días quedamos cien. El administra-
dor nos llamó, nos hizo ofertas y al día siguiente, todos entramos al trabajo,
muy seguros de haber obtenido un pequeño triunfo pero en realidad no saca-
mos nada porque el administrador nunca cumplió las ofertas.

—¡Fracasaron por imbéciles! —afirmó Paiti.

Calle sonrió otra vez y repuso:

—Ya te he pedido que no te enojés conmigo, Rosendo. Fracasamos por
no haber organizado bien el movimiento.

—Quiere decir —intervino Sunahua— que nosotros no debemos empezar
nuestra huelga, hasta estar seguros de que ni un solo obrero entrará al trabajo.
¿No es así?

—Así es "Doctor" —asintió Calle—. Pero veamos la otra huelga que fue de
consecuencias un poco más graves. Ocurrió en una empresa "grande" y esa
estuvo más o menos organizada, porque teníamos muy buenos cabecillas y
creo que en el fondo fue dirigida por algunos políticos que, deseosos de procu-
rar dificultades al gobierno, prepararon el movimiento con mucha habilidad y
previsión. Pedíamos aumento de salarios y mejores condiciones de vida.

—La empresa se preparó mejor que nosotros, pues inclusive llevó a la
mina un regimiento de línea. El día señalado tres mil quinientos obreros no en-
tramos al trabajo. Cuando el paro había durado ocho días, la fuerza pública
apresó a los tres principales dirigentes. Al otro día en señal de protesta organi-
zamos una manifestación. Nos recibieron con descargas cerradas de ametra-
lladoras y de fusilería. "¡Nosotros pedíamos pan y ellos nos dieron balas!" (*).
Hubo centenares de muertos. Lo que más impresionó, fue que varios soldados
eran amigos compañeros nuestros, que antes habían trabajado en el mismo lu-
gar y los cuales lloraban al disparar contra nosotros. Entre los muertos estuvo
Julián Tastaca, un viejo barretero y reconocí entre los soldados que dispara-
ban llorando, a su hermano Eusebio. Nunca he querido creer que hubiera sido
precisamente, la bala que salió del fusil que empuñaba Eusebio Tastaca, la
que atravesó el corazón de su hermano.

—La matanza nos desmoralizó a todos. A los pocos días volvimos al tra-
bajo sin haber obtenido nada. Nos faltó coraje para sobrellevar el recuerdo de
nuestros muertos y sobreponernos al miedo que cundió entre nosotros.

Al pronunciar el minero las últimas palabras, se produjo un largo silencio,
pues el relato había impresionado a los oyentes. Fue el mismo Calle, quien
volvió a hablar.

—Les he contado esto para que sepan todo lo que se arriesga en una
huelga. Si vamos a la huelga, y yo soy partidario de que vayamos a ella, debe-
mos hacerlos conscientes de todos los peligros... Se arriesga el trabajo, la
tranquilidad, el pan de cada día. Se arriesga hasta la propia existencia. Des-
pués de todo, dada la cochina vida que llevamos, creo que el riesgo tampoco
es muy grande... —concluyó sonriendo.

(*) —Frase textual de un minero, consignada en ocasión de pronunciar un
discurso en Oruro, relatando los pormenores de la matanza de Catavi.

—¡Bravo, Juancho! —exclamó Paiti—. Después de tanto discurso, creí que bas a proponer la resignación. ¡"Chóquela", hermano!.

—¿De modo que vamos a la huelga? —Ontiveros preguntó satisfecho.

—Si —contestaron resueltamente.

* * *

Cuando llegó el final de la jornada, Juan Calle salió de la mina con el espíritu ligero. Como de costumbre, encontró en el camino a Donata Ari. Sebastiana, con los dos niños iba por delante, conversando con Juana Condori.

Sin ningún preámbulo, el obrero al alcanzar a Donata, rodeó con uno de sus brazos el talle de la joven, que hizo inútiles aunque no muy decididos esfuerzos para zafarse del abrazo.

—¡Déjame!"

—Ja jay rió el hombre—. ¡Ahora no te largo nunca más!

—¡"Déjame"! Mi mamá nos va a ver.

—¡Ja jay!

—No sé quién viene por atrás. "Déjame" —volvió a insistir la muchacha.

—Que nos vean. ¿Acaso no eres mi mujer?

—No soy. "Déjame".

—"Ulinchita". Dos meses ya que me has "mauleado". Ahora no me vas a embrollar más.

Donata rió y dejó de forcejear, aceptando ya sin tapujos, el abrazo que le producía un cosquilleo de dicha. El hombre, al darse cuenta de la situación, con más aplomo le dijo:

—Ahora voy a llevar mis cositas a tu casa. ¿Qué dices?

—Bueno... —cedió ella, bajando la vista ruborosamente.

- V -

Con toda minuciosidad se preparó la huelga. Cada uno de los dirigentes fue aleccionando a los demás obreros, entre los cuales consiguieron nuevos decididos, que resultaron otros propagandistas de la causa. Después de algún tiempo de preparativo, todos los trabajadores de "Buena Estrella" estaban más o menos decididos a tomar parte en la huelga; los unos porque llegaron a comprender la conveniencia del movimiento y los otros, sencillamente, porque estaban dispuestos a seguir la corriente.

En un principio el ahorro de víveres fue adoptado tan sólo por los que comprendían la situación; pero los demás no hicieron lo mismo o lo hicieron defectuosamente. Esa fue una de las más importantes preocupaciones de los cabecillas, incansables en recomendar el ahorro entre los mineros y sus familias, utilizando los argumentos que podían, cada uno de acuerdo a su temperamento.

Silvestre Ontiveros y Juan Calle daban explicaciones claras y concretas. Juvenal Sunahua, hablaba a los obreros en esta forma:

—La huelga puede durar uno o dos meses, durante los cuales la Empresa no nos dará ni un sólo grano de maíz. Si antes de que comience la huelga, ustedes no guardan la mitad de los víveres que reciben en la pulpería, es claro que cuando entremos al trabajo, ustedes no tendrán qué comer. Además conviene que pidan en pulpería, más de los que pedían antes; pero no tanto como para que los empleados puedan notar la diferencia.

El impetuoso Rosendo Paiti no se conformaba con hacer recomendaciones y discursos, sino que, entrando casa por casa, quería cerciorarse personalmente de los ahorros acumulados:

—¿Cuánto han ahorrado ustedes? —preguntaba autoritario.

— Ya tenemos hartito... — le respondían humildemente.

—"Dónde está?

Y cuando le mostraban pequeñas cantidades salía de quicio:

—¡Imbéciles! ¡Esto no les alcanzará ni para una semana! Pero, ¡ay de ustedes si después, por falta de víveres quieren romper la huelga! ¡Yo les romperé las narices!

Y salía amenazando con los puños.

El "Roto" Jala daba rienda suelta a su oratoria de agitador, no comprendida por sus atolondrados oyentes y que, seguramente, tampoco comprendía él mismo:

—¡Camaradas...! La huelga se hace a base de sacrificios y de disciplina. Ahora la voz de orden es: "Guardar los víveres". Y ustedes deben cumplirla. Sólo los proletarios que hacen pequeños sacrificios, pueden conseguir los grandes triunfos. ¡Se avecina la hora en que surgirá esplendorosa, la aurora roja de la revolución social! Enseñemos a los burgueses que somos capaces de organizarnos mejor que ellos.

Frecuentemente, los cabecillas, celebraban consejo. En una de esas reuniones Juan Calle comentó apesadumbrado:

—Esto no anda bien. Los obreros no se dan cuenta de la situación. Aceptan la huelga, pero no la comprenden.

—Ni siquiera son capaces de ahorrar provisiones —afirmó Paiti con desaliento.

—Es por lo que digo —reiteró Calle—. Si se dieran cuenta de lo que es una huelga, procederían en otra forma. Hay pocos que comprenden; pero los demás están en la luna.

—Así es —Sunahua intervino—. No se dan cuenta. Mas, si pretendemos hacer comprender a todos, creo que nos volveremos viejos antes de declarar la huelga. Nosotros sabemos de qué se trata, ¿no es cierto? Y debe haber varios más que lo saben. Es suficiente. Los que comprendemos, dirigiremos a los que no comprenden. ¿No han visto ustedes, cómo un solo perro ovejero, guía a enormes manadas de ovejas?

Rosendo Paiti, encontrando consuelo en las frases de Sunahua, tomó la palabra con entusiasmo:

—Yo pienso lo mismo. Nosotros los dirigiremos como el perro ovejero a las ovejas.

—Cuando aparece el lobo, las ovejas escapan despavoridas y el perro ovejero no atina a juntarlas —filosofó Calle con sonrisa amarga—. ¡Y la Empresa es un lobo feroz...! Pero en fin, como dice el "Doctor", no tenemos tiempo

para instruir a la gente y nos resignaremos a hacer de perros ovejeros que muestren los dientes al lobo para imponerle respeto.

—No podemos ser muy exigentes —Ontiveros dio por terminada la ráfaga de desaliento—. Ya es mucho que los obreros acepten la huelga, aunque no la comprendan.

En otra sesión de los dirigentes en que pudo notarse mayor optimismo, después de larga discusión, se señaló el día en que empezaría el paro de labores. Juan Calle y Sunahua eran partidarios de esperar un poco más, preparando el movimiento; pero el ímpetu y fogosidad de Paiti, Almanza y Jala, convencieron a los otros que no debía aguardarse más tiempo.

En aquella misma reunión llevada a cabo a las cinco de la tarde en el *tope* donde trabajaba Calle redactaron en borrador el pliego de conclusiones, que más tarde fue copiado por el profesor con su peculiar caligrafía. El tal pliego, era simple y sencillo: dándole quince días de término a la Empresa, se le pedía elevación de salarios al nivel que regía antes de la disminución, rebaja en los precios de pulpería y suficientes viviendas.

El pliego fue entregado esa misma noche al Gerente de la Empresa, quedando sin respuesta. En cambio a los pocos días, apareció en el campamento de "Buena Estrella" un piquete de policías muy bien equipado.

La gente se amedrentó bastante al ver a los polizontes y hubo obreros que empezaron a hacer vedados reproches a los cabecillas. Estos y sus colaboradores, tuvieron que redoblar la propaganda oral y usar la energía harto contundente contra los primeros descontentos, para evitar que cundiese el desaliento entre los demás trabajadores.

* * *

La huelga se inició con los mejores auspicios. Fuera de seis y ocho obreros especialmente designados, a iniciativa de Sunahua, para atender las bombas que extraían el agua de la mina, no entró ni uno más al trabajo. Ni hubo desórdenes ni alarmas. Los huelguistas, tranquilamente, se quedaron en cama hasta muy avanzada la mañana; después, permanecieron en sus casas; algunos de vez en cuando salían a tomar el sol y si se encontraban entre ellos, ponían caras risueñas de colegiales traviosos cómplices en alguna diablura, para luego quedar meditabundos y callados.

Con el paro había insólita desolación en el lugar. El *Ingenio* suspendió su ruido peculiar de máquinas en movimiento y estaba completamente desierto de trabajadores. Los carros del andarivel, colmados de carga, detenidos en medio recorrido, daban sensación de abandono. La pulpería y los almacenes mostraban sus empleados atónitos que no tenían a quién atender. El campa-

mento de obreros, lleno de gente; pero todo ello silencioso, sin la bullanga típica de los descansos dominicales. Los soldados con el fusil al hombro y paseando de un lado a otro, hacían guardia delante del *Ingenio*, pulpería, almacenes, oficinas y casas de empleados superiores.

Los dirigentes e inmediatos colaboradores, se hallaban reunidos permanentemente en casa de Juan Calle. De tiempo en tiempo, algunos de ellos salían para hablar con los obreros y observar su ánimo.

Rosendo Paiti se frotaba las manos alborozadamente:

—¡Qué bien está todo, hermanos! ¡Qué bien! —repetía a cada momento.

—Camaradas: De todas las huelgas que he organizado, ésta es la mejor —afirmaba convincente Serapio Jala.

—¡Viva el triunfo de hoy! — se anticipaba a gritar Nemesio Almanza, como en sus épocas de matón electoral.

Serían las once de la mañana, cuando llegó fatigado Pedrito Ajarachi:

—¡"Don Ontiveros", Juanchito...! A la casa de la Peregrina ha llegado el "Occolón" trayendo mucho alcohol.

—¡Eso es lo único que nos faltaba! ¡Viva el gran partido Liberal! — exclamó Almanza con entusiasta espontaneidad.

Juan Calle, le llamó al orden furioso

—No estas en elecciones, ¡bruto!

Almanza se aturrulló, balbuceando disculpas.

—¿Qué hacemos? —consultó Calle.

—El alcohol a veces es bueno para infundir valor a la gente —sugirió alguno de los presentes.

—Sí — dijo Sunahua—, pero también les hace cometer muchos desatinos. Además cuando se bebe hay peleas y si en estos días peleamos, daremos un buen motivo a la Policía para baearnos, con el pretexto de evitar los desórdenes.

—Es cierto —intervino Calle resueltamente—. Ahora mismo debemos sacar al "Occolón" del campamento. ¿Qué dices "Mono"?

Ontiveros, vacilaba:

—Cómo será... Unos cuantos tragos no nos sentarían mal a todos... También la gente podría enojarse si sacamos al "Occolón"...

—Si lo sacamos ahora mismo los obreros no protestarán; pero si esperamos hasta que estén borrachos, es seguro que ya no podríamos hacer nada. Debemos decidir rápidamente —apremio Calle.

—¿Acaso no bebemos siempre? —preguntó Gabino Caricari.

—Si, Gabino, bebemos siempre; pero ahora no debemos "chupar". La Empresa procurará "agarrarse" de cualquier pretexto, para lanzar a la Policía contra nosotros. ¿Acaso no entienden? —insistió Juan Calle, desesperado.

—Hay que sacarlo —reforzó Sunahua—. Nada bueno podemos obtener bebiendo hoy día. Habrá peleas. Habrá alborotos. Les aseguro a ustedes que intervendrán los soldados y por debilidad de dejarlo al "Occolón" y de "chupar" nosotros, haremos fracasar nuestra huelga.

—Conforme —Ontiveros concluyó, pesaroso—. Lo sacaremos, pero hay que hacerlo sin peleas.

Fueron comisionados para arreglar el asunto, Juan Calle, Rosendo Paiti y Nemesio Almanza, que se dirigieron inmediatamente a la casa de Peregrina Cruz. En efecto, allá se encontraba Silverio Guzmán, conocido por el "Occolón", comenzando a vender alcohol aguado a pocos obreros. Silverio Guzmán era un cholo panzudo y seboso, que les recibió amablemente:

—¿Un traguito?

Calle y Paiti le condujeron dentro de la casa.

—Queremos hablarte, "don Guzmán".

—Con todo gusto, Juanchito — repuso meloso, el hombre.

—Usted quiere mucho a los mineros de "Buena Estrella", ¿no es cierto, "don Guzmán"? —preguntó Calle con voz suave.

—¡Oh!, Juanchito. ¡Los quiero como a mis hijos...!

—Bueno "don Guzmán". Entonces a nombre de esos sus hijos, le rogamos que se lleve ahora mismo todo su alcohol, mientras pase la huelga.

—¿Estás chanceando, hijo? —preguntó el hombre, juzgando que se trataba de una broma.

—No — contestó Calle con seriedad.

—¡Oh...! Pero eso no puede ser... Pídemle cualquier otra cosa... —repuso Guzmán con voz meliflua.

—Mire "don Guzmán" — habló Calle enérgicamente —. Nosotros hemos venido a rogarle que se vaya y si usted no quiere irse a las buenas, lo sacaremos por la fuerza. ¿No le parece mejor que nos separemos como amigos?

Guzmán frunció el ceño. Era un contratiempo inesperado que empezaba a presentar mal cariz. Sin embargo, intentó una vez más, zafarse del aprieto:

—Ustedes están nerviosos... ¿No podríamos arreglar el asunto en alguna forma?

—El único arreglo que cabe es que usted se vaya con su alcohol y justed se irá...!

—¿Y quiénes son ustedes para sacarme? —reaccionó Guzmán, con insolencia. Convencido de la decisión de los obreros pensó como única salida, amedrentarlos con alguna bravata—. Ni el Gerente de la Empresa me saca, ¿Y me van a sacar ustedes....? ¡Ja, ja! Ja, ja...! ¿Están locos? Pedazos de atrevidos, ¿quienes son ustedes para amenazarme?

Paiti le agarró de las solapas con una de las manos, sacudiéndolo fuertemente y empuñando la otra la blandió ante la cara del alcoholero.

—¡Nosotros somos esto...! ¿Lo ves "grandísimo"? Te voy a romper los huesos si no sales de aquí, ¿lo oyes?

El muchacho se exaltaba conforme iba hablando y fue un milagro que no llegara a lanzar una trompada en el aterrorizado rostro del comerciante. Calle, cogiendo una piedra y acercándose al montón de latas de alcohol intervino:

—¡Déjalo, Rosendo! Si no se va de aquí, voy a romper ahora mismo todas las latas. ¿Qué dices 'Ocolón'?

—Bueno, bueno. Me voy a ir —accedió presa del miedo sin darse por ofendido con la directa mención de su apodo, que solía sacarlo de quicio.

—Si no sales antes de quince minutos, regresaremos a vaciar el alcohol y a darte una paliza como no las has recibido en tu vida.

—Y si quieres hacernos alguna trastada, puede que tus huesos vayan a dar al *pique* más hondo de la mina.

—Bueno, bueno. Me iré —concluyó Guzmán muy amedrentado. Sin embargo, murmuró entre dientes—: Ya volveremos a encontrarnos algún día.

Cuando Paiti y Calle salieron de la casa, encontraron a Nemesio Almanza, en medio de varios obreros, bebiendo satisfecho un gran vaso de alcohol. Al ver a sus compañeros dejó el vaso sobre la mesa, disculpándose avergonzado:

—Un traguito solamente, querido...

* * *

El resto del día pasó en absoluta tranquilidad. Guzmán se fue con sus tres borricos cargados de alcohol, no sin que muchos trabajadores y entre ellos Almanza y hasta el mismo Ontiveros, le siguieron melancólicamente, con la vista.

En la mañana del segundo día, fuera de un raro mutismo de Nemesio Almanza y Serapio Jala, no hubo novedades en el campamento. El paro seguía siendo total. En la tarde se pudo notar cierta inquietud entre los mineros, exteriorizada en un animado ir y venir de hombres y mujeres y en grupillos de obreros murmurando en voz baja.

Al ser interrogado un indio sencillo, había respondido:

—¿Cómo será, pues, "don Ontiveros"...? Otros también dicen que estas huelgas son para empeorar...

Y una mujer contestó:

—Si pues don Rosendito... También dicen que sólo para ustedes va haber aumento. Para el Juancho, para "don Ontiveros", para el "Doctor" y para ti.

Los dirigentes redoblaron su actividad para disipar la dudas y la inquietud colectiva, pero a la noche llegaron preocupados y posiblemente muy pocos de ellos, pudieron conciliar el sueño.

* * *

En el hogar de Juan Calle, hacia la media noche, Donata Ari, notando que el hombre se movía constantemente a su lado, presa del desvelo, pidió angustiada:

—¡Duérmete, Juancho! Ya es tarde...

—Ya "Ulinchita"... Ya me voy a dormir...

Y una hora más tarde:

—El "Roto", ¿es de confianza?

—Sí.

—¿Y Almanza?

—También.

Y más tarde:

—¿Qué te pasa? ¿Por qué no puedes dormir?

—No sé. Me he desvelado.

—Es que piensas mucho. Si te despreocuparas podrías dormir.

— Humm...

— ¡Duérmete de una vez! Ya van a cantar los gallos.

Pero, tampoco Donata Ari pudo dormir hasta que llegó la aurora.

* * *

A la mañana siguiente, vino al campamento un funcionario de la administración, escoltado por ocho guardias armados hasta los dientes. Buscó a Ontiveros qué, con los otros dirigentes, se hallaba en casa de Calle y le entregó un oficio de la Empresa. Luego se fue siempre acompañado por sus custodios.

Mucha gente se aglomeró alrededor de Ontiveros, que en voz alta leyó el oficio, concebido en los siguientes términos:

"Mina Buena Estrella, Dicbre. 12 de 1929.

"Señores:

"Silvestre Ontiveros, Juan Calle, Rosendo Paiti. Juvenal Sunahua
"Ajarachi. — Miembros del Comité de Huelga.

"Presentes. -

"Señores:

"Cursa en nuestro poder el pliego de Conclusiones, que con fecha 25
"de noviembre ppdo. nos ha hecho llegar ese Comité; el mismo que ha
"merecido la cuidadosa atención de nuestro Gerente, que encuentra
"razonables algunos puntos del mismo.

"Con el deseo de llegar a un satisfactorio acuerdo que armonice los
"intereses de la Empresa con los del obrero, agradeceremos a todos
"ustedes, se sirvan pasar por la Gerencia, el día de hoy a horas 15
"(3 p. m.), a objeto de cambiar ideas sobre este asunto, dentro de un
"terreno de absoluta cordialidad.

"El señor Tte. de Policía Dn. Segundo Torres, enviado por el Supremo
"Gobierno, para intervenir en el arreglo, se encontrará presente en la
"reunión a fin de garantizar la corrección del acuerdo a que lleguemos.

"Este motivo, nos permite saludar a ustedes muy atte.

"Empresa Minera Buena Estrella.

"(Fdo.) — *J.S. Johnson*. — Gerente".

Terminada la lectura, los que entendían castellano, explicaron el contenido de la misiva a quienes no la comprendieron. Los trabajadores quedaron satisfechos, sobre todo al notar el respeto con que la gerencia trataba a sus diri-

gentes y al columbrar el arreglo más o menos favorable para ellos, sintieron que sus dudas se disipaban y fueron retirándose del lugar. Como el primer día, se dedicaron a dormir o a tomar sol el sol.

Los cabecillas, celebraron reunión.

— ¡Esto es el triunfo! — exclamó Paiti con entusiasmo, tan pronto como quedaron solos.

— Yo desconfió un poco de los "gringos" — dijo Calle con visible preocupación.

— ¡No seas desconfiado! — intervino Almanza—. Se han visto perdidos y quieren transar. Eso es todo.

— ¿Cómo será...? — masculló Ontiveros.

Serapio Jala, metió una de sus frases:

— Camaradas, no desconfiemos más. ¡Este es el mejor triunfo y la más resonante victoria del proletariado nacional!

— Leyeras de nuevo el papel... — pidió Sunahua a Ontiveros.

El aludido así lo hizo, traduciendo el oficio al quechua frase por frase.

— Humm... — murmuró Sunahua cuando Ontiveros acabó la lectura; luego dirigiéndose a Almanza, le preguntó: ¿Por qué no incluyen tu nombre, el de Caricari y el de "Roto", si ustedes también figuraban en nuestro papel?.

Almanza, no atinó a responder; pero Serapio Jala intervino rápidamente:

— Será un olvido...

— Si. Puede ser... — contestó Sunahua.

Por lo demás, la observación del "Doctor" no encontró ningún eco y el asunto fue pasado por alto. Más bien Juan Calle sugirió:

— ¿Y si le pidiéramos al Gerente que venga él aquí a charlar con nosotros?

— ¡Ooohhh...! Eso sería para hacer fracasar todo — repuso Jala—. Yo conozco a los "gringos". Dirían que no estamos engriendo y se encapricharían para no llegar a ningún acuerdo. Deben ir y todo se arreglará.

— Es cierto — apuntó Ontiveros—. Podrían encapricharse. Tenemos "no más" que ir en la forma que ellos piden.

— Yo no quisiera que vayamos — expresó Sunahua —. Me parece trampa. Si ellos quieren arreglar el asunto, debían decir en su papel: les concedemos esto y aquello no les concedemos. ¿Aceptan o no...? Pero, en vez de escribir claramente, quieren que vayamos a hablar y todos sabemos que para hablar ellos son más diestros.

—Hablando se entiende la gente —contestó Jala—. Si por escrito dieran sus condiciones, ellas serían definitivas y nosotros podríamos rechazarlas. En cambio, hablando, poco a poco se puede llegar a un acuerdo. Eso depende de la habilidad de los que vayan.

—El mal está —manifestó Calle como si contestara a alguna duda interior—, en que si no vamos, la Empresa dirá al Gobierno que no queremos llegar a un acuerdo y entonces las autoridades nos "ajustarán las clavijas"!

—Debemos ir "no más" —aconsejó Paiti—, a mí me parece que estamos muy nerviosos y por eso creemos que hay trampa; pero lo probable es que les hemos metido susto con nuestra buena organización y quieren transigir. Además, ¿qué pueden hacernos?

—¡Claro! ¿Qué pueden hacerles? ¿Acaso no son machos para defenderse? Sólo por eso me da pena que no me hayan llamado a mí —aseguró Almanza con bravuconería.

Finalmente y aunque Ontiveros, Sunahua y Calle seguían dudando, todos resolvieron que se debía asistir a la cita del Gerente; los unos, porque manifestaron estar seguros del éxito, y los otros por el temor de acarrear complicaciones en caso de negarse.

Cuando ese punto estuvo resuelto, Calle dirigiéndose a Jala, Caricari y Almanza, les dijo:

—Viéndolo bien, es una suerte que no nos hayan llamado a todos. Si a nosotros nos pasara algo, ustedes quedarían de únicos jefes del movimiento y supongo que sostendrían la huelga, ¿no es cierto?

—¡Por la "gran flauta"! —exclamó Almanza—. Ya verán esos "grandísimos" si a ustedes les pasa algo.

—Si a ustedes les pasa algo —ofreció dramáticamente Jala— yo sostendré la huelga, si fuera preciso hasta derramar la última gota de mi sangre.

—¿Y tú Gabino? —preguntó Rosendo Paiti, emocionado por las decididas y hasta vibrantes frases de los otros dos compañeros.

—Yooo... —balbuceó avergonzado Caricari, moviendo la cabeza—. Cómo será pues...

A la hora señalada los cinco obreros acudieron a la cita, vestidos con ropas más nuevas. Todos llevaban cierto optimismo; pues a la postre, la satisfacción general había llegado a contagiar aún a los más recelosos.

Empero, si fueron con la creencia de que el Gerente los iba a tratar con la misma cordialidad manifestada en el oficio recibido esa mañana, bien pronto

tuvieron que decepcionarse; pues cuando entraron en la Gerencia se dieron cuenta de que la reunión no sería muy afectuosa. Johnson, con el ceño fruncido y el rostro adusto, se hallaba sentado detrás de su escritorio. A su derecha el Teniente Torres y el jefe de Campamento, Avila; a su izquierda, el ingeniero Smith. Fuera de los indicados personajes también se veía en la habitación a seis soldados de la Policía. Con excepción de Johnson los demás individuos se hallaban armados: los soldados con fusiles y los otros con revólveres. El ingeniero Smith, distraídamente, jugaba con una "Colt" de mango de concha.

Desde los tiempos más remotos, el sistema de lucha utilizado por los blancos contra los aborígenes de la América, ha sido, generalmente, el de la deslealtad, el engaño y la traición. Y hay que convenir en que el sistema nunca ha fallado.

Al ver la muda y al mismo tiempo aparatosa recepción que se les tributaba, los obreros, no presagiando nada bueno, se sintieron desconcertados. Juan Calle se mordía los labios, Rosendo Paiti apretaba nerviosamente su sombrero, y por momentos enrojecía de cólera; Ontiveros cavilaba, contrayendo el rostro en un gesto horrible. Sunahua y Ajarachi, meditabundos, bajaron la vista.

El Teniente Torres fue el primero en hablar.

—Se hallan ustedes acusados de soliviantar a la gente con fines comunistas. ¿Qué tienen que alegar en su defensa?

—No somos comunistas... —negó Ontiveros, con notoria timidez y falta de aplomo.

—Yo tengo documentación probatoria de que ustedes son comunistas y que tenían planes de volar el Ingenio y la Administración —aseguró Torres.

—¡No es cierto!... No es cierto... Es una mentira —tartamudeó Ontiveros—. Lo único que queremos es que nos aumenten jornales y bajen los precios de pulpería. Para eso hemos hecho la huelga.

—¡Mentira! ¡Ustedes son comunistas! —replicó el funcionario policial.

—¿Me permite usted señor, Teniente? —intervino Calle.

—¿Qué dice usted?

—Nosotros hemos venido para tratar de igual a igual este asunto, invitados por el Gerente. No estamos aquí para ser juzgados como criminales, ya que no hemos cometido ningún delito. Y es extraño que el representante del Gobierno...

—¡Imbéciles! —interrumpió Johnson, dando un fuerte manotazo sobre su escritorio—. ¿Creen que yo voy a tratar de igual a igual con ustedes, indios cretinos y borrachos? ¡Ustedes venido aquí para responder por estos desórdenes!

—Entonces, habiendo sido engañados, nosotros nos retiramos —amenazó Calle.

—Ustedes quedarse aquí como presos hasta arreglar el asunto —ordenó el Gerente.

—Quiere decir que esto es un atropello, por el que nos quejaremos al Gobierno —dijo Calle.

Johnson volvió a palmear su escritorio, gritando energúmeno:

—¡Imbéciles!... ¿No saben ustedes que son las Empresas Mineras las que manejan el Gobierno de este país infeliz?

—¡Cállese "gringo" canalla! —terció Rosendo Paiti, sin poder contenerse más tiempo.

Johnson enrojeció de rabia; pero flemático y calmoso, se incorporó de su asiento, para luego acercarse a pasos lentos hacia Rosendo Paiti. El mozo, con toda energía resistió la mirada del Gerente, que le escupió en el rostro las siguientes palabras:

—¡Usted es hijo de una mala perra!

Y en seguida descargó en la cara del obrero una violenta bofetada, cuyo ruido resonó en la sala como un latigazo. Tambaleó el hombre con la violencia del golpe; pero luego, reaccionando, ciego de rabia, atacó a Johnson con un tremendo puñetazo en el mentón, que lo derribó sobre el escritorio. Y cuando Paiti, amenazador, se acercaba otra vez, hacia su contrincante, sonó un disparo. El mozo se detuvo haciendo un gesto de dolor y llevándose las manos al estómago. luego se debilitaron sus piernas y cayó al suelo, derramando abundante sangre.

—¡"Grandísimos" chanchos —insultó Ontiveros exacerbado.

Sunahua y Ajarachi se acercaron al herido, que se quejaba débilmente sin proferir palabra.

—¡Canallas! —gritó Calle ciego de cólera, desafiando a los presentes con altivo ademán—. ¡Matennos a todos! ¡Aquí estamos indefensos y ustedes armados! ¡Matennos!... ¿Qué esperan, carajos?...

Los policías sujetaron a los cuatro, esposándolos. Sólo Calle ofreció resistencia, repartiendo puñetazos y puntapiés entre los que querían reducirlo y

profiriendo maldiciones e insultos; hasta que, tras breve forcejeo, también lograron contenerle.

Rosendo Paiti, seguía quejándose débilmente en el suelo.

—Hay que llevar a este herido a la enfermería —ordenó Johnson tranquilamente—. A estos cuatro con sus familias hay que despachar a Oruro, a la Policía, para seguirles el proceso judicial. Yo escribiré al abogado.

Después de una breve pausa, el señor Johnson concluyó irónicamente:

—La reunión con los obreros ha terminado...

* * *

A los tres días, en uno de los calabozos malolientes de la Policía de Oruro, Juan Calle leyó a sus compañeros una noticia periodística. Los titulares decían con grandes caracteres:

**"UN AMAGO DE HUELGA EN LA MINA "BUENA ESTRELLA"
FUE SOLUCIONADO SATISFACTORIAMENTE"**

Más abajo, la crónica daba cuenta de que "gracias al espíritu ampliamente comprensivo del Sr. J.S. Johnson y de la sagaz intervención del Tte. de Policía Segundo Torres, se ha logrado conciliar los intereses de la Empresa con los del obrerismo que, para solucionar el conflicto tuvieron que hacer mutuas concesiones.

—Como que nos concedieron hasta bala —comentó Ontiveros, filosóficamente.

—Y Almanza, el Gabino y el "Roto" no harían nada? —preguntó Ajarachi.

—Se asustarían —contestó Ontiveros—. Qué vamos a hacer...

Calle, en silencio, siguió leyendo el periódico que decía: "También demostraron un amplio espíritu conciliador, los cabecillas del movimiento Nemesio Almanza y Serapio Jala, quienes venciendo la resistencia de algunos núcleos de obreros que no querían entrar al trabajo, llevaron a los mineros por el camino del orden y del buen sentido".

—¡Traidores, chanchos!... ¿Y qué sería del Gabino? —pensó Calle; pero ya no leyó en voz alta esa parte, porque quiso ahorrar a sus compañeros la terrible amargura que él estaba sintiendo.

Más bien les leyó el final de la crónica, que concluía comentando: "Mientras el cable nos trae diariamente las noticias de cientos de conflictos obreros que no hallan solución, es reconfortable para nosotros ver cómo nuestros pro-

prios problemas sociales encuentran arreglos tan satisfactorios como el que informamos".

Ninguno hizo comentarios después de la lectura. Ajarachi, Sunahua, Calle y Ontiveros, quedaron silenciosos. Había mucha sobrecarga de decepciones en sus almas; mucha cólera reprimida en sus pechos; sabor demasiado amargo en sus labios, para que pudieran hablar y desahogarse con palabras.

* * *

Lo que ya no pudo leer Calle y que en esos mismos días salió en otro periódico, fue una escueta noticia, sin título a una sola columna, que decía:

"ACCIDENTE DE TRABAJO"

"La Empresa "Buena Estrella" comunica a la Policía, que el día de ayer, por imprudencia, el obrero Gabino Caricari, que jugaba con un fulminante y un trozo de gelignita, se hizo volar la cabeza, muriendo "instantáneamente".

El abogado de la Empresa Minera "Buena Estrella", leía en su escritorio el minucioso informe que sobre los sucesos de la mina le había remitido el Gerente Johnson. El abogado era un señor elegante, con muchos anillos en las manos y pocos escrúpulos en la conciencia; hombre muy respetado en la ciudad por su situación económica, su posición social, por su sapiencia jurídica y porque era abogado de una larga lista de compañías mineras.

A la sazón, después de leer el informe, masculló:

—¿Qué diablos pretende Johnson?...

Empezó a pasear impacientemente por la sala, mientras su cerebro trabajaba con toda calma: —¡Absurdos!... Nada bueno puede conseguir la Empresa, incoando un pleito contra esos obreros. Las indagaciones podrían perjudicarnos... No, no... Más bien, debemos echar tierra sobre el asunto... Claro que Johnson ha hecho un buen trabajo; nadie lo puede negar; pero eso de que pretende meter en la cárcel a esos bribones... ¡Absurdos!...

Finalmente, haciendo un gesto de decisión, tomó su sombrero y salió a la calle, dirigiéndose a la Policía de Seguridad. El jefe de dicha repartición, le recibió inmediatamente, con desusada amabilidad en un funcionario público:

—¿En qué cosita podemos servirlo, doctor?

Con toda calma, habló el abogado:

—Venía para tratar el asunto de los obreros apresados en "Buena Estrella", mi querido amigo.

—Me alegro mucho, doctor. Porque usted sabe que ya están aquí cinco días, que los he tenido por consideraciones con usted, ya que no habiendo orden judicial para trasladarlos a la cárcel.

—De eso mismo quería hablarle, mi querido amigo —interrumpió el abogado—. Yo agradezco la deferencia con que ha recibido usted mi recomendación, desde luego; ... pero... la Empresa "Buena Estrella", aunque podría comprobar contra los obreros apresados, muchos graves cargos, uno solo de los cuales sería suficiente para retenerlos en la cárcel durante varios años, no quiere perjudicar a estos pobres hombres, que si cometieron delitos fue más por su ignorancia que por su mala fe.

—Si, doctor...

—En consecuencia —prosiguió doctoralmente el profesional—, la Empresa renuncia a la acción judicial y pide a usted, por mi intermedio, la libertad a los presos.

—¡Aaah! ¡Doctor! —exclamó el funcionario. —¡Qué gesto tan filantrópico! Permitame felicitarle.

Después de efusivos apretones de manos y de amable cambio de palabras, el abogado salió del local policiario pensando satisfecho: —¡Buen trabajo!

Y así fue cómo, la Empresa Minera "Buena Estrella", se permitió también el lujo de la magnanimidad....

- VI -

De no haber tenido familiares que atender, más hubiera valido a los cautivos que los dejaran presos, porque aquella libertad concedida como limosna, fue el comienzo de sus largos padecimientos.

"Oruro Moderno" es el barrio residencial de los pobres. Cuando Oruro era una ciudad en pleno desarrollo, fue extendiéndose hacia el Norte ganando terreno a la pampa. Hombres soñadores, hicieron calles anchas, acaso porque al trazarlas pensaron en un gran porvenir de la zona; pero al final esas calles que la previsión humana soñó verlas repletas de tráfico y movimiento, sólo sirven para que el viento del altiplano se pasee por ellas a sus anchas, levantando densas nubes de tierra, golpeando las puertas de las casuchas y sacudiendo sus ventanas.

Las casas de "Oruro Moderno" son, en su mayor parte, de un solo piso que, tal vez por la amplitud de las calles, parecen achatadas y agazapadas contra el suelo. Casas pobres y humildes, hechas para que habiten en ellas los humildes y los pobres.

Hacia el poniente, a mitad del cerro, en cuyas faldas se reclina la ciudad, se divisa el caserío de obreros de la mina "San José", con el típico aspecto de los campamentos mineros. Hacia el este y el norte, la pampa inconmensurable.

En ese barrio, Juan Calle y sus amigos alquilaron una espaciosa "tienda" por módica mensualidad, que fue el alojamiento de los cuatro obreros y sus respectivas familias. Pero una sola habitación por más espaciosa que sea, resulta siempre estrecha cuando en ella tienen que vivir, cocinar, comer y dormir catorce personas, que en este caso eran: Juan Calle, Sebastiana, Donata y los dos niños: Ontiveros, y su mujer y sus dos hijos. Sunahua y su hija única y Ajarachi con su esposa y un niño de pechos.

Después de instalarse en la nueva vivienda, el primer cuidado de los hombres fue el de buscar trabajo, ofreciéndose en las oficinas de muchas empresas mineras, pero, ya sea porque hubiesen ingresado en alguna misteriosa "lista negra" o porque los tiempos se tornaban malos para la minería, no pudieron conseguir ocupación en ninguna parte.

Por lo menos durante el primer tiempo, las pequeñas economías de algunos de ellos, lograron alcanzar para el sustento limitado de todos; pero, lentamente los ahorros se fueron agotando y disminuyendo proporcionalmente las raciones de su menguado alimento.

Entre tanto se precipitaron los acontecimientos. ¡Malos tiempos aquellos! La crisis mundial también había llegado a Bolivia, país monoprodutor, cuyo pueblo vivía pendiente de la cotización del estaño que bajaba a diario, produciendo el malestar general. Los negocios aflojaban su ritmo. los comerciantes, para conjurar la disminución de sus ventas, trataban de forzarlas con rebajas de los precios y liquidaciones que no llamaban la atención porque nadie tenía dinero. Los Institutos de Créditos, con el pesado lastre de obligaciones vencidas, apremiaban a sus deudores, precipitando quiebras y rematando o adjudicándose inmuebles. El Estado cerraba sus gestiones con déficits y embrollaba los pagos a sus propios funcionarios. Las empresas mineras despedían a cientos y miles de obreros y las ciudades se llenaban de desocupados. ¡Un país de cerca de dos millones de kilómetros cuadrados y de sólo tres millones de habitantes, lleno de hombres sin trabajo...!

Oruro, que floreció en los tiempos dorados de la minería, fue también la ciudad que más sufrió la crisis del estaño, juntamente con Potosí. Las calles y plazas estaban llenas de hombres famélicos, deshecho de las minas y qué éstas no podían mantener. El ambiente popular se encontraba agitado y con cualquier motivo se producían desórdenes y manifestaciones callejeras, con profusión de oradores rojos y pseudo-rojos.

Juan Calle y sus amigos, llevados por la curiosidad oyeron aquellos discursos alguna vez; pero ¡ay!, resultaban demasiados parecidos a los de Serapio Jala, el traidor de "Buena Estrella".

Conforme pasaba el tiempo la situación de las cuatro familias volvíase más precaria. Muy temprano y después de comer pequeñas raciones, salían los hombres a recorrer la ciudad en busca de trabajo. Ontiveros obtuvo la plaza de ayudante en una carpintería y aunque el salario era exiguo, constituía el único ingreso estable y seguro de la pequeña colonia. Los otros tres, provistos de lazos merodeaban por la estación del ferrocarril, los barrios comerciales y mercados de abasto, ofreciendo sus servicios de "cargadores", oficio muy competido en aquellos tiempos. Después de duras jornadas conseguían acumular

unos pocos centavos que depositaban en manos de Sebastiana, la cual, tácitamente, resultó siendo cajera de todo el grupo.

Mientras tanto, las mujeres se ocupaban de asear la "tienda", cocinar, lavar, recoser la ropas y también de buscar trabajo en las casas de familia, como lavanderas.

¡Malos tiempo aquellos...! La competencia entre los "cargadores" era tan exagerada, que cuando alguno lograba obtener un pequeño trabajo, lo hacía por miserable remuneración. Para llevar una maleta de la estación del ferrocarril a un hotel, se presentaban veinte postulantes y diez, para portar un canasto del mercado a alguna casa, lo cual ocasionaba constantes reyertas entre mozos de cordel. Cosa igual ocurría con las lavanderas que, después de pasar una jornada completa lavando ropa, recibían un ínfimo pago que apenas lograba exceder el precio del jabón empleado.

No era posible renovar los trajes envejecidos; los niños adelgazaban notoriamente por la mala alimentación y los mayores se tomaban huraños y reconcentrados, siendo frecuentes los estallidos de malhumor.

El hambre generalmente, es mala compañera del buen carácter.

En cierta ocasión, ninguno de los habitantes de la "tienda" probó bocado en todo el día. Los niños gimoteaban y las madres no atinaban a consolarles. Ontiveros llegó a las seis de la tarde, pero como aún faltaban dos días para que recibiera su salario de la semana, no traía un solo centavo. El y las tres mujeres esperaron con ansiedad a los ausentes.

—¿Traes algo? — preguntó Ontiveros, cuando llegó Juan Calle, después de unos instantes de expectación preñados de interrogaciones en todas las miradas.

Calle solo pudo contestar con un elocuente gesto de abatimiento.

Los niños no se cansaban de llorar y los padres, se aferraban aún a la esperanza de que Sunahua y Ajarachi, pudieran traer algún dinero; pero cuando éstos llegaron, con sólo observar su aspecto de desaliento, comprendieron que tampoco habían ganado nada.

Los mayores quedaron silenciosos. El hambre también les cosquilleaba los estómagos; pero más que su propio ayuno, les martirizaba el llanto de los pequeñuelos.

—¡Pancito *papasituy!* — entre hipos pidió alguno y los otros niños corearon el ruego con gritos más fuertes.

A esto no había llegado nunca en la "tienda de "Oruro Moderno" y si antes no hubo abundancia, era la primera vez que se presentaba, brutalmente, el hambre. Calle hizo un gesto de impotencia y salió de la habitación con ademán desesperado. Los demás quedaron cavilando. Sunahua apretaba nerviosa-

mente a su hija Justina, muchachita débil de doce años, mal cubierta por unos harapos. El torvo rostro del indio denotaba tremenda lucha interior.

—Papá, dame pancito —sollozo la chiquilla.

El hombre no pudo más. Precipitadamente registró sus bolsillos y sacó un pañuelo sucio, de en medio del cual tomó tres billetes de a un peso, que alcanzó a Sebastiana.

—Tome, doña Sebasta. Me estaba reuniendo esa "platita"...

Brilló la alegría en los rostros y hasta los niños dejaron de llorar. Donata salió a la calle con el dinero regresando luego con un canasto colmado de pan, que distribuyó entre los presentes. Los niños y los mayores comieron con avidez. Solamente Ontiveros permaneció con el pan en la mano, mirando fijamente a Sunahua, quien al notar la insólita actitud del carpintero, bajo la vista, dejando a su vez de comer.

—¡Sunahua! —después de largo silencio habló Ontiveros con voz grave, despertando la expectativa general, pues su actitud anterior no había pasado inadvertida.

—¿"Don Ontiveros"?

—Todos nosotros damos siempre los que ganamos. ¿Por qué te guardaste tú esa "plata"?

Los circunstantes dejaron de comer para atender la charla; que, dado el visible malhumor de Ontiveros, tendría que tomar rumbos escabrosos. Sunahua se disculpó tartamudeando:

—Yo también siempre he dado "don Ontiveros"; pero a veces cuando ganaba algo más, me reservaba algo para reunir un poco de dinero...

—¡Esa es una traición! —repuso Ontiveros con furia—. Los demás siempre le hemos dado todo y ninguno pensó en reunir dinero para sí mismo.

Sunahua, visiblemente abatido, no contestó. Sebastiana fue la que intervino en su defensa:

—Pero, gracias a que él reservó ese dinero, hemos salvado este mal día, "don Ontiveros"...

—Si, doña Sebasta. Pero si no hubiera habido este mal día, hubiera seguido traicionándonos, reuniendo billetes para él solo.

—Tal vez tenía algún motivo... —sugirió débilmente Cresencia, la mujer de Ontiveros.

—¿Qué motivo podía tener?

Sunahua se puso de pie y sencillamente, sin actitudes dramáticas, tomó a su hija y levantándola hasta la altura de Ontiveros, con voz muy suave y humilde contestó:

—Yo tenía este motivo, "don Ontiveros". Mírela usted...! Está flaca, amarilla y enfermita. No tiene ropa y vive tiritando de frío. Los otros chicos tienen madre que los cuida; pero la Justina sólo me tiene a mí que no puedo cuidarla como mujer y por eso ella está peor que los otros. ¡Mírela "don Ontiveros"!...

Después, dejando delicadamente a la asustada niña en el suelo, concluyó con voz débil apenas perceptible:

—Por eso quería juntar dinero... Para comprarle ropita a mi Justina...

* * *

Vino un breve periodo de bonanza para las cuatro familias. Sunahua, Calle y Ajarachi, lograron ingresar en una cuadrilla de "cargadores" del ferrocarril, donde fuera de un pequeño salario fijo que les pagaba la empresa, tenían también algunos ingresos suplementarios por pescar carga para el público. Era un trabajo largo y rudo, pero ¡bien venido sea el trabajo rudo y largo, cuando se ha sentido hambre!

Junto con el desahogo económico, apareció en la "tienda" el buen humor que tanto tiempo se había mantenido ausente. El primer cuidado de Sebastiana fue el de renovar la ropa de los niños, empezando por la de Justina, hija de Sunahua. La alimentación general también fue mejorada y el dinero ganado, hasta les permitió comprar dos o tres veces por semana, leche condensada para los chicos y para proveer de coca y cigarrillos a los hombres. Y cuando llegó la fiesta de la "Concebida", no solo hubo buena alimentación, coca y cigarrillos, sino también chicha, originando una discreta y feliz borrachera de los mayores y una dichosa algazara de los pequeños, que se sintieron contentos con la alegría de sus padres.

Aquella temporada de paz fue como esos amaneceres claros que suceden a las noches tempestuosas, con tanta luz y tanto sol, que no queda ni el recuerdo de los nubarrones negros.

Cierto día, Juan Calle llegó radiante.

—Tengo noticias del Severo. —comunicó a las Ari.

—¡Dios mío! —exclamó Sebastiana pálida de emoción. Donata no atinó a pronunciar palabra.

—En la cuadrilla trabajamos con un cruceño llamado Román —explicó Calle—. Esta tarde, en un descanso, casualmente, habló del "colla" Ari. Me

llamó la atención el apellido y le pedí detalles, por todos los cuales se establece que se trata de nuestro Severo, sin lugar a alguna duda.

—¿Y qué dice?

—¿Dónde está? ¿Qué hace?

—Dice que trabaja en el "Establecimiento La Cañada" al norte de Santa Cruz. Que tiene mujer y una *huahua*, que se ha hecho querer mucho por la gente del lugar y que sus patrones lo estiman. Todas son buenas noticias...

—Dios mío! ¡*Amitoy!* —prorrumpió Sebastiana—. ¡Tenías que escuchar mis ruegos! Yo no hubiera muerto tranquila sin conocer la suerte que hubiera podido correr mi hijo.

—¿No podemos escribirle? ¿Por qué no lo llamamos? —preguntó Donata.

—¿Para qué lo llamaríamos si tenemos un porvenir tan inseguro? —observó Sebastiana.

—Podríamos escribirle —contestó Calle—; pero no creo que reciba la carta, porque no es probable que vaya al correo. Por medio de su patrón habríamos podido hacerlo, pero Román no recuerda el nombre del dueño de la "La Cañada".

—¿Qué podemos hacer?

Por si acaso escribiremos de todos modos y, además, es posible que Román retorne a su tierra y con él podemos mandar encargos.

Escribieron la carta con exagerada minuciosidad y la despacharon con promesas y ruegos a Dios para que llegara a manos de Severo.

Trabaron amistad con Román, a quién atormentaron pidiéndole más y más pormenores de aquello que para ellos constituía un milagroso hallazgo.

Como niños alegres rondaron ilusiones en las almas de Sebastiana y Donata. La remota esperanza de comunicarse con el ausente y la más lejana aún de poder verle otra vez, colmaron sus corazones de dicha, Revivieron mil recuerdos, soñaron dormidas y despiertas, forjaron fantasías.

* * *

De golpe y abruptamente concluyó la época de paz para las cuatro familias e inclusive se adormecieron los recuerdos e ilusiones de las Ari. Una mañana al llegar al trabajo, los tres hombres encontraron la noticia de hallarse despedidos junto con los otros cinco "cargadores" de la cuadrilla, porque uno de ellos, cuya identidad no se pudo establecer concretamente, había cometido un robo de los almacenes del ferrocarril.

Otra vez, pues, empezó el deambular por las calles buscando trabajo, con el lazo al hombro y la inquietud en el alma; las reyertas con los compañeros y los mudos reproches y las cóleras sordas por las pagas mezquinas. Y otra vez, la escasez y el riguroso racionamiento en la alimentación, cuando no el hambre. Y el malhumor, el desaliento y el mutismo.

Pedro Ajarachi resolvió irse a Cochabamba y una mañana, él y su mujer fueron, cargando el varón sus pocos enseres y la mujer al niño. Por cierto el viaje lo harían a pie, por falta de dinero para usar el tren. A la orilla de la ciudad, las despedidas fueron lacónicas:

—Adiós, Pedrito. Que te vaya bien.

—Hasta otro rato "don Calle". A ver si podemos conseguir algún pegujalito.

—Hasta otro rato, Anatolita.

—Hasta otro rato.

Y se fueron. Los que quedaron permanecieron silenciosos, siguiéndoles con las miradas durante mucho tiempo, hasta que las figuras de los viajeros se perdieron en la distancia. Ninguno comentó nada. Taciturnos y afligidos, pensando el vacío que dejaban los Ajarachi, volvieron a sus faenas cotidianas.

* * *

La vida del grupo, prosiguió angustiosa y difícil por mucho tiempo más, aunque todo lo soportaban estoica y resignadamente, incluso los pequeños. Durante las obligadas reuniones nocturnas, antes y después de las comidas, guardaban silencio o se comunicaban entre sí, monosilábicamente, acentuando, aún más, su carácter taciturno y su remota y típica introversión.

En determinada época se agravaron todavía más las preocupaciones cuando Juan Calle, quizá aturrido por la mala estrella, empezó a llegar muy tarde a la casa con evidentes muestras de haber bebido en abundancia. Sólo él y Sebastiana sabían que la causa de aquella disipación, era una cholita dueña de chichería, joven bonita y de vida airada, que atraía al hombre con distintos pretextos. Cada vez que Calle llegaba retrasado a su casa, Donata le esperaba despierta, pero sin animarse a decirle nada aunque acaso sospechaba la proximidad de alguna rival que podría quitarle a su hombre. ¡Cuánto había cambiado la buena "Ulincha" desde los tiempos en que vivía con Julián Chuquimia, a quien le promovía terribles peleas por fútiles motivos!

Pero Ontiveros, no era hombre que se conformara con reproches mudos y ya sea porque adivinara el sufrimiento de Donata, o porque le disgustara el dispendio del poco dinero disponible, una noche esperó furioso a Juan Calle; le

increpó por gastar dinero en alcohol; se produjo una acalorada discusión y luego una feroz pelea. Las mujeres trataron de separarlos y los niños alarmados despertaron con el alboroto.

Tal vez se habría perdido para siempre la armonía del grupo, a no mediar la sagacidad femenina, que logró componer las cosas. Por su parte, Juan Calle hizo promesa de no volver a malgastar dinero y, con excepción de un par de veces más, llegó a cumplir su oferta.

* * *

Fue un día alegre aquel en que tuvieron la noticia de que la Empresa "Bolivian Mines" estaba contratando obreros en la mina "Formidable". Sin pérdida de tiempo, Calle, Sunahua y sus familias prepararon el viaje. Ontiveros resolvió quedarse en Oruro, teniendo en cuenta que su trabajo en la carpintería ofrecía mayores visos de seguridad.

El viaje hecho a pie, con las mujeres y los niños, resultó pesado y lento; pero la esperanza de tener trabajo estable que garantizara sus vidas, les dio fuerzas para seguir adelante, hasta llegar a la mina.

Allá, los dos obreros después de muchas esperas y demoras, obtuvieron trabajo, previo reconocimiento médico.

El facultativo que practicaba los exámenes era un hombre moreno, delgado, muy alto y poco amable. Como la Empresa se hallaba reclutando obreros, el médico tenía que efectuar numerosos reconocimientos; pero se aligeraba la tarea haciéndolos muy superficialmente, aplicando con prisa el estetoscopio sobre los corazones y pulmones. Luego dictaba datos a un funcionario que los copiaba en formularios especiales.

Sunahua fue examinado con premura y declarado "hábil".

Después de reconocer con igual superficialidad a Juan Calle, el médico dictó algunas frases en voz baja al empleado, mientras el obrero observaba la pieza del Hospital, con sus muebles blancos y relucientes, sus vitrinas con instrumental niquelado, algunos cuadros con figuras anatómicas y un fuerte olor de antisépticos flotando en el ambiente. El galeno, con el formulario en la mano, cortó bruscamente las observaciones de Calle, preguntándole:

—¿Sabe usted firmar?

—Si doctor.

—Entonces firme esto.

Calle tomó el formulario entre sus manos y fuera de datos generales relativos a su persona, leyó:

"Conclusión: Corazón normal. Pulmones con pneumoconiosis en su segundo período. — (Fdo. Dr. X.X.)"

Y a continuación: "Yo, Juan Calle, declaro expresamente que ingreso a los trabajos de la Compañía, en el estado de salud indicando por el médico de la Empresa. Por lo tanto, no tengo derecho a reclamación alguna, por el progreso de la enfermedad que adolezco"(*).

—Pero doctor... —balbuceó Calle—, yo soy sano soy fuerte, no toso nunca, ni tengo fiebres..

—¿De modo que usted sabe más que yo? — interrumpió el médico poniéndose rojo de cólera.

—No, doctor; pero tal vez... no se ha fijado usted bien — sugirió suavemente el barretero.

El temperamento colérico del médico estalló violentamente:

—¡Pedazo de imbécil! ¿Qué cree que soy yo....? ¿Desconfía usted de mí...? ¡Estos indios comunistas e insolentes...! —Luego arrebatando el papel de las manos de Calle, agregó—: Si no está usted conforme, no firma y se va a su casa. Hay miles de obreros que están rogando por tener ese trabajo.

Juan Calle tuvo tentaciones de salir airadamente, por la forma torpe y humillante con que le trataba el facultativo.

Sin embargo, le contuvo el recuerdo de la época pasada en Oruro, con privaciones de todo género, sensación de inseguridad, mujeres desencajadas y niños escuálidos; el rondar por las calles buscando trabajo, las pagas miserables, la comida mala y la falta de coca y cigarrillos; cuando no sus borracheras y aquellas caricias lúbricas, cuyo recuerdo le producía remordimientos.

—Perdóneme, doctor. Voy a firmar el papel.

El médico le entregó el formulario y examinando de pies a cabeza al obrero, exhibió una sonrisa sardónica. Juan Calle, resueltamente, con su desaliñada letra de colegial principiante firmó aquel curioso documento.

//////////
(*) —Tomada textualmente de un proceso que cursa en los archivos de la Oficina del Trabajo de Oruro.

TERCERA PARTE

¿CUANDO LLEGARA EL ALBA?

-I-

La "Formidable" de la "Bolivian Mines Corporation", era una mina "grande" de las más importantes y de mayor producción en la República. En los buenos tiempos, trabajaban hasta cinco o seis mil obreros y unas cuantas decenas de empleados.

El panorama de las minas "grandes" como el de todos los centros mineros, es hostil. Cerros pelados y rojizos sin pizca de vegetación, rodean los campamentos, limitando el horizonte. Por aquí y por allá, enormes *desmontes* de *caja* amontonada en el transcurso de los años. Tres mil quinientos o cuatro mil metros sobre el nivel del mar, con clima frío en invierno, en otoño, primavera y verano. Cielo generalmente diáfano y puro, y viento roncador en los atardeceres y en las noches.

Cientos y miles de casuchas de calamina y barro para obreros, iguales o peores a las viviendas de las minas "chicas", construidas desordenadamente en varias partes, a medida que la mina fue creciendo; unas veces en los barrancos de los cerros, otras en pequeñas planicies de la región. Alejadas de éstas, como si hubieran querido conservar las distancias, las casas de empleados: algunas, pequeñas y discretamente amables y otras vistosas, elegantes y modernas. Entre ellas, varios edificios grandes: el cine, la Escuela, oficinas, almacenes, Hospital, el Club Social. Y allá lejos, en la cumbre de una loma, donde silba el viento las veinticuatro horas del día, un lúgubre cementerio de obreros, sin flores y con cruces de madera pintadas de negro.

En todo el ambiente parece vibrar la formidable organización de la Empresa.

Relojes, grandes relojes por varias partes: en las oficinas, en la Pulpería, a la entrada del *Ingenio*, en los campamentos de obreros y también dentro de la mina. Relojes por varias partes. Grandes relojes eléctricos con sus movimien-

tos sincronizados con la precisión de un décimo de segundo. Relojes apremiando sin descanso para obtener celeridad y exactitud cronométricas.

Trenes. Trenes que ingresan a la mina llevando obreros y que salen colmados de metal, para descargarlas en el *Ingenio*. Trenes que llegan con viveres y materiales y que parten llevando *barrilla* de estaño. Pitos sonoros y trenes.

La pulpería: un enorme galpón con los estantes repletos de mercaderías donde decenas de empleados atienden febrilmente a centenares de mujeres que entran y salen sin interrupción. El Almacén: otro gran conjunto de galpones, en cuya puerta se detienen colmados y parte vacíos y en que varios trabajadores cargan y descargan los vehículos, mientras en el interior del edificio, entre voces fuertes e ir y venir de hombres, los empleados pesan, constatan y anotan los ingresos y salidas.

En las puertas de las oficinas pequeños letreros: "Gerente General", "Contabilidad", "Caja", Hormigueo de empleados y otros letreros auxiliares. "La charla perjudica", "Días de pago: los sábados", "Sea usted breve".

Orden y organización formidables, cuya finalidad es la eficiencia a toda costa.

En aquella amplia oficina, teclear sonoro de máquinas de escribir; campanillas apremiantes llamando a los teléfonos; voces cortantes y ásperas; chirrido peculiar de máquinas de calcular; hombres encorvados sobre grandes libros, aumentando guarismos a las interminables columnas de números dispuestos simétricamente unos detrás de otros como soldados; mensajeros entrando y saliendo con premura.

Orden, orden. Orden y eficiencia.

En la sala de Ingenieros: mesas horizontales y largas: grandes pliegos extendidos, en los que, expertos ayudados por compases, escuadras, reglas de calcular y las infaltables pipas con típico olor de tabaco fuerte, trazan planos con líneas y ángulos matemáticamente exactos, de los que depende el incremento de la producción, el cortar de una nueva y rica veta, la vida de miles de obreros. Rollos de planos en papel ferroprusiato; diagramas en las paredes; libros de consulta; tablas de logaritmos.

Otra sección llena de "kardex" cubriendo íntegramente las cuatro paredes de la habitación. Decenas de "kardex", cientos de "kardex", pesadilla de "kardex"... Allí están encerrados y en perfecta catalogación, todos los datos públicos y privados de la Empresa. Los nombres y direcciones de sus accionistas: Avenida de Mayo, Waldorff Astoria, Hotel Ritz. Los nombres, filiación y sueldo de sus empleados: los ingenieros extranjeros con cinco mil dólares mensuales y los nacionales con cinco mil bolivianos, aunque los unos sepan

tanto como los otros y a veces, éstos más que aquellos. Los nombres de los obreros y el promedio de sus salarios: treinta y un bolivianos con veinticinco centavos por día (*). La lista de abogados de la Empresa con la relación de sus influencias seguras y probables; de los hombres de gobierno adeptos y funcionarios venales. Los balances de muchas gestiones, con los millones ganados anualmente. La nómina siempre en aumento de miles de obreros egresados de la Compañía por enfermedades pulmonares o accidentes de trabajo y la de trabajadores muertos, que entraron sanos a las galerías y nunca salieron de la mina. "Kardex", "kardex". ¡Pesadilla de "kardex"!

Policía secreta de la Empresa, encargada de averiguar los últimos pasos de los empleados y obreros. Hábiles sabuesos que investigan continuamente los más ínfimos detalles, para llevar a sus superiores hasta las referencias más baladíes: "Fulano se embriago anoche", "A la casa de N. llegó persona sospechosa", "Zutano recibió tal visita hasta horas veintitrés y treinta de anoche".

Orden, orden. Orden y eficiencia.

Ingenio ultramoderno donde campea el progreso de la técnica. Potentes máquinas triturando el metal hasta volverlo polvo. Procedimientos perfectos de flotación y lixiviación que consiguen separar el metal de las impurezas. *Ingenio* que debe su nombre a la sutileza de la imaginación humana para vencer los caprichos de la materia. *Ingenio* que trabaja veinticuatro horas al día y trescientos sesenta y cinco días al año, con exactitud astronómica.

Hospital bien montado, con salas de operaciones donde se encuentran los últimos adelantos de la ciencia. Salas de Rayos X, laboratorios, farmacia. Grandes salas de enfermos con infiltraciones pulmonares o de heridos y mutilados en horribles accidentes. Médicos de mandiles blancos, acostumbrados al dolor humano y sin un átomo de compasión en las almas.

Rubio gerente en quien convergen todos los dientes del poderoso engranaje, desde las ladinas relaciones de la Empresa con el Gobierno hasta el escamoteo de la menguada indemnización al más humilde obrero, y desde la dirección técnica del trabajo en la mina, hasta la lectura diaria de los informes de la Policía Secreta. Rubio Gerente: máquina bien aceitada que sirve para aumentar la producción y rebajar los costos.

(*) - El autor no conoce y presume que no existen datos oficiales respecto al salario promedio de los trabajadores mineros de Bolivia. Por informaciones aisladas que han sido publicadas y observaciones personales, puede asegurarse que dicho promedio hasta el año 1942, fluctuaba entre bolivianos 30 y 35 diarios a lo sumo en moneda desvalorizada de penique y medio aproximadamente.

* * *

Pablo Lizarazu, moviéndose a tientas debido a la obscuridad entró en su dormitorio procurando no hacer ruido para evitar que despertara su esposa; pero, no pudiendo acostumbrarse a la falta de luz, tropezó con una silla produciendo el consiguiente ruido que despertó a la mujer.

—¡Trabajas mucho, hijo! — reprochó amigablemente y semidespierta Luisa de Lizarazu al darse cuenta de la presencia invisible del esposo.

El hombre, ligeramente contrariado por el incidente, encendió la luz; luego se quitó el saco y sentándose en la cama, empezó, perezosamente, a descalzarse.

—No es nada, querida.

Con la luz encendida y la respuesta del marido, la mujer despertó completamente.

—Si es mucho, Pablo. Diariamente y todas las noches hasta las once o doce. Es mucho.

El aludido sonrió cariñosamente a su esposa, respondiendo:

—Varias veces te he explicado las razones por las que me empeño en hacer estos trabajos extraordinarios...

—Sí. Pero, ¿qué sacas?

—Tantas veces te lo he dicho, hija...

—Es que yo no puedo comprender... Si por lo menos hubieses aceptado esa propuesta para trabajar en la Contabilidad de la Compañía, esforzándote allá, habrías progresado; pero tu profesorado, aunque te sacrifiques como lo haces ahora, ¿quién reconoce tus empeños y qué progreso económico puedes esperar?

El hombre hizo un disimulado gesto de disgusto, suspiró profundamente y prosiguió desnudándose sin hablar.

Pablo Lizarazu tenía treinta años, bajito, moreno, de rostro simpático y mirada suave de hombre bueno. El desaliño con que acostumbraba vestir y el desarreglo de sus cabellos, demostraban claramente una absoluta despreocupación por su persona.

Pertenecía a una vieja familia chuquisaqueña de directo origen español, venida a menos en el transcurso del tiempo. El abuelo de Pablo, un viejo calavera, había malgastado su fortuna en malos negocios y buenas orgías, dejando al morir muchos hijos y numerosas deudas, terrible desprestigio y com-

pleta indigencia. En la próxima generación, la pobreza orgullosa apartó a la familia de todo roce social, hasta convertirla en una especie de tribu muy unida interiormente, pero cerrada en absoluto para los extraños.

Pablo era el último vástago de una larga prole y como sus hermanos, tuvo que estudiar en una escuela fiscal, porque los reducidos ingresos del padre, no pudieron costear la enseñanza de sus hijos en establecimientos particulares, cual era de rigor entre la gente de su rango. Esta circunstancia acabó de desvincular a los Lizarazu de la alta sociedad de Sucre; pero tal vez fue ese contacto con los niños humildes de las escuelas fiscales, lo que delineó su futura personalidad.

Lo cierto es que el muchacho se distinguió en sus estudios y, posteriormente, pudo conseguir una beca del Estado para ingresar en la Escuela Normal, donde obtuvo el título de Maestro.

Después de su matrimonio, efectuado a los pocos días de graduarse, inició un largo peregrinaje por provincias como profesor de Escuela. Y allá donde fue, encontró buenos amigos y muchas consideraciones, porque era bondadoso y amable, porque nunca pedía y siempre estaba dispuesto a servir a todos. Enseñaba con alegría y placer, porque amaba su profesión.

Fue obra del acaso su contrato con la "Bolivian Mines Corporation", para ejercer el profesorado de la Escuela en la mina "Formidable", donde trabajaba desde hacía un año, encontrando también buenos amigos y estimación general, inclusive por parte de los altos funcionarios de la Empresa.

El hogar de los Lizarazu estaba bien avenido; pero frecuentemente se presentaban pequeños disgustos, debido a la resistencia de la mujer para acostumbrarse al especial carácter del marido, que se daba íntegramente a todos, olvidándose de su situación económica, lo cual ocasionaba preocupaciones a Luisa, que en su contacto diario con las necesidades hogareñas habría deseado más sentido práctico en su esposo.

—Trabajando en la Contabilidad hubieras progresado... —insistió la mujer creyendo que el silencio del marido significaba alguna duda propicia.

El hombre volvió a sonreír, contestando:

—Pero, ¿acaso el dinero lo hace todo, hija? Tenemos lo necesario para vivir modestamente nosotros y los chicos. ¿Qué más quieres?

—Ya sabes. Quisiera que ganes más para ahorrar algo que nos permitiera hacernos una casita en Sucre y asegurar un poco nuestro porvenir y la educación de los chicos.

—Te garantizo que yo también quisiera eso.

—No parece. Tú, con tus idealismos siempre desatiendes tus propios asuntos.

El esposo la miró bondadosamente y sin abandonar su sonrisa, contestó:

—Puedes tener la seguridad, querida, que en el fondo de todo hombre, siempre se encuentra dormido un excelente burgués con sus típicos anhelos y sueños, con sus pequeñas aspiraciones y modestos deseos. Yo también quisiera una casita acogedora, con radio, refrigerador, biblioteca y buenos muebles, con jardín que cultivaría personalmente los domingos y las horas de ocio y comodidades que te aliviaran el trabajo doméstico. También deseo educar a mis hijos en una buena Universidad extranjera y tu no sabes cuánto anhele, una vida tranquila y apacible, exenta de preocupaciones.

—¡Bonitos sueños! —apuntó irónicamente la mujer—. ¿Y qué haces para alcanzarlos?

—Ahí está la dificultad —repuso calmadamente el esposo en tanto se abotonaba el pijama—. Yo nunca he tenido habilidad para ganar dinero y al escoger la carrera del magisterio, ya hice una elocuente demostración de mi falta de sentido práctico... Al final de cuentas, querida, temo mucho que nos encontremos lejos de alcanzar nuestro anhelos burgueses...

Esta vez fue la mujer que dio fuerte suspiro y permaneció callada, mientras el hombre apagaba la luz y se metía en la cama.

Pablo Lizarazu después de extenderse cómodamente en el lecho y sin que le pasara inadvertido el suspiro de su esposa, prosiguió:

—¡Aah! Querida. Yo creo que ambos seríamos mucho más felices, si tu dejaras de pensar en las cosas prácticas y procuraras encontrar los lados buenos de nuestra vida, tal como es.

—¿Te sientes desgraciado, quizá? —preguntó susceptible la mujer.

—No, Luisa, yo sería completamente feliz, si te supiera dichosa. Es lo único que falta para no pedirle más a la vida. Eso es lo que quería decirte. Tú eres una excelente mujer, llena de grandes cualidades; yo, un poquillo soñador, con muchos defectos; pero en el fondo, una buena persona. ¿Por qué no ser felices? ¿por qué exigir de la vida lo que ella no nos ha dado?

—Es decir, que para ser felices, ¿habría que tener una resignación musulmana? —interrogó incisiva Luisa de Lizarazu.

—¿Crees que con lamentaciones podrás cambiar el curso de tu destino, empezando por convertirme a mí, de un majadero idealista en un dinámico hombre de negocios, que gane millones en un año?.

—No. No exijo tanto. Pero podrías acomodarte un poco más a la realidad. Y si ello no es posible, tendré que resignarme efectivamente...

—Es decir, lo de siempre. ¿Sabes querida? Yo no quisiera tu resignación que siempre la he tenido; lo que deseo es que aceptes la vida tal como es; pero alegremente. El símbolo del hogar perfecto debía ser una sonrisa. Todo se puede componer con buena voluntad y un poco de humor, cuando no se pierde el buen sentido y cuando a éste se le emplea en ennoblecer las cosas de la vida, empezando en las pequeñas y acabando en las más trascendentes. Si pudieras robar un poco del tiempo que empleas en lavar ropa o surcir calcetines, para poner florecillas aquí y otras allá para hacer un cuadro con una lámina que te guste o unos visillos y tapetes, encontrarías que esta casa que tanto te desagrada, empieza a adquirir una fisonomía más amable y acogedora; si en vez de amargarte porque los chicos estudian acá y no en una buena escuela de la ciudad, prestaras atención a sus progresos y trataras de aumentar sus conocimientos con los tuyos; si esos pocos ratos desocupados que tienes o los desvelos en que rumias tus desgracias, los emplearas, por ejemplo, en abstraerte en alguna buena lectura; si hicieras esa y otras cosas, yo te aseguro que tu vida ofrecería un panorama nuevo, mucho más grato y llevadero...

—Si, Pablo. Tal vez tengas razón —asintió la mujer sin mucho convencimiento.

—Procura hacerlo, Luisa. La vida no es tan mala como parece; todo depende de saber vivirla y a veces depara satisfacciones insospechadas. Hace algún tiempo yo las tengo a menudo. Es estas clases voluntarias que doy a los obreros adultos, encuentro muchos motivos de contento interior. Por ejemplo: enseñar a leer a un hombre viejo y coronar ese empeño después de mucho tiempo de esfuerzos, es algo que produce una alegría tan grande como debe sentirla el que edifica su propia casa y después de arduos trabajos, logra colocar la última teja de construcción; o como la del que planta una semilla, y después de años de cuidado, arranca los primeros frutos de aquella menuda simiente convertida en planta lozana y fuerte.

Insensiblemente Lizarazu se fue animando con sus pensamientos y después de una breve pausa, volvió a coger el hilo de su charla.

—La docencia podrá ser muy poco lucrativa; pero es de una belleza incomparable. ¡Si tú vieras el afán con que estudian estos hombres rudos en las clases que les doy de noche, a las que llegan fatigados después de ocho horas de trabajo agotador! ¡Cómo abre los ojos, qué afán tienen de aprender

aunque sea demasiado tarde; cómo se concentran sin dejar pasar una sola palabra del profesor. Parece que pensarán que sus desgracias y las injusticias de que son víctimas, acabarían si aprendieran algo. Y a decir verdad, si estos pobres indios apenas intuyen que la educación ayudará a salvarlos de su destino, yo estoy seguro de ello. Por eso me empeño en esa que tú llamas, despectivamente, quijotesca labor... ¡Ah! Si te interesaras en mis cosas y me pudieras colaborar en esa obra, ¡cuán felices seríamos tú y yo...! ¿Qué opinas querida?

La mujer no contestó. El imperceptible ruido de su isócrona respiración, hizo saber a Pablo Lizarazu, que su esposa dormía tranquilamente.

-II-

Habían pasado varios años desde el día en que Juan Calle y Juvenal Sunahua con sus familias, se establecieron en la mina "Formidable". Muchas cosas ocurrieron en ese lapso: hubo tiempo y épocas muy malas, pero al fin de cuentas, no obtuvieron ningún progreso efectivo en sus vidas, hasta la llegada del profesor Lizarazu.

Sobrellevaron sus míseras existencias, perseguidos siempre por el negro e incógnito fantasma del porvenir, ese porvenir en el que preferían no pensar, ni siquiera tratar de vislumbrarlo para no ser presas de la desesperación. Mejor, mucho mejor era vivir al día, sin recordar el pasado ni otear el futuro. Si no había pan, si hoy no podían reír los niños, si las mujeres estaban sanas, si aún había fuerzas para trabajar, ¿por qué pensar en el mañana? ¿Y acaso quedaban alientos que a lo menos permitieran meditar sosegadamente, después de las terribles jornadas?

Fue el profesor Lizarazu, con ese indomable y silencioso valor lleno de recursos de los grandes espíritus que, utilizando a la par perseverancia, sagacidad y energía, en el último tiempo logró infundir en las almas de algunos mineros un poco de inquietud y algo de esperanza, sacudiéndolos de la vida animal que hasta entonces llevaran al mostrarles en las horas libres, un descanso mejor que el sueño y superior al no hacer nada: ¡Aprender!.

* * *

A la sazón, las familias de los dos obreros se encontraban en una situación económica relativamente bonancible, pues tanto Calle como Sunahua llegaron ser *perforistas* con un salario diario de treinta y cinco bolivianos. Seguían viviendo juntos y compartiendo sus respectivos ingresos, metódicamente administrados por Sebastiana.

Juvenal Sunahua había cambiado muy poco físicamente, mientras Juan Calle se encontraba notoriamente transformado: ya no era el mocetón fornido

y robusto de la Empresa "Buena Estrella", más bien se le veía delgado y enjuto, con ojeras pronunciadas y mirada nerviosa y afebrada.

Su familia aumentó de número. Fuera de Sebastiana, Donata y los dos niños mayores que ya eran chicuelos de doce o trece años, había tres niños más. Y menos mal que el buen Dios dispuso llevarse a otros cuatro, aunque su bondad no llegó al extremo de no reponerlos cumplidamente, año por año.

Justina era ya joven y más locuela de lo que hubiera deseado su padre. Sunahua quería con hondo y sosegado afecto, sin llegar a ofuscar su rectitud, pues era hombre lleno de ideas morales muy especiales y severas.

La tarde del sábado suele ser muy agradable para los trabajadores porque lleva implícita la promesa del descanso dominical.

Aquella vez, en la morada de Calle, mientras las mujeres se ocupaban de distintos quehaceres y los niños más pequeños jugaban en las piezas o fuera de la casa, Pedro y Pablo, trabajaban afanosamente sus deberes escolares; el uno sentado sobre el umbral de la puerta y el otro, echado de bruces en el suelo.

De vez en cuando, uno y otro niño se preguntaban recíprocamente al dudar de algo o si habían olvidado cierta parte de la lección.

—Pedrito, ¿cómo se conjuga el verbo caber?

—Yo quepo, tú cabes, él cabe... —contestaba el aludido con cierto tonillo de superioridad, que se transformaba en humilde, cuando luego, tenía a su vez que interrogar:

—Pablito, ¿cómo se saca el área del rectángulo?

Multiplicando la base por la altura —respondía Pablo contento de poder mostrar su mayor conocimiento en otra materia.

Durante más de una hora los muchachos con inusitado tesón escribieron la tareas, repasaron en voz alta la lección y se examinaron mutuamente. A medida que el tiempo pasaba, fue decayendo la aplicación de ambos chicos, hasta que, de común acuerdo, suspendieron el estudio para salir corriendo de la casa y encaminarse hacia una próxima y pequeña explanada, donde encontraron a varios compañeros de su edad jugando al fútbol con una pintoresca pelota de trapo.

¡Mala suerte no tener calzado para jugar al fútbol y peor suerte si entre los jugadores del equipo contrario, había algún mozalbete enzapatado...! Pero, ¿qué importaba? ¡Para algo los pies se habían curtido en luengos años de caminar descalzos; para algo estaban encallecidos y duros como piedras; para algo se habían fortalecido con el frío y la intemperie...!

Briosas resultaban las partidas de los muchachos. Los contendores eran alumnos del quinto y sexto curso de la escuela y se diría que el destino de cada grupo se jugaba en esos encuentros, dado el ardor que los niños ponían en la lucha. A veces terminaba el partido de fútbol en una pelea general, con ojos amoratados, heridas, llantos y amenazas; pero generalmente los incidentes no pasaban de las palabras y después de breves discusiones se reanudaba la partida con más calor y entusiasmo que antes.

¡Ah! ¡Si pudieran conseguir una auténtica pelota con "blader" de goma y de forro de cuero, en vez de esa menguada bola de trapo que exigía constantes arreglos interrumpiendo el juego a cada momento y que a veces, en lo mejor de la lucha, resultaba despanzurrada...! ¡Bah...! Era preferible conformarse con lo que había y no pedir caramelos a la luna.

Todos los sábados, por la tarde, jugaban hasta quedar rendidos o deshacer la pelota. Lo uno y lo otro sucedió en aquella ocasión; cuando ya estaban cansados, un puntapié fuerte reventó la bola, dividiéndola en muchos pedazos de trapo de distinto color y tamaño. Resignados con el inevitable final del juego, los chicos regresaron a sus casas.

En el tugurio que les servía de vivienda, descansaban sentadas en el suelo Sebastiana, Donata y Justina, mientras en el fogón hervía la *lahua* de *janka-quipa*, despidiendo su penetrante olor característico.

Los hombres aún no habían llegado del trabajo y languidecía la charla de las mujeres.

Pablo, al ver a uno de sus hermanos menores, jugando "coscoja" delante de la casucha, se olvidó del cansancio que rato antes le invadiera e intervino satisfecho en el juego de la pata coja.

Con aspecto extenuado, Pedro entró en la casa; saludó monosilábicamente a las mujeres y se tiró al suelo, completamente rendido. Al verlo, cuchichearon algo las mayores ahogando sus palabras en risas contenidas. El chico, sintiéndose aludido, se incorporó con viveza.

—¿De qué se ríen, *mamay*? —pregunto intrigado.

—De nada. Echate "no más" —repuso sonriente Sebastiana.

—¿No te estás olvidando alguna cosa? —Donata trató de orientarle.

—¡Cállate! —cortó la vieja—. Que descansen "no más".

—¡Ah! —exclamó el pequeño dándose cuenta de la situación. Luego acercándose a Sebastiana la señaló con el dedo inquisitorialmente—: ¡Así que querías hacerme olvidar...! Pero me estaba acordando y sólo deseaba descansar un ratito.

Después, entregando a la anciana un sucio y deshojado silabario, con ceño fruncido, aire doctoral, y estudiada sequedad, ordenó:

— Tu lección, *mamay*.

— No he estudiado, Pedrito — se disculpó ella, con una dulce sonrisa en los labios.

El niño que, por lo visto había tomado muy en serio su papel de profesor, sentándose al lado de la madre, la reprendió sin atisbo de broma:

— No debes ser tan floja, *mamay*... Así nunca podrás aprender ...Ahora vas estudiar conmigo.

— Tengo flojera, hijo... Más bien, ¿por qué no te vas a jugar "coscojita" con tus hermanos?.

— No. Vas a estudiar.

— Otro día, ¿bueno?

— No; ahora. —Repuso el niño, sin ceder—.

Visiblemente, Sebastiana no tenía ganas de dar la lección. Al principio, había aceptado la idea de aprender a leer con satisfacción sino también con una pequeña llama de entusiasmo; pero cuando su cerebro de cincuenta y cinco años, jamás acostumbrado a la disciplina del estudio, tropezó con las primeras dificultades, se sintió invadida por el desaliento y habría dejado mucho tiempo ha, su antiguo deseo de aprender, a no mediar la tenacidad de este bribonzuelo de Pedro, que no cejaba en su empeño de alfabetizar a la anciana madre.

— Ya soy vieja para aprender, Pedrito —trató de defenderse una vez más—; cuando de chicos no se aprende a conocer las letras, de viejos, ya no se puede...

— Se puede —replicó el muchacho—. El señor Lizarazu dice que siempre se puede y que nunca es tarde para empezar. Tu también aprenderás, como que hasta ahora ya has progresado mucho. Hace pocas semanas, no podías distinguir una letra de otra.

La mujer no contestó. Más que convencida por los argumentos del hijo, cedió por darle gusto y con visible desgano empezó a deletrear:

— "La pa... pa de má... má. La pe.... lota de Pe... pe".

A medida que iba leyendo adquiría mayor interés; aumentaba su atención por el estudio y absorta en los moldes del manual de lectura, fue perdiendo la noción de las cosas que la rodeaban.

Donata, entre tanto, soplabla el fuego de la hornilla y Justina, aprovechando la circunstancia de sentirse inadvertida, con sonrisa maliciosa y sin desprender la vista de las otras mujeres para no ser sorprendida, se deslizó sigilosamente fuera de la casa.

— "La mula de papá es mala. EL pato come y nada" —trabajosamente siguió leyendo Sebastiana con voz insegura, en tanto Pedro apuntaba con el índice la próxima palabra—: "La mula come paja".

Aunque el rostro magro de Sebastiana se había poblado de innumerables arrugas que se hacían más profundas con el esfuerzo de la lectura y aunque sus manos huesudas también llenas de pliegues temblaban imperceptiblemente al sostener el libro, había algo de juvenil en su figura. Se diría que su organismo físico había envejecido; pero que una fuerza interior le infundía vitalidad. Su cuerpo delgado y enjuto se mantenía erguido; su cabellera negra sin una sola cana; su mirada continuaba siendo sencilla como una estrella y profunda como un abismo.

— "La oveja come pasto... La vaca de mi mamá".

Pedro, pendiente de la lectura parecía contener la respiración, como si con ello pudiera ayudar a la mujer en su afán de no equivocarse. Cuando erraba Sebastiana, el chico corregía con voz muy queda, no queriendo ofender a la mujer. Curioso rapazuelo, que a la inversa de su madre y acaso por ser el fruto de un amor senil, tenía la envoltura carnal de un niño y el espíritu de un adulto.

— "Papá toma el vaso... Mamá tiene dos vacas" — concluyó Sebastiana, agregando—: Ya he estudiado bastante, *mastroy*.

— Lo has hecho muy bien, *mamay* — contestó Pedro, alentando a su madre con una sonrisa y una palmada en el hombro—. Si sigues así, pronto leerás de corrido.

Y cuando el niño se alejaba para guardar el libro, la madre lo bañó con una mirada de ternura.

* * *

Al poco rato llegaron del trabajo Juan Calle y Juvenal Sunahua, ambos con la laxitud producida por el cansancio si bien Juan Calle parecía mucho más extenuado que su acompañante.

— Buenas tardes —saludaron los dos mineros.

Luego, Sunahua, examinado la alcoba, preguntó adustamente:

— ¿Y la Justina?

—Ha salido un ratito — la disculpó Donata, percatándose sólo ese momento de que la muchacha se encontraba ausente.

—¡Otra vez, esa *imilla*! —gruñó de mal talante el hombre, mientras salía de la casa con paso resuelto.

—No debían haberla dejado salir —reprochó Calle, a tiempo que se sentaba sobre unos cueros—. Hoy mismo el "Cachapuri" y el Soliz le han llenado de cuentos la cabeza al Juvenal, que llegó furioso contra la Justina.

—Esta *ccalincha la imilla*. Se escapa cualquier rato que nos descuida — se lamentó Sebastiana moviendo la cabeza. Después trató de disculparla: La chica es buena, pero está en la edad peligrosa.

—Toma la *lahua* — dijo Donata, entregando a su marido una escudilla colmada.

En seguida sirvió otros platos que fue pasando a su madre y a los chicos que llegaban.

—El Pérez la está inquietando mucho — apuntó Sebastiana después de una larga pausa en que sólo se oyó el ruidoso sorber de la comida.

Calle desvió la conversación:

—¿Cómo les ha ido en la escuela, Pablito?

—Bien, *papay* —repuso el aludido—. El señor Lizarazu nos ha dicho que ya ha hablado contigo para que al año vayamos a Oruro con objeto de cursar la Secundaria.

—Sí, tienen que ir —afirmó Calle—. Y tú, Pedrito, ¿sigues queriendo ser maestro de escuela?

—Sí, *papay*.

Ambos niños daban a Calle el tratamiento de padre y posiblemente, ni uno ni otro abrigan la menor sospecha de que ningún vínculo de sangre les unía con ese hombre, siempre tan paternal con ellos. Por su parte, Calle amaba sinceramente a los muchachos sin hacer preferencia por sus propios hijos; al contrario y sobre todo en el último tiempo, había encontrado en Pedro y Pablo, dos despiertos camaradas cuya conversación le resultaba especialmente grata.

—Sí, Pedrito —reanudó la charla el minero después de concluir la comida—; tienes que ser profesor. El señor Lizarazu cree que posees vocación; pero tendrás que ser como él: un profesor para los indios que son los que más necesitan aprender.

—Sí, *papay* — repitió Pedrito avergonzado al sentirse objeto de la conversación.

—Tienes que serlo, hijo. Un profesor indio, para enseñar a los indios. ¡Qué lindo! ¡Cuánto hubiera dado por tener tu suerte y poder enseñar a mis hermanos de sangre!

—Sí, *papay*.

En ese momento, entró Justina en la pieza, con las mejillas arrojadas y faltándole el aliento.

—Fuí a la casa de doña Crescencia — se disculpó tímidamente al entrar.

—Tu padre está furioso — le avisó Donata apresurándose en servirle su ración.

Sebastiana, acercándose a Justina la reprendió con suavidad.

—Estás *ccalincheando* mucho y te puede pasar una desgracia. No consideras a tu padre que se desvive por ti y sueña con tener una hija buena que le sirva de consuelo en sus últimos días....

La anciana siguió haciéndole reflexiones en voz baja, mientras la muchacha se apresuraba en concluir su comida, sin prestar gran atención a las reconvenciones de la abuela.

—Y tú, Pablito, ¿qué quisieras ser cuando llegues a grande? — interrogó Calle al otro niño.

El chico mostró abiertamente las dos hileras blancas de sus dientes.

—Yo quiero ser minero, como tu, *papay* —contestó con resolución.

Juan Calle hizo un gesto de desagrado.

—No..., no... — le dijo—. Es el peor trabajo, Pablito. Tienes que buscar otra cosa... No es que yo quiera hacer de ustedes unos doctores; pero desearía para ambos un porvenir mejor que el mío. Para ti, por ejemplo, yo quisiera un oficio que pueda darte cierta independencia; algo así como mecánica, carpintería u otro, que sumado a tu educación, pueda convertirte en un trabajador libre, honrado y decente.

Los niños se hallaban pendientes de las palabras del padre adoptivo, el cual, estimulado por la atención y el interés de los pequeños, siguió expresando muchos de los más recónditos pensamientos, rumiados a solas cientos de veces.

—En nuestro país —continuó— se critica siempre a los obreros, por sus vicios, su falta de cumplimiento y seriedad, su poca honradez y la ausencia del concepto de responsabilidad... Desgraciadamente, y de modo general, eso es

cierto; aunque cabría decir a quienes así observan, que los culpables de esa situación, no somos precisamente nosotros, sino ellos que jamás se ocuparon de educarnos y que, por el contrario, fomentaron nuestros vicios, estimularon nuestras taras y se aprovecharon de nuestra ignorancia... Pero si ellos no se preocupan, debemos educarnos nosotros. Por eso me empeño tanto en que tú, Pedrito, seas maestro de obreros y tú, Pablo, ejemplo de obreros.

Calle encendió un cigarillo y siguió hablando a los muchachos:

—Dicen que somos borrachos y en su despótico cinismo llegan a afirmar que no nos aumentan salarios, pues si tal hicieran, gastaríamos todo el aumento en alcohol. Yo quisiera preguntarles quién les pide cuentas cuando gastan sus ingresos en el juego, en mujeres, en autos o en lo que les da la gana. Tratan más bien de justificar la explotación del trabajo de los indios, en la propia desgracia de éstos que es el vicio. Pero evidentemente, una de nuestras peores taras es el alcoholismo. Ustedes me han visto muchas veces borracho y borrachas las han visto a *mama* Sebasta y *mama* Donata y borrachos al Sunahua, al Quispe, al Terceros y a todos... Nosotros nos emborrachamos por ignorantes, porque cuando empezamos a "agarrar" el vicio desconocíamos sus dañosos efectos creyendo que nos daba fuerzas; que la chicha nos volvía valientes y el alcohol mataba nuestras penas... Ustedes, yendo a la escuela y teniendo un buen profesor, ya saben desde tiernos...

—¡Justina —rugió más que llamó con voz cavernosa Juvenal Sunahua, entrando en la casa.

—*Tatay*... —la aludida contestó temblorosa.

—¡Ven! —ordenó el hombre. Después señalándole el paquete que traía debajo el brazo, añadió con acento enigmático—: Te estoy trayendo este regalito.

La joven con la inquietud dibujada en el rostro, no sabía si alegrarse o no, hasta que finalmente dejó de atisbar la mueca de una sonrisa forzada. El hombre deshizo el paquete, extrajo de él un formidable rebenque y blandiéndola con furia, la increpó:

—¿Crees que te vas a burlar de mí, *Imilla* perversa? ¿Crees que no puedo enderezarte, grandísima cochina? ¿Piensas que me estás metiendo los dedos a la boca porque hasta ahora no te he dado tu merecido?

—Cálmate, "don Sunahua" —dijo Sebastiana interponiéndose entre padre e hija—. La Justina ya me ha prometido corregirse.

—No, *mama Sebasta* —repuso Sunahua— cada vez nos promete corregirse y siempre está andando peor. Primero se metió con el Saillita. Yo no dije nada

porque al fin y al cabo las mujeres necesitan un compañero; pero, ¿qué hizo ella?. Se aburrió del Saillita y empezó a *ccalinchea* con el Quinteros y después con el Puma, que es casado y cuya mujer anda diciendo que los había sorprendido en la lomita. Y por último se mete con ese perdido del Pérez que se la había llevado dos noches a su cuarto. Está bien que una mujer tenga un hombre; pero ¡sólo las perras están cambiando de macho cada día...!

¡Entra al cuarto, Justina!

—Perdónala "no más", "don Sunahua" —imploró Sebastiana.

—¡No! —vociferó el hombre fuera de sí y eludiendo a la vieja Ari, agarró a su hija de un hombro, empujándola con fiera torpeza a la otra alcoba.

Vivamente se incorporó Juan Calle, pidiendo a su vez:

—Cálmate, Juvenal.

Sebastiana y Donata pendientes de los hombres. Uno de los chicos empezó a llorar, mientras los demás, con las caritas asustadas presenciaban atónitos la escena.

La cólera del viejo Sunahua iba aumentando con la intervención de Sebastiana y Calle. Miró a éste de hito en hito y con voz bronca, le interrogó:

—¿Tengo o no derecho de castigar a mi hija? ¿Yo me meto en tus asuntos cuando castigas a tus hijos o pegas a tu mujer?

—Es que tú estás furioso, Juvenal, y puedes propasarte. Cuando se castiga es mejor estar sin rabia —repuso con calma el interpelado.

—Yo sabré cómo castigar a mi hija —dijo el viejo dando un violento empujón a Calle que le hizo dar traspiés. Luego, entró rápidamente en la pieza y atrancó la puerta por dentro.

Calle trató de forzar la entrada sin conseguirlo.

Sunahua, libre de terceros, profiriendo palabrotas e insultos, castigó a su hija brutalmente. Los de afuera, no tuvieron más remedio que oír, impotentes, el ruido estremecedor que hacía el rebenque al cruzar el aire y caer con violencia sobre el cuerpo de la castigada, que gemía desesperada después de cada golpe.

-III-

Aparte de sus clases nocturnas para los obreros, el profesor Lizarazu había establecido la costumbre de hacer repasos generales en las mañanas de los domingos. Con singular paciencia examinaba alumno por alumno, según la capacidad y el estado de conocimientos de cada individuo. En ese abigarrado grupo de estudiantes que formó, se reunían desde los obreros más ignorantes y totalmente analfabetos hasta los medianamente instruidos. De esta suerte, tenía que darse modos para enseñar a cada uno lo que le correspondía según su precedente bagaje educativo, procurando no perjudicar a los más avanzados. En los repasos dominicales, fuera de examinarlos en las lecciones dadas por él, les hacía también preguntas generales, con ánimo de apreciar la capacidad intelectual de los mineros.

—Me gusta hacerles pensar — solía decir a su esposa—. Y te aseguro que entre ellos hay quienes son como plantas de buena semilla que sólo necesitan el riego de la enseñanza para dar buenos y sazonados frutos.

Aquel domingo, desde muy temprano fueron reuniéndose los trabajadores en la puerta de la escuela. Eran unos veinticinco o treinta hombres de diversas edades: los habían jovencitos de dieciocho años y viejos de cincuenta; aimaras, quechuas y mestizos. Un grupo totalmente heterogéneo, unido solamente por el común nexo de su afán por aprender algo.

Mientras esperaban al maestro, recibían con fruición el calor del sol mañanero, distribuidos en pequeños grupos y aunque charlaban poco, se les veía contentos y risueños sin ese aspecto de seres atormentados que generalmente presentaban en los días de trabajo.

Ahí estaban Juvenal Sunahua y Juan Calle departiendo en charla amistosa, como si la noche anterior no hubiese ocurrido ningún incidente entre ellos. También se hallaban presentes, Serafín Rosales, cholo cincuentón y adiposo, bonachón y cano que festejaba con fuertes risotadas los chistes relatados por él mismo; Lucas Fuentes, indiecito imberbe de dieciocho años, tímido y afec-

tuoso; Pablo Quinteros, mecánico de oficio, hombre serio y reposado, con educación muy avanzada para su clase e inteligencia clara; Luciano Picha, indio quechua venido de los valles de Chuquisaca, alto, de bronceo y simpático rostro, altivo y valiente, reservado y silencioso, de quien se murmuraba que fugó de su tierra después de cometer un extraño delito; Juan Puma, aimara adusto y simiesco, al cual nunca se veía hablar con otros hombres; Pedro Paco, joven locuaz y jaranero que tocaba el charango con la misma habilidad con que seducía una *imilla* y rondaba de mina en mina, echando en mujeres y chicha, el poco dinero obtenido con su trabajo; Pedro Garabito, flacucho, chato y escurridizo, que en las noches oscuras rondaba por los ranchos buscando algo para robar, al decir de las comadres.

Y estaba asimismo los dos Mamani, el "Macho" Condori y el "Fiero" Ajhuacho; y Ciprián Paichucama que desde muy chico había quedado cojo a raíz de un golpe en la rodilla, mal curado, pero que a la larga no le impidió trabajar como el mejor; y Juan de la Cruz Bustos, que ahorra sus salarios durante dos meses, para, al cabo gastarlos íntegramente en una sola borrachera que duraba varios días.

El cholo Meneses, lleno de bravatas; el quechua Ticona, triste y silencioso; el aimara Quispe, doliente y resignado.

Y varios otros de diversos caracteres, algunos con historias extrañas; los más con vidas monótonas, apagadas y grises. La mayor parte introvertidos, estoicos y melancólicos; muy pocos, comunicativos y, como excepción, algunos de carácter alegre.

—"Juan dela" —bromeó Pedro Paco—. Yo creí que nunca volverías. El domingo anterior empezamos a "farrear" juntos y "recién" estás apareciendo.

Juan de la Cruz Bustos sonrió imperceptiblemente moviendo la cabeza.

—Desde el viernes ya he entrado al trabajo... —explicó avergonzado.

—¿Así que sólo te emborrachaste cinco días? —preguntó con sorna Pablo Quinteros.

—Ja,ja,ja, —rió estentóreamente Rosales—. La "farra" más corta de tu vida "Juan dela". Te puede hacer mal. ¿Por qué no consultas con el médico...? ¡Ja,ja,ja,!

—¿Y qué le vas a contestar al señor Lizarazu si te pregunta la lección del alcoholismo? —inquirió Quinteros, siempre con tono de burla.

—Ja,ja,ja —volvió a reír Rosales—. Le dirá que el organismo se conserva mejor en el alcohol; ja,ja,ja...

—Preferible es que le diga que él toma con medida— intervino Ajhuacho.

—Claro —prosiguió Rosales—. Dile que cuando más, tomas cien litros, pero midiendo litro por litro... Ja,ja,ja... Ja,ja,ja...

Las carcajadas de Rosales se volvían contagiosas y varios de los presentes empezaron a reír a costa de Bustos que permanecía inmutable y tranquilo sin amoscarse con las bromas.

—¡Ay! "Juan dela". Si querer te estoy "haciendo gozar" con éstos — comentó Paco, festivamente.

Si, pues... —repuso el aludido con calma—. Yo también podría "hacerte gozar" contando lo que te pasó con la "Jurcuta Nahui"...

Pedro Paco quedó confundido con la velada amenaza y su amplia sonrisa se perdió instantáneamente como tapada por cierre automático. Al notar la reacción del obrero, los demás trataron de averiguar el motivo.

—Cuenta... Cuenta... —pidieron varios.

—¿Cuento, Pedrito? —preguntó Bustos, ladinamente.

—Cuéntales, si quieres. ¿Qué de malo tiene?

—A ver. A ver. ¿Cómo es la historia Pedro? Cuenta "no más" "Juan de la". ¿Se hizo robar su "plata"?

—No. El no las conquista con la "plata" sino con su charango... —apuntó Bustos, incisivo.

—¿Cómo fue? Avisa de una vez.

—No es nada —meneando la cabeza empezó el relato Juan de la Cruz Bustos—. El Pedro estaba borracho y me dijo: Me voy a acostar con la "Jurcuta Nahui". "No hombre" le contesté "mejor seguiremos chupando". Discutimos largo rato hasta que por fin me dejó. Le seguí de lejos. Se detuvo frente a la casa de la "Jurcuta Nahui" y se puso a tocar su charango como media hora. Después se abrió la puerta; pero en vez de salir la mujer apareció el "gringo" "Tonsón" que le gritó al Pedro; "Mire amigo. Muy linda la serenata, pero prefiero dormir tranquilo con la "chola"....

—Ja,ja,ja... Ja,ja,ja...

—¡ "Grandísimos"...! — bramó entre dientes Pedro Paco entre furioso y avergonzado.

* * *

A los ocho en punto de la mañana, apresuradamente llegó a la escuela el profesor Lizarazu; con los cabellos despeinados hasta lo imposible, la corbata a medio anudar y desatadas las hileras de los zapatos que le hacían tropezar cada tres pasos.

Con una abierta sonrisa saludó a sus discípulos y al entrar a la escuela rodeado de varios obreros, fue hablando familiarmente a unos y otros, a medida que reparaba en ellos.

—¿Cómo estás, Cosme? ¿Cómo están tu mujer y tu *huahua*?

—¡Hola Juan...! Ayer Pedrito lo hizo muy bien en gramática.

—¿Cómo va, Quinteros? ¿Has leído periódicos de La Paz?

Y así, a cada uno, algunas palabras amables y trato cordial y amistoso sin afectación de ninguna especie.

Cuando llegaron a la clase, los obreros, de acuerdo con la costumbre se repartieron en tres grupos, en que, por razones de método, había dividido a sus alumnos el profesor Lizarazu. En el primero, notoriamente el más numeroso, se reunían los que al comienzo de los cursos habían sido analfabetos; en el segundo, los que escasamente sabían leer y escribir y en el tercero los de educación más avanzada. En este último grupo, sólo había cuatro hombres: Pablo Quinteros, Juan Calle, Serafín Rosales y Clemente Ajhuacho.

Tan pronto como los alumnos se acomodaron en sus respectivos asientos, se hizo el silencio más profundo en el aula y cada uno de los mineros quedó pendiente del profesor. Resultaba llena de sugerencias la atención con que asataban al maestro estos hombres maduros, rudos y torpes.

—Bien, mis amigos —el profesor con voz suave y sencilla rompió el silencio—. Como de costumbre en estas nuestras clases dominicales, haremos un repaso general. Empecemos con el primero de la fila: Fortunato Condori.

El aludido vaciló un poco. Después, tímidamente, se puso de pie y avanzó hasta colocarse enfrente del pupitre del profesor.

—Vamos a ver, Fortunato, cómo va la lectura —dijo Lizarazu alcanzando un libro al indígena y bajando la voz, agregó—: Pero antes, avísame, ¿ya tuvo su *huahua* tu mujer?

La familiar pregunta del maestro, tan oportunamente deslizada hizo olvidar al hombre el trascendental momento del examen que lo tenía cohibido y recombrar la confianza en sí mismo. Agradecido contestó:

—Todavía no, *huiracocha*.

—Ya les he dicho varias veces —reconvino el profesor—; que no me den el tratamiento de "caballero". Si quieren llámenme como los chicos de la escuela: "maestro" o "señor Lizarazu", o sencillamente, "Pablo"

—Bueno, *mastroy* —accedió el indígena.

—Bien, Fortunato. Ahora lee.

El hombre leyó una página entera del libro con pesadez martirizante, pero al mismo tiempo con enternecedora atención. Al esforzarse, contraía el rostro en algunas palabras y cuando parecía que al final había cogido el hilo de la lectura nuevamente se atascaba en alguna palabra sencilla, para volver a hacer muecas con la boca, buscando la sílaba perdida.

Fortunato Condori, al concluir la prueba, tenía la frente empapada de sudor y cuando el maestro, alentándole con algunas palabras afables le despachó a su asiento, se sintió físicamente extenuado como al término de una brava jornada de trabajo.

Al próximo alumno le correspondió escribir en la pizarra. Lo hizo con letras garrapeadas y deformes de rasgos torpes e inseguros. Las líneas se retorcián, volteaban y escapaban formando caricaturas de letras. El profesor Lizarazu, con paciencia jesucristiana, aconsejaba y corregía, sin dar muestras de fastidio o cansancio.

Otros obreros volvieron a leer, aquellos hicieron ejercicio de sumas o restas; algunos contestaron preguntas de gramática elemental o resolvieron sencillos problemas de aritmética; el de más allá, tartamudeó mucho rato para nombrar los nueve departamentos en que, políticamente, se halla dividida la República de Bolivia.

Juvenal Sunahua, después de escribir algunas palabras en la pizarra, con menos dificultad que otros, repitió a su modo la lección favorita de Lizarazu relativa al alcoholismo, en la cual, con caracteres hiperbólicos se mostraba los males que aparea el uso de bebidas alcohólicas.

—Vamos a ver, Juvenal —Lizarazu interrumpió la lección—. Ya sabemos que el alcoholismo ocasiona muchos males y también que nuestro pueblo bebe demasiado. ¿Cómo crees tú que podríamos solucionar este problema?

Sunahua cavilo mucho rato; tanto, que agotada la paciencia de sus compañeros, empezaron a murmurar y moverse en los asientos. Por fin, con el entrecejo hundido como una cuchilla, contestó el anciano indígena.

—Yo no se si las autoridades podrán o no podrán; pero si en sus manos estuviera el hacerlo, yo creo que el único remedio sería prohibir la elaboración de alcoholes. Si no hay bebidas es claro que no puede haber bebedores.

Al oír esta respuesta de lógica demoledora, la cara de Lizarazu se iluminó de satisfacción. En seguida, con toda gravedad, explicó:

—Piensas muy cuerdamente, Juvenal: pero caes en el error de creer que la mayoría de los hombres tiene tu misma buena fe y que, si el Gobierno dicta una disposición, todos la cumplen estrictamente. Y la verdad es distinta. En un país muy grande y bien organizado, hace algún tiempo, hubo hombres tan cuerdos como tú, aunque mucho más famosos, mi buen Juvenal, que teniendo el gobierno en sus manos, cayeron en igual error al pensar que una mera prohibición gubernamental, podía dar el golpe de muerte al alcoholismo... Pero, ¿qué sucedió? Se fomentó el contrabando de bebidas, ya sea introduciéndolas subrepticamente al país desde el exterior o bien fabricándolas en forma clandestina, dentro de las fronteras. Resultado: los alcohólicos siguieron bebiendo y las arcas fiscales perdieron ingentes ingresos. En Bolivia, la cosa sería peor: nuestras fronteras son extensas y mal vigiladas y tú sabes cuán fácil es elaborar chicha. No requiere fábricas especiales, ni maquinaria completa, siendo suficientes un cántaro, leña, harina de maíz y agua. ¿Cómo controlar a millares de esos fabricantes diseminados en tan extenso territorio...?

—No, mi buen Juvenal —continuó—. Aunque tu remedio parezca muy lógico, no daría ningún resultado práctico. Por lo demás suponiendo que fuera factible, sólo cortaría superficialmente el mal, con la permanente probabilidad de que la menor falla en los engranajes del control lo haría renacer.

El profesor se puso de pie y mientras paseaba lentamente de un lado a otro de la habitación, prosiguió hablando cada vez con más énfasis:

—Para conjurar el mal, debemos ir más al fondo, procurando que el individuo deje de beber, no porque se le impida a la fuerza, sino por su propia convicción. Ello sólo puede conseguirse, dentro del marco relativo, mediante la poderosa palanca de la educación, científica e integralmente planeada que en nuestro país la obra es titánica y erizada de dificultades no se puede negar, pero me parece que, mientras nuestros gobiernos no encaren resueltamente este problema, acaso con exclusión de todos lo demás ingresaremos en un franco terreno de progreso. La educación del pueblo no resolvería únicamente el problema del alcoholismo sino muchos otros de carácter económico, moral, social y político... El mayor crimen que se ha cometido en Bolivia contra los obreros y campesinos, ha sido mantenerlos hasta ahora, en el estado de ignorancia en que se encuentran, lo cual no es un baldón para ellos, sino para los dirigentes del país.

Después de Juvenal Sunahua su examen el cojito Paichucama, que se enredo en una suma y una resta, para, al cabo salir airoso de la prueba.

—Está bien, Ciprián —estímulo Lizarazu al hombre—. De hoy en adelante podrás ajustar con exactitud el remanente de tus salarios quincenales.

—Si, *mastroy* —contestó Paichucama con entusiasmo—. Antes ajustaba todo con piedritas, pero con números es mejor.

Después de varios otros que pasaron por el examen con distinta suerte, tocó el turno a los cuatro hombres del tercer grupo. En primer término fue Pablo Quinteros el que se sometió al repaso. El aplomo con que avanzó y tomó asiento delante del profesor, demostraba en forma clara la confianza que tenía en sí mismo.

—Vamos a ver, Pablo —habló Lizarazu con su acostumbrado estribillo—. ¿Has leído la novela que te dí?

—He leído, señor Lizarazu, y me ha gustado mucho —contestó el mecánico.

—Me alegro que te hubiera gustado "Juan de la Rosa" que es una de las mejores obras de la literatura boliviana —comentó el profesor, agregando con tono insinuante—: —¿Podrías hacer algún comentario de la novela o bien decirme lo que más te haya impresionado en ella, como objeto de alguna observación tuya?

—Francamente, no me atrevo a hacer comentario de la novela —contestó Quinteros—. Usted conoce mi escasa capacidad para ello, más aún si se trata de una obra literaria. Pero sí, puedo decirle algo que me ha impresionado mucho: por encima de los protagonistas de la obra, que son muy interesantes, me ha llamado la atención un personaje histórico, que, aunque de pasada, aparece en el libro. Me refiero a Alejo Calatayud. Le confieso que, anteriormente, sólo había oído nombrar a este personaje; pero, por lo que he leído resulta que la acción subversiva encabezada por Alejo Calatayud, fue un movimiento netamente proletario... Nada más, señor Lizarazu...

—Muy bien, Pablo —aplaudió el profesor—. Hace mucho tiempo, en un centro universitario muy culto, escuché esta misma observación, que aún en ese ambiente me pareció muy original. En efecto, es evidente que Alejo Calatayud siendo un artesano, encabezó este movimiento auténticamente obrero. Ha habido muchos movimientos populares durante las luchas por la independencia; pero en casi todos ellos, siempre existió la dirección o el asesoramiento de intelectuales, abogados, curas, etc. En cambio en el de Alejo Calatayud, una de las acciones más interesantes entre las precursoras de la emancipación, parece haber nacido íntegramente en el corazón del obrerismo y haber sido planeado, dirigido y realizado por trabajadores manuales. Y si se tiene en cuenta, la circunstancia de haber ocurrido el suceso en año 1730, llegamos a concluir

que esa rebelión, liquidada con el ahorcamiento de Calatayud fue una de las primeras de su clase en América.

Después de Pablo Quinteros, tocó el turno a Serafín Rosales, quien expuso con bastante exactitud una lección de geografía; más cuando el profesor, trató de obtener alguna opinión personal del mestizo sobre cierto tópico relacionado con la materia, hubo de resignarse a una respuesta nada interesante; pues el buen hombre, con mucho afán y énfasis, hizo una enredada y latosa exposición en términos rebuscados, sin que en el fondo lograra expresar ninguna idea propia.

En cambio, Juan Calle, a quien le pidió comentar la "Historia de Bolivia" que le proporcionara pocos días antes y cuyos primeros capítulos había empezado a leer el obrero, expresó con modestia y azoramiento:

—Asegura el historiador que la creación de la República de Bolivia, se debe a las intrigas tejidas por un célebre abogado alto peruano ante José Antonio de Sucre. Yo pienso que, o bien el autor se encuentra equivocado o bien, Bolivia no tendría una razón de peso para existir.

—¡Muy bien, muy bien! —volvió a aprobar Lizarazu con visible entusiasmo— Hoy día hemos estado de mucha suerte para escuchar opiniones valiosas. Realmente, Juan, tu observación es de una exactitud absoluta. En efecto una causa tan pequeña como las intrigas de Casimiro Olañeta, por más talentoso que hubiera sido, no podía ser suficiente para originar hecho tan importante como el nacimiento de una Nación. Esto, aparte de que, si bien dicha versión agranda la figura de Olañeta, en cambio empequeñece la del Mariscal de Ayacucho, presentándolo como vulgar personalidad, manejada a capricho en asunto de tanta importancia...

—Aparentemente, la verdad es distinta. Investigadores concienzudos, vienen demostrando en forma documental, que el Mariscal Sucre, antes de trabar ninguna relación con Olañeta, tenía ya planeado crear la nueva República, no porque una sola persona le hubiera persuadido de ello, sino porque escuchó el clamor de todo un pueblo que anhelaba su independencia y soberanía, causas por las cuales había luchado con singular denuedo durante quince años; lo que es, a todas luces, una credencial de primer orden para la creación de un nuevo Estado.

* * *

Concluido el repaso, profesor y alumnos salieron de la escuela contentos. Juan Calle, Pablo Quinteros y algunos otros, acompañaron a Lizarazu hasta su casa.

—Cuando usted empezó estos cursos —habló Quinteros confidencialmente— yo pensé que desmayaría en poco tiempo; pero ahora, nadie puede negar que está haciendo una obra admirable, señor Lizarazu.

—Más bien una obra de conciencia, Pablo —corrigió el aludido.

—¿Y no podría usted —Quinteros sugirió dubitativo— alternar sus cursos, con un poco de instrucción revolucionaria?

Lizarazu se detuvo y midiendo sus palabras una a una, contestó:

—Yo no soy un político, Pablo; soy un profesor. Y aunque considere lógica la rebelión frente a las injusticias flagrantes, pienso que esas mismas rebeliones, para ser más efectivas, deben descansar sobre un mayor acervo cultural del pueblo.

—Pero, ¿usted cree que única y exclusivamente la educación puede salvar al indio de su situación actual? ¿No es un poco ingenuo este punto de vista?

—Con tu manía política, Pablo, sueles apartarte de las realidades. Olvidas lo que te dije antes: yo soy un profesor y no un político. Creo saber que el problema del indio es sumamente complejo y entiendo que para resolverlo se necesitan factores económicos, políticos, sociales y de diversa índole. Pero si consideras que mi ramo es la pedagogía, deberás resignarte a que yo enfoque el problema bajo el lente de mi especialidad... Y en el fondo, mi querido Pablo, a veces pienso que hago más por los indios, que todos esos políticos con sus muchos discursos y sus sesudos artículos, que al final de cuentas, no redundan en ningún beneficio concreto para los aborígenes de nuestra tierra...

—Comprendo, señor Lizarazu —repuso Quinteros un poco avergonzado—. Pero creí que con el cariño que usted tiene a los trabajadores, podía completar su labor dándoles también cierta enseñanza revolucionaria.

—Tendría que empezar por ser un revolucionario y no lo soy, Pablo; decepciónate. Soy apenas un soñador que desea poner su grano de arena en la solución del problema. Tengo la pretensión de creer que el principal factor para redimir al indio es el de la educación, sin la cual, toda reforma exclusivamente económica agraria que se trate de implantar, no alcanzará los efectos deseados en su máxima plenitud... ¿Me llamarás "indigenista a la violeta"?

—No, señor Lizarazu. Veo claramente su posición al respecto.

—¿Sabes, Pablo? —concluyó el profesor—. Yo soy un maniático de la educación.

-IV-

¡Feo paraje el del "Tope 35", en el Nivel 470. Rocas deleznales, humedad excesiva y calor sofocante. A veces, cuando se toca una piedra quema la mano como si hubiera sido caldeada al sol. Aire malsano y pobre donde la respiración se hace difícil por falta de oxígeno. ¡Feo y amenazador paraje el del "Tope 35"!

En ese lugar los obreros trabajaban semidesnudos, porque el calor sofocante hacía insoportable el uso de las ropas, aparte de que la humedad exagerada las habría deteriorado. Por eso, antes de llegar, dejaban sus vestidos en un lugar seco y seguían adelante con las únicas prendas de sus calzones cortos y pañuelos amarrados a la cara cubriéndoles la boca. No tenían botas de goma y debían permanecer dentro del agua que les llegaba a las rodillas; ni abrigo para soportar a la salida, la brusca transición climática que en muy pocos minutos, los sometía a fuertes variaciones de temperatura desde los treinta y cinco grados de calor en el interior de la mina hasta los cinco o menos grados en la superficie.

Allá trabajaban los perforistas Calle y Sunahua con sus respectivos ayudantes, separados por poca distancia. Sunahua en el mismo tope de la galería, siguiendo horizontalmente la dirección de la veta y Calle poco antes de llegar al **tope**, abriendo una **chimenea** ascendente, para comunicar el Nivel 470 con el 430, a objeto de dar ventilación al primero y sin perjuicio de explotar la veta en sentido vertical.

La máquina perforadora manejada por Sunahua, era una **chicharra** que descansaba en sólidos soportes, dándole la ventaja de trabajar cómodamente. En cambio, Calle, encaramado en tosco andamiaje, tenía que sostener el **telescopio** en el abdomen, en los músculos del tórax, mientras el endemoniado aparato se sacudía y traqueteaba al funcionar, magullando los músculos, ner-

vios, huesos y hasta las mismas vísceras del obrero. Y menos mal, que la Empresa había hecho acoplar a las máquinas, un mecanismo por el cual, se sincronizaba la perforación con la salida de un chorro de agua, que bañando el **taladro** cumplía dos objetivos: disminuir el polvo y enfriar el barrenador. A propósito de esto, los obreros comentaban, escépticamente, que tal innovación había sido adoptada por la Empresa, no por evitar la enfermedad pulmonar del perforista, sino por el ahorro que significaba la obtención de un mayor rendimiento del acero.

Chirriaban frenética y ruidosamente los taladros mecánicos, haciendo ceder, con su pujante dentellada de acero, la resistencia de las rocas; martirizaba los oídos el ruido característico de los escapes de aire comprimido; el sudor y el agua chorreaban por los cuerpos de los mineros. Y había que seguir adelante. Aunque los cuerpos ya no pudieran resistir el esfuerzo físico; aunque el calor convirtiera en infierno al paraje y la humedad penetrara hasta los huesos; aunque el ruido ensordeciera, faltara el oxígeno, el aire se volviera irrespirable y dolieran los músculos como llagas vivas. Siempre adelante. Más adelante. Para que el **mayordomo** que aparecía de rato en rato no protestara y el Ingeniero Seccional quedara satisfecho, para recibir los treinta y cinco bolivianos de salario. Adelante. ¡Siempre adelante!

Cuando llegó la hora del **aculli**, los obreros pararon las máquinas y se apartaron del paraje a fin de descansar en un lugar menos inhóspito. Sentados en piedras los unos y en su posición favorita, de cucullas, los otros, fueron rumiando lentamente su coca y su fatiga y fumando cigarrillos baratos.

—Esta muy malo tu **tope**, Juvenal —observó Calle—. Debes pedir que lo **callapeen** porque puede derrumbarse.

—Humm— asintió Sunahua.

El viejo miró fijamente a Calle, reparando en las pronunciadas ojeras y en el brillo de fiebre de sus ojos. Como al descuido le tocó una mano y notando que estaba caliente, le dijo:

—Estás con fiebre, Juancho.

—Humm.

—No debes trabajar así. Es mejor que descanses unos días curándote para volver sano.

—No, Juvenal. Mejor es que siga trabajando "no más".

—¡Pero es absurdo! —replicó Sunahua con fastidio—. Los resfríos fuertes se quitan con un buen sudorífico y dos días de cama. ¿para qué te empeñas en seguir trabajando?.

Calle guardó silencio largo rato; después, moviendo la cabeza, habló en forma confidencial:

—No estoy resfriado, Juvenal. Estoy fregado de los pulmones. Hace tiempo que tengo estas fiebres y tos en las noches. Tu sabes que estas enfermedades no se curan fácilmente y por eso prefiero seguir trabajando. Creo poder aguantar mucho tiempo todavía.

El rostro de Sunahua se fue poniendo torvo a medida que escuchaba a su compañero. Le interpeló:

—¿Por qué no avisaste antes?

—No quería aumentar la penas...

—¡No puedes seguir trabajando en esa forma! —sentenció Sunahua—. Mañana mismo a la salida del trabajo debes ir al Hospital para hacerte atender. Quizá no es muy grave y podrías mejorar.

—No, Juvenal. Tengo la impresión de que si dejara un sólo día el trabajo, tendría que abandonarlo definitivamente. Y en ese caso, ¿qué sería de mi familia?

—¡Yo la mantendré!

—¿Y los chicos? Ya sabes que quiero mandarlos a Oruro para que cursen la secundaria.

—¡Los mandaremos! Ahorraremos en lo que se pueda y mi "plata" será tuya, como la tuya siempre ha sido mía. Ahora me tocará trabajar a mí, pero después, cuando tú sanes y yo no tenga fuerzas, te tocará el turno de sostenernos a todos.

—Cómo será... —dudó Juan Calle.

—¡Así será! —Volvió a afirmar Sunahua—. Mañana mismo irás al Hospital y descansarás hasta que te encuentres completamente sano.

—Tal vez... Ya veremos —concluyó Calle, introduciéndose entre los dientes un manojo de hojas de coca.

Continuaron **accullcando** y fumando silenciosos, hasta que llegó la hora de regresar al trabajo.

Cuando reiniciaron su labor, Juan Calle se sentía con el espíritu aligerado, a raíz de la charla sostenida con Sunahua. La oferta del viejo compañero, hecha con tan espontánea sinceridad, era en verdad un pilar firme sobre el que podía apoyar algunas esperanzas.

Mientras el **telescopio** seguía sacudiendo sin descanso los músculos de su abdomen, Calle fue mascullando pensamientos diversos:

—Quién sabe lo que dice el Juvenal podría realizarse... Si él fuera capaz de mantener a mi familia yo podría curarme y después volver al trabajo para seguir bregando hasta que acaben de estudiar los chicos... ¡Maldito **telescopio**! ¡Cómo sacude el condenado...! Pero, ¿podré curarme...? Estas cosas de los pulmones no se curan fácilmente; sin embargo, el médico me dijo una vez que si se combatía al principio había remedio... ¿Estaré al principio? ¿Cuánto tiempo llevo...? ¡Chimenea del demonio que nunca llega su término...! Poco después del Carnaval sentí los primeros síntomas; hasta ahora deben ser siete u ocho meses. ¿Será el principio? ¿Será el fin...? ¡"Pucha" que me canso! Si se cortara un ratito el aire comprimido.... Iré al Hospital ahora mismo a la salida del trabajo... Juvenal, Juvenal, ¡qué buen hombre y gran camarada eres...! La "gran flauta", qué calor...! El Pedrito será un buen profesor; pero no me gusta que el Pablo insista en ser minero. ¡Diablo de chico...! ¿Querrá vivir sacudido siempre por las máquinas de la mina...? Si me curan, todo estaría bien; pero estos médicos... ¿Ese papel que me hicieron firmar cuando entraba en la Empresa? ¿Se habrá perdido hasta ahora o estará bien guardado y listo para impedir que me paguen la indemnización...? ¿Por qué firmé...? ¡La "pucha"! ¡Porque nos moríamos de hambre...!

A cierta hora llegaron al "Tope 35" el ingeniero Seccional Robson y el **mayordomo** Ayaviri.

—Está malo este trecho, señor —cuchichéo Ayaviri al oído del Ingeniero.

—Sí —asintió Robson—; ¿cuando se podrá llegar al 430?

—Unos dos días más.

Al apercibirse de la presencia de los recién llegados, Sunahua paró la máquina.

—Buenas noches — saludó.

—Buenas noches— saludó a su vez el ayudante.

Sin contestar, el Ingeniero se acercó al mismo **tope** y alumbrando con una linterna, examinó detenidamente la veta.

—Está buena— comentó para sí.

—Me lo hicieras **callapear** este trecho de la galería, señor —pidió Sunahua insinuante.

El ingeniero alumbró con su linterna los costados y el techo de la galería, notando la deleznableidad de las rocas. Sin embargo, con tono tranquilo repuso:

—Después de unos días se va a **callapear** este tope.

—Y ¿hasta entonces no pudiéramos suspender el trabajo en este paraje, señor? —preguntó Sunahua—. Está muy malo el lugar. Hay mucho **tojo** y cada rato se producen pequeños derrumbes.

—El **perforista** de la **punta** diurna no hace tanto alboroto. Por ahora no veo ningún peligro, tal que debe usted seguir trabajando aquí —concluyó el diálogo el ingeniero en forma cortante, dando media vuelta y alejándose a grandes zancadas, seguido de cerca por el **mayordomo**.

—Está feo el paraje, señor —volvió a comentar Ayaviri.

—Si —asintió otra vez el Ingeniero.

Serían las cuatro de la mañana cuando Juan Calle sintiéndose extenuado paró el **telescopio** y aunque no era hora de descanso se sentó en una de las maderas del andamiaje. Se encontraba totalmente agotado. Fuera de la fiebre del cuerpo y del calor del ambiente que habían laxado su organismo, se sentía como descoyuntado por el traqueteo de la máquina sobre sus músculos durante seis horas.

El cansancio y la fiebre embotaron su cerebro que no atinaba a hilvanar una idea. Sentía dolores agudos. Dolor de cabeza que martilleaba la caja craneana, dolor en los músculos del brazo y del cuello. Respiraba con mucha dificultad y tosía frecuentemente.

—¿Qué te pasa, **mastroy**? —preguntó intrigado su ayudante que se hallaba algo más abajo.

Calle no contestó y acaso no llegó a escuchar la pregunta. El ayudante, mozalbete de quince años, con la cara tiznada y el cuerpo flaco y sucio, alarmado con la actitud de su superior, volvió a preguntar elevando el tono de la voz:

—¿Qué tienes, **mastroy**?

Solo en ese momento, Calle pareció salir de su letargo. Levantando una de las cejas hasta casi tocar los cabellos, trató de vislumbrar al muchacho. Le miro largo rato con mirada ausente, y, agarrándose la cabeza con ambas manos, contestó por fin:

—Estoy "fregado", "Santuquito"...

Poco a poco, el descanso fue haciendo reaccionar el decaído organismo de Calle. Lentamente su respiración tornóse más acompasada y cedió la agudeza de sus dolores. Su cerebro volvió a coger el hilo de la obsesión que le dominaba:

—¡Maldito calor...! A la salida veré al médico sin falta. Quizá pudiera curarme todavía. Sí... Debo aprovechar el ofrecimiento del Juvenal... Como él dice, hace muchos años que vivimos juntos y siempre hemos compartido la totalidad de nuestros ingresos... Yo le he ayudado muchas veces y él otras y si me sanara podría mantenerlos a él y su hija cuando deje de trabajar de puro viejo... ¡La "pucha"! ¿Cuánto rato que no trabajo...? Estaría bonito que Ayaviri o el "gringo" me cogieran descansando y haciendo "maulear" al "Santuco".

Con este último pensamiento desapareció el amargo rictus de su semblante, dando paso a una imperceptible sonrisa.

En seguida y con alguna dificultad se puso de pie, cogió el *telescopio* y ordenó:

—¡Al trabajo, chico!

Antes que el ayudante llegara a incorporarse para cumplir la orden, los dos hombres quedaron mudos de estupor y sobrecogidos de espanto, al oír un formidable ruido extraño que retumbó en la galería; un sonido profundo y sordo como el de un trueno lejano. Instantes después, llegó una densa bocanada de aires y tierra, que apagó las lamparillas de carburo dejando el lugar en completa obscuridad y dificultando aún más la respiración.

—¿Qué será, *mastroy*? —preguntó Santos Callizaya después de sufrir un acceso de tos, con voz ahogada por el miedo.

—Parece un *aiza* —repuso Calle serenándose, mientras trataba de encender la lámpara— ¿Por dónde ha sido?

El ruido ha venido del *tope*.

—¡La "pucha"! ¿No les habrá pasado algo al Sunahua y al Ambrosito? A ver "grítalos"...

—¡Ambrosioooo! ¡Ambrositooo! —gritó Callizaya sin recibir respuesta— No contestan, *mastroy*....

Al fin Calle logró encender la lámpara que alumbró la *chimenea* con mortecina luz.

—¡Baja rápido! —ordenó con alterada voz, descendiendo también velozmente hasta la galería.

Una vez en tierra firme, ambos corrieron hacia el *tope* por el socavón mal alumbrado, dando tumbos en las paredes y en las piedras sobresalientes del suelo. A poca distancia encontraron un derrumbe que había obstruido completamente la galería. Reconocieron el lugar y con creciente angustia, se dieron cuenta de que no quedaba un solo resquicio de comunicación con el *tope*, el

cual estaba totalmente tapado. Sin embargo, aguzando los oídos, creyeron percibir un quejido distante y débil, como llegado de ultratumba.

—¡Corre a avisar! —requirió Calle al ayudante, que salió disparando sin hacerse repetir la orden.

—¡Juvenal! ¡Juvenal! —gritó Calle fuera de sí, no atinando a hacer otra cosa—. ¡Juvenal! ¡Juvenal! —siguió gritando con voz ronca durante mucho rato.

Un nuevo, quejido apagado que llegó a escuchar, le hizo comprender lo absurdo de su actitud de gritar estérilmente en vez de proceder al salvamento de los enterrados. A falta de herramientas apropiadas inició el trabajo con las manos arrojando hacia atrás las piedras de tamaño regular y removiendo los pedrones grandes. Trabajaba febrilmente y con desesperada ansiedad se daba cuenta de que avanzaba muy poco.

Pronto llegaron el Ingeniero Robson, el mayordomo Ayaviri y un grupo de doce o quince obreros con carretillas, picos y palas. Robson se hallaba visiblemente alterado y dando muestras de viva nerviosidad dispuso el trabajo con rapidez. Mientras unos cuantos obreros removían tierra y escombros con los picos, otros con palas cargaban las carretillas, que eran llevadas hasta la punta de rieles por ágiles peones. Todos trabajaban con excitado ahínco, acuciados por los quejidos que, de tiempo en tiempo, lograban percibir. Ahora el trabajo progresaba a ojos vistas.

De nuevo se produjo un nuevo derrumbe de pequeñas proporciones, pero suficiente para derribar a un hombre y golpear a otros. Las luces se apagaron nuevamente y la obscuridad contribuyó a exagerar la magnitud del peligro en las imaginaciones y cundiendo el pánico en el grupo de trabajadores, éstos huyeron precipitadamente del lugar.

Cuando se volvieron a encender las luces retornaron al paraje con precauciones. El Ingeniero, más nervioso que antes, tal vez porque se sentía culpable de la catástrofe y que trataba de obtener a toda costa la salvación de los obreros, alumbró el techo con su potente linterna viendo grietas profundas por las que manaba agua en abundancia y grandes rocas y piedras semisueitas, que amenazaba nuevos derrumbes.

—Hay que *tojear* un poco y seguir trabajando —ordenó con aspereza.

Los mineros movieron las cabezas dubitativamente, sin animarse a cumplir la orden.

—Entremos, compañeros... —pidió suplicante, Calle.

—¡Rápido! —conminó el Ingeniero, con impaciencia.

Un obrero macizo y de cara torva, contestó:

—No puede usted obligarnos a trabajar aquí.

—Es para salvar a dos compañeros nuestros — explicó Calle.

—Para salvar a dos hombres, no deben matarnos a todos — replicó el obrero macizo.

—¡Pagaré doble jornal! — ofreció el técnico, con la cara pálida, observando a los mineros uno por uno. —Después concedió: Este trabajo es voluntario. Los que quieren lo hacen, los que no deseen pueden regresar a sus labores ordinarias.

Como para acabar de desanimar a los indecisos, en ese momento volvió a caer una nueva y pesada masa de barro y piedras. Sin embargo los hombres permanecieron quietos.

—¡Maldito paraje! — rechinó Robson.

Juan Calle, dándose perfecta cuenta de la situación y de lucha interior de sus compañeros, dirigiéndose a ellos, les habló tratando de convencerles:

—Deben pensar ustedes que en cualquier momento pueden verse en la misma situación del Juvenal y del Ambrosio. ¡No seamos cobardes, compañeros!

Y resueltamente, agarrando un pico se acercó al derrumbe y reinició el trabajo con la misma decidida actividad del comienzo y sin parar mientes en las piedras y barro que caían a su alrededor amenazadoramente.

Los obreros, estáticos, oyeron y miraron a Calle, pero prosiguieron mudos en su actitud expectante. Finalmente, fue el Ingeniero Robson quien los decidió. Con resuelto ademán guardó su pipa en el bolsillo, cogió otro pico y colocándose al lado de Calle con el barro hasta las rodillas, se puso también a trabajar. Después de un rato, se revolvió gritando con rabia:

—¡Los cobardes, afuera!

Con excepción de tres o cuatro hombres que se retiraron con disimulo, el resto de los mineros, secundó el trabajo.

A medida que progresaba el salvamento, los quejidos en vez de oírse más claramente, se hacían más débiles y se repartían con menor frecuencia.

Juan Calle ya no trabajaba con actividad. Trabajaba con furia; manejaba el pico con desesperación, sintiendo que los minutos se volvían siglos. Por su cabeza ya no pasaban ideas, ya no desfilaban obsesiones, ya no nacían pensamientos. Su cerebro se hallaba lleno con un solo nombre: ¡Juvenal! Un nombre que presionaba de adentro hacia afuera, como si quisiera reventar el cráneo.

La punta afilada del pico, revoloteaba en el aire y se hincaba profundamente en la tierra, atravesando el barro y triturando las piedras. Salía otra vez, cruzaba el aire y nuevamente se hundía en el suelo con fuerza.

De pronto, al incrustar el pico en la tierra, Juan Calle quedó paralizado, como sacudido por una terrible corriente eléctrica que le recorriera zigzagueando desde la cabeza a los pies. El tacto experto de sus manos había sentido, a través del mango, que la herramienta chocó con alguna cosa extraña. Algo que no era tan blando como la tierra, ni tan duro como la roca; algo semiduro y quebradizo que había crujido con el choque del acero. Un terrible presentimiento, hizo que soltara horrorizado el mango de la herramienta y se pusiera a escarbar la tierra con las manos.

¡Más le hubiera valido no hacerlo! ¡Pobre Juan Calle!

Cuando removiò los escombros tuvo que constatar que la garra de acero de su herramienta se había incrustado profundamente en el cráneo de Juvenal Sunahua, quedando allá, firmemente clavada, como el asta de una bandera...

Una vez más se oyó la desfallecida queja del obrero. Pero cuando lograron remover totalmente los escombros, en un hueco del tope sólo encontraron el cuerpo sin vida de Ambrosio Quispe. Había muerto con asfixia y de nada le había servido al muchacho, magullarse las manos hasta sacarse las uñas y hacer sangrar las yemas de los dedos, de tanto arañar las rocas...

-V-

Citado para las cuatro de la tarde el profesor Lizarazu, por el Gerente de la Empresa en la antesala de la oficina del Jefe, sentir el desasosiego nervioso ni la inquietud común a todos los empleados, que alguna vez recibían una notificación semejante. A lo sumo tenía un poco de curiosidad por conocer el motivo que indujera a tan alto funcionario a llamarle a su despacho y también cierta satisfacción de conocer personalmente y tratar de cerca a ese sujeto casi mitológico de la Empresa, de quien todos hablaban, pero que, fuera de su apariencia física, muy poco conocían.

Mientras arrellanado en cómodo sillón, esperaba su turno para ser recibido, Lizarazu fue pasando revista mentalmente a las muchas y contradictorias opiniones que había escuchado relativas a Henry S. Burton, Gerente General de la Bolivian Mines Corporation. el Subgerente, el cordial señor Gordon, amigo de ambos, le dijo alguna vez que Burton era hombre de extraordinaria capacidad técnica y administrativa, de clara inteligencia y de un carácter y dinamismo poco comunes. El médico doctor Torrico, que figuraba entre los pocos íntimos del Gerente, aseguraba tratarse de un hombre bondadoso y capaz de los mayores arranques de ternura: mientras que el obrero Pablo Quinteros, garantizaba que era perverso y sin entrañas. Algunos le atribuían hábitos muy disipados en su vida privada y otros, por el contrario, sugerían que era hombre de severas y rígidas costumbres. Había quienes censuraban el despotismo con que trataba al personal subalterno; pero varios empleados se jactaban de la amable acogida que siempre les dispensaba el americano. En fin, un cúmulo de contradicciones y diversidad de pareceres rodeaban la figura del Gerente, otorgándole una aureola de misterio.

Después de cinco minutos de espera, un mensajero hizo pasar al profesor Lizarazu al despacho del Gerente. Este se encontraba firmando algunos pa-

peles, circunstancia que aprovechó el profesor para examinar la oficina desde la que se regía los destinos de tan poderosa Empresa. La habitación era pequeña, llena de luz que penetraba por amplios ventanales y sobriamente equipada con muebles metálicos de color verde oscuro. Sobre el escritorio del funcionario se veían dos canastillos con algunos papeles, diversidad de lápices de varios colores, un teléfono, varios timbres y un portaretrato con fotografía de mujer. Al lado del escritorio una máquina de escribir, dos o tres sillas aquí y allá, en un rincón de la pieza, un sofá y dos sillones de cuero. Ni un solo cuadro en las paredes lisas.

Cuando Burton acabó de firmar los papeles, reparando en la presencia del profesor, se puso en pie y acercándose acogedoramente, le dirigió una penetrante y profunda mirada.

Burton tenía 50 años aproximadamente y su apariencia física revelaba extraordinaria vitalidad. De estatura regular, sin ser gordo era lleno de carnes. Su rostro rojizo y el cuello grueso daban la impresión de una complexión sanguínea. Frente amplia y mentón cuadrado. Llamaba la atención sus ojillos azules, muy pequeños pero llenos de vida, que cuando clavaban la mirada parecían penetrar hasta lo más profundo del alma de su interlocutor.

Apretó con fuerza la mano que le extendió Lizarazu y sin desprender la vista de los ojos del profesor, le habló en un castellano muy claro, con imperceptible acento extranjero:

— Tengo mucho gusto de conocerle, profesor Lizarazu.

Le invitó a sentarse en uno de los sillones de cuero y tomando a su vez, asiento en el sofá, volvió a asaltar con sus miradas al visitante, que si bien se sentía un poco extraño en tal circunstancia, también examinaba detenidamente al Gerente de la Bolivian Mines.

— Bien señor Lizarazu — inició la conversación de Burton—. Esta entrevista se la debemos al señor Gordon, que tiene una profunda estimación por usted y es quién me ha persuadido para hacerle una oferta. El señor Medina debe pasar a una Empresa afiliada a la nuestra y por consiguiente quedará vacante la Secretaría General de la Compañía, que tiene asignado un haber mensual de seis mil bolivianos. Yo le ofrezco a usted ese cargo.

El señor Burton hablaba rápidamente, como si quisiera abreviar la entrevista, pero sin dejar de observar con atención ni un solo instante, al empleado.

Lizarazu que no esperaba ni deseaba el ofrecimiento, quedó desconcertado por breves momentos y, tras corta reflexión, respondió con lentitud:

—Realmente, señor Burton, debo manifestarle que me sorprende y me turba su oferta, porque yo me encontraba muy contento con el cargo de profesor de escuela.

—Sí. Sí. Tengo conocimiento de su dedicación a la enseñanza y también estoy informado —agregó Burton, subrayando lentamente sus palabras, como si ellas encerraran una segunda intención— de los cursos extraordinarios que da usted a los obreros, en forma gratuita y desinteresada.

—Efectivamente, hace tiempo que vengo dándolos —asintió el profesor— y aseguro a usted que nunca pretendí hacer un misterio u ocultar en forma alguna esas clases que doy a los mineros.

—Mire, Lizarazu —con tono categórico volvió a tomar la palabra Burton—. Estas lecciones o cursos que ha venido dando a los obreros, me habían hecho pensar muy seriamente en separar a usted de la Empresa, velando por la estabilidad social de la misma y, a no mediar la intervención del señor Gordon, puede estar seguro de que en vez de la oferta que acabo de hacerle, habría recibido su carta de retiro.

—Temo mucho, señor Burton, que se encuentra usted mal informado sobre los alcances de las lecciones que doy.

—Yo suelo estar muy bien informado de todo lo que pasa en la mina "Formidable", señor Lizarazu.

—Se lo decía, señor Gerente, porque me pareció vislumbrar que me considera como un agitador político o cosa parecida y si estuviera usted bien informado, tendría evidencia de que no es así.

—Los agitadores profesionales que pululan por las minas, me tienen sin cuidado, amigo Lizarazu, porque nunca los he considerado peligrosos. En cambio, sí me preocupan los que no siendo agitadores llevan la rebelión en las almas. Estos y no aquéllos, son los capaces de llevar a cabo las grandes sublevaciones.

Lizarazu sonrió francamente. Nunca en su vida se había considerado un revolucionario y le resultaba gracioso que el Gerente de la Empresa, le catalogara entre los sujetos peligrosos.

—Yo no he hecho otra cosa que enseñar a los obreros... —comentó sonriente.

—Mala costumbre la de abrir los ojos a los obreros con la enseñanza, señor profesor —contestó Burton con sorna y maligna sonrisa.

El rostro amable de Lizarazu, se nubló como por encanto.

—¿Se ofendería usted si le dijera que su frase me parece cínica, señor Burton?

—¡No! ¡No! De ninguna manera. Al contrario, me gusta la franqueza. Pero, por lo demás, usted no está abriendo los ojos a nadie, amigo mío.

—Me parece que se contradice usted...

—No cuando le decía que es mala costumbre la de abrir los ojos de los obreros por medio de la enseñanza, se lo decía en términos generales. En su caso particular, ratifico que está perdiendo su tiempo lamentablemente tratando de enseñar a estos indios ignorantes, que no sacarán ningún provecho de sus enseñanzas o interpretarán torcidamente sus lecciones.

—¡Usted no conoce a los indios, señor Burton!

—Los conozco... Es una raza infeliz, llena de taras y de vicios.

—¿Y no cree que la instrucción podría redimirlos de sus condiciones actuales?

—No, amigo Lizarazu. Lo único que podría redimirlos de sus taras, sería una piadosa eliminación. Y como ello parecería un poco cruel a quienes como usted tienen cierta debilidad por los aborígenes de su patria, debemos dejarlos como están, ya que por lo menos, su mano de obra, aunque deficiente, sirve para el trabajo y es relativamente barata... Y no necesita usted volver a repetirme que mis frases le parecen cínicas...

—Creo que además existe de su parte un desconocimiento total del indio. Podría asegurarle que no ha tratado jamás con uno solo de ellos.

—Realmente —concedió Burton—. Nunca he tratado personalmente con ellos, lo que tampoco es necesario para saber que son sucios, borrachos enfermizos y degenerados, totalmente reacios a la civilización y el progreso. Le repito que usted pierde su tiempo, empeñándose en enseñarles algo.

Lizarazu contestó, al principio con voz apagada por la emoción y luego con vehemencia que iba en aumento:

—Usted mira las cosas con la prevención de sus ideas preconcebidas que no le interesa revisarlas; con la frialdad de la indiferencia y el ciego cálculo del hombre de negocios. Para usted el indio es una ficha en el tablero de su actividad; un simple tornillo del formidable engranaje de la Empresa que gerenta. A usted lo único que le interesa con violento egoísmo es que el indio extraiga metal de los socavones y respecto a lo demás, ¡allá ellos! ¡Usted considera al indio como mero factor de la producción de estaño!

—A decir verdad, esto que afirma usted es cierto —convino Burton secamente.

—Para mí el problema es distinto —prosiguió Lizarazu—. Yo conozco y quiero a los indios y mestizos. Desde muy niño he convivido con ellos y puedo asegurarle que, en muchos, he encontrado magníficas cualidades adormecidas por la ignorancia y he visto a algunos surgir de la mediocridad, lo que demuestra que son aptos para la civilización y el progreso. Entre sus mismos empleados, podría citar a muchos que llevan sangre de indios en las venas y si no me equivoco son buenos colaboradores suyos.

—Yo no me refería a ellos, amigo Lizarazu —el americano por primera vez pareció perder su aplomo, junto con su sonrisilla irónica.

—Como tampoco se habrá referido —contestó Lizarazu— a los muchos aborígenes y a los muchos mestizos de la América India, que fueron o son grandes hombres de Estado, artistas brillantes o admirables pensadores y que lo fueron gracias a la instrucción. De donde tendrá usted que concluir conmigo, que si los indios y mestizos se encuentran en el estado actual de atraso, no es porque sean congénitamente reacios al progreso, sino simplemente porque les falta educación.

Burton quedó callado durante mucho rato, al parecer midiendo los argumentos del profesor. Encendió un cigarro habano y haciendo reaparecer su sonrisa burlona, replicó:

—Puede que tenga razón, amigo Lizarazu, pero desgraciadamente —continuó blandiendo el cigarro muy cerca de la cara de su interlocutor y con acento salpicando de ironía— la Empresa me paga a mí, para obtener el máximo rendimiento de sus minas y no para convertirlas en laboratorio experimental de culturización de indígenas...

—Con lo cual ¿debo darme por notificado de que no podré seguir dando los cursos extraordinarios a los obreros? —preguntó Lizarazu.

—En realidad, nos hemos desviado del tema inicial. Y debe ser usted persona muy interesante, cuando ha logrado apartarme hacia una charla extraña al asunto. Pero volvamos al grano: yo le he hecho una oferta que usted aún no ha contestado categóricamente. Más, antes de que lo haga, deseo aclarar en debida forma el ofrecimiento? o usted acepta la Secretaría de la Empresa bajo compromiso de abandonar totalmente sus actividades pedagógicas, o bien, me presenta su renuncia de profesor de Escuela. Queda entendido, que en el segundo caso se le abonarían sus desahucios e indemnizaciones de ley...

—No puedo alegar que exista falta de claridad en el dilema que me plantea...

—Si. La alternativa es muy clara.

El profesor quedó pensativo mucho rato, dando evidentes muestras de intensa lucha interior. Mientras tanto, el Gerente Burton, lanzaba espesas bocanadas de humo, sin dejar de sonreír y examinarlo curiosamente, con la mirada penetrante de ojillos expresivos.

—¿Tal vez prefiera usted tomar un plazo prudencial para reflexionar y darme su respuesta? —sugirió el Gerente, dándose cuenta de la situación.

Lizarazu, contestó resueltamente:

—No, señor Burton. En realidad tengo mi resolución tomada ahora mismo. Acepte usted mi renuncia de profesor de escuela, señor Gerente. Mañana la ratificaré por escrito.

Burton quedó visiblemente sorprendido, pues aparentemente no esperaba esa respuesta. Con visible extrañeza, exclamó:

—¿Pero ha recapacitado que en vez de los mil quinientos bolivianos que gana ahora, le estoy ofreciendo seis mil y un porvenir amplio dentro de la administración de la Empresa?

—Si, señor Burton. Antes de contestarle he pensado todo y todo lo he medido.

—Francamente, me resulta incomprensible, amigo Lizarazu...

El profesor sonrió con todo su semblante de hombre bueno. Después dijo pausadamente:

—Comprendo que le resulte un sujeto raro y extraño. Sucede, señor Burton, que tenemos temperamentos diametralmente opuestos. Usted es hombre esencialmente práctico y me hace la impresión de que el principal objetivo de su vida y la meta de sus aspiraciones fueran el éxito profesional. Usted parece pertenecer a ese enorme grupo de hombres, para quienes el dinero lo constituye absolutamente todo...

—¿Y usted? —cortó el Gerente.

—Yo pertenezco a la clase un poco extravagante de los idealistas; advirtiéndole que antes de ahora también tuve una larga época en la cual vivía obsesionado por el dinero y la manera de poder alcanzar riquezas. Recuerdo con cierta conmiseración esa etapa de mi existencia en que siempre vivía con desasosiego, con angustia y también con desaliento. Felizmente logré superarla

y puedo asegurarle, no sin un poquito de necedad, que hoy día me siento muy por encima de las preocupaciones económicas.

—Teniendo mujer e hijos, ¿no le parece que esa manera de ser se parece mucho a la irresponsabilidad? —preguntó el Gerente, con sorna.

—A menudo me he hecho esa misma reflexión, señor Burton, y pudiera ser que, efectivamente, sea un irresponsable en cierto modo; pero le aseguro que mientras pueda llevar pan a mis hijos, nunca sufriré un sincero remordimiento de conciencia por mantenerlos en la pobreza... La pobreza cuando está bien administrada, material y moralmente por el jefe de familia, suele ser para los hijos, una escuela mucho más fecunda que la otorgada por la riqueza.

—Quizá tenga usted razón —accedió Burton—; yo también saqué muchas enseñanzas de la escuela de la pobreza... Pero, volviendo a nuestro tema y así como usted cree que el objetivo de mi vida es el éxito económico, ¿yo debo creer que el objetivo de la suya es únicamente la enseñanza?

—Más bien podríamos llamarle el primordial objetivo, señor Burton.

—Pero por lo menos, ¿no desearía surgir dentro de su mismo ramo hasta escalar a alguna situación, desde la cual acaso podría encarrilar el problema educativo de su patria?

—Siempre el éxito, ¿verdad? —repuso el profesor—. No, señor Burton. Le aseguro con la mayor sinceridad, que no ambiciono ni riquezas, ni notoriedad, ni honores. Como esos sacerdotes que, rechazando dignidades eclesiásticas, prefieren permanecer enseñando su doctrina en alguna modesta parroquia de aldea, yo también preferiría una escuelita alejada, en cualquier centro de obreros o en algún medio campesino...

—Hace bien en compararse con un sacerdote, porque me parece descubrir en usted espíritu apostólico.

—No pretendía sugerirlo, señor Burton; pero efectivamente, hay profesiones que resultan verdaderos apostolados: la medicina y la pedagogía, por ejemplo. Y aquellos hombres que tienen excesivo afán de lucro, sin una firme vocación, cometerían un imperdonable error al abrazar cualquiera de esas profesiones, porque fallarían, justamente, en la parte más esencial y noble de sus actividades.

—Profesiones sacrificadas, ¿verdad?

—Cuando se tiene vocación verdadera, no se siente el sacrificio, Señor Burton. Al contrario, por lo que a mí se refiere, mi profesión, más que sacrificios me depara satisfacciones muy grandes. Y así como usted debe sentirse

no sólo satisfecho, sino también orgulloso al estudiar un balance lleno de cifras reveladoras del éxito económico de la Empresa que dirige, así también, tengo mis momentos de compensación, cuando, por ejemplo, descubro y encamino acertadamente las aptitudes de un niño o cuando encuentro en algún obrero ya maduro, una clara inteligencia que puedo pulirla con el buril de la enseñanza...

—¡Interesante. Muy interesante! —exclamó Burton mirando al descuido su reloj.

Lizarazu, interpretando la actitud del funcionario como una invitación a terminar, la charla, se puso de pie vivamente.

—Disculpe, señor Burton, si le he quitado mucho tiempo.

—¿Por que se apura, señor Lizarazu? Su conversación me ha resultado sumamente agradable —se expresó el Gerente con sinceridad.

—Es un poco tarde, señor Burton. Vuelvo a repetirle que mañana ratificaré mi renuncia por escrito.

—¿Dónde irá a trabajar, amigo mío? ¿Le será fácil encontrar trabajo? —inquirió el personero de la Bolivian Mines con verdadero interés.

—Para quienes en Bolivia nos dedicamos a la enseñanza —contestó el profesor lleno de convicción—, si tenemos buena voluntad, nunca puede faltarnos trabajo... ¡Hay campo ilimitado, señor Burton!

Con simpatía no disimulada, Henry S. Burton, el enigmático gerente de la poderosa Bolivian Mines Corporation, apretó la mano que le extendió el modesto profesor de escuela, Pablo Lizarazu.

—Buenas tardes, profesor. Pero antes de que se vaya, debo confesarle que si en varios momentos de nuestra charla pensé que era un sujeto incomprensible, extravagante y raro, ahora me deja la impresión de que bien pudiera ser usted un hombre admirable... Buenas tardes, profesor... y ¡buena suerte!

—¡Gracias! Buenas tardes, señor Gerente— contestó Lizarazu, sencillamente y salió de la oficina, tropezando en las hileras sueltas de sus zapatos.

-VI-

Después de la muerte de Juvenal Sunahua, Juan Calle quedó anonadado; no sólo por la pérdida del amigo que durante tanto tiempo convivió con él, sino también, porque vio cerrarse la única puerta de salvación que se entreabrió fugazmente la noche de la tragedia, cuando el viejo Sunahua ofreciera atender las necesidades económicas de la familia, mientras él pudiera curarse. Y adoptó el único que podía tomar a su modo de ver, en tales circunstancias: seguir trabajando. Sobreponiéndose a la pena causada por la desaparición del amigo, ahogando la tos martirizante y ese horrible temor de caer rendido en medio del camino que se había señalado.

Empero, sucedió lo inevitable. Fue inútil exigir hasta los límites más extremos del sacrificio de su ya endeble organismo; masticar más coca que de costumbre, con la esperanza de obtener mayores fuerzas; darse modo para descansar frecuentemente en medio del trabajo; o luchar con todas sus reservas morales y físicas. Todo fue estéril. Al final cayó rendido por el trabajo, agotado por la enfermedad y quebrado por el fracaso. Cayó con la fuerza de voluntad hecha pedazos y su ser físico sostenido con vida por extraño milagro de su naturaleza orgánica.

Cuando los superiores de Calle se dieron cuenta de la enfermedad que padecía, ordenaron su hospitalización. En el sanatorio, el obrero pasó algunos días de calma y esperanza, pues hubo momentos en que llegó a acariciar, la idea de reponerse merced a la atención médica; pero después de muchos exámenes aparatosos, de análisis y observaciones de diversa índole, fue finalmente declarado incurable y dado de baja del hospital.

En tales circunstancias, sólo le quedaba la posibilidad de obtener una indemnización, que acaso le permitiera asegurar en alguna forma su porvenir y el de los suyos. Los personeros de la Bolivian Mines Corporation, le manifestaron que de acuerdo a las nuevas disposiciones legales, ya no era la Empresa la obligada a pagar las indemnizaciones, sino la "Caja de Seguro y Ahorro Obrero", entidad subrogatoria de todas las compañías mineras y fabriles del país para la atención de esos pagos.

De este modo el hombre tuvo que viajar a Oruro con objeto de efectuar aquellos trámites, dejando provisionalmente en la mina a sus familiares.

Su regreso fue mucho más rápido de lo previsto. Entró en su casa tambaleando, como si estuviera borracho; miró uno por uno a todos los presentes. Si alguno de ellos acarició esperanzas sobre el éxito del viaje, en ese momento debió sentir que se desmoronaban precipitadamente, al observar el desaliento y la depresión del recién llegado.

—Nada. No he conseguido nada — anunció el hombre, sentándose.

—No importa. No te aflijas, Juancho... — su mujer trató de alentarle.

—¿Y qué será de nosotros? — preguntó el obrero.

—Con la ayuda de Dios, ya nos daremos modos para salir adelante — terció Sebastiana—. No te olvides que en muchas ocasiones en que vimos cerrarse todas las puertas, siempre hubo algo mandado por Dios, que nos sacaba de penas.

—No te aflijas, Juancho — volvió a hablar Donata, pendiente del rostro adusto del hombre.

—¿No hay ninguna esperanza de obtener la indemnización? — intervino Justina, sintiéndose cohibida por las miradas de reprensión que, inmediatamente le dirigieron las otras mujeres.

—Ninguna —contestó Calle—. Estos hombres hacen lo que quieren con nosotros. Aprovechan y esquilman nuestro trabajo hasta el máximo, nos aniquilan, enferman y matan y siempre logran darse modos para burlar las leyes que nos protegen.

—¿Y las autoridades? —preguntó Donata.

—¡Ah! Las autoridades... — respondió con el mismo tono despectivo—. Las conozco desde hace mucho tiempo, desde la primera huelga en que intervine... Pero no es sólo eso lo que falla, porque indudablemente no todas las autoridades deben ser malas. La falla se encuentra en los procedimientos tan ladinos de las empresas no controladas por nadie, que siempre logran burlarse de las leyes, aunque aparentemente se colocan dentro del marco legal.

—Pero, en tu caso, el asunto parecía tan claro... —apuntó Sebastiana—. En-traste sano a la mina y sales enfermo, ¿qué pueden alegar para no darte esa indemnización?

—Vale la pena contarles todos los pormenores —contestó Calle, mientras las mujeres se ponían en cuclillas alrededor del hombre, dispuestas a oír su relato con singular atención.

—¿Se acuerdan del "Mono" Ontiveros? —empezó el obrero.

—Sí. ¿Lo has visto?

—Sí. En Oruro me alojé en su casa.

—¿Y cómo están la Cresencia y sus *huahuas*?

—Están bien, todos... El "Mono" sigue siendo tan bueno como antes y en Oruro, me orientó en los trámites que debía seguir. Empecé por visitar al Gerente de la "Caja de Seguro y Ahorro Obrero", quien recibe a todo el mundo con la mayor sequedad; me hizo examinar por un médico y después de hacerme regresar a su despacho tres veces, exhibió aquel papel que me hicieron firmar cuando entré en esta Empresa, en el cual el médico certificaba que en aquel tiempo estaba ya enfermo de los pulmones. "Habiendo estado usted enfermo al entrar en la mina", me dijo el Gerente, "no le corresponde indemnización alguna..." "Le contesté que ese certificado era falso y que entonces yo gozaba de buena salud. El se encogió de hombros y dijo que siendo esa la decisión final de la "Caja" y no estando yo conforme, podía recurrir a las vías judiciales.

Juan Calle tosió dos o tres veces, escupió en el suelo y, trabajosamente, continuó relatando:

—Busqué a un abogado. Este dijo que el caso era muy difícil pero que podría ganarlo. En seguida me pidió un adelanto de quinientos bolivianos; pero cuando le avisé que no tenía "plata", cambió de expresión y alegando sus múltiples ocupaciones me aconsejó buscar a otro. A pesar de que el "Mono" Ontiveros aseguraba que todas las autoridades estaban sobornados por las Empresas, yo en vez de acudir a lo de otro abogado, busqué al Juez del Trabajo. Parecía una buena persona que me trató amable y cordialmente. Escuchando mi caso no quiso darme su opinión, porque, siendo juez, tendría que conocer el asunto y no debía prejuzgar. En cambio me sugirió consultar con un abogado de conciencia y me recomendó al Dr. Torres...

—Este Dr. Torres es un abogado joven y de pocas campanillas que inspira confianza a primera vista. Se interesó en el asunto, fue a la "Caja de Seguro", examinó los antecedentes y consultó las leyes. En cierta ocasión me dijo: "Na-

turalmente, esta firma estampada por usted en el certificado médico, no tiene validez legal alguna; pero ¿por qué firmo?... "Porque me moría de hambre", le contesté. "Según las leyes", agregó el abogado, "si usted no estaba conforme con el diagnóstico podía pedir el examen de otro médico. ¿Por qué no lo hizo?" Le contesté que no lo hice primero, porque ignoraba la existencia de esa ley y segundo, porque si lo pedía me habrían "botado a patadas" y hubiera quedado sin trabajo. Entonces, el abogado me dio una respuesta que ha quedado grabada en mi memoria, porque me parece que además de ser exacta, abarca todo el fondo del problema: "Si. Nuestras leyes son muy bonitas para leerlas, pero pésimas para aplicarlas..."

—Finalmente, el Dr. Torres, expresó que podía iniciar el pleito; pero a su sincero parecer, yo perdería mucho tiempo y dinero inútilmente, pues no siendo posible comprobar la falsedad del certificado, la "Caja de Seguro", legalmente, tenía razón al negar el pago de la indemnización...

—Eso es todo... —Juan Calle concluyó penosamente.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó ingenuamente Justina.

Sebastiana y Donata volvieron a asaetarla con miradas de reproche. Juan Calle respondió:

—Sólo hay un sólo camino que elegir, Justina. Seguiré trabajando...

* * *

Efectivamente pese a la oposición de las mujeres de la casa, el pobre hombre volvió a incorporarse al trabajo; pero la prueba no llegó a durar una sola jornada completa, porque al mediar la tarde y como consecuencia del esfuerzo, realizado, sufrió un acceso de tos muy fuerte, un vómito de sangre y un largo desmayo que obligó a los capataces de la sección a hacerlo sacar de la mina.

Juan Calle llegó a su casa avergonzado, sufrido y devorado por la fiebre.

—Ya no puedo trabajar, "Ulinchita". ¡Ya no puedo más! —exclamó, mientras se tendía en la cama.

—No importa, Juan —le consoló su mujer, arropándolo solícitamente—. No te aflijas tanto y no te preocupes.

—Pero, ¿qué vamos a hacer, Donata? ¿De qué vamos a vivir?

—Trabajáremos nosotras —respondió Donata Ari, que luego buscó el apoyo de su madre—: ¿No es cierto, *mamay*?

—Si, Juancho —pausadamente contestó Sebastiana—. Lo hemos pensado bien durante este tiempo, desde que viajaste a Oruro. Y mientras tú te repongas y puedas sanarte, nosotras trabajaremos de *palliris* como lo hacíamos antes y la Justina que ya está racional, se entenderá con la cocina, con la casa y los chicos.

En ese momento llegaron de la Escuela Pedro y Pablo.

Sin decir nada observaron las caras graves de las mujeres y de Calle; luego se pusieron escribir en sus cuadernos, aunque parecían más atentos a la conversación de los mayores que a sus deberes escolares.

Juan Calle quedó largo rato mirando a las mujeres, pasando la vista de la una de la otra. Observó el vientre hinchado de Donata, revelador de un nuevo embarazo; después se fijó en las arrugas profundas que surcaban el rostro de Sebastiana y en su aspecto cansado. Moviendo la cabeza con desaliento, dijo:

—No. No es posible, doña Sebastiana. ¿Cómo podríamos permitir que trabaje la "Ulincha" en ese estado, después de lo que pasó la otra vez en iguales circunstancias? Y usted, que ya está vieja y cansada, ¿cómo podría trabajar tan duramente? Y la Justina, tan joven que apenas está sentando el juicio, ¿cómo podría hacer de madre en la familia, cuando ella, ahora más que nunca, necesita la vigilancia de mujeres mayores? No, doña Sebastiana... No podemos hacer lo que usted piensa..

—Podemos hacerlo, Juancho. Lo haremos fácilmente— intervino Donata.

—No. No es posible.

—Mira, Juancho — volvió a hablar Sebastiana sentándose en el suelo, muy cerca del enfermo—. Lo hemos pensado mucho, hijo, midiendo todas las posibilidades y los inconvenientes.

—No. No es posible — negó otra vez el obrero, excitado por la fiebre.

Con ternura de madre, Sebastiana le acarició los cabellos y dejando una de sus manos sobre la cabeza del hombre, siguió hablando con suavidad:

—Es posible, hijo, es posible. Por lo demás tenemos que ser un poco sensatos: ¿Qué otro camino nos queda? Yo sigo siendo fuerte pese a mi años y en lo que se refiere a Donata, tú sabes que también me preocupa su estado y que de uno u otro modo, podré darle maneras para aliviarla en su trabajo.

—No. No es posible

—Será por poco tiempo Juan, no lo olvides —con voz de murmullo prosiguió la anciana—. Será mientras te cures. El médico me ha dicho que tomando unos tónicos que compraremos, alimentándote bien y reposando un tiempo, podrás restablecerte completamente.

—¿Así ha dicho el médico?—. Por fin, Juan Calle pareció salir de su delirio.

—Sí. A mí me lo ha dicho —mintió Sebastiana con aplomo.

Como un relámpago atravesó la esperanza por el alma del hombre; pero después de contados instantes, volvió a caer presa del más grande pesimismo.

—¡No. No es posible! —repitió otra vez y excitándose más, continuó—: Usted está vieja doña Sebastia y la Donata enferma. No deben trabajar. ¡El que debe trabajar soy yo! Volveré al trabajo después de algunos días de descanso. Y trabajaré doña Sebastia. ¡Le aseguro que trabajaré!

—Cálmate, Juancho. No te fatigues y todo se arreglará bien —concluyó Donata.

El hombre quedó callado y las mujeres, deseosas de poner fin a la discusión, también guardaron silencio, recogiendo ensimismadas. Juan Calle, excitado antes por la charla y las dificultades de su situación, fue serenándose poco a poco, hasta quedar semidormido.

Los dos niños, cambiando miradas de inteligencia, guardaron sus cuadernos y salieron de la casa misteriosamente, para volver más tarde, con la preocupación pintada en sus rostros.

A la hora de comer, la familia hizo rueda junto al lecho del enfermo. Todos estaban callados y absortos en diversas meditaciones, como si pesara en el ambiente una atmósfera de inquietud. Por fin, Pedro rompió el silencio con una sola palabra, exclamada como preámbulo de una conversación que parecía no atreverse a comenzar:

—Papay...

—¿Qué quieres, Pedrito?

El niño en vez de contestar, empezó a comer con celeridad desacostumbrada.

—Papay... —intervino Pablo, que a su vez dio muestras de timidez y tampoco pudo continuar.

Juan Calle sonrió bonachonamente.

—¿Qué les pasa a estos chicos? —preguntó.

Los niños sintiéndose blanco de la atención general, se aturdieron aún más y permanecieron silenciosos.

—¡Qué zonzos! —comentó Justina entre dientes.

La frase hirió a los muchachos que se pusieron rojos de rabia. Pablo, olvidando su anterior cortedad, reaccionó decididamente:

—La única zonga eres tú... Lo que pasa es que deseamos trabajar nosotros.

—¿Cómo?... ¿Qué?... —exclamaron los mayores con sorpresa.

Al revelar su secreto, forzados por las circunstancias, los chicos se sintieron libres de embarazo y fueron cobrando aplomo. Pedro explicó:

—Sí, **papay**. Nosotros queremos trabajar y no sólo se trata de un proyecto sino que ya hemos hablado y desde el próximo mes entraremos en la mina.

Calle, Sebastiana y Donata quedaron mudos, pasmados por el anuncio. El mismo niño, volvió a hablar:

—Sí, **papay**. Tu no puedes trabajar enfermo como estás y tampoco pueden hacerlo mis "mamitas", la una porque es vieja y la otra porque pronto tendrá otra **huahua**. En cambio nosotros podemos...

—Si —interrumpió Pablo—. Ya somos hombrecitos y es tiempo de que trabajemos. Otros trabajan desde más chicos, ¿por qué no pudiéramos nosotros?.

Nadie contestó. Quizá los mayores se dieron cuenta de que, pese a todas las esperanzas acariciadas y, pese al dolor que ello les causara, los niños estaban en lo cierto. Denro de las circunstancias, los dos rapazuelos, aparentemente, eran los más llamados a trabajar, o por lo menos, los únicos que podían hacerlo.

Hubo un largo silencio saturado de tristezas. En el fuero íntimo de Juan Calle algo quedó quebrado con sensación de cristal que se hace trizas. Sus ojos se pusieron más húmedos que antes...

—¿Qué dices, **papay**?

Calle reaccionó con la pregunta. Se irguió en el lecho y examinó detenidamente a los chiquillos. Luego habló.

—Tal vez tengan razón, Pablito. Sin embargo, no quiero que decidamos de inmediato. Mañana buscaré al médico compraré las medicinas necesarias para curarme o por lo menos para mejorar y después de quince o veinte días más, haré otra vez la prueba de trabajar. Creo poder conseguirlo y, en caso contrario no quedaría otro remedio que aceptar el trabajo de ustedes.

Los niños se pusieron mohinos. Pedro replicó:

—¿Para qué hacer nuevas pruebas, **papay**? Tú estás enfermo y debes descansar más tiempo si quieres reponerte. Mientras tanto, nosotros trabajaremos.

—No, Pedrito. Creo poder trabajar todavía. Otros trabajan en el mismo estado en que me encuentro. Por lo demás, no deben olvidar los proyectos que

tenemos con respecto a ustedes. Tú tienes que ser profesor y el Pablo un artesano independiente.

—Yo siempre he preferido ser un buen minero, **papay** —repuso Pablo.

—En cambio tu Pedrito, quieres ser profesor, ¿no es cierto?.

—Sí, **papay**... Pero ¿son tantas las cosas que uno quisiera ser y no puede conseguir las?.

—De todos modos, deseo que llevemos adelante nuestros proyectos. De ninguna manera quisiera para ustedes el porvenir que aguarda a los trabajadores de las minas. Quedaremos pues, en mantener en suspenso nuestra decisión hasta después de que yo haga una nueva prueba... Si fracaso una vez más, trabajarán ustedes.

Juan Calle quedó meditabundo. Los chicos, sintiéndose ya mineros, se pusieron a probar una lamparilla de carburo, a envolver coca en pañuelos y mordisquear la **llijta** que aún no les sabía agradablemente.

—¿Ya saben **pijchar**? —les preguntó Sebastiana, tratando de acariciar a los chicos, que eludieron con maña su ternura.

—Para entrar en la mina, hay que saber **pijchar**...

Sebastiana y Donata salieron de la casa, para disimular la viva emoción que tenían en las almas. En la puerta de su vivienda, no pudieron, por más tiempo, contener las lágrimas.

También ellos —murmuró Sebastiana—. También ellos, entrarán fuertes y lozanos, para ser devorados por la mina... También ellos entrarán alegremente, para que nos los devuelvan, sólo Dios sabe cuándo, muertos o destrozados...

La noche era oscura. Negras nubes de tormenta bogaban en el cielo y el viento empezaba a entonar una ronca canción de angustia.

—También ellos... —Donata repitió como un eco—. ¡**Mamay**! Todo se cierra en nuestra vida. ¿No te parece que hasta esta misma noche es más negra que nunca?

—Sí, es una noche oscura —contestó Sebastiana con voz ahogada—: pero siempre es noche oscura para nuestra gente..... ¿Cuándo llegará el alba?.....

VOCABULARIO

ACULLI =	Tiempo de descanso de los obreros en las labores mineras.
ACULLICAR =	Acción de masticar las hojas de coca.
AIZA =	Derrumbe en el interior de la mina.
APIRI =	Obrero que recoge el mineral en el paraje de trabajo para transportarlo hasta la superficie.
AVIO =	Provisión de víveres y artículos de primera necesidad en las pulperías de las minas, a cuenta de jornales.
BARRILLA =	Último producto de la concentración, que se aproxima en lo posible al contenido teórico del metal en el mineral.
BOLSON O BOLSONERA =	Depósitos naturales, poco comunes, en que se presentan minerales de alta ley concentrados en espacios reducidos.
BROZA =	Producto intermedio entre los minerales pobres y ricos.
CAJA =	Parte estéril explotada. (Tierra, piedras, etc.).
CALLAPOS =	Maderas cilíndricas de troncos de árboles, que sirven en las minas para el recubrimiento interior de los parajes deleznales.
CANCHA =	Campo despejado, cercano a los socavones, donde se selecciona el mineral.
CARRERO =	Designación aplicada a los obreros que empujan los carros "decauville".
CARRILANO =	Encargado del tendido y atención de las líneas "decauville".
CKALINCHA =	Travesía, de conducta liviana.
CKOCKAHUI =	Fiambre, avio.

CLAVO =	Bolsonera.
CUADRO =	Importante perforación vertical de las minas, que sirve para conducir las cañerías de bombeo, cables eléctricos, jaulas, etc., de dimensiones variables entre 2 por 4, 4 por 4, etc.
CUCHARILLA =	Varilla metálica delgada, terminada en una de sus extremidades en forma de cucharilla, con la que se extrae el polvo del taladro.
CHASCA-ÑANUI =	Ojos de estrella.
CHASQUIRI =	Inmediato colaborador del barretero, se ocupa de limpiar el paraje después de los "tiros".
CHICHARRA =	Máquina perforadora empleada en trabajos horizontales.
CHILIJCHI =	Ceibo.
CHIMENEA =	Labor ascendente que partiendo de una galería o nivel, va con la veta hacia arriba.
CHIVATO =	Obrero joven, conocedor de la mina, que acompaña a los empleados sirviéndoles de guía y ayudante.
CHUA =	Plato de madera.
CHUMPI =	Prenda de vestir que usan los indígenas varones como cinturón.
DESMONTE =	Depósito de residuos de la mina considerados estériles, pero que constituyen reservas importantes por contener metal no beneficiado.
DOBLAR =	Acción de trabajar día y noche.
ENMADERADOR =	Obrero encargado del reforzamiento de las galerías y otros parajes, con madera (callapos).
GALERIA =	Labor de forma casi rectangular que, partiendo del cuadro, se dirige a los parajes de trabajo.
GALGUEAR =	En las minas chicas: acción de arrojar las piedras inservibles desde la bocamina.
GUIA =	Mineral de alta ley, que con ligera selección puede ser exportado sin ulterior tratamiento.

HUAHUA =	Criatura.
HUAYÑO =	Música indígena.
IMILLA =	India adolescente.
INGENIO =	Lugar donde se benefician los minerales.
JANIHUA =	No (en aimara).
JANKAQUIPA =	Harina de cereales semitostados.
JAULA =	Ascensor utilizado en las minas que comunica la superficie con los distintos niveles, por el cuadro principal.
LABORERO =	Empleado superior dentro de la mina que dirige las labores interiores.
LAHUA =	Alimento hecho de harina de cereales.
LAICKEAR =	Hechizar.
LLAJTA - MASSI =	Coterráneo.
LLIJLLA =	Tejido de lana, generalmente de colores vivos, que usan los indígenas.
LLIJTTA =	Pasta dura hecha de ceniza y otros elementos que los indios mastican junto con la coca.
MAÑACKA =	Acción de formalizar un compromiso matrimonial entre los quechuas.
MATERIAL =	Término genérico con que denominan los mineros a los explosivos y complementos.
MAYORDOMO =	En las faenas agrícolas es el empleado que se encarga de dirigir y vigilar los trabajos. En las minas es el inmediato inferior al laborero, con iguales atribuciones; pero reducidas a pequeñas partes de la mina.
NIVEL =	Término que indica la comparación de una galería con otras y con respecto a una determinada altura.
PALLAR =	Acción de separar el metal de la caja a golpes de martillo.

PEON =	Ayudante en todas las faenas mineras interiores y exteriores.
PERFORISTA =	Obrero especializado en el manejo de las máquinas perforadoras.
PIJCHAR =	Acullicar.
PIQUE =	Excavación de forma singular que se introduce casi verticalmente en el subsuelo.
PONGO =	Indígena al servicio del patrón, bajo humillantes condiciones que han sido abolidas.
POTEO =	Recubrimiento interior de ciertos parajes con piedra labrada.
PPITI LA JUVA =	Apodo aplicados a los oriundos de la región de Cinti. Literalmente: "Revienta la uva".
RAJO =	Hueco resultante de la total explotación de una veta vertical.
REALIZAR =	Primera labor inmediatamente posterior a la explosión de la dinamita, en que se selecciona el mineral de la caja.
RECORTE =	Excavación que une dos galerías del mismo nivel.
ROMPE-CAJA =	Excavación que no sigue el curso de una veta.
RUMPERO =	Obrero joven que se ocupa de recoger las herramientas deterioradas para llevarlas a la herrería y después de reparadas distribuirlas nuevamente.
SALONEO =	Cavidad amplia formada por la explotación de un yacimiento irregular del cual se han extraído grandes cantidades de mineral.
SOROJCHI =	Exceso de fatiga ocasionado por la altura. Se cree que algunos lugares de la puna tienen la particularidad de provocar este fenómeno.
TATA MALLCU =	Padre cóndor.
TALADRO =	Perforación hecha en la roca para colocar el explosivo.

TELESCOPIO =	Máquina perforadora empleada en trabajos verticales.
TIRO =	Dinamitazo.
TOJEAR =	Hacer caer los tojos para evitar accidentes
TOJO =	Piedra que amenaza desprenderse del techo de las galerías.
TOPE =	Parte final de una galería.
TTOLA =	Pequeño arbusto del altiplano que sirve de combustible.
WIRACKOCHA =	Caballero.
YOCALLA =	Indio adolescente.

INDICE

	Pág.
Primera Parte	
AL DECLINAR AL DIA.....	7
Segunda Parte	
NOCHE	66
Tercera Parte	
¿CUANDO LLEGARA EL ALBA?	137
VOCABULARIO	188